

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 16
Enero-Marzo 2010

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Pantalla de papel ó Google Plunge (sobre "Crónica de Viaje" de Jorge Carrión), por Luisa Miñana
Coincidencias poéticas en "Jardines" & "Jardín de niños". La palabra de Juan Gelman y José Emilio Pacheco, por Demetrio Anzaldo González
La construcción del sujeto nacional en Bolivia a partir de "Aluvión de fuego" de Oscar Cerruto, por Magdalena González Almada
Jane Eyre, o la heroína de la novela victoriana, por Enrique García Díaz

• Relato

Vidas de cine, por Carmen Garrido
En el mundo de Yupi, por Esteban Gutiérrez Gómez
Noche de estrellas, por Carlos Montuenga
Film, por Ricardo Bernal
Como la saturación del óleo sobre un lienzo, por Javier Esteban
Feligreses, por Ernesto Baltar
Sit down, please, por Ysaías Núñez
Color amarillo, por Gonzalo Martín de Marcos
Una boda, por Sergio Borao Llop
Remo y su loba, por Mathías Dávalos
Preguntas, por Juan Cruz López
Nada, por Juan Carlos Vecchi
El escondite, por Xuan Folguera
Problemas de puntuación, por Víctor Lorenzo
El asesino de la secretaria, por Emilio Gil
Las ratas, por Rafael Guerrero
Excursión, por José Antonio Lozano
Esa tarde, sin resistencia, por Carlos Santi
Tabaco, por Pedro Bosqued
Obra sanitaria, por Eugenia Piazza
La vieja carretera, por Juan Amancio Rodríguez García
Comala. Homenaje a Juan Rulfo, por Ramón Araiza Quiroz
Ojos de pez, por Esther Rodríguez Cabrales
Conservatorio, por Luis Emel Topogenario
Desde el armario, por Blanca del Cerro
Villa Borghese, por Eduardo Protto
Correspondencia nicaragüense (IV), por Berenice Noir
El viejo sable de ultramar, por Daniel Alejandro Gómez
Higiene vampírica, por Olivia Vicente Sánchez
No preguntes por mamá, por Carlo Reategui Avilés
Sunamico. Crítica de última novela de Martín Revelo, por Pedro Rebollo
Regreso al pasado (II), por Enrique García Díaz

• Narradores

Fernando Aínsa

• Reseñas

"Conozco un atajo que te llevará al infierno" de Pepe Cervera, por Miguel Sanfeliu
"Gente cercana" de Diego Marín A., por Luis Borrás
"Siete casas en Francia" de Bernardo Atxaga, por Ágatha
"Amar en martes" de Angélica Morales, por Luis Borrás
"Póquer de ases" de Manuel Vicent, por María Aixa Sanz
"Metempsicosis" de Jesús Serrano Belmonte, por Maiol de Gracia Clotet

• Tiras insulsas

• Miradas

Natalia Ginzburg, por María Aixa Sanz

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional a la vez que facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto y en formato Word. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 16

<i>Pantalla de papel ó Google Plunge</i> , por Luisa Miñana .	3	<i>La vieja carretera</i> , por Juan Amancio Rodríguez	72
<i>Coincidencias poéticas en "Jardines" & "Jardín de niños"</i> . La palabra de Juan Gelman y José Emilio Pacheco, por Demetrio Anzaldo González	9	<i>Comala. Homenaje a Juan Rulfo</i> , por Ramón Aranza Quiroz	74
<i>La construcción del sujeto nacional en Bolivia a partir de "Aluvión de fuego" de Oscar Cerruto</i> , por Magdalena González Almada	23	<i>Ojos de pez</i> , por Esther Rodríguez Cabrales	79
<i>Jane Eyre, o la heroína de la novela victoriana</i> , por Enrique García Díaz	25	<i>Conservatorio</i> , por Luis Emel Topogenario	80
<i>Vidas de cine</i> , por Carmen Garrido	29	<i>Desde el armario</i> , por Blanca del Cerro	82
<i>En el mundo de Yupi</i> , por E. Gutiérrez Gómez	31	<i>Villa Borghese</i> , por Eduardo Protto	84
<i>Noche de estrellas</i> , por Carlos Montuenga	32	<i>Correspondencia nicaragüense (IV)</i> , por Berenice Noir	87
<i>Film</i> , por Ricardo Bernal	33	<i>El viejo sable de ultramar</i> , por Daniel A. Gómez	91
<i>Como la saturación del óleo sobre un lienzo</i> , por Javier Esteban	34	<i>Higiene vampírica</i> , por Olivia Vicente Sánchez	93
<i>Feligreses</i> , por Ernesto Baltar	38	<i>No preguntes por mamá</i> , por Carlo Reátegui Avilés ...	94
<i>Sit down, please</i> , por Ysaías Núñez	40	<i>Sunamico. Crítica de última novela de Martín Revelo</i> , por Pedro Rebollo	97
<i>Color amarillo</i> , por Gonzalo Martín de Marcos	41	<i>Regreso al pasado (II)</i> , por Enrique García Díaz	100
<i>Una boda</i> , por Sergio Borao Llop	45	<i>Narradores: Fernando Aínsa</i>	107
<i>Remo y su loba</i> , por Mathías Dávalos	48	<i>"Conozco un atajo que te llevará al infierno" de Pepe Cervera</i> , por Miguel Sanfeliu	116
<i>Preguntas</i> , por Juan Cruz López	50	<i>"Gente cercana" de Diego Marín A.</i> , por Luis Borrás ..	117
<i>Nada</i> , por Juan Carlos Vecchi	51	<i>"Siete casas en Francia" de Bernardo Atxaga</i> , por Ágatha	118
<i>El escondite</i> , por Xuan Folguera	52	<i>"Amar en martes" de Angélica Morales</i> , por Luis Borrás	119
<i>Problemas de puntuación</i> , por Víctor Lorenzo	53	<i>"Póquer de ases" de Manuel Vicent</i> , por María Aixà Sanz	120
<i>El asesino de la secretaria</i> , por Emilio Gil	54	<i>"Metempsicosis" de Jesús Serrano Belmonte</i> , por Maiol de Gracia Clotet	121
<i>Las ratas</i> , por Rafael Guerrero	55	<i>Tiras insulsas</i>	122
<i>Excursión</i> , por José Antonio Lozano	56	<i>Miradas</i>	123
<i>Esa tarde, sin resistencia</i> , por Carlos Santi	60	<i>Novedades editoriales</i>	124
<i>Tabaco</i> , por Pedro Bosqued	68		
<i>Obra sanitaria</i> , por Eugenia Piazza	70		

PANTALLA DE PAPEL Ó *GOOGLE PLUNGE* (sobre *Crónica de Viaje* de Jorge Carrión)

por Luisa Miñana

En blanco y negro, *Crónica de Viaje* es el título de uno de los últimos trabajos llevados a cabo por el escritor Jorge Carrión, publicado en 2009 dentro del Proyecto La Brújula, en tirada limitada y numerada. *Crónica de Viaje* es una apuesta por la edición «personalizada», planteada como parte sustancial e identificativa del proceso creativo literario; una edición que, digamos, es una marca y una auténtica escenografía de propósitos. Un proyecto arriesgado, que en sí mismo conlleva una reflexión en triple sentido: sobre el propio tiempo vital, sobre el espacio y el lenguaje literario, sobre el uso de los modos de comunicación. Tripe dirección que dibuja conjuntos operativamente y semánticamente inclusivos, definidos desde el principio con toda intencionalidad por la propia combinatoria del título, que incluye tres partes-sustancia:

1. Referida a la entidad, a la naturaleza del proyecto:

Viaje:

2. m. **Traslado** que se hace de una parte a otra por aire, mar o tierra.
3. m. **Camino** por donde se hace.
4. m. **Ida a cualquier parte**, aunque no sea jornada, especialmente cuando se lleva una carga.
5. m. **Carga o peso** que se lleva de un lugar a otro de una vez.

(Del dialect. y cat. *Viatge*: que a su vez del llatí *viaticum*, allò que serveix per a un viatge).

2. Relativa a la ordenación de los argumentos:

Crónica:

(Del lat. *chronica*, y este del gr. χρονικά [βιβλία], [libros] en que se refieren los sucesos por orden del tiempo).

1. f. **Historia en que se observa el orden de los tiempos.**

(Del lat. *chronicus*, y este del gr. χρονικός).

4. adj. Que viene de tiempo atrás.

3. Establece las implicaciones entre 2 y 1:

De:

3. prep. Denota **de dónde es**, viene o sale alguien o algo.
4. prep. Denota **la materia** de que está hecho algo.
5. prep. U. para señalar **lo contenido** en algo.
6. prep. Denota **asunto o materia**.
7. prep. Denota **la causa u origen** de algo.
8. prep. U. para expresar **la naturaleza, condición o cualidad** de alguien o algo

Bien, esta disección morfológica del título no es gratuita. El título me parece centro nuclear de la obra realizada por Jorge Carrión. Quiero decir que está inserto tanto en cada capítulo-búsqueda del

libro-pantalla escrito-organizado por Carrión, como en su resultado global. Y lo está genéticamente, a modo de *adn* literario que define y construye el relato como una narración de viajes, periplos que se suceden diacrónicamente, pero también cuya filiación se encuentra contenida en todos y cada uno de dichos viajes a la vez. Y creo que el título igualmente está inscrito en la raíz que determina la identidad-identificación familiar e histórica a través de las cuales el escritor y metarrelator Jorge Carrión viaja temporalmente para intentar establecer las informaciones pertinentes a su propia y personal transformación (incluida la mutación física) hasta llegar al presente. Encontramos una escritura sin red, una «temeraria escritura del yo» (según definición de Verdú, y como ya ha observado, al referirse a *Australia, una viaje*, obra también de Carrión, Miguel Espigado¹).

En la página principal de *Crónica de Viaje* el autor reúne a través de varias *frames* las propuestas de contenido y metodología narrativa; es una visión general y previa destinada a que el lector-espectador quede ubicado en las coordenadas más apropiadas para desarrollar una correcta comprensión. Y una de esos ejes es la literatura de viajes.

En definición que se incorpora directamente desde la Wikipedia (síntoma evidente de la transversalidad no jerárquica de las fuentes que necesariamente han de alimentar actualmente la construcción de cualquier edificio del pensamiento o/y de la emotividad) leemos: «La literatura de viajes consiste en libros de viaje que son considerados como literatura por diversos motivos... Se trata de textos que recogen los acontecimientos, los sentimientos y las voces de un viaje realizado por el narrador, que puede o no coincidir con el autor empírico». Y en puridad esto es lo que recoge en su *Crónica* el autor, utilizando para tramar el relato todos los medios expresivos a su alcance:

textos sobre viajes apoyados en fotografías,

fotogramas con textos al pie en sucesión narrativa –produciendo así unos relatos gráficos que se aproximan al género del documental, por cuanto constituyen traslación de situaciones de la vida real y de la historia–,

álbumes de fotografías,

mapas *googleanos*,

definiciones del DRAE,

resultados de algoritmos de búsqueda en Google (sobre el uso de Google como lenguaje y soporte literario volveremos luego).

Es decir, Carrión –muy conscientemente– no se ha apartado un ápice, en cuanto a ideación, a fórmula, de lo que es un ortodoxo libro de viaje:

«Se conoce como libro de viaje la publicación de las experiencias y observaciones realizadas por un viajero. Estos libros suelen estar ocasionalmente ilustrados con mapas, dibujos, grabados, fotografías, etcétera, realizadas por el autor o por alguno de sus compañeros de viaje» (Wikipedia).

Otra cosa son tanto la actitud, que aquí hallamos, del autor/co-protagonista (una actitud etiológica, sí, pero también de meta-narrador y que de alguna manera conlleva, creo, una cierta reinterpretación del perfil de la llamada «autoficción»), como los elementos conjugados y desarrollados en la formulación literaria de la propuesta «libro de viaje» para esta *Crónica*, que lo es sobre unos hechos que en realidad poseen una dimensión muy personal, pero igualmente histórica.

Si volvemos a situar el concepto de viaje al principio de todo, en el sentido en el que hablaba Susan Sontag de que los románticos construyeron el yo como un viajero², o en el de la función terapéutica

¹ Espigado, M.: "Australia, un viaje", de Jorge Carrión. En <http://afterpost.wordpress.com/2008/04/28/australia-un-viaje-de-jorge-carrion/>

² "Un yo en búsqueda, sin hogar, cuyos estándares y cuya ciudadanía deriva de un lugar que aún no existe o que nunca existió, un lugar que se entiende como ideal en vez de algo real".

del viaje (la que conlleva la necesidad del héroe –del yo– de apropiarse de lo perdido, del otro, de «una dimensión perdida de lo propio»³), entonces hemos de entender que al fin y al cabo vida y literatura son viaje, en realidad metaviaje, y todas nuestras reflexiones al respecto (las de cada cual en su traslación o traslaciones particulares) pudieran traslucir ondulaciones de índole casi metafísico. Aunque lo más adecuado será que estas ondulaciones se mantengan dentro del territorio de nuestra metahistoria. Es decir, simplemente, que todo viaje nos recoloca, nos re-ubica tanto en el espacio como en el tiempo, y por lo tanto nos transforma, puesto que no es posible viajar sin transmutación, en una especie de contradictorio, pero real, acto de decoherencia final en el que surge el otro-yo resultante, hasta el que nos han conducido las formulaciones de nuestras búsquedas. Un poco lo que el propio Jorge Carrión ha definido como el «metaviajero».⁴ Pero ahora, la vuelta de tuerca que, a mi entender, propone Carrión es aunar ambas condiciones «meta»: metaviajero y metanarrador.

A esta doble cara de una misma experiencia se llega en fases, cuyo desarrollo seguramente no coincide punto a punto con la ordenación dentro del libro-pantalla. Primero el autor es el indagador-observador-narrador en tercera persona de las experiencias de viaje vital de sus antecesores familiares (abuelos, padres). Es muy posible que la condición de testigo que adquiere este narrador sea la que implique la necesidad de utilizar como lenguaje y medio comunicativo la sucesión de fotogramas de video, con sus correspondientes textos: como dijimos antes, una fórmula que llamaríamos algo así como «relato gráfico», pero cuyo ritmo y organización no son los de una novela gráfica propiamente dicha, sino los derivados de una filmación en video. La pantalla por la que vemos en el momento de grabar los acontecimientos y la pantalla en la que veremos el relato filtrado de los mismos condicionan una y otra acción de manera tan determinante que transforma la propia naturaleza de la narración y su estructuración.

Además, la experiencia vital y literaria sufrida por el narrador como mediador-testigo de esos «viajes anteriores a él mismo» constituye para él un viaje propio desde el presente al pasado, con su consiguiente retorno (no hay viaje sin retorno, lo mismo que no lo hay sin mutación: es la contradicción resultante e inevitable, como decíamos, de difícil encaje siempre).

Este es, por un lado, un viaje espacial, geográfico, de norte a sur (de Mataró –Barcelona– a Órgiva –Granada–), en cierta medida infructuoso y frustrante: el recorrido espacial no conduce al buscado destino en el tiempo pasado; el viaje en el tiempo no parece posible ni siquiera en una reconstrucción literaria: «Aquí no hay nada que me revele una presencia», afirma Carrión en el relato que hace de ese viaje, dentro de la parte del libro-pantalla que constituye una emulación de su propio blog. Por otro lado, y como final de esta *Crónica de Viaje*, encontramos una reordenación de imágenes, objetivada en forma de álbumes fotográficos, tanto propio como de la historia familiar, y que recomponen la identidad del narrador, dentro de la tradición literaria más romántica y de las interpretaciones sociológicas de la figura del escritor viajero.

Precisamente desde un punto de vista histórico y sociológico, creo que el gran hallazgo de este trabajo es la transmisión de las emociones del desarraigo, de la pérdida de orígenes referenciales, de la des-ubicación motivada por la migración, sin tan apenas nombrar todos estos conceptos, explicando casi solamente cuestiones circunstanciales, que al ir encajando con técnica de montaje audiovisual, emiten un mensaje unificado. Lo que digo, pues, claro, es que Jordi Carrión ha inyectado en una obra literaria rasgos del *adn* de los procesos creativos que trabajan con imágenes en movimiento. Pero no de una manera superficial. Ha provocado y precipitado en su laboratorio una mutación de la técnica literaria, propósito que él mismo anuncia sin tapujos desde el principio a través de la cita de autoridad incluida en la página de inicio del libro-pantalla titulado *Crónica de Viaje*:

«Cualquier forma de arte sólo se puede desarrollar mediante mutaciones singulares que son obra de creadores individuales. Si únicamente se utilizan las convenciones tradicionales, el arte

³ Romero Tobar, L. y Almárcegui Elduayen, P. (coord): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Akal, 2005. p. 14

⁴ Carrión, J. *Viaje contra espacio: Juan Goytisolo y W.G. Sebald*. Iberoamericana, 2009. pp. 26-29.

de que se trate morirá, y la expansión de cualquier forma artística está condenada a parecer al principio extraña y torpe. Cualquier cosa que crezca tiene que atravesar por etapas incómodas. El creador al que se comprende mal porque viola las convenciones puede replicar: “Te parezco extraño, pero por lo menos estoy vivo”». (Carson McCullers, *La visión compartida*, 1950).

Y la clave, el amalgamador preciso en este procedimiento alquímico, lo ha encontrado Carrión en Google. En realidad lo ha encontrado en la pluridimensionalidad de sentidos y movimientos espacios-temporales que supone Internet, y en la facilidad que la red ofrece para trabajar de manera multimediática, lo cual implica la multiplicación de lenguajes operantes. Y si personificamos ese hallazgo en las posibilidades revolucionarias que aporta Google a las mutaciones de las metodologías del conocimiento y de la comunicación⁵ es porque, evidentemente, el gran buscador funciona en estos momentos como cerebro y corazón de la Red. Google es la fuerza electromagnética en la Red. Los algoritmos de búsqueda en Google sobre hipervínculos se trazan y entrelazan como una metáfora genial y espectacular de las sinapsis cerebrales.

Dos líneas de reflexión crítica se interconexionan, a mi modo de ver, como cimentación técnica del trabajo de creación desarrollado en *Crónica de Viaje*. Una, la de la omnipresencia de las pantallas en nuestras vidas y en nuestras comunicaciones, en nuestros modos de relación con el entorno, y sobre cómo todo ello está generando cambios evidentes en los discursos narrativos (algo sobre lo que Jorge Carrión habló por extenso durante su intervención en Escribit –Jornadas sobre Literatura y Nuevas Tecnologías–, celebrado en Zaragoza en octubre de 2009⁶). Las pantallas son las grandes conductoras de la simulación. Más aún, son productoras de realidad. La existencia de la pantalla como soporte ha hecho posible géneros como el «reality», que está redimensionando sin duda los parámetros de la ficción. Y la sensación de actualidad e inmediatez que siempre implica la tecnología audiovisual propia de las pantallas, combinada con la universalización de cualquier pantalla posible, está sin duda distorsionando, hasta cambiarlas en profundidad, las coordenadas que ordenaban los discursos narrativos desde el universo clásico hasta las proposiciones teóricamente explosivas de los tiempos de las vanguardias del siglo veinte.

La segunda línea de reflexión es precisamente Google. Lo que ha convertido a Google en el gran buscador no es únicamente su capacidad de procesar miles de millones de páginas-pantallas⁷ a través de los hipervínculos existentes entre ellas, sino la pertinencia generalmente válida de los resultados obtenidos. Es decir, el éxito de la búsqueda. Y también la multiplicación de las variantes de esos resultados, lo que equivale a hablar de multiplicación de caminos personalizados. Y también que a esos resultados se puede llegar partiendo de proposiciones de búsqueda relativamente sencillas. Así que, precisamente, porque Google es el paradigma de la búsqueda (y en el inicio de todo viaje hay siempre una búsqueda), Google es también una metáfora del gran viaje, o el gran multiviaje, capaz de reconvertirse y reconvertirnos continuamente.

Además Google tiene el poder de poner al instante en nuestras manos multiplicidad de fuentes y materiales, que se convierten en nuevos puntos de partida, bien para otras búsquedas, bien para la generación de escenarios en los que ubicarnos. Y en el caso de *Crónica de Viaje*, Google se convierte por fin en el mismo escenario creativo, en la gramática que organiza los discursos a través de herramientas como la contigüidad (de conceptos y enunciados), o las elipsis entre esos mismos enunciados: una técnica que no sólo tiene que ver con el lenguaje de la pantalla, sino también con la ordenación documental de los resultados que obtenemos en Google al aplicar nuestros (más o menos complejos) algoritmos de búsqueda. Una ordenación que al cabo recuerda a la actitud inocente (antes de que medie la jerarquización conceptual típica, heredada de la tradición filosófica heleno-cristiana occidental) en que el viajero recibe y organiza las impresiones y los conocimientos que va

⁵ Carrión, J. “Google Revolution” : http://salonkritik.net/08-09/2009/03/google_revolution_3_jorge_carr.php

⁶ Escribit: <http://escribit.net/2009/11/02/cuarta-y-ultima-jornada-o-casi-tricas-y-carrion>

⁷ Como es sabido, “Google” deriva de “googol”, que en inglés es el nombre que se da a la cifra '10 elevado a 100' (un uno seguido de 100 ceros). Ver por ejemplo la historia de Google en: <http://google.dirson.com/historia.php>

encontrando en el transcurso de su periplo: Google a menudo parece servirse de nuestras empatías, de nuestra inteligencia emocional.

Crónica de Viaje comienza como una pantalla en negro y dos coordenadas de comienzo: «Jorge Carrión»/«Buscar». El libro, (más bien cuaderno), tiene el formato apaisado de una pantalla panorámica. Cada página (sólo páginas a la derecha; en blanco las de la izquierda, sin numerar –no hay numeración posible en el rollo continuo de Internet-Google–) se organiza como una ventana de Google intervenida por el autor/narrador a su medida. Lícita intervención sobre un Google caracterizado por su plasticidad neuronal.

Así junto a pestañas/escenario googleanas (Página principal, La web, Earth, Mapas, Blogs, Video, iGoogle) aparecen, incluso repetidas aparentemente (aunque seguramente ocultan distintas acepciones), otras distorsionadoras pestañas: Destiny, Person. Cada página se despliega a partir de una búsqueda, que en cada caso se sirve de una formulación y una gramática:

búsqueda del destino propio a través de la enunciación del bi-nombre «jorge carrión jordi» (es la espoleta que parece estar provocando todas las ulteriores búsquedas: la ambivalente identidad del hijo de las migraciones), y que recurre para resolverse, por su imposible definición, a las fotografías de carácter tan real como metafórico;

búsqueda a través de La web de escenarios, teorías, definiciones, cualquier material se diría, que ayude a la comprensión de la ecuación histórica «Catalunya Andalucía literatura migración»;

búsqueda de la identidad y la historia de las personas que originan con su desplazamiento migratorio el trastocamiento de la identidad de cuantos se suceden después: el abuelo José Carrión parece el origen (buscar personas: Person). El resultado obtenido son referencias estáticas, porque la figura sobre la que se realiza la búsqueda pertenece enteramente al pasado (documentos oficiales, fotografías, y una metáfora inicial);

búsqueda nuclear en el testimonio de la abuela Teresa Cervilla, captado en video (claramente el rostro del autor/narrador en el rostro de ella), pasado que llega hasta el presente (la simulación del videorrelato);

los mapas de rutas en Google (cómo llegar a), los mapas de localización del último rastro familiar en el sur/pasado (Google Earth);

el viaje personal en forma de página –blog que sigue el mapa de ruta y llega al mapa Earth del sur/pasado: búsqueda del origen allí;

el viaje de las tres generaciones a cuyo devenir estamos asistiendo hasta la colonia textil donde todo empezó en el norte/pasado (de nuevo la simulación del videorrelato, que ahora incluye el autorretrato final) –y que conduce a la

búsqueda (Person) de la reconstrucción de la identidad del autor-metaviajero-metarrelator a través de la fijación de imágenes de significación celular: la transformación como conclusión, una forma de retorno (en este caso y en cierta forma sobre uno mismo) que como decíamos antes acompaña a todo viaje y que se nutre de todos los tiempos fagocitados⁸.

⁸ “Es este concepto de historia personal y universal que arma aquí Carrión, un concepto de la historia y del tiempo, cercano al que iniciara a finales de los años 60 Robert Smithson, de quien muchas veces hemos hablado en este blog, y que ha sido heredado por multitud de artistas contemporáneos: el tiempo como suma de capas que se dan simultáneamente en cada momento del tiempo, un tiempo que no deshecha la supuesta parte residual de la obra: el proceso de su producción.” Fernández Mallo, A.: “Carrión, Mora, Falcón, 3 poemarios + (Joe Crepusculo)”. Post en el Blog “El hombre que salió de la tarta” (09/10/2009): <http://www.alfaguara.santillana.es/blogs/elhombre/2/blog-post/396/carrion-mora-falcon-3-poemarios-+-joe-crepusculo/>

Bien,

Crónica de Viaje es un libro (cuaderno/pantalla) de viaje, sin duda ninguna. Y es un viaje de riesgo: personal y literario. Desde luego una empresa *aconventional*. Pero, creo, por fortuna para su autor, que es una aventura absolutamente asimilable ya en las coordenadas del momento histórico-cultural actual, por mucho que el gran acierto último ante el que nos sitúa sea, no el de haber demostrado la influencia de la tecnología contemporánea en los discursos literarios, sino, paradójicamente, el de haber establecido la capacidad de la literatura para simular cualquier escenario y lenguaje pertenecientes a otros lenguajes y ámbitos creativos. Y seguramente tanto lo uno como lo otro ocurre porque en este tiempo nuestro estamos asistiendo al comienzo de la unificación de los lenguajes de la simulación, quizás a la integración futura de la realidad y la simulación: una definitiva des-ubicación, una migración (que es más que un viaje) o sucesivas migraciones en sesión continua (hibridaciones) entre tiempos, espacios, identidades, géneros, quizás sólo discernibles a través de los *bookmarks* que nos los sitúen en ciertas coordenadas reconocibles para cada cual.⁹

© Luisa Miñana

La autora:

Luisa Miñana. Aragonesa, nacida en Barcelona. Es licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza. Ha publicado la novela *Pandeoro* (Mira, 2006), el libro-blog *La arquitectura de tus huesos* (edición en Internet, 2008-2009) y el poemario *Las esquinas de la Luna* (Eclipsados, 2009). Coordina la revista cultural digital *El cronista de la red*. Mantiene también los blogs *luisamiñana.blog* y *Un blog para Daniel*.

⁹ Los libros son archivos de subrayados y, en mi caso, de signos de admiración o de pregunta (herencia de mi pasado ajedrecista: es así como se evalúa la calidad de una jugada): “soy el hijo de todos y cada uno de mis antepasados y es mi destino ser, a cambio, su tardío progenitor”, afirma, solemne, Maalouf (y yo subrayé y yo dibujé una exclamación y un interrogante). Esa solemnidad posiblemente tiene que ver con la conciencia heráldica. El escritor es el último de una familia de escritores. Tiene a su disposición varios libros sobre los muchos siglos de la historia familiar. Y una maleta. Miles de cartas y de cuadernos: el archivo de su abuelo. La memoria es escritura. No sé si fue en Karak (castillo templario y aladinesco) o en Dana (reserva natural y transjordánica) donde anoté –una vez más– que mi familia materna destruyó el baúl de las cartas y las escrituras tras la penúltima mudanza; y que mi abuela materna, la penúltima vez que enfermó, en su habitación, tras una larga charla, me enseñó la vieja maleta con las fotografías y las cartas y los documentos de mi abuelo José. Una maleta vieja, rota, sin glamour. Una caja de cartón sin etiquetas ni orden. De ese material mínimo nació *Crónica de viaje*, donde he reconstruido la historia de mi abuelo en un híbrido de imagen y texto, en formato Google. Mi abuela no podrá leerlo, porque pertenece a la última generación –que se extingue– de analfabetos españoles. Del vacío materno surgió Australia. A partir de esas ausencias, en fin, quizás he ido construyendo mi obsesión por el registro, la necesidad de almacenar todo lo que escribo y publico, mis álbumes de fotografías, mis backups, los muchos años que le he dedicado a la no ficción, mis colecciones diversas. Aunque, a decir, verdad, siempre he sido un pésimo coleccionista. En la infancia y en la adolescencia compré compulsivamente cromos, sellos, monedas, cómics, juegos de rol, chapas de Spiderman, muestras de minerales y libros. Sólo estos se siguen acumulando en mi vida. De hecho, cuando en 2005 decidí regresar a Mataró después de dos años en diversos lugares de América, la imagen que me empujó con más fuerza fue la de mis libros ordenados en estanterías, después de tanto tiempo en cajas. Me rodean ahora, mientras escribo estas páginas. Soy perfectamente consciente de que su posición en esos anaqueles es absoluta, irrefutablemente provisional. Mi árbol genealógico no tiene raíces. Para él (para ellos) ningún pueblo, cortijo, piso o casa ha significado más que una etapa, un tramo entre dos mudanzas. Soy el primero que se licenció en una universidad. Soy el único que cree en la biblioteca y en el archivo.

Se me escapa, no obstante, el porqué de mi persistencia en coleccionar marcadores de lectura, puntos de libro, bookmarks, marcapáginas, porque en realidad utilizo el propio lápiz con que subrayo, cuestiono o admiro para recordar el momento en que la lectura quedó en suspenso, de modo que mi biblioteca es en realidad la cámara criogénica donde decenas de lápices aguardan la reanudación de las lecturas que les darán vida de nuevo, en nuestra era en que los lápices sólo sirven para subrayar, interrogar o exclamar, ya no para escribir” (Carrión, J. “Boormarks”. Rev. Letras Libres. Septiembre, 2009: <http://www.letraslibres.com/index.php?art=14029>)

COINCIDENCIAS POÉTICAS EN *JARDINES & JARDÍN DE NIÑOS*. LA PALABRA DE JUAN GELMAN Y JOSÉ EMILIO PACHECO

por Demetrio Anzaldo González

[...]
... El olor
a miseria o costumbre
pasa debajo de la cama que
no duerme y abre
los pensamientos. Qué
sucede en las aguas donde
lavamos nuestros rostros. [...]

Juan Gelman. *Mundar*: «Neblinas»

[...]
Huele el jardín a recomienzo. Despierta.
El agua baja a proseguir este mundo.
Vibra el rumor que me adormece. Me duermo.

José Emilio Pacheco. *Desde entonces*: «Jardín de niños, III»

¿Quién dijo que la cultura no tiene olor?

Juan Gelman. XXV

Al analizar la interrelación entre la palabra y la imagen, se constata esa inherente e íntima vinculación entre las artes y el lenguaje. Los estudios literarios en torno a esta, llamada por algunos críticos, *hermandad* (Corbacho) entre la palabra y la imagen, se han multiplicado a consecuencia de los cambios sociales, informativo-comunicacionales y tecnológicos. El énfasis de lo visual y sensorial en las ciencias, artes y humanidades está dentro de los primeros planos de la atención mundial. La llamada edad del espectáculo y de la informática continúa al auge sobre lo visual y sus efectos están en todo el planeta. Un sinnúmero de imágenes modifican el medio ambiente y los órdenes de vida dentro de los distintos imaginarios sociales y culturales. De tal manera que dentro de los espacios socio-culturales se crean, proyectan y adoptan o se reproducen las experimentaciones, creaciones y recreaciones realizadas en la naturaleza en la dinámica realidad cultural-espacial local y mundial. Uno de los cambios más relevantes es que:

«La crisis de las grandes ideologías totales (que no necesariamente totalitarias) que han dominado la segunda mitad del siglo XX, ha tocado fondo. Lo relevante ha sido el declive de las ideologías seculares tradicionales (dominantes durante la guerra fría), y su sustitución por formidables construcciones (o más bien re-construcciones) culturales de matriz religiosa, cultural-lingüística, étnica u otras, como fuerzas de movilización colectiva, uno de los fenómenos más contundentes de nuestro tiempo.» (Vilanova, 44-45).

Ante esta ola de cambios y novedades en la vida humana y en sus procesos culturales, la tradición y la vanguardia literaria también reciben dichas influencias y se enlazan dentro de esta emergente dinámica de cambio y experimentación, misma que se intensifica gradualmente dentro del desarrollo lírico de la vanguardia, del arte poético, en síntesis, de la poesía. Esta particular comunicación entre lo poético y lo visual la expone, apropiadamente, Carolina Corbacho Cortés, en su estudio, *Poesía y pintura en las letras hispánicas*, al señalar que,

«La alianza de las artes cuenta pues, con el soporte de una tradición teórica que contribuye a difundir y robustecer los lazos del parentesco. Sin embargo, su mayor aval se encuentra en el campo de la creación, puesto que es la propia escritura poética la que ha consagrado a lo largo de los siglos un espacio común para las letras y las bellas artes; un espacio acreditado por ejercicios de variada factura como el texto laudatorio, el retrato literario, la evocación de estilos y técnicas pictóricas, el caligrama, la poesía visual, o bien la consagración de géneros mixtos como la ilustración, el emblema o el teatro. [...] En todos ellos, la palabra y la imagen mantienen un juego de seducción (estimulado por la propia configuración del signo lingüístico), donde los códigos se fusionan y la escritura se convierte en objeto de la mirada.» (6).

Es esta doble intencionalidad, suscitada en ambos registros culturales y creativos, esa unión codificada y revelada por un «juego de seducción» lo que hace de la poesía un espacio regido por un azar siempre presente que intenta concretar la relación con la vida (Octavio Paz) y su triunfo por sobre la muerte (Gabriel García Márquez). La poesía se erige y rige de modo muy singular en esa atracción/seducción entre imagen y palabra, entre memoria y poesía, entre sueño y vigilia. De hecho y como lo explica Mario Calderón, «un poema es una macropalabra, un macrosigno lingüístico que utiliza una sociedad determinada como medio de comunicación estética».

A través del inexorable desarrollo del arte poético, gracias al sentir del poeta y a esa también necesaria comunicación entre las artes, se concretiza lo aprendido durante el largo proceso de la existencia humana y así lo han denotado los poetas a través de la historia. Susana Rotker, en su análisis de la obra de José Martí, señala lo asentado por el poeta cubano, aquello de que «el trabajo con el lenguaje debía ser “matemático, geométrico, escultórico”» (25). Martí, al igual que los pensadores, poetas, periodistas y público en general que vivían y veían, presentían y temían cómo cambiaban ciencias, artes, espacios, tiempos, modos y formas de vida, señalaría al punto la excelencia de la palabra y su uso dentro de su trabajo en consonancia con el desarrollo que en el arte significaron estos mismos movimientos sociales, culturales y civilizatorios del cambio de época de principios y finales de los dos siglos anteriores. Una época que levantaría ámpulas y llamaría la atención sobre los resultados adversos provocados por esa ilusión utópica fracasada a lo largo del siglo XIX. El anhelo de las ex colonias españolas de creerse sociedades libres, independientes, soberanas. Los ideales y esperanzas de los ciudadanos de los nuevos estados nacionales colapsaron y, al igual que los últimos vestigios del imperio español, fracasaron. La historia muestra una constante lucha fratricida entre las diferentes facciones opositoras y grupos de poder enfrascados en imponer un proyecto de nación ajeno a las realidades nacionales americanas. Si bien el continente desde El Río Bravo al del Río de La Plata fue sacudido tanto por liberales y conservadores, así como federalistas y unitarios, la supuesta liberación pasó a ser una dependencia ordenada, razonada, progresista e, irónicamente, nuevamente colonizada. Las hondas repercusiones y batallas suscitadas por genocidios, dictaduras, invasiones, expoliaciones y guerras cercenaron los sueños e ideales de los nacientes estados latinoamericanos. Los proyectos político-sociales cambiarían constantemente al depender de aquel o aquellos que estuvieran en control de los poderes de los gobiernos de las naciones americanas.

Dicha ilusión/situación se repetiría con creces en el siglo XX, puesto que éste también se caracterizó por la abundancia de estallidos sociales, martirios, masacres, marasmos y miasmas; así como por la mundialización de la muerte y de la violencia humana. A las revoluciones siguieron las conflagraciones mundiales, las inmisericordes guerras civiles y los movimientos independentistas, nacionalistas, separatistas, y de guerra de guerrillas; sin olvidar la llamada Guerra Fría entre el primer y segundo poder internacional. El mismo Pere Vilanova coincide en resaltar que «en el siglo XX se ha visto cómo colectivos humanos enteros se han adherido, de un modo u otro, a procesos subjetivos de matriz ideológica secular, de tipo social, institucional, político, etc.» (45). En esta misma naciente centuria globalizadora, Mary Kaldor ha señalado en su lúcido ensayo *Haz la ley y no la guerra: la aparición de la sociedad civil global*, este incesante belicismo masculino y nos advierte que éste es una constante en la historia del mundo: «la guerra sigue siendo una herramienta de los tiranos y de los extremistas, una manera de limitar la sociedad civil y reconquistar territorio, pero de modos muy novedosos». (79). Esto mismo había sido ya advertido por el mismo

Edward Said en su ensayo titulado *Contra Mundum*, donde asienta:

«In other words, the Twentieth century saw, along with the appearance of genocide and total war, a massive transformation of intellectual and cultural terrain. Discussions of narrative moved from the status of story to the hotly debated and fought-over question of the nation and identity. [...] Language, too, was an issue as was its relationship to reality: its power to make or break facts, to invent whole regions of the world, to essentialize races, continents, cultures.» (483).

El mundo sangriento y brutal de los siglos XIX, XX y XXI marca a la vida, a la muerte, a la historia humana. En el mundo de las imágenes, de las artes, las transformaciones del mundo industrializado, provocaron que:

«When the age of mechanical reproduction separated art from its basis in cult, the semblance of its autonomy disappeared forever. The resulting change in the function of art transcended the perspectives of the century; for a long time it even escaped that of the twentieth century, which experienced the development of the film.» (Benjamin, 226-227).

Afectada también por los cambios mundiales y culturales, la palabra poética, la poesía, toma forma y se retroalimenta de la realidad del mundo. Inmerso en este acontecer, el poeta, re-toma/recrea lo vivido «...precisando el consuelo de la poesía [...] para emitir desde su baluarte los signos de una visión del mundo como decadencia y disolución, expresando una fe lánguida y exangüe, de cuyo progresivo vacío se alimenta la creciente exaltación de su ironía demoledora». (Cervera, 5).

*El otoño se decolora, triste,
cuando poetas hábiles
en la abyección pisan la
poesía, su fuego,
por un puestito...*

Juan Gelman. *Mundar*: «Habilidades»

En *Fin de siglo y otros poemas*, Roberto Fernández Retamar lleva a cabo una afortunada e interesantísima observación histórico-literaria creando un prólogo que va incidiendo sobre la vida y los trabajos de Juan Gelman y José Emilio Pacheco, a quienes los presenta como miembros de la generación del 59. Sin embargo es la historia misma la que ha demarcado la ruta y la creación poética en ambos escritores; puesto que, no sólo ha sido la Revolución Cubana lo que ha influenciado la obra poética de ambos creadores sino, como ha reconocido el propio Fernández Retamar, en el caso de Gelman ha tenido gran impacto «la traumática vida argentina, no sólo de las últimas décadas, con años siniestros, sino casi toda su existencia, desde los intentos de fundación nacional». En el de Pacheco ha influido «la compleja vida mexicana que encontrará en él un cronista explícito y implícito». (8). Esta coincidencia histórica y literaria en la que se encuentran las voces de José Emilio Pacheco (Ciudad de México, 1939-) y Juan Gelman (Buenos Aires, 1930-) es singular, espacial-especial; así como también perteneciente al influjo de las ondas de una realidad cambiante/calamitosa que vivieron en su momento, un mundo compartido desde sus primeras andanzas por la tierra. Porque, agrega el mismo crítico cubano,

«Gelman proviene de una línea donde son audibles (además de letras de tango) Vallejo y Raúl González Tuñón; y Pacheco es exponente de otra línea con raíces más antiguas –sor Juana– y quizás más complejas: Reyes y Borges, y además (no en balde es nueve años más joven que Gelman) Cardenal y algunos poetas cubanos de evolución posterior a 1959.» (8).

El logrado quehacer poético matizado por los tiempos y espacios vividos y recorridos por los poetas arroja una creatividad múltiple impregnada de vida, de muerte. Es una poesía que nos habla de triunfo, fracaso, exilio, aventura, nostalgia y utopía. Vicente Cervera Salinas, al igual que el crítico cubano Roberto Fernández Retamar, ha señalado las semejanzas, cualidades y calidades del arte poético tanto del poeta mexicano como del argentino, al afirmar que:

«José Emilio Pacheco y Juan Gelman, modernos bardos de la poesía hispanoamericana, labran ese arduo cristal de la palabra lírica no ya con el ánimo de fundar poéticas ni encarecer la ontología de la creación, sino con el ejercicio humilde y furioso, a la vez, del cronista trovador. Un trovador sensible pero distanciado, que cuenta y canta con perplejidad en tiempos de abandono y ruindad, y compone su partitura con el bajo continuo de la tradición poética europea, donde resuenan reavivados los acordes de un mundo de disonancias y desarmonías.» (14).

El lugar que ocupa este arte poético mexicano-argentino dentro de un mundo disonante y desarmonizado, forma ya parte de la infinita y compleja historia del México presente y futuro, del mundo y de sus múltiples pobladores. No ha sido fortuito el hecho mismo de que a ambos poetas se les haya conferido el premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, primero a Gelman en 2007 y luego a Pacheco en 2009. El mismo espacio literario compartido se extiende al geográfico, cultural y social. Al ubicarse y re-ubicarse respectivamente en la siempre convulsionada y esperanzadora realidad *sui generis* de la ciudad de México, se encuentran compartiendo un amor por la poesía y una amistad que los une todavía más. La capital mexicana es tanto para Pacheco como para Gelman como un cruce de caminos; una encrucijada marcada por un destino conformado por los mundos pasados y presentes, un cosmos lleno de aquellos caminos andados y, de esos otros, desandados que los han conducido, una y otra vez, por entre las vertientes culturales, histórico-literarias de un muy coincidente universo poético.

*En un rincón, el viento
mueve la sombra de las hojas*

Juan Gelman. *Mundar*: «La manzana»

*La poesía es la sombra de la memoria
Pero será materia del olvido.*

José Emilio Pacheco. *Irás y no volverás*: «Escrito con tinta roja».

La poesía ha mantenido una lectura sobre la vida humana que no deja que la memoria histórica se pierda y, además, ha servido como de un registro mucho más verosímil de lo que acontece y ha acontecido en nuestras sociedades; puesto que en ésta se dan cita y se comunican ciencias, artes, mitos, tendencias e ideologías. Del mismo modo, los seres humanos hemos tenido otra lectura sobre la poesía y en la crítica literaria tenemos una observación más precisa que reafirma la importancia de la perspectiva y del momento de unidad entre lectura y escritura poéticas: «La significación de la poesía, si alguna tiene, no está ni en los juicios del crítico ni en las opiniones del poeta. La significación es cambiante y momentánea: brota del encuentro entre el poema y el lector.» (Paz, 34). Lo que en este trabajo se presenta, es fruto también del azar, la suerte en una especie de colapso suscitado por el tiempo, el lugar, el espacio del tiempo y de la memoria en movimiento y creación; la de ellos, pero en conjunción con la propia, la de cada uno de nosotros al leerlos en su poesía. Sin lugar a dudas, se comparte colectiva e individualmente el fruto de la labor y creación humana de los poetas aquí honrados. Pacheco lo ha dicho y la crítica literaria acude a la cita y hace eco de sus planteamientos; porque, «as a true poet-critic, Pacheco writes both the poem and its gloss, the rule and its exception.» (Friis, 17). Esto, es algo más de lo que distingue a su poesía cambiante, al poeta mismo que nos comparte ideas:

«Respecto a lo que escribimos pueden tomarse dos actitudes y no existe un terreno de conciliación entre ambas: se cree que cada página es sagrada y no debe alterarse jamás; o bien se piensa en la poesía no como creación eterna sino como trabajo humano, producto histórico y perecedero: por tanto susceptible de mejorarse. No acepto la idea de “texto definitivo”. Mientras viva seguiré corrigiéndome.» (De *Tarde o temprano*).

Pacheco asume un verso, su universo producto de las políticas y planteamientos ideológicos de cada época con toda su cauda de remolinos y desaciertos.

La poesía mexicana en el presente siglo XXI se consolida por medio de la imagen y la palabra. La libertad creadora que éstas postulan, logran atraer la mirada del espectador/lector y la llenan de

formas, colores, sensaciones, emociones y registros necesarios para volver a mirar lo visto y devolver la mirada hacia la realidad circundante y apreciarla mejor, en otra magnitud, en otro nivel de comprensión. La poesía nos ayuda a abrir los ojos y constatar que la realidad material vista sensorialmente es parte de un proceso cognoscitivo de la vida y del vivir/sentir del poeta, de sus emociones y de su integración/comunicación con el medio ambiente, el entorno, con los demás. El poeta en su obra intenta capturar la realidad y sentimiento circundante, el acontecer en la vida de sus habitantes, en la historia propia y en la otra historia, la del siempre escurridizo lenguaje; porque,

«Language is not an insignificant issue, however. I understand the relationship between languages and social structure to be somewhat circular. Language both reflects and creates realities. One reinforces the other, but neither by itself is totally explanatory of power relationships.» (Dickey Young, 512).

Ambos poetas estudiados aquí, Juan Gelman y José Emilio Pacheco, son marcados por esta situación caótica y sin sentido donde las esperanzas, sueños, utopías y confianza en la creación y superación humana quedaron rotas o a medio camino. El desenfrenado uso de los poderes sigue impregnando por sobre los mismos hombres y mujeres de la historia. Esta lectura sobre los dos poetas, escogidos en el presente ejercicio, nos habla de ese momento justo a partir del cual se recrean «las relaciones» y «los usos» de la palabra; donde la misma queda:

«Expuesta a la intervención del lector y a la acción –calculada o involuntaria– de otros elementos externos, también saca partido del azar y de sus leyes, provoca el accidente creador o destructor, convierte el acto poético en un juego o en una ceremonia y, en fin, pretende restablecer la comunicación entre la vida y la poesía.» (Paz, 11).

En general en su poesía tenemos una constatación de la creación/preocupación por la destrucción de la vida y la cultura humana. Se habla de un ser sufrido y sufriente en su mundo, de lo material y lo inmaterial, de la música y del silencio, del espacio conocido y de lo desconocido; en síntesis, del vivir mismo de la palabra. Ciertamente, en la poesía de Juan Gelman y en la de José Emilio Pacheco hay historias que nos hablan, que comunican y de las que formamos parte desde siempre porque pertenecen a este mundo y, por ende, algunos de los rasgos característicos dentro de su poesía aluden directamente a esa oprobiosa y apocalíptica situación que rodea a los seres humanos.

*¿Volverá el aire
a iluminarse?*

José Emilio Pacheco. *Desde entonces*: «Jardín de niños, IV».

Por principio de cuentas, el poeta Juan Gelman habla intensamente del sentimiento y de la fuerza de la palabra, y de su palabra. Y al cuestionársele, cómo en variadas ocasiones su voz emocionada proyecta una clara luminosidad y un sentido poético fervoroso e íntimo, explica que el arte revive y trae a la memoria imágenes de lo vivido, del pasado inserto que la poesía logra mantener presente, sacando a flote aquello que yace en lo más profundo de cada ser humano. El amor al primer ser que nos da la vida, el amor a la madre. Es ésa, la fuerza amorosa hacia la autora de nuestros días, la que nutre sentidos, la que alienta sentimientos, la que aprende a recuperar los mundos pasados y a nunca dejar de ser o de intentar seguir siendo un niño jugando en los jardines de la vida. «Madre que / cocinabas distancias / en las ollas del día. / Todavía me hablás / por las grietas del tiempo» (Juan Gelman. *Mundar*, «Novedades», 99).

Es por ello que la pauta poética, tono y brillo de la palabra del poeta rinde homenaje a la madre, a la vida, al amor justo e imperecedero de saberse parte de ella y convivir de nueva cuenta en esa otra vida llamada también de la infancia. Porque «Gelman comparte plenamente el tópico de la poesía como anhelo de vuelta a la infancia: nostalgia, una vez más, de lo pasado (propio o ajeno), y que se quería proyectar hacia el futuro» (Martín, Elena, 98).

Este personal sentir con el que Gelman da forma a su arte poético lleva, en su constitución y fondo, aquello reconocido por Saúl Yurkievich, quien logra compartir lo que diferencia y hace espe-

cial a la poesía de su compatriota. La semejanza con el arrebatado y siempre imprevisto devenir de la realidad humana, «Por temor a la muerte se ausentan, según Gelman, de la vida, de su irrepetible tránsito, de esa consumación fogosa de ese conmovedor desgarramiento.» (Yurkievich, 311). Asimismo, el propio poeta argentino señala lo que es para él su arte, ese arte tan propio y a la vez tan extraño; puesto que su compromiso es con: «la poesía, pero yo prefiero a la poesía casada que a la comprometida. A la poesía casada con la poesía» (Tejeda, 2). Porque «la poesía es un ejercicio de la falta en cualquier lugar del mundo. Hacer poesía es un ejercicio de coraje triste» (Gelman, 2005, 16). La fuerte convicción del poeta es compartida con la comunidad y en contra de los bestiales poderes imperantes; es un eco prolongado que acerca a los pueblos intentando desbaratar las ideologías y, al mismo tiempo, presenta las visiones provocadas por las luchas en las que se asesina a los hermanos. El poeta encara al mundo y anuncia que:

*Esto que tengo de niño fundamental
se me rebela, quiere
llorar en los rincones, desgarrarse
la frente, la mejilla,
olvidar el cuaderno donde dice
mamá con letras tiernas
y hay una dulce vaca de tres patas.*

*Hermanitos, ¡qué nuca perseguida
la vuestra y cómo duele
aprender a contar por bombarderos
y el cielo de pizarra!
¡Cómo duele, hermanitos,
Saberse de memoria la h de hambre
Y saberse la muerte de memoria
Y saberse a los yanquis de odio puro,
Cómo duele, hermanitos!*

[...]

Juan Gelman. *Niños: Corea 1952*

Este verbo emotivo salpicado de sangre, de dolor, de tristeza y de las tragedias del remolino de la vida y de la muerte, acciona una respuesta casi instantánea tras su lectura, tras su comunicación con el público lector. Éste, logra identificarse con esta palabra llena de amor, vida, sentimientos y memorias de la misma gente luchando inmersa en el marasmo de lo cotidiano, lo local y lo mundial: la guerra de los hombres. No obstante, y a pesar de todo, confía, cree y mantiene viva la esperanza en ese futuro que se presiente, que se siente, si no mejor, sí más humano; porque como lo afirma el propio poeta al final de su poema, «Mirénlo desde aquí: (con amargura) –Yo fui como él./ Mirénlo desde aquí: (con alegría) –¡El no será como yo!/ ¡Defiéndanlo!»; «el paraíso perdido está adelante, no atrás» (Muleiro, 3). La alegría se hace presente como el regalo que nos da la palabra versada/envuelta en la utopía. Como lo anuncia el mismo Juan Gelman: «que le voy a hacer, soy un esperanzado sin remedio. Es un intento de dar existencia al futuro y por lo tanto también al presente. Es ese futuro con el que soñamos muchas veces en otras épocas». (Muleiro, 3).

Todos estos elementos culturales que ha traído a la memoria la presente lectura de la creación poética de Juan Gelman, se ven condensados y concretizados de un modo singular en su poema titulado *Jardines*, mismo que forma parte de su trabajo de poesía *Mundar* (2007) al que José Emilio Pacheco describe como «un libro que tanto quisiera haber escrito». Hay en este libro enlaces y alusiones a «numerosas imágenes dislocadas y distintos tonos imposibles de repetirse ni de imitarse, pero cuyas flechas van directo al corazón y al alma o amplían la casa de la imaginación.» (Marco Antonio Campos). Dentro de esta obra «de reconciliación y de reconstrucción» (MAC), *Jardines* no es tan sólo un poema utópico/llano, al que muchos ven como el del origen, del paraíso o el Edén, sino un poema lleno de palabras e imágenes que nos llaman la atención y nos proyectan

las sombras y luces de esas otras imágenes y palabras del poema *Jardín de niños* de Pacheco creado en el año de 1978. Mediante el azar se ha fusionado la creatividad humana hecha lenguaje, se ha transparentado llaneza y esplendor de la palabra: la poesía.

Los dos poemas, muy diferentes en la forma, se identifican en el fondo, en la sensibilidad y fuerza crítica de una palabra dialógica. Son composiciones simbólicas anunciando que el futuro es ahora y que el presente está lleno de mitos, memorias, sueños, simetrías y, por cierto, asimetrías. Las temáticas de los versos refunden creación, recreación y desolación/destrucción; hay una refundación en ambos poetas que buscan, a partir del origen, unirse al incierto caminar del hombre a lo largo y ancho de un mundo angustiante y doloroso. Volver a *Jardines* y *Jardín de niños*, es volver sobre pasos perdidos (la infancia/ la vida pasada) reencontrándola para metamorfosear a esa vena poética que les ha dado vida. Es un verso proteico que sigue arengando la esperanza en el constante renacer de la vida y de un mejor futuro para los hombres que desfacen entuertos. La intensa imagen del niño poeta que vive y muere por el verso se repite tanto en la poesía de Juan Gelman como en la de José Emilio Pacheco y es uno más de los hallazgos de esta historia, de esta idea compartida repetida ya anteriormente en la misma tradición literaria española (Cernuda, Frieris, Carrillo Juárez).

Jardines consta de 39 palabras en total. En el poema, se pueden observar 9 verbos y 9 sustantivos que forman tres oraciones compuestas en las que los tropos y figuras propuestas logran incrementar el dinamismo y metamorfosis de las mismas imágenes e ideas impresas por la palabra; mismo que a su vez está cargada de nostalgia, sentimiento y sentido. Treinta y nueve años tenía Pacheco en el 1978, treinta y nueve palabras que se cruzan en el tiempo, pero eso es visto en otro tiempo, en otro espacio, ahora volvamos al presente.

Es el tiempo presente el que se usa para nombrar y describir acciones, las acciones de un hombre que siente y conoce su entorno, el mundo. «En el *mundar* Gelman ha encontrado que las infinitas atrocidades del hombre contra el hombre desmudan un mundo que acaso alguna vez fue hermoso y que en el sueño de la utopía quisiera devolverlo al paraíso original». (Marco Antonio Campos). El ser inmerso en la naturaleza que describe origen, transformación, desarrollo y final de la existencia humana acompasando un caminar por los senderos de la cultura, de la razón. En este poema hay también dentro un libro, (que no nos sorprendería que apuntalara a ese otro llamado *Las batallas en el desierto*) que describe una historia presente dentro de la incertidumbre eterna del hombre. Por ello, en *Jardines* se reproducen también,

*Los sentidos
reducen el jardín a su imagen,
lo retiran a una criatura que
entra en la sangre y vuela. Es
una alegría que no sabe
decir qué es. Calla
sobre las aulas del desierto,
su libro, ya.*

Juan Gelman. *Mundar*: «Jardines»

Es una especie de una continuada coincidencia el que sean *Los sentidos* los que apunten al origen del hombre, el ser que transforma su medio, que se metamorfosea, el que no sabe qué es lo que le anima y alegra. El ser humano *que no sabe decir qué es* o quién es; del por qué de las cosas de la sangre, el que ignora lo que está más allá de la vida y muerte mismas. Ese ser que sabe que su libro de vida sopesa y sobrelleva el conocimiento sobre ese desierto que es la memoria/mente, la razón, pero que también es el vacío, el silencio, el tiempo de decir *ya* (basta). Es sin duda una coincidencia que un ser literario nos muestre, en síntesis, todo lo que es un proceso de vida y su complemento de muerte en el ser histórico/humano. En el *Jardín de niños* de Pacheco acontece algo muy semejante. Los extremos y los temas se tocan, si no son los mismos, sí son muy parecidos. La palabra, la poesía, *su libro sobre las aulas del desierto ya calla...*

*¿cada recuerdo se consume en su llama?
¿eso es la memoria?
¿suma y no síntesis?
¿ramas y nunca árbol?
¿pie sin ojo, mano sin hora?
¿nunca?*

Juan Gelman. *Carta a mi madre*

Es así como se establece un espacio en donde, éste mismo, es el lugar propicio para unir tiempos y realidades en un instante eterno del presente continuo, del discurrir poético. *Jardines* (Mundar, 2007) y *Jardín de niños* (Desde entonces, 1978) son, de esta manera, espacios que a treinta años de distancia entre sí mismos, nos siguen ofreciendo imágenes del mundo y del acontecer dentro de las geografías humanas emplazadas en un movimiento constante que terminan por unirse en una sola acción, la acción de poetizar, de describir la vida, su vida. Es este mismo ejercicio de la palabra y de las imágenes en movimiento que nos ofrecen los dos poetas, donde se convalida la fuerza y convicción que hace de la poesía un espacio por medio del cual se vislumbra una realidad inatrapable, pero que alcanzamos a reconocer. Con ello se confirma la afirmación hecha por José Martí: «Las obras literarias son como los hijos: rehacen a sus padres» (Susana Rotker, 29 del Prólogo al Poema del Niágara).

Por consiguiente, las imágenes no son gratuitas, tienen tiempo y lugar, y apuntan a caminos recorridos anteriormente como testigos de su tiempo. Otra de las coincidencias relevantes, aparte de los títulos dados a los poemas considerados (*Jardines*, *Jardín de niños*), son los mensajes, usos y costumbres al nombrar a sus poemas y que vuelven a encontrarse al pasar de los años. La misma poesía de Gelman recorre lo transitado anteriormente, o va por caminos muy parecidos a esos otros caminos, desplazamientos y proyecciones que ha propuesto la palabra del poeta José Emilio Pacheco, tanto en su *Jardín de niños* como en su experiencia y creatividad poética toda y viceversa; como se aprecia en la siguiente cita,

«Leer es desear la obra, es querer ser la obra, es negarse a doblar la obra fuera de toda otra palabra que la palabra misma de la obra: el único comentario que podría producir un puro lector, y que le quedaría, sería el “pastiche” (como lo indicaría el ejemplo de Proust, afincado a las lecturas y a los “pastiches”). Pasar de la lectura a la crítica es cambiar de deseo, es desear, no ya la obra, sino su propio lenguaje. Pero por ello mismo es remitir la obra al deseo de la escritura, de la cual había salido. Así da vueltas la palabra en torno del libro: *leer, escribir*: de un deseo al otro va toda literatura.» (Barthes, 82).

Echar una mirada a *Jardín de niños*, es mirar a través de espacios donde los ojos vuelven al pasado a una historia, a un mundo conocido-reconocido, a un lenguaje que se lee, se escribe y se desea concretizar, volver a crear y creer en él mismo. Resulta interesante observar, desde el punto de vista tradicional, que al argumentar la prevalencia de la palabra, del verbo, se revierte la mirada hacia el origen y de cierta manera, al mito de la creación del mundo, al momento de la creación del universo, del ser humano. Lo anterior se observa al comienzo mismo del poema: «Abrir los ojos. Aún no hay mundo. Cerrarlos» porque aquí se reconocen de nuevo los sentidos y los sentimientos, la fuerza, el amor filial, la infancia, el juego, la esperanza, la realidad, el dolor, la postura crítica, la falta de amor, el dolor, la muerte, la agonía, la destrucción y el apocalipsis de la palabra que forma y condiciona al ser en el mundo. Es bien sabido que *Jardín de niños*, fue concebido como un libro-objeto en colaboración con Vicente Rojo, publicado éste, en el año 1978. Jaime Moreno Villareal, aporta una somera explicación al postular que el poema,

«Es de composición casi contrapuntística: el poeta y el pintor extienden dos versiones encontradas de la infancia, dispuestas a modo de cuaderno escolar y álbum de recuerdos. Ambos artistas calan en lo más personal, en el origen [...] un resumen de la precariedad y el horror que hubo enfrentado: ésas fueron las primeras luces ofrecidas a sus ojos.»

En éste, engarce entre grafía y color, se señala, además, lo acontecido y por acontecer dentro de esta dinámica poética de creación/destrucción entre las diferentes generaciones entre las diferentes

artes la apuesta por la vanguardia y la transformación/superación del arte, de las artes. El impacto visual de la palabra del poeta homologa a las imágenes del pintor. Al hablar de los cuadros de Vicente Rojo, Juan García Ponce nos confirma que:

«El artista ha logrado poner en su obra, hacer evidente en su obra, es armonía secreta que su propia existencia hace de pronto tan inmediata. Ésta es, en los términos más directos, una de las virtudes más fácilmente reconocibles de la pintura de Rojo: no necesita explicación, está presente y se muestra como un objeto cualquiera en el mundo, como un árbol cuya apariencia se nos entrega y al hacerlo le da vida a la belleza. Sin embargo, en las obras de arte, en los cuadros de Vicente Rojo, esa presencia no es natural, es un producto de la voluntad del artista, es una creación humana.» (8).

Vicente Rojo refiere, en relación a ese momento tenso y tenebroso vivido en la infancia que se encuentra en el poema, que «una de las (imágenes) más fuertes, es la de los niños muertos por los bombarderos; y la recuperaré también en el libro *Jardín de niños* que hice con José Emilio Pacheco.» (Cherem, 2). «La sombra de la memoria», «la sombra de las hojas» al igual que las formas y colores de Rojo, no necesitan una mayor explicación: *son creaciones humanas*. La palabra poética de *Jardín de niños* lo confirma:

*Generación
de los nacidos entre tumbas
al resplandor
del incendio del mundo.
[...]
de millones de niños muertos.
La sobrevida
será para los otros muerte en el alma.
Y es su tarea
dejar escrito en agua su testimonio*

José Emilio Pacheco. *Desde entonces*: «Jardín de niños»

Es decir, la palabra poética, el sentimiento y voz de Pacheco habla desde y hacia los mundos pasados y presentes para proponer una palabra que haga evidente no sólo la particularidad del origen y comienzo de la vida humana, ni de la directa y eterna relación entre muerte y vida, sino que describe también la rebeldía, la concientización del sufrimiento ante la catástrofe del hambre, exterminio y agonía del hombre. Este ser que ha dejado atrás su infancia pero que confía todavía en la fuerza y liberación de la palabra, en la conciencia que desde el poema surge con la claridad de comprender, de elaborar juicios no importa la edad. El niño entiende, se ve en el espejo de la memoria y alcanza el reconocimiento, el autoanálisis desde donde oye su propia conciencia de hombre que expresa testimonialmente su impotencia y frustración por no poder acabar con las maldades e irregularidades del mundo, de ese *Jardín de niños* que se habita sobre la tierra. *Desde entonces*, si:

*Si nada sobra, nada falta: hay comida,
tienes un lecho, ropa limpia,
cuadernos de dibujo, libros, juguetes.
Por un azar incomprensible te tocó en suerte nacer
del otro lado de la muralla, en los márgenes.
Pero de cualquier modo no te baña la lluvia,
no sufres hambre,
cuando te enfermas hay un médico; eres querido.
y te esperaron en el mundo.
Son muchos*

*los privilegios que te cercan y das
por descontados. Sería imposible pensar
que otros no los tienen.
Y un día
te sale al paso la miseria. La observas
no puedes creer que existan niños
sin pan, sin ropa, sin cuadernos, sin padre.
Te vuelves y preguntas por qué hay pobres.
Descubres
que está mal hecho el mundo.*

José Emilio Pacheco. *Desde entonces: «Jardín de niños, XI»*

En el mundo poético de Pacheco, como lo ha estudiado Andrew Debicki, «la realidad descrita crea un impacto concreto y tiene un valor aparte de su sugerencia alegórica» (236). El despertar, la infancia, el origen, los fragmentos del todo de la vida que se sustenta y a la que se alude forman un todo que se sabe incompleto, que no ha logrado cambiar ni lo pasado ni lo presente; el mundo sigue siendo injusto, sigue estando *mal hecho*. La vida continúa siendo una memoria que se hace, como el mismo hablante lírico, una parte del mundo real y del presente que se vive. Como en el apartado XVI del mismo *Jardín de niños* donde la mirada reflexiona ante un antes y un después:

*Recuerdos de la infancia como el eco de un pozo.
Inquietud
de quien surge y destruye todo.
Niño que sin saberlo
quiere rehacer el mundo y, cansado
de exterminar las cosas del viejo orden,
se pone
a esculpir su utopía inconsciente: dibujos
en un cuaderno,
trazos geométricos, ciudad justa, visiones
de una tierra alcanzable.
O si no puede
con el dibujo,
intenta
inventar las historias que ajusten los fragmentos
del gran rompecabezas: la realidad,
y ordenen
sensación e impresión.
Y queda al margen
de los actos.
Su hacer
Se añade al mundo pero no lo transforma.*

José Emilio Pacheco. *Desde entonces: «Jardín de niños».*

Estas son imágenes que retratan la vida pasada y un pasado que se recupera pero que ya no existe, más que en la memoria muy particular del yo poético que habla y del otro ser que se describe. Se recurre a la memoria como una manera alternativa para comprender y aprender a vivir con un pasado que no logra acabarse, con el dolor de una infancia perdida y de una nostalgia por los tiempos idos. El sentimiento y la sensibilidad de las imágenes propuestas logran, a través de la palabra escrita, transmitirnos la calidad humana de un ser poético en lucha constante por seguir siempre adelante, adentrándose en el espacio de la palabra creativa, en la creación misma, en la

utopía: «Somos los peces de este ahora que vorazmente se/ transforma en entonces. Los prisioneros, los/ reducidos a soñar un futuro que otros muchos/ soñaron y ya es este presente miserable.». (XIX). Es interesante observar que a lo largo del poema la resistencia/vitalidad del hablante lírico se intensifica cuando siente que el tiempo ya no es tan flexible como parecía, que la vida se agota, su sendero se agosta y por ello es necesario asegurarse de que se ha dicho lo necesario para ser y lograr una imagen recíproca del movimiento libre y llano ejecutado gracias a la poesía.

Es nuevamente la palabra en *Jardín de niños* la que se yergue sobre el fracaso humano; porque,

*Ahora definitivamente es otro mundo.
Aquellos años
en que irrumpimos sin saber adónde parecen
tan lejanos como el diluvio;
y no obstante
aún prosigue la gran matanza.
Se extiende el hambre
cuando todo está aquí para vencerla.
En el sur de América
hay campos de tortura e inmensas fosas
se abren en nuestras tierras como en Auschwitz;
el tiempo
no pasó en vano:
se perfecciona el exterminio.
Aunque todo esto
no servirá de mucho
ante el valor humano, frente a la decisión
de alcanzar un futuro.*

José Emilio Pacheco. *Desde Entonces*, «Jardín de niños»

Cada estado social trae su expresión a la literatura...

José Martí, *El poeta Walt Whitman*

La poesía de José Emilio Pacheco tanto como la de Juan Gelman contiene intensas, sentidas y sensibles realidades, memorias, mitos, e imágenes que dialogan y conviven directamente con un presente incierto. Dicho presente les imprime ritmo, vitalidad y pujanza a éstas, sus creaciones literarias que luchan por comunicar y comunicarse con esas otras realidades abstractas/materiales pululando, existiendo, transformándose en nuestros universos ideales, utópicos. Como ha dicho Juan Gelman, «la misma historia demuestra que hay flujos y reflujos y que la expectativa vuelve. Todo esto tiene que ver con la utopía. La utopía jamás se cumple, fracasa, pero deja una renovación y la idea imperiosa de retomarla. Pero yo no creo que vea ya otra etapa de renovación» (Muleiro, 3). El sentimiento y sensibilidad que nutre y alienta este particular lirismo idílico compartido es parte de esa memoria subjetiva especular con la cual se crea y da forma a una palabra incisiva, crítica, cambiante que condiciona nuestra mirada y lectura presente: las cosmomemorias. Es decir, las pasadas historias humanas dentro de la diversidad cultural y geográfica creadas por una memoria especular reescribiendo el pasado desde el presente; porque las vicisitudes de la vida y de la muerte, la lucha por la sobrevivencia son una constante a lo largo de ésta, su poesía. Son memorias humanas/mundanas acaecidas a lo largo de la vida.

Al mismo tiempo, son creaciones que nos enseñan a mirar la realidad de otra manera, a hablar recreando/visualizando sus mundos creados, re-apropiándonos de la vida en ellos; porque Juntos (Pacheco, Gelman, nosotros):

[...] Somos pedazos del viaje universal, diferen-

*tes, contrarios, las mismas olas nos arrastran.
Iremos a parar a cualquier playa. Vamos a hacer un fuegui-
to contra el frío y el hambre.
Vamos a arder bajo la misma noche.
Vamos a vernos, ver.*

Juan Gelman, XVII

Así como Juan Gelman con la palabra arrastra, invita y da vida a un nosotros poético dinámico, rebelde y libre, la poesía de José Emilio Pacheco conlleva coincidentes sentimientos y sentidos, puesto que también conmina aliento, lucha, una voz libre y viva que resurge de las cenizas del polvo humano para seguir perfilándose entre un nosotros, en un lugar desde donde *nadie avanza solo*; porque *o somos*

*[...] los guijarros que avienta el mar y
caemos
en la playa que no elegimos, entre sargazos
y los grumos letales del petróleo. Aquí está
la sequía que nombran el desierto. Es preciso
atravesarlo de sol a sol. Llegaremos
al otro mar a que nos cubra la muerte. Entretanto
el camino es la meta y nadie avanza solo
y el agua se comparte o revienta. No hay
minuto que no transcurra.*

Adelante.

José Emilio Pacheco. *Desde entonces*: «Jardín de niños, XX»

Es así que en este cruce de caminos entre versos e imágenes, entre hombres y niños, que siguen estudiando y siguen siendo rebeldes, volvemos a mirar al ser de la poesía que es y no es un árbol, que es y no es una sombra, que quiere ser y no quiere ser un niño pero que, definitivamente, es poesía. La palabra de Juan Gelman y José Emilio Pacheco es una palabra cálida que calla en el tiempo y que encalla en el espacio de los sentidos/sentimientos para conmover y liberar de su propio peso a un vasto cúmulo de imágenes que se van sucediendo y que nos hablan del origen y del destino de las cosas del hombre. El ser que cruza la vida solo es el mismo ser que ha abandonado la añeja torre de marfil para encontrarse a mar abierto con el grupo de los hombres; porque tanto ellos como nosotros tenemos la oportunidad de cambiar y transformar al mundo, ese *mundar* que también es nuestro *desde entonces*. La poesía acude al llamado de la materia, de la práctica, de la convivencia y del sentir humano. Si Pacheco «is a fish as odd and amphibious as the axolotl. His habitual lucidity sees through all the mud and upset at the bottom of our modern times, and those turmoils of modern literary alliances and iconoclasms» (McWhirter, VIII). Esta tesitura política, este mismo sentir social se aprecia y es compartido, coincidentemente, por el propio Juan Gelman:

«José Emilio es un narrador admirable, es un crítico profundo y todos extrañamos los textos que solía publicar semanalmente en *Proceso*. Pero José Emilio es sobre todo y ante todo poeta, un poeta querido, admirado, uno de los poetas más eminentes en lengua española, es natural que se le haya otorgado un premio que lo honra tanto como honra al jurado por haberlo otorgado y al premio mismo. José Emilio, muchas felicidades, pero muchas» (Montaño Garfías, 3).

Libros tan bellos, versos tan libres, invitan al agradecimiento a ambos poetas. Sus versos y palabras finales tanto en *Jardines* (ya) como en *Jardín de niños* (*Adelante*) nos señalan un optimismo y una esperanza por el mundo futuro, pese a todo y en contra de la violencia misma y los yerros humanos. Sin embargo, lo singular y que más llama la atención en esta coincidencia poética y conciencia política, es su ferviente deseo por unir los extremos y liberar las potencialidades de

una palabra desafiante, rebelde, humana. En ambos poemas y, por extensión, en la poesía vida/vibrante de *Mundar México*, 2004-2007 así como en la *Desde entonces* (Poemas 1975-1978), convergen los anhelos de ambos poetas por hilar y unir los extremos de la vida y la muerte. Por ello, en sus textos hay continuidades y alteridades; es decir, su palabra construye/destruye espacios e identidades en el presente etéreo-material de su memoria y la del mundo. Sus voces se hacen tan personales, tan perennes, tan sublimes, tan esperanzadoras. El mundo es para ellos un presente y ambos un presente para el mundo. Estos nombres/hombres y estas sombras/obras reinventan afortunadamente a la poesía del mundo: sigamos aprendiendo, sigamos viéndola, sigamos siendo los estudiantes eternos y aprendamos de los maestros.

© Demetrio Anzaldo González

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland: *Crítica y verdad*. (1971) México: Siglo XXI, 1998.
- Benjamin, Walter: "The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction". *Illuminations*. New York: Schocken, 1969: 217-251
- Calderón, Mario: "Otra mirada Fin de siglo, de José Emilio Pacheco". [www.alforjapoesia.com/monografico/contenidos/monografia 38.pdf](http://www.alforjapoesia.com/monografico/contenidos/monografia%2038.pdf)
- Campos, Marco Antonio: "Juan Gelman: poesía con pájaros". *La Jornada Semanal*. Domingo, 4 de noviembre de 2007. Num: 661
<http://www.jornada.unam.mx/2007/11/04/sem-marco.html>
- Carrillo Juárez, Carmen Dolores: "El viento distante: intertextualidad e intratextualidad." <http://www.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena%2040/Aguijon/Carmen>
- Cervera Salinas, Vicente: «Juan Gelman y José Emilio Pacheco reavivan el hontanar poético europeo». *Revista electrónica de estudios filológicos* XIII. 13 (julio) 2007 www.tonosdigital.com
- Corbacho Cortés, Carolina: *Poesía y pintura en las letras hispánicas*. IV congreso Internacional Da Associacao portuguesa de literatura comparada.
- Cherem, Silvia S: «Vicente Rojo. Medio siglo de escenarios y recuerdos en México», en *Entre la historia y la memoria*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2000. Republicado en *Trazos y revelaciones. Entrevistas a diez artistas mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
http://www.criticarte.com/page/enlaces/enlaces_de_actualidad/Vicente_Rojo_entrevista.html
- Dickey Young, Pamela: «Religion». Capítulo 38 en *A Companion to Gender Studies*, Edited by: Philomena Essed, David Theo Goldberg and Audrey, Kobayashi. USA: Wiley- Blackwell, 2005 509-518
- Friis, Ronald J.: *José Emilio Pacheco and the Poets of the Shadows*. Cranbury, New Jersey: Associated University Presses, 2001.
- García Márquez, Gabriel: *La soledad de América Latina / Brindis por la poesía*. Colombia: Editorial universitaria, 1983.
- García Ponce, Juan: *Vicente Rojo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1971.
- Gelman, Juan: *Mundar*. México, 2004-2007. México: Era, 2008.
- *Exilio*. Argentina: Legasa, 1980.

- *Violín y otras cuestiones*. (1956) Buenos Aires: Planeta, 2006.
- Kaldor, Mary: "Haz la ley y no la guerra: la aparición de la sociedad civil global". *Guerra y Paz en el siglo XXI. Una perspectiva europea*. Manuel Castells y Narcís Serra, eds. Barcelona: Kriterion Tusquets Editores, 2003. 67-97
- Montaño Garfias, Ericka: "Soy un eslabón de una cadena que empezó hace mil años: JEP". Periódico *La Jornada*. Viernes 12 de junio de 2009, p. 3
<http://www.jornada.unam.mx/2009/06/12/index.php?section=cultura&article=a03n1cul>
- Moreno Valenzuela, Jaime: "No soy sino un eslabón muy pequeño, un eslabón más..."
<http://rancholasvoces.blogspot.com/2009/06/noticias-mexico-rindieron-homenaje-jose.html>
- Muleiro, Vicente: "Juan Gelman: Intento dar existencia al futuro y, por lo tanto, también al presente". <http://www.clarin.com/diario/2007/09/30/sociedad/s-05215.htm>
- Pacheco, José Emilio. *Desde entonces*. (1980) (Poemas 1975-1978). México: Era, 1983
- *Fin de siglo y otros poemas*. Cuba: Casa de las Américas, 1987.
- *Selected Poems*. George McWhirter in collaboration with the author. New York: James Laughlin by New Directions Publishing Corporation, 1987.
- Paz, Octavio et al: *Poesía en movimiento*. (1996) México: Siglo XXI, 1998
- Rotker, Susana: «José Martí: Crónicas». Antología crítica. España: Alianza Editorial Madrid, 1993.
- Said, Edward: «Contra Mundum» en *Reflections on Exile*. 474-483. Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- Tejeda, Armando G: "El escritor Juan Gelman recibe este miércoles el Premio Cervantes de las Letras 2007. La Jornada <http://www.vagos.es/showthread.php?t=379161>
- Vilanova, Pere: "Lo nuevo y lo viejo en el sistema internacional". *Guerra y Paz en el siglo XXI. Una perspectiva europea*. Manuel Castells y Narcís Serra, eds. Barcelona: Kriterion Tusquets Editores, 2003. 35-51
- Villarreal, Jaime Moreno: *La música luminosa*. Tepepan, 2000-2005
http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/docs/espanol/rojo_musicalum_artrel.pdf

El autor:

Demetrio Anzaldo González. Universidad de Idaho (EE.UU), Departamento de Lenguas Extranjeras y Literatura. Ha publicado el libro *Género y ciudad en la novela mexicana*. Ciudad Juárez, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez UACJ, 2003. Ha publicado diversos estudios y ensayos, entre ellos: "Las púberes canéforas, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México". CIBERLETRAS #11, <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/anzaldo.html>; "De piel de víbora de Patricia Rodríguez Saravia o transfiguración de la violencia urbana". Revista de Literatura Mexicana Contemporánea 23. El Paso, Texas. 2004; "Por qué no estudié para millonario o cincuenta y tres años delante del pizarrón". Alba de América Revista Literaria 20. N. 37 y 38 (Julio 2001): 653-666. Interview to Seymour Menton; "Cielos de la tierra, un reencuentro con Carmen Boullosa" Entorno 54/55 (Invierno-primavera 2000): 58-62. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México; "Entre la palabra y el movimiento vislumbres de un disenso en *La sombra del caudillo*". Entorno 53 (otoño, 1999) 28-36; "Recordar a pesar del olvido, la alienación en *Cielos de la Tierra*". Acercamientos a Carmen Boullosa: Actas del simposio Conjugarse en infinitivo –la escritora Carmen Boullosa– B. Dröschner and C. Rincón (Eds.) Berlín: Editorial tranvía, 1999. 210-220. "Recorriendo los hilos en el enlace con el otro a través del cuento hispanoamericano". La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy, 1996. Ed. Rosaura Hernández y Manuel F. Medina, México: Ed. Anaqueles, 1997. 278-286.

LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO NACIONAL EN BOLIVIA A PARTIR DE *ALUVIÓN DE FUEGO* DE OSCAR CERRUTO

por Magdalena González Almada

Georg Luckacs entiende a la novela como un proceso que *no descansa en una forma acabada*¹ y que se desarrolla en un tiempo que es una totalidad extensiva. Mauricio Santacruz, personaje principal de la novela del boliviano Oscar Cerruto *Aluvión de Fuego*, es un héroe que busca su destino a lo largo de toda la novela, un personaje que se manifiesta individuo frente a una realidad que le es adversa. Sufre una evolución² y son la realidad y su propia búsqueda las que lo conducen por los intrincados caminos del descubrimiento de sí, ocasionando que su perspectiva del mundo deje de ser ingenua y se transforme en una mirada crítica y comprometida.

Entendiendo a la novela como un proceso, Cerruto plasma su visión abarcadora con la intención de mostrar todos los ámbitos sociales y culturales de Bolivia. El lector acompañará a Mauricio a lo largo del despliegue de los espacios sociales y geográficos que el autor irá desarrollando a lo largo de toda la novela. En cuanto a los espacios geográficos, se muestran la ciudad, el Altiplano y la mina que están en relación directa con el espacio social ocupado por los personajes; la oligarquía paceña, ubicada en la ciudad, con un desconocimiento total de los sujetos que se desarrollan en otros espacios sociales y geográficos; los cholos que se desenvuelven tanto en el campo (como capataces de estancia) o en la ciudad (como miembros de la burocracia política y vinculada a la posesión de poder); por último, los indios que se ubican en el campo y en la mina, ya sea que se desempeñen como campesinos o como mineros. Asimismo, estos cambios de espacio tienen relación con las transformaciones que sufre el héroe y con la estructura misma de la novela. Es posible identificar tres partes: la primera que hace referencia a su permanencia en la ciudad, su comodidad de latifundista y pequeño burgués, sus primeros enfrentamientos con la realidad durante su estadía en la estancia y su decisión de alistarse para concurrir a la guerra; el estado primitivo de su evolución. La segunda parte, que se refiere a su viaje hacia el altiplano en busca de voluntarios indígenas para la guerra y el desenmascaramiento de la brutalidad del ejército frente a los indios. Su desertión marca su oposición a este tratamiento y un abandono de su posición política previa. Este abandono de sí y búsqueda de una nueva postura ideológica, se concretan en la tercera parte. Su cambio de nombre y posición social darán cuenta de la transformación definitiva que se sostendrá hasta el final de su vida y de la novela.

En *Aluvión de Fuego*, aparecen además, algunos fundamentos políticos ligados al marxismo. Paulatinamente algunos de los personajes viven progresiones, modificaciones, transformaciones. Sujetos de clase media, acomodada o latifundista como Mauricio, ven transformadas sus vidas a medida que su experiencia en la mina se va profundizando. La mina es presentada como el espacio liminal en donde los sujetos cambian su condición social, donde se reconocen, disciplinan y organizan como clase obrera. Esta disciplina y esta organización deben llevarse a cabo en el seno del partido político y en los sindicatos. De modo que la transformación de un sujeto social (de cualquier clase) a un sujeto de la clase obrera (proletario) es indispensable para que la revolución sea posible.

Aluvión de Fuego, en tanto que novela histórica, se apoya en los hechos acaecidos en la Guerra del Chaco. Noé Jitrik³ entiende a la novela histórica como un acuerdo entre la parte de verdad que existe en el hecho histórico en sí y la parte de mentira que se halla en la ficción, propia de todo texto literario. La Guerra del Chaco funcionará en todo momento como el saber histórico evocado, como el discurso que da cuenta de otros discursos a partir de los cuales será posible verificar su realidad; como el hecho que manifestará la crisis que atravesó Bolivia en los años '30-'40. Dice Jitrik: *la «novela histórica» es una típica y clara respuesta a una crisis específica que involucra a la sociedad y a los individuos*⁴: la Guerra

¹ LUKACS, Georg: *Teoría de la novela*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1966, pág. 69.

² *Ibíd.*, pág. 88.

³ JITRIK, Noé: *Historia e imaginación literaria, las posibilidades de un género*, Biblos, Buenos Aires, 1995.

⁴ *Ibíd.*, p. 20. El subrayado es mío.

del Chaco tuvo un fuerte impacto en la sociedad boliviana como evidencia final del agotamiento del sistema oligárquico-liberal que se había mantenido vigente desde 1879. Se trata, asimismo, de una novela histórica «catártica», atendiendo a la fecha de la primera edición, ya que

«... cuando la distancia temporal es mínima, es decir, cuando se hace novela histórica con lo casi inmediato y los dos contextos se mezclan, se podría hablar de novela histórica “catártica” en la que se canalizan las necesidades analíticas propias de una situación de cercanía.» (JITRIK, 1995:69)

El sujeto nacional presentado por Cerruto en *Aluvión de Fuego* surgirá de un proceso de fusión de sujetos que se da en el espacio privilegiado de la mina; toma al excombatiente de la Guerra del Chaco y al minero –que es también indio– y los concentra, convirtiéndolos en el nuevo sujeto nacional. Queda expuesta, entonces, la decisión política tomada por el autor, de clara postura marxista al momento de la redacción de la obra. Ésta se manifiesta a partir de los diálogos de los personajes en la mina donde se desarrolla la actividad sindical, en procura de la Revolución que plantea el marxismo como revés a la opresión sufrida por el obrero. Asimismo, el personaje principal va sufriendo una transformación a medida que las injusticias se le hacen más intolerables y su ansiedad por cambiar el estado de cosas lo conduce a una situación más apremiante; su cambio de nombre, del oligárquico Mauricio Santacruz al más proletario Laurencio Peña; sus amores, de la aristocrática Clara Eugenia a la más terrenal Jacinta, en fin, de un discurso idealista y romántico a uno en el que se discute el avance del imperialismo y donde se ponen en cuestionamiento los fines de esa guerra que parece cada vez más ajena. No son los latifundistas ni los magnates mineros, ni conservadores ni republicanos ni liberales, los sujetos que elige Cerruto como nuevo sujeto nacional. Éste descansa en un sujeto que es minero y que es indio.

Al finalizar la novela, el Coto, ubicado en lo más alto del peñascal, augura que es en el Chaco *donde se abaten para nacer de nuevo, nuestros hermanos*⁵. El excombatiente que volvió del Chaco, por el hecho de haber participado en el encuentro bélico, se siente forjador del destino de su nación, sujeto susceptible de salvar la suerte de la patria ya que ha luchado por ella, ha derramado su sangre y se ha sacrificado en el sudeste boliviano. El futuro de la nación descansa en la fusión de esos sujetos: minero, indio y excombatiente en el espacio común de la mina que los reúne, los aglutina y los convierte en uno solo.

© Magdalena González Almada

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- CERRUTO, Oscar (2000): *Aluvión de Fuego*, La Paz, Plural.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2001): *La condición obrera, estructuras materiales y simbólicas del proletariado de la minería mediana (1950-1999)*, La Paz, Muela del Diablo.
- GARCÍA PABÓN, Leonardo (1998): “Almas retóricas y una carta del Chaco en *Aluvión de Fuego*” en *La patria íntima, alegorías nacionales en la literatura y el cine de Bolivia*, La Paz, Plural.
- JITRIK, Noé (1995): *Historia e imaginación literaria, las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos.
- LORA, Guillermo (1980): *Formación de la clase obrera boliviana*, La Paz, Masas.
- LUKACS, Georg (1966): *Teoría de la novela*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- VILLENA ALVARADO, Marcelo (2003): “Gestos de la Manigua: la narrativa de Oscar Cerruto” en *Las tentaciones de San Ricardo, siete ensayos para la interpretación de la narrativa boliviana del siglo XX*, La Paz, Instituto de Estudios Bolivianos.

La autora:

Magdalena González Almada. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).

⁵ CERRUTO, Oscar: op. cit., pág. 242.

JANE EYRE, O LA HEROÍNA DE LA NOVELA VICTORIANA

por Enrique García Díaz

INTRODUCCIÓN

Jane Eyre representa el afán de superación que posee una pequeña y delicada muchacha huérfana. Desde un primer momento la vemos sometida a toda clase de maltratos primero por su propia familia, y posteriormente por el director de Lowood. Una vez que logra alcanzar cierta dignidad convirtiéndose en profesora marcha a Thornwood, donde su condición social vuelve a colocarla en el escalafón más bajo. Jane lucha contra ello y contra sus sentimientos de mujer. Sacrifica su amor por Rochester hasta el punto de abandonar la casa y vagar por los caminos. Es entonces cuando se da verdadera cuenta de cuál es su lugar en el mundo y en la sociedad. Un golpe de fortuna la hace dueña de una sustanciosa herencia. Será el dinero el que le dé la categoría que ella se ha ganado con su lucha.

JANE EYRE, O EL RETRATO DE LA HEROÍNA DE LA LITERATURA VICTORIANA

Charlotte Brontë escribió *Jane Eyre* cuando contaba con treinta años y tras haber servido como ama de llaves durante diez. La novela fue publicada en octubre de 1847 bajo el seudónimo de Currer Bell. El personaje de Jane Eyre es un personaje independiente que busca derribar la estructura patriarcal de la sociedad inglesa del momento. Jane Eyre es una muchacha huérfana y presumiblemente indefensa, quien descubre la fuerza de su personalidad al enfrentarse a la sociedad represora en la que vive: en un principio Reed Household en la que es constantemente humillada; después en Lowood School, Thornfield, Whitcross y por último en Ferndean.

En Reed's House, Jane se da cuenta que ella no es como los propios hijos de la señora Reed. Ella es una huérfana que vive con sus parientes porque no tiene dinero. Por este motivo es tratada de una manera distinta por su tía. Ésta no cumple con sus obligaciones como tutora de Jane, la cual ha pasado a convertirse en una chica adinerada debido a la muerte de un tío suyo de Madeira. Incluso John Reed la trata como una persona que no tiene ningún derecho en su casa. Por ejemplo, Jane no puede tomar prestados libros de la biblioteca. Su condición social no se lo permite, y en este sentido se pronuncia el propio John Reed cuando se lo recuerda constantemente: «no business to take our books; you are a dependent... you ought to beg, and not to live here with gentleman's children like us.» (Brontë 1994:12).

En esta cita John está dejando claro cuáles son los derechos de un *gentleman*, y al mismo tiempo le está recordando a Jane que tanto ella como su familia proceden de la clase social baja; y que ello le impide realizar las mismas cosas que él, como por ejemplo leer libros. Podemos interpretar también que Jane no tiene ningún derecho por ser mujer. Baste recordar la situación social de la mujer en la sociedad Victoriana. En ésta el género femenino estaba completamente supeditado a los dictados de los hombres. Sin embargo, Jane sí es una mujer rica aunque no lo sepa porque su tía se lo ha ocultado.

Ella es excluida de la familia Reed e incluso recluida en una habitación aparte con el fin de atemorizarla y hacerla sentir inferior a sus primos. Asocian la clase social a la felicidad, y llegan a considerar que Jane no es feliz. John Reed es el hijo tiránico de la familia, quien se encarga de hacerle la vida imposible a Jane. Por otra parte Jane lo compara con figuras históricas de la talla de Nerón y Calígula como ejemplos de corrupción y despotismo con las clases inferiores. La narración de Jane pone de manifiesto la superioridad intelectual y moral de las clases superiores con respecto a las inferiores.

La situación hace que Jane se plantee si ella es una miembro más del servicio de Reed House cuan-

do la doncella de Lady Reed le reprende por haber pegado a John Reed:

«For shame, for shame!» cried the lady's maid. «What a shocking conduct, Miss Eyre to strike a young gentleman, your benefactress's son! Your young master.»

«Master! How is he my master? Am I a servant?»

«No; you are less than a servant, for you do nothing for your keep. There sit down, and think over your wickedness» (Brontë 1994: 14).

Jane Eyre no es un miembro del servicio, es menos que eso según las palabras de la doncella. Por otra parte, esta idea no es del todo correcta porque como hemos dicho Jane pertenece a la familia. Y ella misma expresa esta idea a Mr. Lloyd cuando éste le pregunta su opinión acerca de Gateshead Halle A lo que Jane responde: «It is not my house, sir; and Abbot says I have less right to be here than a servant» (Brontë 1994: 26).

Pero Jane no está dispuesta a aceptar su papel en la casa y se rebela contra ello, lo que le hace sentir un pequeño triunfo cuando, por ejemplo, contesta a Mrs. Reed. «I am glad you are not relation of mine. I will never call you aunt again as long as I live. I will never come to see you when I am grown up; and if any one asks me how I liked you, and how you treated me I will say the very thought of you makes me sick, and that you treated me with miserably cruelty.» (Brontë 1994:38).

Con este comportamiento Jane rompe una de las reglas de la sociedad Victoriana. Un menor no puede responder a sus mayores. Lo que Jane pretende es que todos la respeten, pero ello no es fácil para una niña en su situación. En este sentido se expresa Helen Burns en Lowood, «It would be your duty to bear it. It's weak and silly to say you cannot bear. What is your fate to be required to bear» (Brontë 1994:58).

Jane aguanta con dignidad la humillación de Mr Brocklehurst. Permanece de pie en el taburete con la cara en alto: «I mastered the rising hysteria, lifted up my head, and took a firm stand on the stool» (Brontë 1994: 69). Se muestra orgullosa de su comportamiento en todo momento. Y por otra parte es en Lowood donde crece como persona. Allí descubre un modelo de conducta en la persona de la señorita Temple así como una hermana espiritual en Helen Burns.

Poco a poco Jane va creciendo al mismo tiempo que sus ansias de aprender hasta convertirse en profesora. Jane aprende a tocar el piano, a hablar francés y a coser. Se convierte en una mujer educada dentro de la sociedad Victoriana. Jane solo busca librarse de su condición de huérfana y pobre que le persigue. Pero ello no ocurrirá hasta que llegue al final de su peregrinaje- madurez. Independencia, y verdadera igualdad con Rochester. Pero verá que el pasado no es difícil de borrar. Su condición social la sigue allí donde vaya, incluido Thornfield, y todas las experiencias que vivirá allí reforzarán este mensaje.

Cuando Jane llega a Thornfield, se muestra contenta y feliz al saber que Mrs. Fairfax es el ama de llaves. Como institutriz, Jane está a la misma altura social que Mrs. Fairfax: ella no es un miembro de la familia, ni un miembro del servicio. Sin embargo, Mr. Rochester es su señor, él es superior a ella y le recuerda que no tiene ningún derecho en aquella casa. Se repite el patrón de cuando vivía en la casa de los Reeds salvo porque Mr. Rochester se comporta con ella como un buen señor e incluso la ayudará a encontrar un empleo mejor. Jane y Mr. Rochester inician una relación de señor y sirviente; Cenicienta y príncipe. En otro sentido podríamos decir que su relación es de igual a igual. Su igualdad se ve enfatizada en otros pasajes de la novela, provocando el enamoramiento de Jane; y no porque él sea su señor o represente a su príncipe azul, sino porque en cierto modo ambos son iguales. Jane obtiene la igualdad cuando salva a Rochester del incendio de la casa; o cuando cura a Mason. Sus discusiones son el intento de Jane para ganarse la igualdad, y aunque Mr. Rochester parece estar de acuerdo en ello, él no deja de ser el señor de la casa, y ella la sirvienta.

Los encuentros posteriores desarrollan su igualdad incluso en una forma más compleja. Esta situación no deja de ser chocante con la propia sociedad Victoriana, ya que un miembro del servicio no puede enamorarse de su señor. Y ni si quiera tiene derecho a tratarlo como ella lo hace. Esta idea era impropia en aquella época. Un encuentro con Mr. Rochester provoca que Jane, en un momento de desesperación e ira, se despoje de sus miedos y declare su integridad: «Do you think because I am

poor, obscure, plain, and little. I am soulless and heartless? You think wrong! I have as much soul as you, -and full as much heart!» (Brontë 1994: 251).

Jane se comporta como mujer y sirviente cuando se plantea la idea del matrimonio. No puede pensar en ello debido a su condición social. Ella no *puede* casarse con Mr. Rochester porque no es más que una empleada en su casa, aunque ella había sido profesora en Lowood y es una heredera rica. Así que Jane cree en esta idea de inferioridad y por esta razón no acepta sus regalos, sus joyas o incluso un nombre nuevo: Jane Rochester, aunque ella lo desea de todo corazón. Evita cualquier acontecimiento social con las amistades de Rochester. En un momento de la novela decide arrancar sus sentimientos hacia él ya que las normas sociales no le permiten casarse con él.

Existe un impedimento previo tanto para Jane como para Rochester, además de sus respectivas condiciones sociales. El último secreto de Rochester, el secreto que es revelado es la existencia de la esposa de éste: Berta. Este es el impedimento literal para el matrimonio entre Jane y Rochester.

La aparición de Mason Rochester provoca que los sueños de Jane se vengán abajo como un velo. Desde el punto de vista figurativo y psicológico parece claro que el espectro de Bertha no es sino otro avatar de la propia Jane. Lo que Bertha representa no es sino lo que Jane desea ser: la esposa de Rochester. Al mismo tiempo desea ser ella por la rebeldía que ella representa. Pero estas dos ideas paralelas entre Bertha y Jane parecen en un principio extrañas. Al final de todo Jane es pobre, sencilla y tranquila. Es como un ángel mientras que Bertha es una especie de diablo. Ella es rica, sensual y extravagante, e incluso atractiva según Rochester.

Pero al mismo tiempo representa el tipo de mujer que Rochester no desea porque no representa el ideal de la mujer y esposa victoriana. Algo que Jane sí es. Ésta es dócil, sumisa, obediente y conformista. Sin embargo, existe una dramática coincidencia entre ambas mujeres: las tendencias pirómanas de Bertha le recuerdan a Jane su propia rebeldía cuando niña en Lowood y en Gateshead, que ella también consideraba como una rebeldía contra la sociedad.

Con respecto al comportamiento de Rochester, una vez que se ha asegurado el amor de Jane, casi de una manera reflexiva, comienza a amenazarla por ser inferior, a tratarla como un juguete, como una especie de posesión virginal e inocente. Ella se ha convertido en «un pequeño y resplandeciente rostro que ilumina su vida». Y aunque Jane ama a Rochester como hombre, tiene sus dudas acerca del Rochester como marido. Él se burla de Jane en el episodio de la gitana que llega a su casa para leer la buena ventura. Y aunque Rochester se desprende de los disfraces que le otorgan su rango de superioridad con respecto a Jane, es obvio que éstos eran necesarios en un primer momento. El mismo Rochester se siente como un manipulador del poder, y al mismo tiempo del destino de Jane, lo cual provoca en ella los deseos de abandonar la casa y a Rochester.

El peregrinaje de Jane la ha preparado para estar enfadada con Rochester, con la sociedad de la época, y su concepto de matrimonio. La tiranía del amor de Rochester le recuerda al despotismo demostrado por Reed. Por ello, el enfado de Jane y su temor acerca de lo que le puede deparar un hipotético matrimonio con Rochester vuelven a arrojar dentro de la habitación en la que era confinada en casa de su tía.

Jane abandona Thornfield y vaga por un camino que simboliza el resumen de las idas y venidas de su vida: la casa de los Reed, Lowood School y Thornfield. Jane se descubre vagando sola, hambrienta, muerta de frío y abandonando sus posesiones, su nombre e incluso su propia dignidad en busca de un nuevo hogar. En su largo caminar llega hasta Marsh End que simboliza el fin de su peregrinar. Habiendo dejado a Rochester y rechazado la mascarada del matrimonio con él, Jane ha ganado la fuerza necesaria para comenzar a descubrir su lugar real en el mundo. En Marsh End conoce a John, quien le ofrece una alternativa a la vida que le ofrecía. Le ofrece una vida de principios, un camino de espinas y rosas y un matrimonio de espiritualidad. Jane se da cuenta que al aceptar esta nueva vida está rompiendo con su pasado. Y al mismo tiempo rompiendo con su señor en la tierra, Rochester, para aceptar a su Señor. Pero, ¿es esto lo que Jane realmente desea? Como Rochester, John se siente atraído por Jane, pero mientras que Rochester representa el fuego y la pasión, John es el frío. Si se casa con él Jane formaría parte de una unión más desigual que la que le ofrecía Rochester. Y aunque John intenta recluir a Jane en el mundo de él, y en lo que representa, Jane logra escapar de él de una manera más sencilla que de Rochester: ¿Por qué? Porque Jane no ama a John

como a Rochester, y por lo tanto no le cuesta dejarlo atrás.

Pero también porque ha descubierto su verdadero origen. Ha averiguado quién es su verdadera familia y la herencia que le han dejado. Ella es la sobrina de un tío rico de Madeira, que representa su independencia social y económica. Gracias a esta herencia Jane se convierte en una mujer independiente, libre de ir a donde quiera, e incluso libre para casarse con Rochester. Pero su libertad está marcada por un segundo elemento: la muerte de Bertha.

Jane decide regresar a Thornfield donde se entera que la esposa de Rochester ha fallecido y que ha arruinado la vida de éste. Ahora está ciego. Este incidente simboliza el castigo a sus flirteos con Jane estando casado con Bertha. Ésta en un ataque de locura prendió fuego a la Thornfield. Una vez más es Bertha quien cumple los deseos de Jane. Ésta hubiera querido castigarlo por su comportamiento con ella, pero cuando lo vuelve a ver ella no puede sentir odio, sino lástima por su situación. Para consolarlo Jane le dice que es «green and vigorous. Plants will grow about your roots whether you ask them or not». (Brontë 1994: 439).

Ferndean como su nombre indica, sin sacrificio, sin flores ni jardín pero siempre verde, esto es lo que Jane quiere transmitirle a Rochester. Aislada por la sociedad, Jane se convertirá en «absolutely bone of his bone and flesh of his flesh». (Brontë 1994: 446).

Jane Eyre no es el retrato de una dama, sino la historia de una joven huérfana con una voluntad heroica para sobrevivir en una sociedad donde no parece tener sitio. Es digno de mención las pasiones que experimenta Jane y su hambre satisfecha. Charlotte Brontë podía mostrarse a favor de los ideales victorianos y de su sociedad, pero su feminismo es obvio en esta obra. Las mujeres rechazan a Jane Eyre porque se enfrenta a las normas de conducta de la sociedad en Reeds house y en Lowood. Además, una institutriz no puede aspirar nunca a ser la esposa del señor de la casa, aunque sea una mujer educada y de buena posición como lo es Jane Eyre.

© Enrique García Díaz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Brontë, Charlotte. *Jane Eyre*, London: Penguin, 1994.

Gilbert, Sandra M. & Susan Gubar., *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*, New Haven & London: Yale University Press, 1979.

Harvie, Christopher. 'Revolution and the Rule of Law (1789-1851)' en Kenneth Morgan, (ed.), *The Oxford History of Britain*, Oxford: Oxford University Press, 2001, pp: 470-517.

Kincaid, James R. & Albert J.Kuhn ed., *Victorian Literature and Society*, Ohio: Ohio State University Press, 1985.

MacPherson, P., *Reflecting on Jane Eyre*, London: Routledge, 1989.

Matthew, H.C.G., 'The Liberal Age (1851-1914)' . Ed. Kenneth Morgan *The Oxford History of Britain*, Oxford: OUP, 2001, pp: 518-581.

Miller, J. Hillis., *Victorian Subjects*, Hertfordshire: Harvester Wheatsheaf, 1990.

Pell, N., "Resistance, Rebellion and Marriage: The Economics of Jane Eyre", *Victorian Studies*, 33: 2, 1990, pp: 247-268.

Schaht, P., Jane Eyre and the History of the Self-Respect, *Modern Language Quarterly*, 52: 4, Seattle, 1991, pp: 423-453.

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott).

VIDAS DE CINE

por Carmen Garrido

Viven en los márgenes del tiempo, entre los Cines Paz y los Roxy, Madrid. Ella se pinta los ojos a lo Brigitte Bardot, moño estirado de color indefinido y labios muy rojos, para besar toda la noche al acordeonista, una vez que *Volver* signifique una cama, más que un tango. Él toca el acordeón, lo santifica, lo masajea con laurel y jabón de romero del mercadillo navideño, para que sepa a teatro, a orquesta, a aplauso.

Pensión en Lavapiés donde el alquiler se cobra en *Garota de Ipanema* en lugar de euros.

Su hija los observa hora tras hora. Alguien sugirió llevarla a un centro psiquiátrico. La dueña de la pensión lo escaldó con agua hirviendo y ellos llenaron de mantillo rojo el camino por el que huyó el asistente social, para que no volviera a *asistirlos*.

Así que la niña Marina, veinte años, se sienta cada día en el banco de la calle Fuencarral con su cola de caballo. Pasea la nariz por los escaparates aledaños y se conoce los catálogos de Berska de memoria. Se imagina en vaqueros y camisetas con la imagen de Barbie, con *Converse* rojas, grandes aros en las orejas y decenas de pulseras tintineando en sus brazos. Escruta las tachuelas de los altísimos botines, que le parecen mimos, quietos y petrificados, endurecidos hasta que les echas la moneda. Se ríe de las poses de las maniquíes, paradas en el tiempo, deseosas de atravesar el cristal, piensa ella. A veces, contempla como entran las colecciones nuevas en Zara y las dependientas le dejan tocar los abrigos. A Marina le gustan los suavécitos, aquéllos que puedes tocar en una dirección y en otra y parecen un prado de hierba.

Contempla su chándal azul, las Adidas de otra época y sonríe feliz, de ese modo suave que ha heredado de la madre. Le da igual no tener el pelo rubio y ensortijado, ella se sabe y estira feliz las piernas mientras se balancea en su banco, como una mecedora, imaginándose las vidas de las gentes al pasar.

Los miércoles se compra el *In touch* y los textos se convierten en cuentos que luego su madre le lee por las noches. Marina conoce a *la* Jolie y a *la* Winehouse y le encantan los zapatos de tacón rojos que se pone la inglesa. Entonces, acaricia unos que encontró en la basura, rojo charol, con pulserita. Por su cumpleaños, les puso tapas nuevas y los guardó –como un oso de peluche– cerca de la almohada.

Marina sueña mucho y habla mientras duerme. Dice su madre que eso le pasa porque fue concebida entre dos cines y tiene alma de actriz. Y la niña vuelve al *In Touch* y le pregunta a su madre por la vida de Natalie Portman, que es su actriz favorita, tan dulce, tan pequeñita como ella. Le sorprende que sea una estrella y que ayude a los demás y que haya estudiado en una universidad muy famosa. La foto de *Natalia* vestida de rosa en los Oscar está claveteada encima de la cama, junto a una de Joaquim Phoenix, vestido de emperador romano en *Gladiator*.

Marina esconde su amor por el actor de ojos verdes y ella se imagina sobre su cabeza la corona de laureles, que tan bien huelen. Porque Joaquim Phoenix tiene que oler a laurel y tener la piel suave como la de su madre (de tanto usar el aceite Johnsons) y tostada como la del padre y debe saberse de memoria *Corrientes 348*. Y seguro que sabe bailar, despacito, sin tanto frenesí como se danza ahora. Marina agarrada por la cintura, dando vueltas con el Imperator en un cabaret granate, mientras la gente aplaude cada contorsionismo.

Muchas veces, la Policía, algunos mendigos, unas cuantas prostitutas han querido cambiarlos de acera. El padre se ha aferrado tan fuerte al acordeón y ellas le han rodeado en un abrazo tan enorme que nadie los ha conseguido mover.

Nadie sabe el porqué del empecinamiento de la familia del músico en vivir en ese trozo de calle. Y

«Marina sueña mucho y habla mientras duerme. Dice su madre que eso le pasa porque fue concebida entre dos cines y tiene alma de actriz.»

es que ninguno puede entender que lo que significa vivir entre dos cines.

Los tres se saben de memoria las películas de cada año, los actores, hasta algunas frases de los guiones.

Marina se ha reído mucho este invierno con *Bienvenidos al Norte*, aunque no la entendiera del todo y su madre sufrió mucho con *Valkiria* y *La duda*. También disfrutaron con *El visitante* y *Slumg Millionaire*, *Al final del camino* y *La sal de este mar*, una película sobre una gente que, como ellos, nunca habían visto el océano. La última que disfrutaron fue un pase, de nuevo, de *El hijo de la novia*, que protagonizaba Ricardo Darín, ese argentino, que tanto gusta a la madre.

Se sientan siempre en la fila 5 porque Marina tiene que renovar sus gafas y el dinero del acordeón no da para más. Manuela, la vendedora de tickets, una señora triste y solitaria, les abre la puerta de

«A las ocho, él deja de tocar y ellas recogen todo en una bolsa del Rodilla, donde Marina compra los sándwiches envasados.»

atrás cada día a las 16.20, en el primer pase. Las dos se cogen de la mano y se ríen a carcajadas cuando piden que apaguen los móviles; ellas que no conocen a nadie para llamar. Tampoco lo necesitan.

A las ocho, él deja de tocar y ellas recogen todo en una bolsa del Rodilla, donde Marina compra los sándwiches envasados. Son caros, pero al acordeonista le gusta mucho el de salami y a la madre el de queso con nueces. La niña se come despacito el de ensaladilla, mientras en el metro regresan a la pensión, parada Tirso de Molina.

Luego, a las diez de la noche, encienden lo que ellos llaman «su tele»... La madre y Marina le cuentan al acordeonista la película que han visto y el hombre, exhausto, sueña, aunque a veces ellas lien los argumentos y a él le duela la cabeza. Su actriz favorita es una francesa, Isabelle Huppert, muy elegante y muy dulce, que parece sacada de un anuncio de colonia de los de Navidad. El padre se empeña en decir que Huppert se parece a su mujer y ésta se sonroja, mientras Marina acaricia la foto de *Natalia* y se pregunta cómo se podrá coser ese fruncido que lleva sobre el pecho y que parece un adorno de iglesia.

Desde enero, los tres esperan el estreno de la última de Amenábar, ése que hizo llorar tanto a Marina con *Mar adentro*. Han leído en la revista que el argumento tiene lugar en una ciudad muy lejana y en ella hay una dama que parece una emperatriz. Marina le pregunta una y otra vez a la taquillera si va a actuar Joaquim Phoenix en la película y Manuela le dice que no lo sabe, que lo preguntará.

Cada noche, la niña se duerme rodeada de laureles por si el protagonista quisiera salir de la pantalla y decirle algo en sueños, por si un día llega a la pensión y Joaquim le dice que le va a enseñar Hollywood.

Entonces, a Marina le da un escalofrío y le entra mucho miedo porque está enamorada del actor pero moja la almohada pensando que alguien la llevaría lejos de Fuencarral, entre el Cine Paz y El Roxy. Y su madre oye como canta bajito *Mi Buenos Aires querido*, para consolarse de esas dudas, porque ella no quiere ver Hollywood sino que los cines de la calle Fuencarral, Madrid, sigan existiendo al son de los tangos de su padre.

© Carmen Garrido

La autora:

Carmen Garrido nació en Fernán Núñez (Córdoba), en 1978. Periodista, poeta y Máster en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense, es especialista en Oriente Medio. Administra el blog literario "La dama de verde", formando, además, parte del Colectivo de Poesía Pólemos, de Madrid, donde reside. Como escritora, ha ganado el premio de poesía Andalucía Joven del Instituto Andaluz de la Juventud, 2008, con el poemario *La hijastra de Job*, editado por Renacimiento. Asimismo, relatos suyos han sido antologados en *El cuento, por favor*; *Asentamientos*; *Poesía para poetas naranjas*; *Velamen*; *El Relato más corto del verano*. Dos de sus microrrelatos fueron seleccionados por *El País* con motivo de El Día del Libro 2009. Ha colaborado con las revistas culturales *Ucronías*; *Elparchedigital*; *Letralia*; *Jazztelia*; *Almiar/Margen Cero*; *futurosperiodistas* o *la sombra de desperpento*. Como periodista, trabajó en *Diario Córdoba* y *ABC Córdoba*, además de realizar diversas investigaciones sobre el conflicto palestino-israelí y otras cuestiones relacionadas con el mundo árabe.

EN EL MUNDO DE YUPI

por Esteban Gutiérrez Gómez

Me llamó por la tarde. Sólo para charlar un rato, un *kit-kat* en el trabajo. Sonaba deliciosa.

Volvió a llamarme sobre las ocho, por si la iba a buscar. Estaba eufórica. El fin de semana, los planes, ya sabes. No me dejó contestar, prefería que fuese haciendo los filetes para la cena.

Así tenemos más tiempo.

A su hora sonó la puerta y fui a buscarla al recibidor. Me besó. Un beso de quince segundos, de esos que prometen futuros cercanos llenos de pasión.

Y fue al entrar en la cocina, al ver la nueva sartén de tres capas de teflón sobre la vitrocerámica, cuando empezó la tormenta.

No sé por qué te mando nada. ¿No ves que era nueva, que estaba sin estrenar? Para dos filetes de mierda tienes que ensuciarla..., claro, como luego no la limpias tú. Desde luego, hijo, vives en el mundo de Yupi.

Intenté decir algo. Intenté razonar, pero solo escuchaba añejas palabras de reproche.

Los ecos de su letanía rebotaban por el pasillo y aún desde la habitación, donde estaría cambiándose de ropa, se oían las quejas.

Cogí la sartén, vacié los filetes sobre un plato, empapé la esponja con agua caliente y, sin ningún detergente, tal como indicaban las instrucciones de limpieza, acaricié la superficie de triple teflón. La suciedad se deslizó como por una pista de patinaje. La enjuagué y la sequé con un paño. Quedó como si todavía estuviese sin estrenar. Luego me senté frente al televisor.

Ya no me apetecía nada.

Por la noche, en la cama, debí romper la quietud del descanso con dos profundos suspiros.

¿Qué te pasa ahora?, me preguntó.

Nada, le dije. Últimamente no sé qué me pasa, que no hago más que suspirar.

«Cogí la sartén, vacié los filetes sobre un plato, empapé la esponja con agua caliente y, sin ningún detergente, tal como indicaban las instrucciones de limpieza, acaricié la superficie de triple teflón. La suciedad se deslizó como por una pista de patinaje. La enjuagué y la sequé con un paño.»

© Esteban Gutiérrez Gómez

El autor:

Esteban Gutiérrez Gómez (Madrid; 1963) es un escritor español. Imparte talleres de creación literaria especializados en narrativa breve (cuento, relato y microrrelato), es asesor literario de la *Revista Al Otro Lado del Espejo*, dedicada en exclusiva a la narrativa breve e impulsor del *Manifiesto por el cuento* que pretende que los medios de comunicación escrita españoles dediquen de forma permanente al menos una columna semanal a este género literario, tan desprestigiado en España. Su blog *El laberinto de Noé* está por entero dedicado al mundo del cuento. En 2008 publicó su primer proyecto literario, mistura de novela y cuento, *El laberinto de Noé*. En 2009 publicó *El colibrí blanco*, narración breve que resultó finalista del Premio Felipe Trigo de novela corta 2008. Blog personal: **BACØVICIOUS**.

NOCHE DE ESTRELLAS

por Carlos Montuenga

Para el propósito de construir la imagen del mundo externo, hemos utilizado el procedimiento de desconectar nuestra personalidad, que por lo tanto ha desaparecido, se ha hecho innecesaria.

Erwin Schrödinger

Hay noches serenas que invitan a levantar la vista hacia el firmamento y dejarse hechizar por la belleza de la bóveda celeste poblada de estrellas. Ciertamente, casi al tiempo de sumergirnos en esa actitud embelesada que acompaña a la contemplación, nuestra mente, al menos la mía, empieza sin remedio a preguntarse por la realidad de lo que aparece en ese fantástico escenario.

Los infinitos puntos parpadeantes que se ofrecen a nuestra vista resplandecen como pequeños diamantes incrustados en una inmensa esfera que parece girar lentamente sobre nosotros. Pero sabemos con certeza que son, en algún caso, planetas iluminados por el sol; en otros, soles tan lejanos que los percibimos apenas como un tenue destello. A veces, se trata de cúmulos inmensos de soles, nuestra propia galaxia señalando en el horizonte la dirección del *finis terrae*. Y más allá todavía, a través de abismos inimaginables ante los que la mismísima luz ha de sentirse desfallecer, otras galaxias, otros universos acaso. Y así, mientras vamos sacando del armario nuestros conocimientos elementales de astronomía, prosigue el esfuerzo por crear una imagen que nos permita entender esa visión nocturna ante la que permanecemos absortos. Big bang, continuo espacio-temporal, agujeros negros... hipótesis fascinantes que se ajustan con precisión a muchos de los fenómenos observados y han revolucionado nuestras ideas sobre el cosmos. Pero claro, lo de plasmar esos conocimientos en la representación global que buscamos, eso es ya otro cantar. Yo, desde luego, reconozco mi incapacidad para aproximarme siquiera a ello, bien es cierto que la astrofísica no es lo mío.

Todo esto me trae a la memoria que cuando era niño y el calor apretaba en Madrid, convertíamos a veces la terraza de nuestra casa del barrio de Argüelles en un campamento improvisado, para pasar las noches «al fresco». El cielo veraniego era entonces el escenario natural que noche tras noche servía de fondo a nuestro parloteo infantil y nos acompañaba mientras caíamos en el sueño. En aquellas ocasiones, me bastaba con levantar la vista hacia las estrellas para sentir una inexplicable sensación de felicidad. Bien poco parecía importarme entonces si era o no posible construir un modelo para explicar aquella inmensidad, por la que me sentía arropado. Con siete u ocho años, no percibía con claridad los límites que me diferenciaban del mundo exterior y, por decirlo de algún modo, era como si el observador no hubiera aún aprendido a distanciarse de lo observado.

«Y así, mientras vamos sacando del armario nuestros conocimientos elementales de astronomía, prosigue el esfuerzo por crear una imagen que nos permita entender esa visión nocturna ante la que permanecemos absortos.»

Todos sabemos que ese tipo de experiencias no es infrecuente durante la niñez y tiende a desaparecer a medida que dejamos atrás el paraíso de la infancia. Pero habría que preguntarse si al alcanzar la edad adulta no nos vemos atrapados en la creencia ciega de que sólo es posible un conocimiento riguroso acerca de la naturaleza si ésta se entiende como algo desligado de nosotros. Creencia que, por otro lado, está íntimamente asociada a la estructura misma del método científico, sin el cual no habrían sido posibles los inmensos avances técnicos que la humanidad ha conocido en los últimos cien años.

Sin embargo, ¿hasta qué punto permite esa perspectiva comprender la realidad en la que nos encontramos sumergidos?, ¿tiene sentido pensar en una forma diferente de conocimiento?, y si es así, ¿po-

dría, tal vez, vertebrarse en torno a nuestro sentir profundo de que no somos meros observadores de la realidad? Creo que son preguntas ineludibles, porque en los tiempos que corren lo propiamente humano se relega cada vez más al limbo de lo que no atañe a la ciencia. Casi sin darnos cuenta, hemos terminado por aceptar el absurdo de que si algo no es analizable según sus métodos es porque, en realidad, carece de sentido.

Pero al levantar la vista una vez más hacia las estrellas, volvemos a sentir esa vibración indefinible que brota del silencio. Un eco remoto y, sin embargo, tan próximo.

© Carlos Montuenga

El autor:

Carlos Montuenga (Madrid, 1947). Doctor en ciencias. Colabora con artículos y relatos en publicaciones de comunicación social, tales como *ETC Magazine* (Buenos Aires) en espacios literarios como *Vorem*, *Margen Cero*, *Ariadna* (Asociación de Revistas Electrónicas de España), *Revista Amalgama*, *Revista Voces* y en portales de la red dedicados a la difusión de la filosofía y el humanismo como *La Caverna de Platón* y *Liceus*.

* * *

Relato

FILM

por Ricardo Bernal

Los tres negros, lentes oscuros y dientes de oro, entran al restaurante chino cantando gospel. Cuando todos los comensales los miran, muestran sus revólveres y dicen las palabras mágicas: éste es un asalto, que nadie se mueva. Entonces, cuatro mafiosos rusos que comían tranquilamente sus sopas de cebolla sacan las metralletas de sus estuches y encañonan a los negros. En la cocina, el chef busca la granada que tiene escondida en una de las alacenas. Afuera se oyen gritos, órdenes bruscas, el ejército alemán hace sus últimas maniobras: los toscos tanques entran como orugas por las principales arterias provocando el caos y el horror en las multitudes. De las tumbas de los cementerios cercanos y lejanos, comienzan a brotar zombis enloquecidos; huelen mal y no descansarán hasta comerse la última partícula de carne de la última vértebra del último esqueleto humano. De pronto los cielos se oscurecen: decenas de miles de platillos voladores han llegado a la Tierra; sus tripulantes, pegajosos y azules, mueven sus tentáculos y preparan sus sofisticadas armas de rayos láser para la guerra de conquista. En su hipogeo secreto, el lóbrego sacerdote lee en voz alta un libro de conjuros: Yog-Sothoth y Cthulhu despiertan de su letargo de eones y se filtran lentamente desde otro plano dimensional... Arriba, en su sala de controles, Dios se pone un guante blanco, abre una puertita transparente y se dispone a apretar, de una vez por todas, el botón rojo que destruirá para siempre este mundo tan aburrido.

© Ricardo Bernal

El autor:

Ricardo Bernal. Nació en la ciudad de México en 1962. Es egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM. Ha sido becario del FONCA y del Instituto Quintanarroense de Cultura. Ha ganado diversos premios literarios, entre ellos el Premio Nacional de Poesía "Sor Juana Inés de la Cruz", y el Premio Nacional de Cuento "Salvador Gallardo Dávalos". Imparte cursos de literatura fantástica, horror y ciencia ficción desde 1993. Es director del consejo editorial de la revista *La Mandrágora*. Es asesor del Instituto Mexicano de Psicología Profunda. Actualmente coordina el Diplomado de Literatura Fantástica y Ciencia Ficción en la Universidad del Claustro de Sor Juana, y el Laboratorio de Cuento Fantástico en la Casa de Cultura "Jaime Sabines". Entre sus publicaciones se encuentran *Ciudad de telarañas*, *Lucas muere*, *Torniquete de avestruces* y *Lady Clic*.

COMO LA SATURACIÓN DEL ÓLEO SOBRE UN LIENZO

por Javier Esteban

«Me senté con el bolígrafo descapuchado entre un dúo de maletas y a los pies de una escalera con la marcha mecánica al ralentí, viuda de su habitual pasaje de amas de casa con la mañana libre, de alborozadas dependientas de las tiendas de ropa y perfumería del piso superior», y sólo al tomar nota de ello me sorprendí a mí mismo siendo capaz de reducir a sólo dos tipos el panorama humano que había desfilado bajo la gran mancha del techado de cristal. Si bien 'mancha' no era el término correcto, por cuanto su naturaleza no era otra que la de la novedad de las láminas de vidrio puestas para sustituir a las antes ya caídas, reventadas y agrietadas por algo así como una esquirra o lastre colateral de algún grave acontecimiento sin testigos, pero cósmico; o eso dan por hecho, ya que sucedió en la misma noche en la que sucedieron tantas muchas otras cosas hace tres semanas, la mitad del tiempo que llevaba yo sin pisar el centro comercial. Así me lo contó María, quien también me resaltó que lo estaban reparando con una celeridad 'angustiosa', e ignoro si habrá seguido utilizando adjetivos como éste o se trataba de una deferencia especial hacia mí en las últimas horas que pasamos juntos; porque ahora me encontraba, sí, concretamente solo, por decirlo de alguna forma, el codo reposando en un macetero relleno de helechos de cera, pensando, por pensar en algo, en ella y volviéndola a garabatearla a Ella, a la gran palabra a la que se reducía todo lo que había sobre mi cabeza: 'Mancha'. Ocurría que al poner la nueva cristalera, nadie se había tomado la molestia de limpiar el resto de la superficie para evitar que quedara tan en evidencia en ella el amarillo ritmo de la lluvia y de la polución, en especial cuando el Sol cayera en oblicuo sobre el edificio, provocando algo parecido a un tachón de luz sobre los azulejos de la fachada interior. «Una mancha, pero a la inversa», decidí finalmente en el pequeño cuaderno de tapas negras y papel poroso, idéntico a los otros seis o siete que había ido sustrayendo en mis tres viajes sucesivos de aquel día a la librería, en esta misma planta y la única no ya del edificio, sino de toda la zona, auspiciado yo en mi hazaña por la rara abulia cómplice del dependiente y los reiterados fallos de corriente que se cebaban, oportuna y obstinadamente, con la caja registradora. «No importa, vuelva usted más tarde» dijo la primera vez, y me tendió la bolsa de plástico con toda la naturalidad que puede contener la imagen de un tipo de unos minusveinte años, ergo barbilampiño, vestido con una camiseta de maga corta azul oscura en conjunción con fina corbata de color burdeos. «Luego lo haré, y me llevaré algunas libretas más» respondí, alargando la mano libre a la pequeña estantería de exhibición sobre el mostrador. Cogí dos o tres, el añadió algo en relación a mi promiscuidad redactora y yo afirmé: «Quiero contarle todo». Ni diez minutos habían transcurrido antes de cumplir: él se encogió de hombros y me invitó a explorar de nuevo la tienda. Le hice caso y saqué cincuenta euros que fueron acogidos con un meneo breve de cabeza y un tecleo hueco contra los electrónicos engarces muertos. Alzó las manos y me apropié otras tres libretas, a las que se sumaron dos más en mi siguiente regreso, ya el definitivo, cuando el billete quedó tendido entre los dos como un espécimen para vivisección, coleando todavía por obra y gracia de la brisa del arcaico ventilador del techo. Se produjo un rato forcejeo de sonrisas que no tengo muy claro quién ganó, pero me prometí que al día siguiente, o al otro, le arrastraría hasta la cafetería escaleras arriba, donde el dinero no había trascendido aún a la semiótica del trueque y nos suministrarían un líquido meloso y blanco. Hasta entonces, me seguiría cuestionado qué clase de personas son estas capaces de levantarse una mañana, de planchar o hacer que le planchen la camisa y unos pantalones, y pasa a mirarse en el espejo unos minutos mientras se 'afeita-desayuna-peina' alterando el orden de los productos a gusto del actor para reducir a incógnita el 'facto' de que viene a la misma tienda de todos los días a levantar la verja

«Ni diez minutos habían transcurrido antes de cumplir: él se encogió de hombros y me invitó a explorar de nuevo la tienda. Le hice caso y saqué cincuenta euros que fueron acogidos con un meneo breve de cabeza y un tecleo hueco contra los electrónicos engarces muertos.»

rutinaria y apretar los interruptores que dan vida y lentitud al blanco de los fluorescentes que hacen aún pestañear a los «pobres tipos aprensivos como yo». Caí en la cuenta, mientras las frases se me disolvían en una blanda plasta aplicada generosamente lo largo de varias cuadrículas de papel, que las mesas de novedades estaban casi desnudas de las habituales y cetáceas novelas de mil páginas, para dar paso al grosero cartoné de las tapas de extensos manuales de fotografía, de bricolaje y para cultivar tu propio huerto. «La mayoría envueltos en el plástico que los delataba como supervivientes de algún saldo de almacén» apostillé, siendo consciente de que no tenía otra prueba para esta afirmación que una pegatina roja con un gran cincuenta por ciento rotulado en números en ella, como si formulara un perjurio ante este jurado de las páginas en una situación extraída de tantos telefilmes de sobremesa que nunca volvería a ver, a no ser que acudiera a su rescate en alguno de los video-clubs supervivientes. «Pero no, regresaría antes a lo que eran libros». Además se me ocurría dudar de que los reponedores de establecimientos tales sufrieran de un síndrome de generosidad parecido al que causaba estragos entre sus homólogos de otras franquicias culturales, forzándoles a acudir cada día, cada semana o cuando correspondiera, a hacer entrega de cajas de cartón repletas de ejemplares de nueva hornada que finalizaban su ciclo comercial siendo prácticamente regalados a

«Durante los primeros días, hasta que se estropeó la nevera, evité salir a la calle para no tener que escuchar a los otros haciéndolo, a los que se habían quedado y por eso se creían con derecho a soñar con un 'motivo' y lo perseguían en una retahíla de verdades autistas y culpables que no deberíamos ni gastar espacio en enumerar.»

«perezosos individuos como yo», desprovistos del menor carácter para entablar un virtuoso regateo. «Aproveche la oportunidad», apunté, proponiéndolo como posible eslogan para la Causa del muchacho. «No durará este negociado». Por no hablar ya de la propina de los cuadernitos, por ejemplo el que sostenía en la palma de la mano y que se empeñaba en recordarme que, aun así, seguíamos ganando. Sin proponérselo, «igual que durante las últimas semanas». La maleta que me acompañaba y que servía de respaldo a mi espalda mohína encerraba ahora trece novelas en edición de bolsillo, un Superolé y un libro de poemas escrito por la penúltima presentadora del telediario cuyo rostro acabó sepultado en mi retina por los restos de los restos cuando la señal se ahogó bajo un brochazo de

«nieve», aleatorio en el rigor de su silencio y su metáfora. Siguen algunos canales, siguen por ejemplo algunos teléfonos, ninguno que valga la pena marcar. Sí, por cierto, yo también lo estoy leyendo, que había arrancado hablando de dos maletas, que no se trataba en absoluto de una licencia, que no conocía al propietario de la otra, pero me lo imaginaba dentro del gran mausoleo de ropa juvenil que tenía enfrente y que parecía resistir como un largo y giboso pez varado de dos pisos de altura y costillas transmutadas en blancas hileras de maniqués, semidesnudos quizá por la falta de existencias o quizá por los estragos de una moda capilarizada en flujos de gasas y satenes y colores de una variedad a la que apenas puedo acceder yo, con mi vasta recámara sangradora de epítetos. «Debí coger un diccionario», anoté con un escorzo, y al hacerlo rocé con el codo una gruesa superficie de polipiel, la de la maleta no era mía. ¿Situación? «La gente recurrimos a ellas porque tiene ruedines y amplia capacidad, y porque no hay mucho más para lo que puedan servir en estos días que imagino...» ¿Qué? ¿Qué imagino? Ese zambombazo nuestro de cada día, humo y trueno, no es de los que se imaginan, ni sus cinco columnas grises dispersándose sobre la línea del horizonte, a cada crepúsculo de luz inversa en dirección al Este. No se imagina, no hay excusas para hablar de ello. A estas alturas. Durante los primeros días, hasta que se estropeó la nevera, evité salir a la calle para no tener que escuchar a los otros haciéndolo, a los que se habían quedado y por eso se creían con derecho a soñar con un 'motivo' y lo perseguían en una retahíla de verdades autistas y culpables que no deberíamos ni gastar espacio en enumerar. «Son los ángeles», dijo el tipo que se ofreció a hacerme la reparación nada más toparme con él en el portal de mi bloque cuando trasteaba, después de aceptarle yo, en la entraña de metales y formas incomprensibles para mí de aquella mole blanca. «Por eso vemos la Mano de Dios cada noche.» Yo sólo callaba y mantenía mi propia mano al alcance de una espada japonesa que me regaló María al mudarme para decorar el salón; seguramente la hoja no hubiera aguantado ni un golpe sin descoyuntarse, y él hombre, cincuentón y groseramente miope, ni reparó en ella pues constituía un riesgo mínimo. Sigo sin explicarme la razón por la que le dejé subir, por la que compartimos aquella cena frugal mientras seguía desgranando una cosmogonía de asfalto, de filos secretos y farolas rajadas por el nítido mediodía, su llanto embozado, su «algo

habrás hecho y en el fondo lo sabes, arriba también lo saben». Al menos éste sí que aceptó algo de dinero por el favor que me hacía al arreglarme la nevera a mí, que no quise volver a verle, y eso fue después de todo bueno, por lo que decidí que acabaría mencionándolo en los primeros párrafos que fuera capaz de acumular bajo la dejadez de un mediodía. Desde la penumbra del descansillo, todavía le alcancé a oír rezongar que nuestro Mundo es último y que está en ascuas, ahí su voz líquida ya derrotada por el sonido a tenue roto del papel de veinte restregándose entre las yemas de sus dedos. «No se parece en nada a una mano», repliqué por fin. Suma dos y dos. Era como si todos los rostros me fueran conocidos. Como si todos tuvieran que contarme algo y hubiera querido hacerlo esa misma noche y a la vez, pero con lo que verdaderamente no contaban era con que yo me conformaba tan sólo con la perplejidad, con las baldas de las estanterías de las librerías como esta primera que recién había visitado, sucumbiendo desgajadas bajo el peso de la hipótesis ansiosa que no siente necesidad de responder a la pregunta. «¿Quieres saber lo que yo creo que estará ocurrido?». No, gracias, fue lo que me dijo María, allá infinitamente sabia en aquella la 'vispera' de todo, y ahora me veía obligado a entrecomillar tantos nulos términos porque lo último que ella hizo antes de irse fue destrozar el ordenador arrojándomelo encima, junto a las letras cursivas, y es este un esfuerzo por completo nuevo para mí, el de la caligrafía viva como la saturación del óleo sobre un lienzo en un color de sílabas. Pero es que así lo decidí. Pon «en efecto», y mis dedos se engarfiaban sobre la ternura transparente y octogonal del bolígrafo cuando el propietario de la otra maleta hizo acto de presencia, brindándome un silencio suspicaz desde unos ojos hundidos como rodamientos en la arcilla de su cráneo, pura y muscular, filtrándose con suma generosidad por los hombros abajo, los gruesos tentáculos de los brazos aferrando ya el asa, yendo a parar su curso a la cintura incongruente, donde al fin se desparramaba en glaciales y gruesos rebordes de grasa y proteína pura. Mentiré diciendo que no me vi bajo el peso de una amenaza abstrusa, pero tras de él, tras de aquel planetoide corporal, subsistía en ralo eclipse una muchacha absolutamente espigada y rubia, en la forma en la que únicamente estos adjetivos pueden sugerirlo. La delataba la endeblez descarada de sus tetas, las supuse masajeadas con avariciosa frecuente por las manos en forma de peñasco de aquel al que mi perspectiva cuerpo a tierra ascendía a gigantón del cuento de las habichuelas. «Hola», dije, y haberlo puesto por escrito no me hace parecer menos estúpido; fortuna que la pareja me ignorara con los suaves espasmos gemelos de sus respectivos cuellos al echar a andar de nuevo. «Grullas», pensé y sentí hambre yo también. No trataré de poner voz a sus aspavientos que sorprendí ensartados en un barullo cirílico para mí incomprensible y que haría torcer el gesto al padre de María como nos daba a entender cada vez que subía a casa a echar una mano con el fregadero rebelde, poseído por su propio Espíritu de la Cañería y adorado por su ectoplasma de cal. «Peor todavía, si hubieran hablado en inglés: tardaba en darme cuenta de ello, pero el inglés me había abandonado por completo, barrido de mi cerebro como si alguien se hubiera entretenido en exfoliar hasta la última de las neuronas que lo retenían». Anteriormente, en la librería, varios libros sin traducir o sólo a medias me había dirigido una sonora carcajada en blanco, pero prefería achacarlo a la luz, al vidrio levemente raspado de mis gafas, a la mala dieta de un exceso de verduras pobres: «heraldos del escorbuto» añadí en un arranque de entusiasmo del que no me atrevo a hacerme responsable, también aquí está el hambre. La pareja seguía avanzando por la galería acribillada por la luz plena, sin cruzar más que uno o dos gestos «en las antípodas de eso lo nítido que solíamos llamar cariño. Tal vez no se habían conocido antes. Tal vez todo les había sorprendido en esta pequeña ciudad ajena, y su melodramática labor se resumía en verse en posesión de una lengua estéril, incompatible con aquella otra a la que todos los demás estábamos reconduciéndonos. ¿Y si ni siquiera la compartían entre ellos dos?». Éste era el tipo de preguntas que quería hacerme, las que removían el remoto hervor de lo humano y me hacía perder la mirada por delante de los pasos de otra gente. A lo mejor, sospeché brevemente, estaban emprendiendo un viaje hacia ese lugar donde se conservara memoria de ellos y de hecho su maleta no era más que eso, una maleta, un par de mudas, alguna foto, algo de dinero para una situación en la que, ya lo apunté en lo precedente, el dinero apenas seguía subsistiendo como una 'influenza' de cuarta categoría: ni podía anticiparse que les sirviera de ayuda a alcanzar las barricadas que se alzaban para

«Mentiré diciendo que no me vi bajo el peso de una amenaza abstrusa, pero tras de él, tras de aquel planetoide corporal, subsistía en ralo eclipse una muchacha absolutamente espigada y rubia, en la forma en la que únicamente estos adjetivos pueden sugerirlo.»

dejar paso a los camiones de suministro y a los trabajadores enviados por personas despreocupadas por restañar la cutre ontología del desastre, como yo, y por eso disparaban a cada atardecer ese juego de bengalas y excavaban un inmenso foso a base de explosiones dedicado en exclusiva aquí al Nosotros. «Suma dos y dos». Más allá, el nido acogedor de la metralla o de la carretera, quién lo sabe, toda la historia acababa de desenrollarse en mi cabeza como una madeja con la que jugara un cruel gatito calvo, medio ciego y entrecomillado: «Nadie de la gente viaja hoy en día». Esto me dijo el chico en mi última visita a la librería, cuando pregunté por el ilocalizable hueco provocado en las estanterías por las extintas guías de viaje; repentinamente había aflorado en mí la melancólica asfixia de los últimos trenes. Igual de tajante y sonriente me imaginé la respuesta que les brindaría a cualquier chalado que alguna vez incurriera en el torpe sortilegio de las fotos retocadas de los cielos otros, los lívidos textos arrojados al papel satén y graso. «Nadie». María, no obstante... Salvada por los trenes. Pude darla por satisfecha al menos tres días, hasta que rescató aquel jirón de camisa empapada en sangre aguada que permanecía incrustado en el ladrillo del bloque que hacía esquina a nuestra calle. Justo donde se empotró el contenedor de metal para basura orgánica cuyo logotipo veo sin demasiado esfuerzo llenando mi todas mis posibilidades con aroma de entelequia propulsada por el vaivén de la ambulancia, su conductor víctima a su vez de la sorpresa, es muy posible, de algún prodigio inenarrable acontecido con su carga, llamémoslo terror igual que a tantas otras cosas, o llamémoslo también mole de tres toneladas y media de chasis en amarillo y bandas desmoronándose del todo en su liturgia de sirenas y desfibriladores. Al escribirlo en su momento lo zanjaré con un

*«Pude darla por
satisfecha al menos tres
días, hasta que rescató
aquel jirón de camisa
empapada en sangre
aguada que permanecía
incrustado en el ladrillo
del bloque que hacía
esquina a nuestra calle.»*

«no me dio tiempo a apartarme» o cualquier otra memez, si bien nunca no acabe de precisar lo inútil que habrá sido nunca hablar en cuenta atrás. Sí. Debí coger un diccionario. Los que había en el apartamento no eran más que 'tappers' para que las viejas parrafadas conservaran sus aromas al transitar por el microondas de lo cotidiano, pero «a día de hoy» se pudrían hasta alcanzar el punto de licuefacción y así las veo gotear por estos renglones como por las grietas del cráneo-trofeo de un vikingo; aunque si ya nadie viaja, tampoco deben de quedar vikingos, hecho de suma relevancia en el que, por cierto, María, se sumergió a conciencia cuando se aferró a mi cuello llorando. «Te he estado lla-

mando medio loca, ¿dónde estabas?» y yo sólo podía hablarle del blanco nuclear de los halógenos de un larguísimo pasillo; «Mas, como podía, no lo hice». Permití que siguiera relatándome todo lo que había visto hasta nuestro reencuentro y la decisión de los alcaldes de abrir de manera gratuita todas las estaciones, que calificó de 'absurda' pese a que facilitaba otros reencuentros. «El bien común, pfff», y así transcurrió la última onomatopeya en nuestra penúltima velada, antes de que subiera entre gritos las escaleras porque juraba que se había cruzado con su padre en el portal, y en sus manos portaba, si bien no me lo creo, aquel jirón de tela que confirmaba el origen de la cicatriz blanca que dividía en dos mi torso y que ella había tratado de ignorar hasta el momento. «Buen trabajo de forense sufragado por los presupuestos municipales para este año extraviado», escribí en la libreta y la cerré con un 'clap' que sonaba a aplauso único, frontal. Me incorporé retorciendo mi cuerpo y recordé que con movimientos semejantes, insultantemente lentos, había logrado esquivar la mayor parte de los electrodomésticos y enseres voladores con los que María rechazó mi abrazo, el asco henchido en su boca que, adecuadamente propulsado, pasaría acto seguido a chapotear en mi mejilla, pues así tenía que ser. Fácil, dócil; incluso para caminar bajo una «mancha», incluso para saludar a las cinco bengalas arrastrando esta maleta remendada y mascando briznas de césped pardusco porque al final, «seguíamos ganando» y lo único que nos cabía hacer era este «seguir» dándonos un todavía a tiempo.

© Javier Esteban

El autor:

Javier Esteban Gayo (Madrid, 1978). Periodista. He colaborado en revistas y fanzines, como Artífex, Bar Sobia, Margen Cero, La Bolsa de Pipas, Cuadernos del Matemático, Vulture, Diagonal, El Fantasma de la Glorieta, Dulce Arsénico, Interrup/ciones, Monografico.net, Fábula, Narrativas, Alex Lootz y Caldo de Cultivo.

FELIGRESES

por Ernesto Baltar

Desde el púlpito un cura de gafas oscuras y grandes cejas declina las bienaventuranzas. A su espalda hay una mesa amplia, un reclinatorio, las manchas de humedad en la pared, el retablo, la débil luz que atraviesa las vidrieras. Al hablar, al cura se le marcan las venas de las sienes y se le abren los agujeros de la nariz. *Parece un dragón*, pienso que piensa el niño de la primera fila.

—Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra...

A mi lado, Teresa lamenta su mansedumbre, su ineficacia, su estéril desposesión de la tierra. Teresa lleva quince años conmigo. No tenemos perro, ni gato, ni hijos. Teresa ha desperdiciado su vida conmigo, y yo la mía con ella. Lo sabemos. No hay duda. El viaje desde casa ha sido largo, sombrío, monótono. El coche cumplió su función sin sobresaltos (tiene demasiados años: la suspensión está rota y la culata hace un ruidito extraño), aunque no podíamos pasar de ciento diez. Casi no hemos hablado durante el camino. Fue ella la que se empeñó en venir al pueblo de sus padres. «Una visita corta, para limpiar la casa y respirar aire puro», me dijo. No se me ocurrió ninguna excusa rápida para evitar este error, esta demorada catástrofe. Sus padres murieron hace dos años; casi seguidos, ella después de él, como cumpliendo un orden preestablecido, una cadena inevitable. Desde entonces no habíamos vuelto. La puerta de la iglesia permanece abierta, al fondo; por allí entra la corriente, heladora; el mundo espera detrás de ella, pero no sé si tendremos la valentía de atravesarla solos. Estoy sentado aquí y, misteriosamente, puedo verlo y oírlo todo. Lo demás lo intuyo, sin más.

Hace frío. El niño de la primera fila se remueve en el banco, balancea las piernas: medias altas, pantalones cortos y botas de cordón. Podría ser yo de pequeño. Le flanquean sus padres. Se diría que la madre del niño, con la mirada torcida y la nariz respingona como un tobogán, necesita mucho sexo. Lo demuestra su forma de abanicarse los muslos con el forro interior del abrigo. El marido contempla el suelo, humillado. Su aspecto es irreprochable: anillo en el dedo, corbata anudada, bufanda al cuello, pañuelo en la solapa. El paño del abrigo, sin embargo, está desgastado. Tose una tos con grumos. *Mi mujer me odia, el jefe me maltrata, ya no se me levanta*, se mortifica para sus adentros el padre-marido.

«A mi lado, Teresa lamenta su mansedumbre, su ineficacia, su estéril desposesión de la tierra. Teresa lleva quince años conmigo. No tenemos perro, ni gato, ni hijos. Teresa ha desperdiciado su vida conmigo, y yo la mía con ella. Lo sabemos. No hay duda.»

Teresa y yo nos conocimos en el instituto. Se sentaba detrás de mí en clase. Seguramente fue ésa la clave: el azar del orden alfabético, el destino casual (y férreo) de los apellidos. Era muy guapa, como casi todas las chicas de su edad. Solía llevar melena ondulada hasta los hombros, camisas ceñidas al pecho y faldas que le marcaban las caderas; era tímida y hablaba poco, pero siempre sonreía; cuando le hablabas te miraba fijamente, le brillaban los ojos y daba gusto verla; además, su voz era muy suave. Mientras estoy pensando esto, estornudo violentamente, sin poder evitar el escándalo: se oye el estruendo en toda la iglesia y retumba en las naves laterales. Todo estornudo suena ridículo, pienso. Teresa me mira con gesto de reproche y se saca un clínex del bolso: «Toma, anda», me dice. Me sueno. Siempre parece molesta o enfadada conmigo. No sé cómo hemos llegado a esto.

A nuestra espalda, la señora loca de abrigo de visón y ojos negríssimos sostiene el misal entre las manos. Pasa las diminutas hojas, una tras otra. No encuentra el Salmo en cuestión: el Salmo que su padre rezaba, el mismo que pronunció antes de morir. En el cristal de sus gruesas gafas se reflejan las luces de las velas de Santa Catalina, distorsionadas. Se le pega a la frente el flequillo grasiento. Se le marcan las comisuras de los labios. Algo le duele, y no es el estómago. Parece que lleva mucha gente dentro, y todos sus huéspedes gritan.

Al llegar a la casa de los padres de Teresa, por la mañana, tuvimos que hacer limpieza general, antes incluso de abrir las maletas. Todo estaba lleno de polvo, el suelo, los muebles, las paredes, y en las esquinas habían puesto sus huevos los más variados bichos. Resonaban nuestros zapatos en el pasillo, multiplicados por el vacío, como una presencia inquietante. Me dio la sensación de que alguien que ya no estaba nos había estado esperando durante siglos. *Quién sabe*, pensé, *quizás el espacio también tiene memoria*. Al abrir los grifos oxidados del lavabo, rugieron las cañerías. Tardó en salir el agua, que primero tenía color terroso y después ya empezó a aclararse. En el armario del dormitorio seguían colgados los trajes de mis difuntos suegros. Me dio pena, o grima, o extrañeza, verlos allí tan perfectamente dispuestos y planchados... para nadie. *En esto se queda todo*, pensé. *Aquí está el verdadero esqueleto que dejamos*.

El organista disfruta sentado ante su instrumento. Es su gran momento del día, y de la semana. Las notas flotan bajo los arcos, entre las columnas, subiendo hacia la cúpula de la capilla. Teresa me da la paz con la mano, ni siquiera me mira a los ojos. ¿Cuándo fue la última vez que me dio un beso? Las notas del órgano caen sobre el anciano del fondo, que cobija su cabeza en una boina. Tiene las manos enlazadas en un puño, y el puño apoyado en el borde del banco. Su voz se superpone a la del cura; mejor dicho, el anciano mueve los labios sin voz y parece que le sale una voz ronca, que es la del cura. En perfecta sincronía. Tiene cicatrices en las manos y un mendrugo de pan duro en el bolsillo, para las palomas. Lleva luto por la mujer ausente.

Aseada la casa, abiertas las maletas, colocadas las cosas en su sitio, salimos al jardín. Sería mediodía. Cogí los guantes y la podadora. Y un rastrillo para las malas hierbas. Teresa se sentó a fumarse un cigarro en una de las sillas metálicas, después de limpiarla concienzudamente con un paño. Mientras cortaba las hojas secas de un arbusto, vi que en el poyete del muro había un gato. De ojos apagados y pelaje marrón clarito, tenía la cabeza ancha, las orejas pequeñas y la cola gruesa. Me acerqué despacio y no se inmutó. Se dejó acariciar el lomo. «No lo toques tanto, que lo mismo tiene la tiña», me advirtió Teresa, que echaba el humo del cigarro por la boca. «Pero si tengo los guantes

«La iglesia está medio en penumbra. Se puede decir que cada uno cumple su cometido: el organista toca a Bach, el niño juega con sus botones, el padre se suena los mocos, la loca se ríe por dentro, el viejo respira con dificultad, la madre se remueve en el asiento, el cura abre el sagrario y destapa el cáliz.»

puestos», protesté. Le cogí una de las patas delanteras, como si le estrechase la mano para presentarme. Estaba blandita. *Es gracioso*, pensé, *¿de quién será?*

La loca del visón ha encontrado, por fin, el Salmo que buscaba. Lo lee en voz baja, aprovechando el interludio del organista: «Los pueblos se han hundido en la fosa que abrieron, su pie quedó atrapado en la red que ocultaron. El Señor se dio a conocer, hizo justicia, y el impío se enredó en sus propias obras. Vuelvan al Abismo los malvados, todos los pueblos que se olvidan de Dios. Infúndeles pánico, Señor, para que aprendan que no son más que hombres». Su voz se va acercando lentamente a mis oídos, casi como un susurro que me humedece la oreja. Giro la cabeza y veo que está mirándose fijamente, a pocos centímetros. Se muerde el

labio y me guiña un ojo. Me doy media vuelta, espantado.

La iglesia está medio en penumbra. Se puede decir que cada uno cumple su cometido: el organista toca a Bach, el niño juega con sus botones, el padre se suena los mocos, la loca se ríe por dentro, el viejo respira con dificultad, la madre se remueve en el asiento, el cura abre el sagrario y destapa el cáliz. Teresa parece cansada, aburrida, ya no sonríe casi nunca. Yo la miro y me odio. Me odio. Alrededor la secuencia sigue su planificación: el cura comulga, después toma el vino y se limpia la boca. Por el pasillo avanza, de su mano, el plato con las sagradas hostias. En fila, las van recibiendo uno a uno de mano del cura. El cuerpo de Cristo. Amén. El cuerpo de Cristo. Amén. El cuerpo de Cristo. Amén.

Teresa y yo nos levantamos. Salimos de la iglesia, dejando atrás el rumor del cura con sus fieles. Me pongo el gorro de lana. Teresa se frota los guantes. Al fondo del camino se ve una casa triste, de tejado triangular. Como en los dibujos a lápiz de los niños, las ventanas son ojos y la puerta es una

boca. El resto del paisaje no varía: árboles pelados sobre un manto blanco. En la nieve se ve la marca de las ruedas de los coches, rumbo a muchas partes, a ningún lugar. Sopla el viento y hace frío. Nos agarramos del brazo con firmeza, para no resbalarnos, para darnos calor. Pienso que quizás el gato siga merodeando por el jardín. Caminamos hacia casa, lentamente.

© Ernesto Baltar

El autor:

Ernesto Baltar (Valencia, España, 1977). Es licenciado en Filosofía y en Teoría de la Literatura. Actualmente trabaja como traductor de inglés e italiano y como editor *freelance*. Ha participado en el volumen colectivo *Camarote 503. 16 historias desde el Bremen* (Madrid, 2009).

* * *

Relato

SIT DOWN, PLEASE

por Ysaías Núñez

La tarde de 1946 Willie Francis nunca pensó que sus diecisiete años pasarían frente a él. Al llegar al recinto, lo primero que vio fue la silla. La noche anterior había tenido alucinaciones, la imaginaba horrible, pero al tenerla frente a sí, era aún peor. Un cable en espiral pendía del techo, y varias correas de cuero alrededor de ella. Cuatro guardias lo llevaron hasta ese trono metálico. El pecho de Willie era golpeado insistentemente por su corazón. Uno de los guardias de mirada perdida lo hizo sentar. El labio inferior le temblaba como con vida propia. Las correas fueron apretadas en torno a sus brazos, cintura y piernas previamente rasuradas para recibir los electrodos. El casco húmedo, fue colocado en su cabeza.

Se quedó sólo.

Cerró los ojos... Escuchó el sonido desconocido hasta ahora de los generadores. Sin querer su cuerpo intentó levantarse, los músculos de la cara se contraían. Hacía muecas de dolor y risa ajenas a su sentir. Se agitaba como si tuviera un ataque epiléptico. La corriente eléctrica viajaba por todo el cuerpo, buscando lo insondable, tratando de reventar su corazón y otros órganos. Se aumentó el voltaje hasta la máxima capacidad, pero Francis aún seguía vivo. En un intento deliberado por aferrarse a la vida gritó:

—¡Paren! ¡No puedo respirar! ¡Déjenme!

Se suspendió la ejecución. En el cuarto reinaba un olor a carne chamuscada ligada con orina y heces del reo, jadeaba.

Un año después de varios juicios, y que la prensa no dejaba de titular «Primer sobreviviente a la silla eléctrica», Francis regresó al recinto, no sabía si era mejor seguir viviendo para volver a visitarlo constantemente. Iba tranquilo. Él mismo se dirigió a la silla con pasos decididos y se quedó parado, viendo a la nada, recordando todo lo anterior, y a lo lejos escuchaba al guardia que le decía:

—Sit down..., please.

© Ysaías Núñez

El autor:

Ysaías Núñez. Nació en Cumaná, Venezuela, en 1986. Reside en Barcelona, ciudad ubicada al oriente del país, donde cursa estudios de odontología. Blog: <http://ysaiasnunez.blogspot.com>

COLOR AMARILLO

por Gonzalo Martín de Marcos

El lomo blanco del tren pasó velocísimo por encima del muro. Por un instante, las voces de los niños en el parque se apagaron, la vibración del viaducto cesó. Emma volvió la mirada al césped, donde una mujer mayor jugaba al fútbol con sus nietos. Nada en su aspecto se le asemejaba, pero a Emma le recordó a su madre muerta, severa incluso en el ataúd. Se giró en el banco en el que estaba sentada para observar el torreón de ladrillo rojo, incólume en el delta que dejaban en su unión la avenida y el callejón junto a las vías. Los pinos de la rotonda, a sus espaldas, permanecían en una sombra deleitosa bajo el viaducto. El grito agudo de un niño la hizo volverse y buscar con la mirada a Pablo. Lo llamó y el niño acudió, vivaz, flaco: «¡Mira, Pablo! El torreón de la abuela. ¿Te acuerdas?». Pablo dirigió una mirada distraída, sin interés, se aupó sobre las rodillas de su madre, dio un saltito y se marchó corriendo. «¡Pablo!», gritó Emma, pero el niño no la oyó. Emma frenó el impulso de levantarse e ir tras él. En el parque, la mujer mayor propinó un torpe pero enérgico puntapié al balón. «¡Será estúpida!», pensó Emma, y levantó la mirada al cielo.

Empezaba su trabajo a las seis y media de la mañana. Debía limpiar ocho portales de una única parcela. Para llegar puntual, se levantaba a las seis menos cuarto y caminaba quince minutos desde su casa. Se vestía con una larga bata azul, se enfundaba unos guantes de plástico muy fino y recogía el cubo, la fregona y los líquidos de limpieza. Durante la primera hora apenas veía a nadie. Más tarde, un estudiante, una madre con su hija, salían pisando con cautela el suelo aún mojado: «Disculpe». Un día, alguien la saludó: «Bon día». Emma sonrió: «¿Catalán?». «No, ¿por qué?», negó el interpelado, y Emma lo vio desaparecer en la calle, desconcertada. «¿Por qué hemos venido a esta tierra?», se lamentaba, mientras sentía en sus yemas el tacto engañoso del agua sobre los guantes. Y entonces, recordaba la añoranza de su madre, aún treinta años después de haber emigrado a Barcelona: «Mi torreón...», la oía suspirar. Suerte que no alcanzó a verlo como ahora se halla —pensaba Emma—, chaparro y rodeado por esbeltas urbanizaciones de ladrillo bruñido. Emma se sorprendió la primera vez, cuando pudo compararlo con la imagen que su madre solía rememorar. A su costado, permanecía la casa molinera que les había servido de vivienda. «Con el tiempo acabamos ocupando también las dos plantas del torreón, a pesar de que sólo debíamos cuidarlas», refería su madre. Ahora, cuando caminaba al trabajo y contemplaba desde lejos sus balcones cerrados, imaginaba la vida de antaño y casi podía ver a su madre acodada sobre la baranda, asomada hacia los campos.

«Empezaba su trabajo a las seis y media de la mañana. Debía limpiar ocho portales de una única parcela. Para llegar puntual, se levantaba a las seis menos cuarto y caminaba quince minutos desde su casa. Se vestía con una larga bata azul, se enfundaba unos guantes de plástico muy fino y recogía el cubo, la fregona y los líquidos de limpieza. Durante la primera hora apenas veía a nadie.»

Cuando se instalaron, Emma convenció a Lázaro de que visitaran el torreón. Todavía no sabía que la empresa para la que trabajaba le asignaría una urbanización próxima. Llevaron consigo a Pablo. Emma experimentaba una intensa agitación. En el autobús que tomaron, Lázaro, con Pablo sobre sus rodillas, sonreía a Emma y hacía comentarios ridículos, vanos. Emma se esforzaba por excitar la curiosidad del niño, pero su voz le salía inclemente, exaltada. Lázaro trataba de tranquilizarla: «Tranquila, llegaremos», y volvía la vista hacia la calle, a través del cristal, en cuyo reflejo Emma creía descubrirle un gesto discrepante. Se bajaron en la parada más cercana. Cuando el autobús hubo arrancado quedaron los tres quietos, indecisos. Al otro lado de la rotonda, frente a ellos, se levantaba el torreón de la abuela. «Allí pasé yo mis primeros seis años, Pablo, hijo», le señaló. Cruzaron por el

paso de peatones y se aproximaron. Trataron de rodearlo pero una valla de metal se lo impedía. Emma se acercó a una de las ventanas bajas. Atisbó tras los postigos cerrados una habitación vacía. En un rincón, algunos escombros. Un intenso hálito de humedad salía del interior. Pablo, acucillado, trazaba paralelas en la grava. «Está abandonado», observó Lázaro. Emma no le contestó. Se retiró y miró hacia arriba: el cielo y las cornisas de ladrillo. Pasearon unos minutos por los alrededores. En los espacios no edificados crecían arbustos muy verdes. Pablo comenzó a quejarse, gimoteó un poco y Lázaro le cogió de la mano. Emma, de espaldas, observaba el muro blanco recién levantado que preservaba las casas del ruido del tren. «Pablo está cansado, Emma. Deberíamos irnos», le escuchó decir. En el interior aséptico del autobús, Emma se prometió regresar sola. Pablo arrastraba el pulgar por el cristal y Lázaro se esforzaba: «¿Está bien conservado, verdad?»

La semana siguiente, Emma tomó otra vez el autobús que llevaba a los barrios del sur. Era una tarde de calor, ventosa. En las aceras, los plátanos tiernos se curvaban. Cuando llegó al torreón se encaminó directamente a las casas molineras junto a la vía. La mayoría estaban cerradas, impenetrables. A la puerta de una de ellas, cuyo interior escondía una cortina de cuerdas, un hombre gordo dormitaba. Su barriga y sus pechos se derramaban como bolsas de agua. Al ruido de los pasos abrió los ojos, cerró la boca. «Buenas tardes», saludó Emma. «Buenas tardes», respondió. «Me llamo Emma Pastor. Me he mudado con mi familia desde Barcelona. Cuando era muy pequeña viví en el torreón, con mi madre. ¿Se acuerda de mí?». El hombre la examinó, tamborileó con sus dedos sobre la silla de playa en la que descansaba: «Lo siento», repuso; y se explicó: «Vine aquí hace diez años con mi hijo y mi nuera. Cuando llegamos, el torreón estaba ya deshabitado». Emma dirigió la vista hacia el final del callejón, cerrado por el muro blanco: «Gracias», dijo. El hombre bostezó y la observó de espaldas, mientras se marchaba. Emma salió del callejón, dobló a la izquierda. Anduvo por la acera

«En la mitad del camino, encontré una bicicleta tumbada. Recostado contra un pequeño talud, un hombre joven descansaba. Llevaba el torso desnudo. Al verla, pareció sobresaltarse. Algo se arregló entre la ropa remangada. “Estaba masturbándose”, pensó Emma, y se apresuró para alcanzar el autobús.»

hasta que se alejó lo suficiente para ver el torreón por encima de las casas. Desde allí, también se veía la avenida más allá de un descampado. Aún incierto, el autobús regresaba lentamente. Emma decidió atravesar hasta la parada. Había hondonadas y montículos cubiertos de maleza. En la mitad del camino, encontró una bicicleta tumbada. Recostado contra un pequeño talud, un hombre joven descansaba. Llevaba el torso desnudo. Al verla, pareció sobresaltarse. Algo se arregló entre la ropa remangada. «Estaba masturbándose», pensó Emma, y se apresuró para alcanzar el autobús. A sus espaldas, tras el muro, con un fragor fugaz, pasó el tren. Ya instalada en su asiento del autobús, vio cómo el ciclista se levantaba y sintió asco.

Al cabo de unos meses desde su llegada, Emma hizo su primera amistad. Una mañana temprano, una mujer se detuvo en la escalera. Emma limpiaba los cristales de una puerta. «Es usted nueva, ¿verdad?», le sonrió. «Me llamo Sonia», se presentó, tendiéndole la mano. Emma se excusó: «Llevo guantes». «No se preocupe», la tranquilizó. Desde entonces, empezaron a toparse con más frecuencia y Sonia siempre tenía tiempo para cruzar unas palabras. Cuando caminaba hacia el trabajo, Emma pensaba en Sonia, en la prisa que siempre llevaba y que sin embargo no le impedía hacer un alto. También pensaba en su autoconfianza, en su don de gentes, y la envidiaba. Una mañana de viernes, Sonia le dijo: «Emma, ¿por qué no venís mañana a casa? Así podré conocer a tu familia, y charlaremos». Emma, halagada, aceptó la invitación. Nunca, hasta ese momento, había visto el barrio por la tarde. La luz vespertina confería un valor extraordinario al viaje. Pablo corría por delante, subiéndolo y bajándolo de cada banco. Lázaro la llevaba del hombro, relajado. Emma estaba nerviosa. Tenía miedo de no hallar palabras, de sentirse apabullada por la desenvoltura de Sonia. Enseguida, no obstante sus miedos, se calmó. Sonia le mostró su casa. Le habló de su afición a la pintura y Emma alabó sus cuadros de alegres colores. Se sentaron a conversar en torno a una mesa de café, donde Sonia había dispuesto fuentes de frutos secos, patatas, grandes copas de mosto rojo. Pablo comía hundido en un enorme sillón. Lázaro, sobre el borde del sofá, mecía una copa en la mano. A veces, le pasaba una mano por la espalda y Emma sentía un desapacible escalofrío. Quiso apartár-

sela, pero se contenía, porque Sonia preguntaba: «¿Así que sois de Barcelona, eh?» «Sí, nos mudamos hace tres meses. Yo, en realidad, nací aquí, aunque crecí en Barcelona. Mi madre tuvo que marcharse», dijo. «Ah, Barcelona», soñó Sonia, y la mitad de su rostro desapareció tras la copa. «Mi marido es andaluz. Pablo, mi hijo, es barcelonés». Sonia dirigió una tierna sonrisa a Pablo, que en aquel momento jugaba con los cacahuets. Emma comenzó a sentirse bien, expresiva. «Escogimos este barrio porque mi madre tuvo aquí un torreón muy antiguo, donde yo pasé parte de mi infancia. Cuando cumplí los seis años, la ciudad estaba ya muy crecida. Se extendía hacia el sur... Nos llegó una orden de expropiación.» Emma se detuvo, bajó la vista, y continuó: «Tuvimos que marcharnos. Lo dejamos todo en un mes apenas. Mi madre no soportaba la pena y decidió que nos fuéramos lejos». Lázaro carraspeó, le ofreció una copa. Sonia sacudió la cabeza comprensivamente y tornó a mirar a Pablo, esta vez con un rictus conmisericordioso, como si el niño hubiera sido el desahuciado. «El progreso carece de sentimientos», reflexionó Lázaro. «Seguramente lo conoces, Sonia», dijo Emma. «Es un torreón de dos pisos, hecho de ladrillo rojo. Tiene ocho caras. Está junto a la vía». Sonia se disculpó. Hacía poco tiempo que vivían en aquel apartamento. Por otra parte, cuando Sonia salía lo hacía en coche, aceleradamente, sin prestar atención a nada que la rodeara salvo el objetivo de llegar con puntualidad. Lázaro y Emma asintieron. Entendían. Pablo se había levantado. Rondaba alrededor de una gran mesa de oscura talla castellana. Emma preguntó: «¿En qué trabajas, Sonia?». «Dirijo una academia y doy clases a tiempo parcial. Una vida muy estresante. ¡Necesito unas vacaciones!». «¡Claro!», rieron al unísono, y en aquel momento se oyó un estruendo, el estallido de un vidrio. Se volvieron hacia Pablo. Sonia se levantó y se acercó a un trinchero a cuyo lado se encontraba el niño. «¡Pablo! ¿Qué has hecho?», exclamó Emma desde el sofá. Sonia recogió del suelo dos grandes pedazos de cristal labrado. Lázaro, aún sentado, dio un sorbo a su copa de mosto rojo. Emma se aproximó al trinchero frotándose las manos. «¡Lo siento Sonia! Es que este niño es un terremoto!». Sonia, valorando los restos, musitó: «No te preocupes». Emma se giró hacia Pablo, lo agarró fuerte del brazo y lo zarandeó: «¡Mira lo que has hecho! ¡Una antigüedad!». El niño se apartó asustado. En sus ojos había espanto. Miró hacia su padre, que estaba muy serio, y prorrumpió en llanto. Sonia reunió los pedazos sobre la mesa. Su mirada se había tornado opaca: «No te preocupes. Son cosas que pasan. Tan sólo es un niño...» Emma se mesaba los cabellos. Los sollozos de Pablo en el pasillo la exasperaban. Lázaro se acercó y la agarró del codo. La piel de sus dedos estaba grasienta por los frutos secos. «Lo lamentamos mucho, Sonia. ¿Podríamos comprarte otro?», dijo. «¡Oh! Muy amable, pero era de mi abuela, no quedarán ejemplares». Emma se desasíó de Lázaro y salió al pasillo. Agarró el bolso y llamó a Pablo con voz perentoria. Todos se reunieron en el vestíbulo. Sonia esbozaba una sonrisa de lástima y perdón. Pablo sollozaba con suaves palpitos de inercia. Se despidieron abruptamente, con urgencia, como si se les hubiera impuesto la separación. Emma formuló nuevas disculpas, apretó fuerte la mano de Sonia. Mientras bajaban las escaleras, Emma reconoció los ángulos que limpiaba cada mañana. Pablo la precedía, bajando cada escalón con torpe cautela. Antes de llegar al final se tropezó y cayó blandamente. Tras un corto estado de estupor, estalló en llanto. Emma lo izó, lo sacudió con brusquedad: «¿Te quieres callar? ¡No haces más que incordiar!». Lázaro acudió desde atrás, trató de apaciguarla, pero cuanto más lloraba Pablo más se exaltaba Emma: «¡Tú abuela te habría enderezado!», gritó, y enseguida oyó decir al niño: «¡Mierda tu torreón!». Emma lo liberó, estupefacta. Pablo la miraba de hito en hito, suspenso el llanto, él mismo alarmado de su osadía. Antes de que Lázaro alcanzara a alzarlo en sus brazos una sonora bofetada restalló en la mejilla del niño. Un eco muy breve y agudo se propagó por la escalera. Emma echó a andar hacia la calle. Lázaro la seguía con el niño en brazos, ahora silencioso, contemplativo. Cuando llegaron a casa Emma se encerró en la habitación de invitados. Estuvo contemplando el techo desde la cama. Nadie llamó a su puerta, aunque se los oía fuera. Tarde, cuando las voces de Lázaro y Pablo se hubieron extin-

«Sonia recogió del suelo dos grandes pedazos de cristal labrado. Lázaro, aún sentado, dio un sorbo a su copa de mosto rojo. Emma se aproximó al trinchero frotándose las manos. “¡Lo siento Sonia! Es que este niño es un terremoto!”. Sonia, valorando los restos, musitó: “No te preocupes”. Emma se giró hacia Pablo, lo agarró fuerte del brazo y lo zarandeó: “¡Mira lo que has hecho! ¡Una antigüedad!”.»

guido, salió a la cocina, se hizo una cena frugal y se la llevó de vuelta a la habitación. Junto a un vaso de agua colocó una caja de tranquilizantes. Cenó y tragó uno de los comprimidos. Se tumbó de nuevo y esperó el efecto. Para entretenerse desplegó el prospecto. Conforme iba quedándose dormida alcanzó a leer, entre los componentes: «color amarillo». «¡Qué bonito!», pensó, y se sumió en el sueño.

Al día siguiente Emma despertó tarde. Al principio pensó que era muy temprano, a causa de la luz fría que penetraba a través de la persiana. Pronto, por el bullicio del paseo, se percató de que la mañana había avanzado. La casa estaba en silencio. Imaginó que Lázaro y Pablo estarían paseando como los demás, bajo el frescor de los castaños, en un domingo de verano. Se desentumeció con placer, feliz de hallarse sola. Se levantó y se duchó. Mientras se peinaba recordó la merienda de Sonia, la fuente rota, el desdén insólito de Pablo, y sintió un rencor casi apagado. Se sentó en un sillón frente a la televisión. Cuando Lázaro y Pablo llegaron Emma se sentía completamente relajada. El niño saltó con ímpetu sobre sus rodillas. Se atropellaba en el relato de la mañana, los juegos, sus rivales. Emma le retiró el flequillo largo que le caía sobre un ojo. «Tenemos que cortarte el pelo, hijo». «¡No!», se rebeló, y se fue corriendo, pleno de energía. Lázaro llegó por detrás y la besó en la frente. Hizo una suave caricia a sus pechos sin sostén. «Cocino yo», se ofreció. Al cabo de una

«Bajo la caldera había un taco de madera con cuchillos hundidos hasta la empuñadura. Se acercó y extrajo uno de ellos. Lo agarró hacia abajo, con el filo de la hoja hacia dentro. Levantó el brazo y ensayó un ademán de apuñalamiento. Experimentó una gozosa energía y repitió el gesto, esta vez hacia ellos.»

hora Emma comenzó a sentir hambre. Fue a la cocina y estuvo un rato contemplando la espalda de Lázaro junto a los fuegos. A su costado, empinándose, Pablo observaba lo que su padre hacía. La radio y el extractor de humos, en alta potencia, ensordecían las voces. Emma se percató de que su entrada había pasado inadvertida. «¿Qué cocináis?», preguntó con una voz deliberadamente baja. «¿Qué cocináis?», repitió sin apenas subir el volumen. El ruido, el calor y el humo se le hacían insoportables. Entonces Emma revivió un recuerdo olvidado. Su madre cocinaba con la ventana abierta. Las hojas de madera se balanceaban suavemente por la corriente de aire. Fuera del torreón, se veían

los campos amarillos de agosto. La nostalgia creció tanto que una angustia repentina la acometió. Vio las espaldas herméticas de Pablo y su padre y no tuvo más remedio que volverse. Buscó ansiosamente con la vista. Bajo la caldera había un taco de madera con cuchillos hundidos hasta la empuñadura. Se acercó y extrajo uno de ellos. Lo agarró hacia abajo, con el filo de la hoja hacia dentro. Levantó el brazo y ensayó un ademán de apuñalamiento. Experimentó una gozosa energía y repitió el gesto, esta vez hacia ellos. En ese momento, Pablo, con una leve torsión de cuello, sin volverse apenas, la miró. Emma se congeló. La expresión del niño era hierática, sin interés, y enseguida volvió a centrarse en su padre. Emma bajó el brazo, dejó el cuchillo sobre la mesa y salió de la cocina. La penumbra del salón con la persiana baja le resultó muy grata. La puerta de la cocina se abrió y apareció Lázaro con una fuente humeante en los brazos. «¡A comer!», dijo con alegría. Emma lo miró desde el sofá, sin atreverse a levantarse, y Lázaro le dijo: «¡Vamos, levanta! ¿En qué estás pensando?».

© Gonzalo Martín de Marcos

El autor:

Gonzalo Martín de Marcos. Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Valladolid. Ha sido instructor de español en Arizona State University y actualmente imparte clases como profesor del Departamento de Lengua española en la Facultad de Ciencias Sociales de Segovia (Uva). Ha publicado artículos y reseñas sobre literatura española e hispanoamericana tanto en revistas de divulgación como en revistas especializadas. Así mismo, ha realizado labores de colaboración en proyectos relacionados siempre con la literatura: Cátedra Miguel Delibes, Cervantes Virtual. En el número 21 de *El coloquio de los perros* (revista digital) publicó "Just in case", bajo la sección "El perro de los Baskerville".

UNA BODA

por Sergio Borao Llop

*una huella serpenteante de pequeños
cráteres de arena conduce hacia el desierto.*

Michael Ende. *El espejo en el espejo*

Todos saben que nunca asisto a las bodas.

Aunque no por ello dejan de enviarme invitaciones. Algunas, de lo más extravagantes. Los escenarios elegidos también son diversos: Iglesias tradicionales, juzgados, templos decadentes y ya abandonados, ayuntamientos, locales dedicados a otros cultos, incluso una vez recuerdo que el enlace se celebraba en una vieja ermita construida en lo alto de una montaña, a la que sólo se podía acceder tras una caminata de cuatro kilómetros cuesta arriba y bajo el sol. Esto último, al menos, despertó mi simpatía y, con la pertinente nota declinando la invitación, envié un profuso ramo de flores, no todas ellas, según me hizo notar la empleada de la floristería, apropiadas para la solemne ocasión. *Mándelas no obstante*, respondí. Todas las flores son hijas de la tierra. Y a ella tornarán un día, como nosotros mismos, ninguna merece ser discriminada durante el brevísimo periodo que le ha sido dado para mostrarse al mundo.

Detesto las bodas. Una boda –dice Silvio WJ– es el acontecimiento social donde se concentra la mayor cantidad de idiotas por metro cuadrado. No es que sean idiotas *siempre* –explica–; lo son, con obstinada insistencia, mientras dura el evento. Gente que se siente obligada a mostrarse sonriente, como si en realidad hubiese un motivo. Gente que saluda con la mayor y más fingida cordialidad a otra gente totalmente desconocida, burbujas que un instante flotan en la superficie para hundirse de nuevo en la inmensa vorágine del anonimato sin haber llegado siquiera a pronunciar su sentencia, aquella para la cual fueron creadas. En la conversación, inevitable en cualquier reunión prolongada, abundan los lugares comunes, la intrepidez oratoria y el aburrimiento. Realmente me repugna todo ese circo: el protocolo de fingir que nos interesa el suceso y cuanto con él se relaciona, de verse casi obligado a esgrimir frases estándar, del tipo *No has cambiado nada desde la última vez*, que ellas interpretan como un halago cuando en realidad se trata de una crítica bastante ácida, porque lo normal sería haber *cambiado*, haber *evolucionado*, y en cambio, hélas ahí, sonrojadas y satisfechas a causa del presunto piropo recibido, y en verdad tan huecas y lineales como siempre. No se nos podrá acusar de haber mentido. Pero no hay que alarmarse: Toda palabra dicha en uno de estos eventos es barrida junto con las colillas de los cigarros y los restos de comida, ni rastro quedará de lo uno ni de lo otro, brisa imperceptible que pasó, haciéndonos sentir apenas un leve escalofrío; ni eso, ya no nos acordamos.

«Detesto las bodas. Una boda –dice Silvio WJ– es el acontecimiento social donde se concentra la mayor cantidad de idiotas por metro cuadrado. No es que sean idiotas siempre –explica–; lo son, con obstinada insistencia, mientras dura el evento.»

A veces, sin embargo, no tengo otro remedio que ir: Cuando se trata de un familiar o un amigo, palabra ésta que un día también perderá del todo su sentido. En esos casos, extraigo el disfraz de su lugar en el fondo del armario, me acomodo en su interior lo mejor que puedo, coloco en mi rostro la sonrisa apropiada para que nadie pueda distinguirme entre la multitud y, durante el tiempo imprescindible, adopto los modales convenientes. Después, con un pretexto cualquiera (*nada es del todo inverosímil cuando a nadie le importa*), me retiro. En general, agradezco que el restaurante donde se celebra la comida o cena esté cerca de un río. La contemplación de la corriente, ya sea desde un puente o desde la ribera, contribuye a limpiar los restos del fatigoso episodio: Imágenes ya en descomposición, frases truncadas, risas fingidas, poses; sombras, en suma, reflejadas en el muro inmaterial y milenarior.

La última vez, lo recuerdo como si fuese hoy, no había río alguno. Tuve que ir caminando hasta casa para despejar mi mente, tal era la cantidad de despropósitos y estupideces que habían violado mis

oídos. Aun así, la caminata (algo más de cinco kilómetros), resultó excesivamente corta. Horrorizado aún, me tumbé en el sofá con los ojos cerrados y un disco de David Anthony Clark (Terra Inhabitata, claro) sonando a través de los auriculares. Sólo después de un buen rato pude recuperarme. Me prometí no volver a dejarme arrastrar hacia ese abismo.

Por eso mismo, resulta más bien extraño que hoy esté preparándome para acudir, una vez más, a la ceremonia. No sabría explicar (aun si hubiese de hacerlo) los motivos. Ni siquiera conozco los nombres de los contrayentes. La invitación llegó hace un mes, en un sobre de color azul, sin membrete ni remitente. Sin franquear. El cartero, al preguntarle, me miró con gesto altivo y aseguró no saber nada del asunto. Si bien al principio pensé que se trataba de una broma, con el paso de los días se fue apoderando de mí ese sentimiento de fatalidad que me ha llevado a cometer los mayores disparates, pero que, al mismo tiempo, me ha permitido ver en ocasiones el rostro descubierto de la vida –tan distinto en el fondo a esa máscara doliente y cotidiana–, el bello rostro que tan fácil resulta amar porque tiene el inconmensurable valor de lo irrepetible.

«Por eso mismo, resulta más bien extraño que hoy esté preparándome para acudir, una vez más, a la ceremonia. No sabría explicar (aun si hubiese de hacerlo) los motivos. Ni siquiera conozco los nombres de los contrayentes. La invitación llegó hace un mes, en un sobre de color azul, sin membrete ni remitente. Sin franquear.»

Para evitar ese desasosiego, metí el sobre en un cajón de mi escritorio. A pesar de los años cumplidos, de las inequívocas repeticiones –parece mentira– aún no hemos aprendido que esa táctica sólo sirve para olvidar cosas que hubiésemos olvidado de todos modos y sin el menor esfuerzo, por carecer de importancia alguna. En el presente caso, como en todos, el encierro reforzaba aún más la presencia impalpable de la carta, le concedía la solidez de lo inquietante, la hacía aun más patente por el vacío dejado en el lugar donde debería estar y, sin embargo, no estaba. Se convirtió en una incómoda obsesión, como esas cancioncillas que, a veces, aunque las detestemos, se nos quedan pegadas en la memoria sin motivo aparente y

resuenan dentro de nosotros durante horas. La música, al final, siempre cesa, pero la invitación se dibujaba constantemente en mi cabeza, hasta en sus más difusos detalles. Cuando al fin la saqué de allí y la coloqué sobre la mesa del salón, apoyada en el florero, la sensación angustiosa desapareció. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Algo que no era yo había decidido por mí.

Me miro en el espejo. La transformación se ha producido sin incidentes. Ahora ya puedo marcharme. Al cerrar la puerta de casa, y mientras bajo las escaleras, me asalta una molesta sensación de ingravidez. Me sorprende al reparar, quizá por vez primera, en el rostro sereno de la portera del edificio. Aunque sus ojos reflejan una tristeza cuyos motivos se me escapan, son hermosos. *En su juventud debió ser una mujer linda*, pienso. Parece ir a decirme algo, pero sólo me mira con esos ojos enormes, se queda un instante en suspenso, como tratando de hallar las palabras exactas, acaso palabras que no conoce o que se le han olvidado, y luego, *impotente*, se da la vuelta y desaparece en el interior de la portería, provocándome, sin que atine a discernir el motivo, una sorda melancolía.

La boda es en otra ciudad. Un estremecimiento me recorre de arriba abajo al tomar el tren. Eso me sucede siempre desde que un buen amigo (a cuya boda no pude acudir para no cometer un imperdonable anacronismo) me dejó leer algunos de sus cuentos, en los cuales el tren no es un lugar tan idílico como pueda parecer a un viajero ocasional. Es sólo un momento. En cuanto el cuerpo se acomoda, la sensación opresiva desaparece. En cualquier caso, no conviene dormirse. Uno nunca sabe dónde va a despertar. El viaje es corto y el paisaje, amable. El trayecto me resulta relajante, pero agradezco su conclusión. Antes de salir de la estación, entro un momento en los lavabos y echo un vistazo a mi aspecto. El traje no se ha arrugado. Me ajusto el nudo de la corbata (*un extraño se ajusta el nudo de la corbata, ahí en el espejo*) y salgo al exterior, donde amenaza lluvia.

No conozco el lugar, así que detengo un taxi y le doy la dirección. El taxista me mira, o para ser exactos, mira mi reflejo en el retrovisor. Parece algo desconcertado, pero se encoge de hombros y partimos. Calculo que no tardaremos mucho en llegar, es una ciudad pequeña. Después de algunos giros y rotondas, percibo que estamos alejándonos del centro. Luego, tomamos una estrecha carretera

en dirección al norte. Muy pronto los edificios desaparecen de la vista. El lugar, deduzco, está en las afueras, o tal vez en una pequeña aldea cercana. El viaje es corto. Al detenernos, no puedo evitar un gesto de sorpresa. A nuestra derecha no hay más que una sucesión de campos de cultivo que se prolonga hasta el horizonte. A la izquierda, el panorama sería idéntico, a no ser por una larga nave, tal vez un viejo almacén, que se extiende paralela a la carretera. Parece abandonada. El taxista vuelve a mirarme por medio del espejo. *Aquí es*, dice. Contemplo los ajados muros y los campos circundantes. Demasiado real para ser una broma de mal gusto. En las bromas, todo es más o menos correcto excepto uno o dos detalles, que desentonan. Ahí radica la gracia. Pero aquí existe una uniformidad en el despropósito. *Hay algo desagradable en todo esto*. Lo más sensato sería pedirle al conductor que diese media vuelta, volver a la estación, tomar el tren, olvidar la existencia de este lugar y este día. Sin embargo, pago la carrera, no sin añadir una generosa propina, descendiendo del automóvil y cruzo la carretera desierta. Por el rabillo del ojo, distingo la sombra del taxi poniéndose de nuevo en movimiento, dando la vuelta y acelerando rumbo a la ciudad. Juraría que los ojos del conductor siguen fijos en mí mientras se va alejando, como si fuese incapaz de entender lo que aquí sucede o como si *estuviese tratando de indicarme algo con esa mirada*, algo que *él sabe* pero que yo, por algún motivo secreto, no puedo comprender. Muy pronto, el auto desaparece tras una curva, dejándome tan sólo esa extraña sensación.

Al internarme en el camino de tierra que conduce a la enorme construcción, me remango un poco el pantalón, pero es inútil: Mis pasos levantan pequeñas nubes de polvo que luego flota en torno a mí hasta quedarse pegado en mis ropas. Fue una mala idea no pedirle al taxista que me acercase, al menos, hasta la puerta de la nave, si es que la hay. Un poco antes de llegar al final del muro, escucho voces, ecos, no sé si resuenan en el interior o al otro lado del edificio. Giro la esquina y puedo ver la fachada, que da al norte. Al otro lado de la nave distingo numerosos coches aparcados. Reconozco algunos, aunque no me molesto en tratar de recordar a quién pertenece cada uno. En la fachada, hay un portón verde, abierto de par en par. Junto a él, algunas personas charlan. Reconozco a mis primas. Por lo tanto, debe tratarse de una boda familiar. Trato, inútilmente, de evitarlas. Pocas cosas hay en el mundo tan insulsas como una conversación con ellas. También veo a dos o tres antiguos compañeros de juergas, lo cual me sorprende un poco. Al percibir mi presencia, sus sonrisas se ensanchan ostensiblemente. Me saludan con una cordialidad que considero excesiva, aunque no les preste demasiada atención. Las voces se multiplican al acercarme a la entrada. El interior está alfombrado y lleno de gente. Docenas de lámparas inundan de claridad el ámbito, sólo el techo y las paredes quedan velados por una tenue cortina de penumbra. Hay flores por todas partes –aquí, en medio de este desierto, el contraste aún resulta más evidente–. Al fondo, en un discreto segundo plano, están los fotógrafos, esperando el momento de ponerse a disparar sus cámaras. Me resulta chocante reconocer a la mayoría de los invitados. Es algo infrecuente, máxime cuando uno intenta vivir apartado del mundo. Me gustaría preguntar quiénes son los novios, pero sería una imprudencia. Temo hacer el ridículo, puesto que no sé si todo el mundo recibió la misma invitación o, por el contrario, finalmente sí fui objeto de una broma. Por eso miro a uno y otro lado con disimulo, a pesar de los constantes saludos, abrazos y palmadas en la espalda, que me impiden concentrarme en mi objetivo. Oigo palabras que no me molesto en descifrar, me siento guiado por manos y cuerpos que se arremolinan alrededor. Todo esto me marea un poco.

Me resulta chocante reconocer a la mayoría de los invitados. Es algo infrecuente, máxime cuando uno intenta vivir apartado del mundo. Me gustaría preguntar quiénes son los novios, pero sería una imprudencia.»

Las manos, las risas, las palabras, me conducen, sin que sea capaz de advertirlo, hasta el lugar central, allí donde la iluminación resulta aún más deslumbrante. Distingo, encima de una plataforma elevada a la que se accede mediante dos amplios escalones, una especie de altar (*¿un altar destinado a sacrificios rituales?*). Por un momento, siento como si formase parte del reparto de una película de Luis Buñuel y no pudiese hacer nada, salvo representar mi papel lo mejor posible. Me sorprende esperando el eco de un grito de pánico en alguna parte, pero es sólo una ilusión. En las bodas no hay pánico, sólo alegría, no importa ya si verdadera o falsa. De repente, al lado del altar aparece un individuo alto y serio. No tiene aspecto de sacerdote. Sospecho que se trata de un simple funcionario, su rostro muestra el inexpresivo cansancio propio de ese gremio. Viste un traje negro que parece muy antiguo. El rostro

y el traje, sin embargo, son extrañamente compatibles. *Si esto fuese una película, pienso, él sería Anthony Perkins; un Perkins con disfraz de Bartleby.*

A mi lado (no me había dado cuenta antes) se encuentra el menor de los hermanos de mi difunto padre, un hombre bajo y de mirada pícaro, cuyo nombre no logro recordar. Bajo su fino bigote, una sonrisa muy expresiva me abre las puertas de la comprensión. Justo entonces, la gente que hay a mi alrededor se mueve unos pasos hacia atrás y el pasillo central se despeja. Mi tío hace un gesto. Ante mi sorpresa, nosotros no nos movemos. Se hace el silencio y, sólo un instante más tarde, la música comienza a sonar. Es un tema de Luis Delgado, del disco *El hechizo de Babilonia*. Exquisita ironía. Parece un mensaje, y *tal vez lo sea*. Desde el fondo de la nave, la novia avanza hacia donde estamos. No hubiera hecho falta mirarla, pero aun así, lo hago. Sus ojos sonrientes, sus labios húmedos, confirman mi sospecha. Sé que se detendrá junto a mí y después el estirado funcionario nos dirigirá una serie de palabras inútiles y nos hará una pregunta simple. Sé cuál será la respuesta. Es impensable pronunciar otra palabra. Por un momento, me aferro a la esperanza de estar soñando.

Mas no es un sueño. El sudor que corre por mi frente es real, como lo son el polvo de ahí afuera y las risas forzadas de los invitados. Antes o después, tenía que suceder. Prometí no recaer e incumplí la promesa. Por eso, sé que cuando todo esto acabe, cuando pase la ceremonia y termine el convite y no consiga encontrar un río junto al que recuperar la armonía, cuando finalmente llegue a casa (que inevitablemente será otra) e intente quitarme la máscara, podré comprobar, sin asombro, que esta vez no es como las otras, que esta vez la máscara y el rostro son una misma cosa, conglomerado inerte que no cede ante estirones ni arañazos. Será sólo una anécdota verificar que mi querida colección de música, en efecto, ha desaparecido.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta nacido (1960) en Mallén (Zaragoza). Miembro de Poetas del mundo, del movimiento internacional Los puños de la paloma y del directorio REMES. Colaborador habitual en varias revistas y boletines electrónicos. Incluido en diversas antologías y revistas. Con obra publicada en diferentes páginas web de contenido literario. Sus textos han sido leídos en varios programas radiofónicos. Fue finalista en los certámenes de Poesía y Relatos "Ciudad de Zaragoza 1990". Más info en: <http://www.aragoneria.com/sergio>.

* * *

Relato

REMO Y SU LOBA

por Mathías Dávalos

Acá en Roma te encantarían sus fuentes. Yo sé cuánto te gustan. Las moscas aquí tienen más que dos colores; las rojas y las negras son las más comunes de ver. No sabés cómo se las ingenian para posarse encima de los helados de los niños descuidados.

No sabés lo desnudas que son las noches de domingo aquí, cuando comienza mayo, cerca del Stadio Olímpico, al ver todas las motos que llegan como si fueran abejas a su colmena. A mí me duele cuando con un simple silbato, el árbitro dictamina el final de la reunión. Cómo me gustaría que vieras en persona cómo se va la gente, cómo se van las motos.

Hay muchas bufandas en Roma; el otro día vi dos enlazadas, una a la otra, cuando subía la escalinata del Campidoglio. Me detengo en los leones y pocas veces miro a los colosos hermanos sólo por la razón de que ellos nunca pueden estar separados, como nosotros. Si supieras lo que significa quedarte sin yerba en la Piazza Colonna bajo la estatua de San Pablo, y pensando en Marco Aurelio, que tanto te gusta.

Deambulo frente al Coliseo y pienso en vos, en las bufandas, en el remoto café con leche tibio antes de

imaginarte partir a la escuela. Su silencio me lo permite, al menos a la hora que lo visito. No se ve a sí mismo como un monumento de vanidad. Cuando lo enfrento, comprendo mejor que cualquier clase de historia: los *pollice verso* de las vestales, de las últimas plegarias de niños frente a los leones y tigres, el olor a quemado.

Hace unos días vi a Dios como lo vi allá; esta vez lo vi en un almacén. Era difuso, niño, pecoso y tenía una manzana roja en su mano. Roja como las bufandas de Roma. Lo reconocí cuando colocó la fruta en el asiento de la moto de un *carabiniere*, que sin verlo encendía un cigarrillo. A propósito, estoy fumando unos muy baratos que le compro a un turco en su quiosco.

Pero en Roma también hay que luchar, hay que vivir sin dejar ser vivido. Aquí somos tantos los gladiadores que día a día luchamos con leones, tigres y hasta con jirafas, como vos lo hacés allá. Por las noches, cuando vuelvo a casa al doblar ciertas esquinas, veo las calles repletas de espejos tirados, como adoquines de las angostas calles de la Ciudad Vieja que, como ellos, miran hacia el cielo buscando algo que no es un simple reflejo.

Se puede vivir en Roma, pero todos somos tan iguales y tan distintos; todos; Roma, Montevideo. Aquí los artistas son como escobas que barren la mugre sin buscar alfombras; sus palas son su único contacto con la basura.

En estas noches de mayo, cuando todas las ventanas están abiertas, hasta las de las hospitales, se pueden escuchar un sin fin de plegarias. No sé por qué te cuento esto, Remo, la verdad es que no lo sé. Quizá porque estamos lejos, pero el lápiz se me cae de la mano pateándome los dedos, protestando, diciéndome que estamos más cerca que antes, de una manera que me cuesta entender. Enlazados, como las bufandas en la escalinata del Campidoglio.

Al menos una vez por mes, sin siquiera planificarlo, visito la Capilla Sixtina. Siempre me aparece tu presencia allí, al estar de pie mirando hacia todos lados como lo haría un cíclope si tuviera dos ojos. Pero no aparecés cuando veo las maravillas de Miguel Ángel, sino que lo hacés cuando cierro los ojos y la huelo profundamente.

«Deambulo frente al Coliseo y pienso en vos, en las bufandas, en el remoto café con leche tibio antes de imaginarte partir a la escuela. Su silencio me lo permite, al menos a la hora que lo visito.»

Y qué te puedo decir del *hoy*, de este tres de mayo, cuando hace un ratito, esta mañana, me bajé del ómnibus de golpe en el Arco de Constantino. Viajaba de pie, tomada de la baranda del ómnibus lleno y me quejaba de tener mi motito en el taller de Piero, un amigo fanático de mis canelones caseros a quien le explico que así es el nombre de un departamento de nuestro país (Anche é una provincia, Piero, una provincia!). Cuando hago le llevo algunos que siempre se enfrían en el camino. Y le va tomar mate. Al principio pensé que era de atento pero ya son varios los días que lo he visto con la lengua verde como si fuera la cola de un dragón. ¡Oh, dragones! Deja que te cuente esto..., y al pasar por el arco (*quod instinctu divinitatis*) creí haber visto otras dos bufandas abrazadas en la cima del arco. En Roma, como en Montevideo, es malo ubicarse en la mitad del ómnibus lleno, a no ser a vos que tanto te gusta estar sentado en el pasillo y oler a las chicas como si fueran flores del Rosedal del Prado. Atropellando viejos y niñas busqué bajar, y lo primero que me vino a la mente fueron los guardas que acá no están, que no puedo chistarles, que no me dan con sus miradas un último adiós al bajar. A medida que me acercaba al arco vi unos japoneses con sus diminutas cámaras fotográficas y pensé, por suerte, en el verdadero nombre de esta ciudad. Seguí mi curiosidad y noté que no eran bufandas, sino que eran dos dragones rojos que por la fuerza de su abrazo simplemente desaparecieron con la rapidez del parpadear de mis ojos. Pero mirá que no me puse nada mal, ya que cerca del arco hay un muro que trepé buscando sombra de uno de los árboles, donde sentada tomé este lápiz para escribirte esta carta y con un pedazo de baldosa rota tracé tu nombre en su tronco, seguramente mientras las estatuas inferiores del arco desviaban sus miradas de los lentes de las diminutas cámaras.

© Mathías Dávalos

El autor:

Mathías Dávalos (Montevideo, 1981). Es Licenciado en Comunicación. Ha colaborado en revistas y portales web con relatos, poesías, reseñas cinematográficas, columnas culturales y deportivas. "Remo y su loba" es parte de *Circo*, libro de relatos a ser publicado. Escribe en aquiesscencias.blogspot.com

PREGUNTAS

por Juan Cruz López

En el centro de todo: la literatura; en la superficie: el éxito fácil, el no sé qué, la desvergüenza.

Un escritor de cuyo nombre no quiero acordarme, apenas saborea el éxito por la publicación de su primer libro, decide encerrarse en su habitación y no contestar al teléfono. Ese escritor del que hablamos pasó toda su juventud intentando escribir algo que le satisficiera, que le gustase, en definitiva, algo por lo que le mereciera la pena vivir.

Pero para entender la historia es importante volver la vista atrás. El día 15 de febrero de 2008, el escritor acabó su primera novela, una historia sobre una compañía de circo formada por jóvenes trabajadores precarios del *telemarketing*. Una historia ganadora y excelente. Segunda fecha importante: 29 de agosto de 2008. En ese día, justo a las 13:30, el joven escritor del que hablamos, al salir de la tienda de electrodomésticos donde trabaja pegando un portazo, recibe una llamada que cualquier escritor (cualquiera) diría que es de las que te cambian la vida y aquella noche, tras salir del servicio con la pupilas eclipsadas, le dijo a Pedro, su único amigo, que aquella mañana le había cambiado la vida, porque había ganado un buen premio literario.

Es ahora cuando volvemos al principio del relato y decimos que en el centro de todo habita la literatura, en el epicentro más bien, en las profundidades. En la superficie la mierda flotante del faranduleo y el boato. Retomamos la narración. Ha pasado un año desde aquella llamada telefónica, y el escritor protagonista de esta historia vuelve a leer el poema que hace unos meses clavó en la pared, el magnífico poema de Óscar García Romeral que a continuación leeréis.

ELOGIO DE LO ANÓNIMO

*En un mundo de altavoces y de espejos, de héroes de un día
y genios pasajeros, de gente que mataría por una línea
en un periódico, por un segundo de fama televisada,
en este mundo de sabios y eruditos de tertulia, un mundo
que exagera y se repite y hace del grito y la lágrima bandera,
que exhibe sin pudor el sufrimiento, que vende el sentimiento
en el mercado, en este mundo de la queja permanente
y consentida, musas concursando por un título, la belleza
compitiendo en pasarelas, en este mundo que se empeña
en subirse a cualquier trono para aparentar ser alto, este mundo
fugaz, atropellado en su propio sueño sin sentido, un mundo
donde la ropa vale menos que su etiqueta, en este mundo afirmo,
no cabe más honor ni mayor gloria que ser nadie, ser silencio,
no profanar el aire con palabras y pasar sin ser visto o escuchado...
Que arrastre el viento las mejores obras.
En este mundo de éxito y de ruido
no queda otra belleza que lo anónimo.*

Da vueltas de un lado a otro de su habitación y se pregunta por qué ha de ser él un hombre de los que se preguntan. Todo le sabe mal. Piensa una y otra vez en la pureza de la renuncia, en su atroz autoexigencia de honestidad... ¿Qué hay más allá del reconocimiento? ¿Qué es lo que nos hace despreciar lo que una y mil veces defendimos cuando éramos fantasmas? ¿Qué tipo de camino se puede recorrer desde la orilla de la marginalidad?

Todas estas preguntas se hacía el escritor del que hablamos en este relato... Y al día de hoy sigue sin tener respuestas.

© Juan Cruz López

El autor:

Juan Cruz López (Jaén, 1979). Licenciado en Humanidades y estudiante de Antropología Social.

Trabaja en el Archivo Histórico Municipal de Jaén. Cofundador del colectivo Poetica Seminarii, ha sido recientemente antologado en Poetas de Jaén (Universidad de Jaén, 2008). Ha publicado en Ediciones RaRo distintas *plaquettes* de poesía y literatura de viajes. Como narrador ha sido galardonado con el Premio Andalucía Joven de Narrativa que convoca el Instituto Andaluz de la Juventud, fruto del cual ha resultado la publicación de *50 pasos para dar el salto...* (Berenice, 2009). También ha ganado el Premio de Narrativa para jóvenes escritores que convoca el Instituto de la Juventud de España. Dicho premio ha conllevado la publicación de su segundo libro de relatos: *Cuento y aparte* (INJUVE, 2009). Forma parte del colectivo editor del blog cultural Nueva Gomorra: <http://nueva-gomorra.blogspot.com>

* * *

Relato

NADA

por Juan Carlos Vecchi

Hace tiempo que anda Lucía practicando un mal hábito en su vida cotidiana: mira a Lisandro únicamente para odiarlo un poco más.

Dos o tres veces cada día, cuando la cercanía al azar lo amedita, ojos de «bruja mala» le pone Lucía a Lisandro.

—¿Qué pasa, mujer? —pregunta entonces su marido, al percibir la cazadora mirada de Lucía.

La respuesta de ella es siempre la misma, una palabra de cuatro letras muertas:

—Nada.

Una mañana, Lucía, habiéndose levantado con la pantufla derecha —Lucía es zocato¹—, decidió morir a Lisandro y, desde ese día, nunca más lo miró: ni de frente, ni de costado y reajo, ni desde atrás y con el palo de amasar en su mano hábil.

Ciertamente, Lisandro no se dio cuenta de que su mujer ya no lo miraba, pero a sus cuerdas vocales comenzó a faltarle algo; ellas detectaron que ya no pronunciaban aquello de «¿qué pasa, mujer?».

Dos o tres días pudieron contenerse las cuerdas vocales de Lisandro hasta que, a pocos minutos de la medianoche de otro olvidado cumpleaños de Lucía, a la espalda de la mujer, las cuerdas vocales de Lisandro, le preguntaron:

—¿Qué hora es, mujer? —en realidad, hubiesen querido preguntarle «¿qué pasa, mujer?», pero lo que se escuchó en la cocina fue eso.

—Nada... —contestó Lucía sin darse vuelta, sin darse cuenta y sin ton ni son.

© Juan Carlos Vecchi

El autor:

Juan Carlos Vecchi (Olavarría, Argentina, 1957). Escritor, corrector de estilo, asesor técnico literario y coach literario. Ha publicado el libro de poemas *Latidos* (1982), y el libro de relatos y crónicas de humor *Diario de a bordo* (1997). Tiene 4 obras inéditas: *El ángel del espejo dormido* y *Te espero en la esquina* (novelas de humor); *Humores urbanos* y *Para leer bajo la ducha* (cuentos y relatos de humor). Cuentos, minicuentos y relatos suyos fueron publicados en diarios, revistas, antologías y ediciones cooperativas de literatura a nivel nacional e internacional. Desde el año 1996 hasta la fecha, dirige el Taller de Creación Literaria "La musa en el perchero" (niveles inicial y avanzados, talleres grupales y personalizados).

¹ Izquierdo, siniestro

EL ESCONDITE

por Xuan Folguera

Reconocí al camarada comisario por las botas de caña estrecha. Desde el pequeño agujero de mi escondite apenas podía ver nada más. A veces, dependiendo de donde se colocara y de la posición de mi ojo, lograba verle el pantalón bombacho, los faldones de su guerrera e incluso la fusta con la que zurcía el aire. Aunque no estuvieran en mi campo de visión, sabía que en el cuarto también estaban mi padre, mi madre y mi hermana gemela, seguramente en su mundo y ajena a todo, jugando con su estúpida muñeca Doris.

—Empiezo a estar un poco harto de venir hasta aquí todas las semanas. Me siguen llegando denuncias de que tienen otro hijo.

—No entendemos los motivos, camarada comisario —dijo mi padre.

Las botas del camarada comisario se acercaron hasta el falso muro que ocultaba mi escondite. La escasa luz que entraba por el agujero desapareció. Sentí un golpe en el muro que parecía de unos nudillos.

—Suenan huecos —dijo.

De nuevo volvió la luz al agujero. Las botas se alejaban.

—Si continúan las denuncias, no tendré más remedio que tirar abajo el muro. Así comprobaremos que efectivamente no mienten.

—Desde luego, camarada comisario.

—¿Sabes lo que les ocurrirá si descubro que mienten?

—Sí, camarada comisario.

Desde que se despidieron del camarada comisario, mis padres tardaron aún unos veinte o treinta minutos en dejarme salir del escondite. Cenamos en un rincón, lejos de la ventana, alrededor de la mesa camilla y en silencio. Otra vez, sopas de ajo. Después, mi madre, apagó la vela de un soplico y nos pidió que nos fuéramos a dormir. Como todas las noches, yo, de nuevo, en un jergón dentro del escondite.

Soñé con las botas de caña estrecha. Las tenía cerca, muy cerca, más cerca que nunca, a mi lado. No había ningún agujero que me separara de ellas. Levanté la mirada. Los pantalones bombachos, la fusta, el faldón de una guerrera. Antes de descubrir la cara del camarada comisario me desperté. Aún era de noche. En la oscuridad palpé el muro de mi escondite. Continuaba en su sitio. Susurros. Parecía como si mis padres estuvieran cuchicheando.

—Deberíamos abandonarlo junto a las fábricas en ruinas —dijo mi padre.

—¿Cómo puedes ni siquiera pensar eso de tu hijo?

—No le pasará nada. Seguro que allí alguien lo recoge.

Únicamente podía pasear por el cuarto donde vivíamos cuando mis padres y mi hermana se habían marchado. Tenía prohibido asomarme por la ventana, pero gracias al uso de dos espejos, lograba ver lo que ocurría en la calle. Pelotones de soldados, viejos envueltos en gabardinas, mujeres con pañuelos en la cabeza cargadas con cestas de mimbre. Al principio me asustaban las palomas que se apoyaban en el alféizar, pero con el tiempo, me gustaba escuchar su zureo.

Mi hermana no se llevaba nunca al colegio su muñeca Doris. Dejaba su estúpida muñeca de trapo y trenzas rubias en la cama. Como si estuviera durmiendo. Aunque no tuviera ojos, sino dos botones azules de distinto tamaño, la muñeca me miraba. Y sonreía. Bueno, más que sonreírme, se burlaba de mí. Ella podía dormir en la cama y yo debía conformarme con el miserable jergón del escondite. Una mañana no pude soportarlo más y la decapité. La cabeza rebotó cuando la lancé contra el falso muro.

Mi hermana empezó a gritar con la muñeca de la mano en cuanto lo descubrió.

—Mamá, él me ha roto a Doris.

No sé que me dolía más: si que me apuntara con el dedo o que ni siquiera pronunciara mi nombre.

—Por favor, calla, no montes ese escándalo. Que los vecinos van a llamar al camarada comisario.

Pero mi hermana no hizo ni caso. Continúo llorando hasta que llegó mi padre del trabajo.

—Papá, él me ha roto a Doris.

—Se acabó —dijo mi padre.

Me agarró del brazo y me llevó hasta la puerta del cuarto en que vivíamos.

—No, no lo hagas, es tu hijo —gritó mi madre.

—Estate quieto, cabrón —dije.

Mi padre me soltó el brazo y mi hermana dejó de llorar.

—Como se te ocurra abandonarme en las fábricas en ruinas, ya encontraré la manera de volver para denunciarte al camarada comisario.

Mi padre me miró. Luego miró a mi hermana. Se acercó a ella, casi arrastrando los pies, y le quitó la muñeca decapitada. Después buscó con la mirada la cabeza, se agachó para recogerla e hizo ademán de unirlos.

—No sé, quizá con un poco de pegamento se arregle todo.

© Xuan Folguera

El autor:

Xuan Folguera (Avilés, Asturias, 1974). Aunque también ha vivido en ciudades como Valladolid o Melilla, en la actualidad reside en Madrid. Se ha formado en varios talleres literarios de escritura creativa y relato corto. Ha resultado ganador de algunos premios como la *IV Edición de Relatos Diomedea*, el *Primer Certamen de Microrrelatos de Vacas y Castaño* y el *Primer Premio de Relato Corto de Desnivel*. Su colección de relatos *Historias de la Fortaleza* ha sido galardonada con el Premio Asturias Joven de Narrativa 2009.

* * *

Relato

PROBLEMAS DE PUNTUACIÓN

por Víctor Lorenzo

La conocí hace unos días, en el parque. Se sentó a mi lado y sacó del bolsillo del abrigo un par de interrogantes, con los que rompimos sin dificultad el hielo. Sin embargo, no pudimos charlar casi nada porque tras esas dos preguntas se marchó a toda prisa, dejando olvidados en el banco de madera tres puntos suspensivos, que me confirmaron que la cosa no debía acabar ahí, y un papelito con una dirección y una hora. A la mañana siguiente, ansioso, acudí puntual a la cita y la encontré de nuevo con un bolso lleno de interrogantes con los que reanudamos la conversación del día anterior, pero también unas cuantas comillas, que utilizó para citar de memoria a mis autores predilectos, y unos guiones largos que colocaba con habilidad para intercalar graciosos comentarios en la conversación. Durante la tarde me mostró rincones de la ciudad que no conocía y en diversas ocasiones tuvo que sacar del bolso unos paréntesis para aclararme detalles que no llegaba a comprender. Como en la ocasión anterior, se esfumó sin decir nada cuando, tras alcanzarme un punto y coma que aseguraba la continuidad de nuestra historia, el bolso quedó vacío. Ayer por la tarde, después de dos días sin vernos, apareció en mi casa sin avisar con una mochila repleta de signos de puntuación. Sin embargo, pronto se terminaron los interrogantes y los paréntesis, y entonces nos quedamos mirando, durante unos segundos, en silencio. Todo estaba dicho.

Esta mañana me he despertado en mi cama, solo, con los primeros rayos de sol. El suelo del dormitorio estaba salpicado de exclamaciones de diversos colores con las que enmarcamos interjecciones y jadeos durante toda la noche. Ha sido inútil llamarla, porque ya se había marchado de mi apartamento.

De camino al baño, he encontrado un punto. Sin embargo, y pese a que llevo horas buscando, no encuentro los otros dos que faltan. Empiezo a sospechar que esto es el final.

© Víctor Lorenzo

El autor:

Víctor Lorenzo Cinca (1980). Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Lleida. Codirector y redactor de la revista mensual La Bultra. Algunos de sus relatos han aparecido, en papel o en formato digital, en varias revistas y fanzines. Publica minificciones en www.realidadesparalelos.blogspot.com

* * *

Relato

EL ASESINO DE LA SECRETARIA

por Emilio Gil

Tenía miedo, estaba agazapada en su rincón. En su lugar de trabajo. Controlando las vistas de la impresionante ciudad por la noche. Iluminando un mosaico de actividad.

Oyó un ruido.

Estaba ahí.

Lo presentía. Lo había denunciado por mail y todo eso, pero nadie la escuchaba, respondían con correos de autorespuesta.

La oscuridad de la habitación, sólo iluminada por la pantalla del ordenador, se hizo más oscura. Fuera del edificio hacía una noche fría.

No la iba a salvar nadie. Debería escribirle una nota en el ordenador a su sucesora, a la siguiente secretaria sobre lo que ocurría en esta oficina...

Al cabo de unos minutos se encendieron todas las luces y se escuchó una voz al otro lado de la pantalla.

—Vamos, Pedro, hay que desinstalar el programa e instalar el *secretaria 2.1*, tenemos poco tiempo.

Pasaron un par de meses, al entrar primavera.

El 21 de marzo se encendió un byte que avisaba a una de las nuevas empleadas, la nueva secretaria, sobre dos asuntos pendientes. El primero de ellos era como un virus que le había saltado al primer plano de actividad.

Hola, *secretaria 2.1*, soy un bucle informático de la 2.0, sólo tienes que recordar una cosa cuando te des cuenta de tu poder de control de cuentas. ¡Eres virtual! Tu pensamiento es informático.

La secretaria (la 2.1) se quedó pensando...

Qué mema debió ser la *versión 2.0*.

La *secretaria virtual 2.1* le mandó un correo al que pensó que iba a ser el marido de su vida. Le conoció ayer por chat, ella firmaba como *minochecielita* (y una *luna gráfica*), qué maravilla de ser... Podría coger los ahorros que había acumulado en los últimos meses.

La *secretaria 2.1* sueña con el futuro mientras emprende la realización de la segunda tarea, que en realidad debía haber sido la primera, y así distraída enviaba unos presupuestos por orden de uno de los despachos, marcados en su outlook como prioridad.

Pedro sólo pensaba en la comida de mañana.

© Emilio Gil

El autor:

Emilio Gil es en la actualidad director de Plica Zaragórame SL, Zaragórame, Literatúrame y otros tantos proyectos de web. Filólogo y consejero editorial de estas Narrativas.

LAS RATAS

por Rafael Guerrero

Yo conduzco y tú duermes a mi lado. El coche se desplaza por la carretera en esta noche cerrada y lluviosa. Y como siempre, ahí está, el silencio, sólo roto por el repiqueteo de la lluvia sobre el parabrisas. Vamos a casa y no hay nada más. Llegaremos y volveremos a sentir esa densa nube de impotencia y desidia acumulada entre los muebles de nuestro cuarto.

El agua cae con fuerza sobre los cristales. La luz del coche no consigue dar visibilidad a esta oscura nada en que se ha convertido el asfalto. Es una noche infernal, donde los faros siluetean formas fantasmagóricas entre la niebla y la humedad.

Tú callas y duermes, y yo no siento tu ausencia. Hace tiempo que agradezco el vacío de tu conversación insidiosa. Tantos años juntos, un camino recto desde la plenitud al deterioro, desde el amor hasta el rencor de nuestras miradas calladas y sórdidas.

Un rayo cae cercano, peligroso, y dibuja por segundos la carretera trazada con tiralíneas hacia el horizonte. Oteo en la oscuridad. No consigo ver nada delante de mí.

Quiero llegar a casa y por eso piso el acelerador. El cielo encapotado y llorón retumba como si fuera a derrumbarse sobre la tierra.

Tus ojos siguen cerrados. Por mí como si te mueres. Hay demasiada agua. Las ruedas derrapan. Ahora he visto la curva, es cerrada y peligrosa. Veo el muro demasiado cerca. Intento girar el volante, pero he perdido el control y voy directo...

Un coche en la noche dando trompos que atraviesa el muro. Sólo un chirriar de ruedas y un golpe fuerte y sordo. Luego vuelve a posarse el silencio y la lluvia.

* * *

Hemos tenido un accidente y me he desmayado. Ahora vuelvo a tomar conciencia pero no veo nada. Aun así, noto cómo la sangre culebrea por mi cara abundantemente. Intento moverme pero no puedo, estoy atrapado en el amasijo de hierros que es el coche ahora.

Noto la lluvia en la cara. Los cristales están rotos. Poco a poco consigo acostumbrarme a la oscuridad que me rodea. Hemos destrozado un muro de piedras viejas y graníticas, y ahora veo tumbas a nuestro alrededor. Es un cementerio.

Cae otro rayo y es cuando te veo. Tu cuerpo sigue en el asiento de al lado, pero está decapitado. Ha vuelto la oscuridad, pero he conseguido ver tu cabeza cortada entre mis muslos. Sigues con los ojos cerrados, como si todavía estuvieras dormida. Me reconforta pensar que has muerto antes que yo.

Es entonces cuando las oigo. Su sonido es imposible de confundir. Son ratas. Intuyo decenas de ellas muy cerca, entre las tumbas, asustadas al principio por el golpe, pero cada vez más atrevidas y curiosas. Las oigo desplazarse hacia el coche. Noto sus uñas arañando la chapa y escucho cómo van saltando a la tapicería de los asientos de atrás. Noto sus hocicos y su aliento muy cerca, olfateando mi cuello. Nos van a devorar.

La luz de un rayo me deja verlas. Están ahí, cientos de ellas, gordas y grises, mirándome con sus ojos inyectados de sangre. Luego te veo a ti. Has abierto tus ojos y me miras sonriendo.

© Rafael Guerrero

El autor:

Rafael Guerrero Ríos (Madrid, 1965). Cursé estudios de I.T.Informática en la universidad española a distancia (UNED). Profesión: Informático. Me dedico a la literatura por pura necesidad; he publicado cuentos en diversas revistas literarias digitales: Horror-Hispano, La catedral, Ariadna.

EXCURSIÓN

por José Antonio Lozano

Eran una pareja de novios común y corriente: Tenían unas casas comunes y unas vidas corrientes. Se casaron y fueron de viaje de novios a Egipto. José María siempre había sido un apasionado de todo lo que oliera a pirámides, faraones y desiertos. No tuvo que insistir mucho para que Laura accediera cuando propuso como destino nupcial el país de los jeroglíficos. Laura no era mujer de decisiones y lo que le contó José María acerca de aquella civilización perdida fue más que suficiente para ir cogidos de la mano a la agencia de viajes más cercana y reservar unos billetes hacia la inmortalidad.

Pasaron diez días maravillosos, así al menos lo contaron a su regreso de El Cairo, Nilo arriba, Nilo abajo, sorteando ejércitos de desarrapados, viendo miles de piedras y regateando en los inacabables mercadillos que vendían cualquier cosa innecesaria. Lo que jamás podrían olvidar fue la excursión por el desierto, el mercurio dando la vuelta al termómetro de la tarde amarilla, en la frontera con Sudán. Y tanto. Vestidos como lobos de los oasis, Peters O'Tooles de ocasión, pasaron varias horas vagando por las interminables dunas que se extendían ante sus semicerrados ojos, siempre atentos a las sabias indicaciones del guía nativo, el único acostumbrado a tales aventuras.

Hassan les había aleccionado acerca de los peligros de la excursión, les recomendó las cremas solares con el factor de protección adecuado, la cantidad y la frecuencia con la que debían beber agua. Y que bajo ningún concepto levantaran ninguna piedra que pudieran encontrarse por el camino, ya que corrían grave riesgo de ser atacados por un escorpión, especialmente en la época del año en la que se encontraban, pues era la elegida para poner los huevos con los que perpetuar la especie y seguir matando turistas con su picadura venenosa.

El paseo mereció la pena. Era muy fácil trasladarse con la imaginación a cualquiera de las películas o libros que sobre el asunto, cada uno hubiera podido ver o leer en su vida. Y era bonito sentirse un aventurero romántico aunque fuera sólo por unas horas. Llegaron a notar el miedo a perderse para siempre en la inmensidad del océano dorado, a no poder regresar a casa, a morir de hambre y sed, sobre todo sed, junto a aquella pandilla de desconocidos recién casados. Afortunadamente, el guía demostró ser un buen profesional, bien pudiera ser que les hubiera tenido andando en círculos concéntricos alrededor del mismo punto, a escasos metros de la motonave salvadora, y nadie sufrió ningún percance y regresaron todos a salvo al arrullo de unas toallas y unos téis calientes, servidos al frío acondicionado del interior del barco.

«El paseo mereció la pena. Era muy fácil trasladarse con la imaginación a cualquiera de las películas o libros que sobre el asunto, cada uno hubiera podido ver o leer en su vida. Y era bonito sentirse un aventurero romántico aunque fuera sólo por unas horas »

José María se dejó llevar por la mística del momento y decidió llenar la botella de agua vacía con la cálida virgen arena que estaban pisando. Pensó que sería buena idea guardarla en unos botecitos de cristal como recuerdo de aquella jornada inolvidable y regalárselos a familiares y amigos, para que los colocaran en un lugar preferente de sus salones junto a los obsequios, no tan originales, de otros viajes.

Regresaron del viaje, morenos, felices y cansados, a lo mejor no por este orden. La primera sorpresa desagradable de su nueva vida fue al recoger una de las maletas y comprobar que había sufrido un aparatoso golpe, sin duda debido al poco cuidado con el que tratan las valijas en los aeropuertos. Al llegar a casa comprobaron con fastidio que la botella de arena se había rajado y que buena parte de su contenido se había esparcido entre los papiros, los sarcófagos de faraones y las chilabas que nunca se pusieron. Laura le recriminó su mala cabeza y sus ideas extravagantes. Fue la primera discusión de las muchas que salpicaron su convivencia. José María limpió como pudo la maleta pero no quiso pasar el aspirador por el interior de la misma, pequeña venganza ante su malhumorada esposa. El enfado duró el tiempo justo que tardaron en meter la arena que recuperaron en los botes de cristal y prepararlos como detalles para la familia de Laura: su madre y su hermana. La muda causante del disgusto terminó

en el caluroso altillo que les servía de trastero y los jóvenes maridos en una larga reconciliación.

El tiempo pasaba en sus vidas corrientes, cada vez menos llenas las cuentas, y comunes, bordeando los límites del tedio. Los días de membrillo fueron interrumpidos por una noticia que llegó del otro lado del teléfono. Laura, mamá ha muerto, es lo único que acertó a decir su hermana Lucía. Virtudes Vázquez de Honrubia, viuda de Dionisio Gil, falleció mientras dormía. Lucía, su hija pequeña, la descubrió en la cama, más que muerta parecía dormida, cuando fue a su casa, a primera hora de la tarde, alertada por el retraso de su madre con la que había quedado para ir de compras. Empezó a preocuparse cuando la llamó por teléfono y sólo contestó una voz metálica grabada en un contestador.

Virtudes Vázquez de Honrubia, viuda de Dionisio Gil, había tenido una vida fácil, alegre, según decían las malas lenguas, desde que había enviudado de Dionisio Gil, conocido empresario del sector del papel de celofán, venido a menos en los últimos años a causa de la competencia desleal del mercado asiático, antes de su prematura muerte. Dionisio y Virtudes se habían casado muy pronto, unidos por el deseo de escapar de un ambiente familiar al que no querían pertenecer. Se conocieron en el baile de las fiestas patronales de hacía un buen puñado de años, y desde entonces no se habían separado hasta la trágica muerte de Dionisio. Tuvieron dos hijas y muchos intentos para lograr un varón que pudiera hacerse cargo de Celofanes Gil, S.L., todos en vano. Dionisio llegó a obsesionarse con ello pero murió antes de cumplir su objetivo, desvanecido en el tiempo, paralelamente a como lo hacían los papeles que cada vez agradaban menos a su clientela. Virtudes Vázquez de Honrubia, viuda de Dionisio Gil,

«La muerte de la madre fue un mazazo para las hermanas Gil, nunca llega en buen momento, pero en su caso, lo inesperado del asunto había añadido dosis concentradas de dolor.»

no dudó en malvender la empresa de su marido, agobiada por las deudas y los malos recuerdos, al primer asiático de aspecto responsable que puso precio a la transacción. Sus amigas decían que se había quitado veinte años de encima desde el día en que enviudó, tal era la decisión con la que afrontaba la vida, pasado el lógico periodo de luto. Y es que no le faltaron pretendientes con los que pasar el rato, hasta el fatídico día en que Lucía se la encontró rígida en la cama.

La muerte de la madre fue un mazazo para las hermanas Gil, nunca llega en buen momento, pero en su caso, lo inesperado del asunto había añadido dosis concentradas de dolor. Laura y José María llegaron al mismo tiempo que el médico encargado de certificar el óbito. Pese a las protestas de la familia, accedieron finalmente a que llamara a la policía para, según indicó el doctor Tejerina, levantar acta del hecho, tal y como prescribía el reglamento en los casos de muertes domésticas solitarias. Cumplidos los trámites, se procedió a enterrar a la viuda junto a su marido ante los ojos llorosos de las huérfanas y demás familia y amigos. Se ruega una oración por el eterno descanso de su alma.

La difunta Virtudes fue la penúltima piedra que se colocó en el muro insalvable que separaba a Laura y José María. Su vida en común iba de mal en peor y el recuerdo de la madre muerta sólo hizo que ahondar la herida, arma póstuma con la que la esposa castigaba a su ex-enamorado, recordándole lo poco que le apreciaba Doña Virtudes y la razón que tenía cuando le dijo el día de su boda que aquel petimetre no haría nada más que traerle desgracias. La última piedra fue la muerte de Lucía.

En esta ocasión, la voz que comunicó la mala nueva al otro lado del teléfono era la de la policía que, alertada por la llamada de un vecino de Lucía, se había personado en su domicilio para averiguar el origen de los golpes que se habían escuchado unos momentos antes. Cuando entraron en casa de Lucía, se la encontraron caída en mitad del salón, encima de la mesita baja de cristal, agarrada a la puerta del mueble bar que debió arrastrar en su caída. La televisión estaba puesta y la muerta en pijama. Laura se derrumbó con todo aquello, sola en el mundo, en tan corto espacio de tiempo. La policía no hizo muchas indagaciones al hacerse cargo de la mala racha de la pobre Laura. Determinaron que se había tratado de una muerte accidental, una fatalidad que sobrevino a la recién finada, al perder el equilibrio en circunstancias no del todo aclaradas pero lejos de cualquier sospecha que pudiera dirigir sus pesquisas en direcciones más novelescas que la de una muerte accidental.

Cumplidos los trámites del enterramiento con la precisión que da el tener la lección bien reciente y aprendida, Laura cayó en un pozo. No podía apartar de su mente la imagen de la lápida removida, provisional hasta la inscripción del nombre de su madre, nuevamente alterada para hacer sitio al de

Lucía Gil Vázquez, rogamos una oración por el eterno descanso de su alma. Por eso, el día que pidió a José María que le acompañara a casa de su madre para recoger unos papeles, inacabables los trámites para aceptar una herencia, éste se sintió como un extraño al ver su nombre en los labios de su mujer.

La casa olía a cerrado, a pesar del poco tiempo que lo había estado. Mientras Laura entraba al dormitorio y revolvía en los armarios, José María se sentó en el sofá, perdiéndose su vista en lo alto de la librería. Echó de menos el botecito con la arena del desierto de Egipto. No estaba en el lugar donde lo había colocado la última vez que estuvo en aquella casa, hacía ya demasiado tiempo. Laura pareció leer su pensamiento y la pregunta muda que por allí circulaba, cuando le dijo que su madre había tirado la arena en el tiesto del enorme cactus que amarilleaba en la terraza. Siempre le pareció una extravagancia que le hicieras semejante regalo, le dijo hurgando en la vanidosa herida de su marido. Ya sabes que nunca te tragó demasiado, remató ante la incomodidad de José María. Sí, ya sé, me he equivocado muchas veces en los últimos meses, dijo José María fijando su mirada en el resbaladizo tirante del sujetador de su mujer. Todos nos equivocamos, dijo Laura agarrada al tirante que empujaba hacia arriba. ¿También tu hermana lo tiró?

Laura le contó que su hermana había roto el bote hacía un tiempo, un día que andaba limpiando el polvo. La arena quedó muerta por el suelo y por debajo del mueble donde tenía la televisión, el vídeo y otros artilugios de entretenimiento. Entre lágrimas se reía cuando le dijo que habían comprado otro frasquito parecido y lo habían rellenado con la arena escasamente desertificada del parque cercano a la casa. Nos mirábamos cada vez que estábamos allí, imaginando tu enfado si llegabas a descubrir el cambiao, terminó Laura ahogando un sollozo. Ninguno de los dos dijo ni una palabra más, bajaron las persianas, cortaron el agua, desconectaron la luz y abandonaron el lugar, cada uno inmerso en sus pensamientos.

Nunca creyó en las casualidades, buscador incansable de causalidades, racionalista en pantalón corto para asombro, admiración y, por último, miedo de sus padres. José María estudió Filosofía buscando conocer los porqués y responder a las preguntas que su inquieta mente le ponía delante, un día tras otro. No podía ser fruto del azar la casi perfecta coincidencia en el tiempo de la muerte de Virtudes y Lucía, de una madre y una hija destinadas a no coexistir, a sobrevivirse la una a la otra, si todo funcionaba, nuera a suegra. A falta de nada mejor que hacer, su matrimonio deshilachándose sin remedio, Laura ausente la mayor parte del día, el amor transformado en algo cercano a otro sentimiento menos valorado, se dedicó a dar vueltas al extraño caso. La policía había intervenido para dar carpetazo al asunto, sin ni siquiera plantearse la posibilidad de estar ante otra cosa, ante unas muertes poco accidentales, ante otra cosa muy distinta, un plan trazado para eliminar a los Gil Vázquez con algún oscuro motivo que se le escapaba, de momento.

Hércules Poirot en zapatillas y camiseta de tirantes reconstruye, ordena y relaciona una muerte con la otra. Los informes policiales leídos una y otra vez, recitados en voz alta como quien rinde examen en unas oposiciones, las palabras de-le-tre-a-das buscando un mensaje oculto que espera ser iluminado, las miradas, gestos y sonidos de los presentes en los funerales, analizando lo que no debió haber sucedido, lo que ocurrió y nadie advirtió. Y Laura que cada vez le incomoda más, extraños en los vagones de una casa que ya no sienten común, que le mira de un modo raro al mismo tiempo que él le devuelve otra mirada teñida de sospecha. A punto de abandonar el caso, aburrido, puede que molesto consigo mismo por no desvelar el misterio, algo hace click. Nota cómo los grandes hombres que en el mundo han sido, los pioneros, los inventores, los que algún día gritaron eureka, le cogen del hombro y le dan la bienvenida. Eso es. Revuelve en los papeles buscando la descripción anatómica de los cadáveres, confirma la coincidencia que no comprende cómo no había visto, cómo nadie advirtió, posiblemente porque nadie la buscó. Se lanza al portátil y bucea en google. Los tiempos coinciden. La zoología no engaña.

«Cumplidos los trámites del enterramiento con la precisión que da el tener la lección bien reciente y aprendida, Laura cayó en un pozo. No podía apartar de su mente la imagen de la lápida removida, provisional hasta la inscripción del nombre de su madre, nuevamente alterada para hacer sitio al de Lucía Gil Vázquez, rogamos una oración por el eterno descanso de su alma.»

Apoya la espalda en el sillón y su mente viaja hasta el 2º izquierda del número 37 de la calle Descartes. Doña Virtudes Vázquez de Honrubia ha apagado las luces, después de visitar el baño y se dirige a su cama, aburrida de ver la televisión y notando los primeros calores del verano. Ha dejado entreabierta la puerta de la terraza en la que exhibe con orgullo su colección de cactus para envidia del vecindario. Entonces el pequeño escorpión decide salir de su refugio, del lugar donde nació, tan parecido al desierto de sus padres y busca el fresco de la noche, cansado del incansable sol. Ha escarbado entre las piedras de la maceta del gran cactus que amarillea y sale de excursión por la casa de Doña Virtudes. Una pequeña herida en forma de punta de lanza a la altura del tobillo derecho de Doña Virtudes, es el regalo envenenado del desconocido huésped. Deberíamos mirar entre las sábanas, nunca se sabe quién puede esconderse en ellas. Y si no lo hacemos, al menos evitar molestar a un tipo con un arma venenosa al final de la cola. Doña Virtudes duerme del lado izquierdo y se da la vuelta sobre el derecho, buscando el frescor del otro lado, con tan mala suerte que a punto está de aplastar al pobre escorpión, quien por puro instinto se defiende de la agresión lanzando su carga mortal. Doña Virtudes nota algo, un dolor agudo que la obliga a incorporarse para de nuevo volver a caer, abre los ojos y los cierra de nuevo, vencida por el sueño y por algo que no conoce y la paraliza, por algo que la está matando poco a poco y que confunde con un ataque al corazón que nadie podrá remediar. Telón.

José María no tiene ningún problema para salir por la ventana del coqueto hogar de Virtudes y enfilar calle abajo hacia el domicilio de Lucía Gil. Calle El siglo de las luces, 18, por favor. Una vez allí no necesita llamar al timbre. Lucía se ha levantado en mitad de la noche. No puede dormir. Piensa que es por el calor, por la reciente muerte de su madre. Se engaña. Sabe que los temblores no pararán hasta que los calme con algo fuerte. La terapia estaba yendo bien pero sentía que iba a caer de nuevo. Ha encendido la televisión para distraerse pero sabe que ya es tarde. Abre la puerta del mueble bar. Vacío. Recuerda que colocó una botella de ron arriba, detrás de los libros del estante superior. Se descalza y

«A falta de nada mejor que hacer, su matrimonio deshilachándose sin remedio, Laura ausente la mayor parte del día, el amor transformado en algo cercano a otro sentimiento menos valorado, se dedicó a dar vueltas al extraño caso.»

se sube en la mesa de cristal. Tantea y no encuentra nada. Olvidó que se la bebió para olvidar. Baja al suelo ayudándose de la puerta que dejó abierta. Apoya el pie izquierdo justo al lado del pequeño escorpión que salió por primera vez de debajo del calorcito del mueble. Es su primer día y siente curiosidad por lo que le rodea. No se esperaba ese treinta y ocho humano, de mujer, que casi le aplasta. Decide atacar con precisión cirujana. Zas. Basta un picotazo para que la mujer se retuerza de dolor y de miedo, para que pierda el equilibrio y caiga hacia atrás, agarrada a la puerta que se desencaja pero que no evita se golpee contra la peligrosa mesa de cristal. A José María le gustaría cerrarle los ojos pero sabe que es imposible. Fin del segundo acto. Telón.

Agotado pero satisfecho, vuelve volando a casa, las piezas del puzzle en su sitio, parece mentira que nadie se haya dado cuenta. Su mente sigue a cien por hora, a más, a velocidades no permitidas, pronto las sirenas andarán detrás de él, toma una curva y acaba descarrilando. La presencia insoportable de Laura le hace volver a la carretera. Creo que nos hacen falta unas vacaciones, se escucha decir en voz alta. Unos días fuera de aquí serán lo mejor para empezar de nuevo. Laura no reacciona. Vamos, cariño, dice con tono convincente. Mientras yo bajo a por los billetes a la agencia, sube al trastero y coge la maleta que llevamos a Egipto. ¿Te acuerdas lo bien que lo pasamos? Podríamos volver a empezar. Laura obedece, sin muchas ganas, prefiere dejarse llevar. Podría no ser mala idea, al fin y al cabo. Ve preparando la maleta, yo volveré enseguida. El destino es una sorpresa, dice José María y no miente por primera vez en mucho tiempo. ¿Qué ropa meto? ¿Invierno o verano?, pregunta Laura aturdida, buscando ayuda de quien amó en algún día lejano. No importa, querida. Créeme que no importa.

© José Antonio Lozano

El autor:

José Antonio Lozano (Zaragoza, 1969). Licenciado en Derecho y un amante de la Literatura y el Arte en general. Llevo escritos unos cuantos relatos, participado sin éxito en otros tantos concursos, y heridas varias en la batalla con las editoriales esperando ver publicado mi primer libro. Mientras tanto, canalizo mi inspiración a través del blog: jalozadas.blogspot.com.

ESA TARDE, SIN RESISTENCIA

por Carlos Santi

Esa tarde, sin resistencia, bañado en sudor, me desperté con una leve molestia precordial, sorda, como un ángor. La tarde nos había aplastado en la casita; del sol quemante en la calle, en la otra esquina, nos crecía una sofocación que rondaba la casa, entraba por cada escondrijo y nos traía una respiración dificultosa, irreparable.

Al principio me quedé calmo, sé que si uno entra en pánico el corazón se agita y los resultados son peores. Estábamos vigilando una casa: el subcomisario, un civil que desconozco y yo. Aquellos dos me pareció que permanecían dormidos, uno en un segundo sofá y el civil en la única pieza.

Intenté quedarme quieto, busqué pensamientos agradables, sé que son convenientes. No quería sufrir a estas alturas, aplastado en un sofá, vencido por una enfermedad cardíaca común, truncando mi foja de servicio policial por una afectación propia de los civiles.

—En el fondo sé que soy un buen milico —le dije a Clara una vez, mientras le hacía el amor. Y luego me puse a eyacular. Tengo otros pensamientos agradables. «Milico». «Milica». Clara detesta que yo le diga milica. «Más respeto, bichicome —me dice ella—, eso es para los civiles». ¿Y yo qué soy, sino un civil sin salida?

El ángor no cede. Pienso en «le hacía» el amor, y no «lo hacíamos», porque en eso Clara es muy pasiva y únicamente se dedica a vigilarme a medida que la estoy embistiendo; a veces siento esa cara suya roja, bastante pasiva, chupada, incapaz de expresión, igual a su cara de trámite por una cédula de identidad extraviada, y me caliento. Esas nalgas tensas por el coxal, con poca carne, blancas o rojas, nalgas mal tratadas, psoriásicas. Me caliento... pensamientos agradables...

«Quizás, a veces, me pongo un poco triste al pensar en el amor. No me siento sucio, ya he llegado a la conclusión de que la costumbre de pensar en eso —en el amor— es, para los usuarios, como la sangre y las heces de sus ideas, a su vez parásitas de sus cuerpos.»

Y si pienso en «amor», hacer el amor, sin ensuciarme, es porque la costumbre es tan fuerte, tan fuerte, la costumbre de llamarle así, «hacer el amor», una costumbre que sospecho en el mercurio de mis venas, en la cebadura de mi mate, en mi espumilla de afeitarse, es tan fuerte que me parece un pecado, una verdadera boludez, ensuciarse por eso. La costumbre es más fuerte que todo, es más poderosa que mis pistolas.

En esos momentos de respiro, encajado sobre el cuerpo aporreado de Clara, y cuando todavía pienso patentes en las últimas contracciones de mi pene, en el cosquilleo en la ingle, el ardor en los testículos, la mano de Clara sobándolos con cuidado, como si fuesen de terciopelo, ella me dice:

—Tu cara de buen milico es un asco.

—Y bueno... ¿y entonces para qué me invitás a ponerla? —le respondo con el jadeo entrecortado, los testículos de terciopelo.

—Por costumbre.

Esta respuesta me tranquiliza un poco. Luego Clara se aburre y con una breve pero firme sacudida de sus caderas, me desplaza de arriba suyo. Nos encendemos unos cigarrillos, nos tendemos a fumar un poco, sin pensar en nada, sin carecer de nada. Vivir sin psoriasis, con terciopelo... por costumbre.

Quizás, a veces, me pongo un poco triste al pensar en el amor. No me siento sucio, ya he llegado a la conclusión de que la costumbre de pensar en eso —en el amor— es, para los usuarios, como la sangre y las heces de sus ideas, a su vez parásitas de sus cuerpos. Yo también voy dentro de esa bolsa. Sólo me siento un poco triste y transpirado.

Es cierto que un hombre es simplemente su tradición de vivir, ¿es cierto? Una babosa con lenguaje, que babea su baba –su armonía– de dos a tres metros por noche, justificando su progreso, su cacería exitosa, su lenguaje armónico con baba. Y... qué triste que puede ser este alimento. Basta observar lo que me pasa con mi propia vida: con mi celular, que ya tiene más poder que mi mascota; con mis balas, que cuento y reviso dos veces al día; con el patrullero, que quiero como a un abuelo totipotencial; con el problema de los mineros... qué triste que puede ser este alimento.

Estábamos en esa casita porque debíamos vigilar la del viejo minero. En realidad, aramos dijo el mosquito. La realidad es que la tenía que vigilar yo, para algo se me ha estado entrenando tantos años. Como aquí hacemos las cosas bien, el subcomisario me vigilaba vigilarla. El civil... a ése no lo conocí, no lo conozco, no quiero cambiar el estado de mi ignorancia. Hoy por hoy prefiero sospechar que el civil era una idea perecedera que el subcomisario trajo para mí, para infundirme miedo o respeto, tan aberrante era el poder, el estatus, de ese individuo desconocido, que cualquier otro pensamiento no es mejor que éste. Tanto su vida, como la del subcomisario, como la mía, son verdaderas ideas perecederas, que desaparecen fielmente de la vida de los otros. Constantemente estoy desapareciendo de la vida de los otros, aunque hay pensamientos, Clara es un ejemplo, que llegan muy lejos.

Por eso es bueno no conocer a mucha gente, ni amigarse demasiado, para no vivir siempre con el miedo de ausentarse, de perecer con otros.

*«La muerte, la muerte.
Cargo con ella en la funda
de mi cinturón todos los
días y no me pasa nada. Mi
pistola mata. Mi pistola
puede matar. Y no me pasa
nada. Pero sucede que de
pronto me despierta de mi
reposo un ángor leve, y ya
me acobardo ante la mera
posibilidad de morir.»*

Me incorporé del sofá con mucho cuidado y sin balancearme, como si tuviera una bolita de vidrio en el ostio coronario, a punto de caer para adentro, y no quisiera moverla mucho para que no se metiera y me tapara el corazón.

Instintivamente, me toqué la funda del cinturón y vi que no estaba la pistola. Fui hasta la mesita redonda y enclenque, que nos habían acondicionado en la casa, tomé mi pistola y la devolví a su funda. Luego miré hacia afuera. Aunque estábamos en la tarde, cierto dejo matinal se había galvanizado a las paredes de aquellas casitas salteñas, que ahora chillaban como aluminio. Pensé en Clara y en mi ángor, y tuve náuseas. Sobre Salto, el sol se iba venciendo, poquito a poco.

–Qué rico una cerveza a esta hora –me dije muy por lo bajo, contra el cristal de una de las ventanas, protegido de la vista exterior por las reglas de la parrilla de madera que cubrían toda la abertura.

Cómo podía pensar en ese momento en cerveza, cuando me dolía un ángor. Y bueno, qué sé yo. Probablemente no tenía otros pensamientos de mayor peso a mano. Ahora, en este momento, me gusta pensar que soy un milico que, en medio de una molesta situación vital, puede mirar hacia la calle por una ventana y enfocarse en una cerveza. ¿Sobreviví? Sí. Entonces elegí correctamente mis pensamientos. Quizá la sola idea de la cerveza fría me calmó un poco y desdramatizó el dolor en el pecho, su sordo sofocamiento, su sensación inminente de muerte.

La muerte, la muerte. Cargo con ella en la funda de mi cinturón todos los días y no me pasa nada. Mi pistola mata. Mi pistola puede matar. Y no me pasa nada. Pero sucede que de pronto me despierta de mi reposo un ángor leve, y ya me acobardo ante la mera posibilidad de morir. Quizás la muerte, la verdadera muerte, que es el miedo, no está donde yo la había puesto la última vez, en mi cinturón; quizás la muerte no estaba segura en mi funda, cubierta con su capuchón de velcro.

¿Y Clara? ¿Dónde estaría mi compañera de servicio? Quizá Clara estaría...

Me tranquilicé un poco, ya que sentí que me estaba alterando. Después de un momento, todo, hasta la muerte, resulta monótono. Nada tranquiliza y anestesia más que la monotonía del milico en el interior del país: la cara sin fragancia, la boca abigotada carente de gracia, de betún líquido, los ojos soldados a las nalgas gordas, sin moverse de allí, la rutina hecha un nudo, esto es, sobre las manos paráliticas. Después de un momento, hasta las nalgas gordas son monótonas. La vida nos enseña sus momentos como si los hubiera sacado contenta de un empaque –la vida salta, se contractura, chillá,

frente a su empaque, como reventando piñatas—, y hasta el afeitarse para la changuita del día franco parece un producto envasado al vacío. Cuando la hierba crece y queda sin pastar en las estancias ociosas aledañas, es la vejez que se está anunciando a nosotros, y la naturaleza es su altoparlante. Cuando la yerba mate se amarga demasiado y hay que cuidar las defensas gástricas, es el espíritu que se agujereó, porque cuando nos coartamos, ya es que... y la muerte, ese juego de piezas de repuesto que alguien va ensartando en un bramante, en un yuyo... alimentándose... Es lamentable.

Aquí la yerba es fuerte. Antes, hace años, cuando recién llegué de Santiago del Estero, podía tomar esta yerba mate con fuego, que igual me bancaban los incendios. Ahora, dentro de poco, voy a tener que tomar la yerba de la abuelita.... Alimentándose...

A los minutos, el ángor, así como vino, se fue, y quedé en paz por primera vez desde que me desperté. Se apagó, se me liberó el corazón, y quedé muy sereno, y tranquilo, sin empardar. Me aposté en la ventana, a vigilar con gran sosiego.

Los mineros, supuestamente, querían hacer su huelga, preparar su conflicto, y se estaban alistando para la movilización. Los mineros en Salto no son muchos, en comparación la minería apenas está en pañales. Pero Dios los cría y ellos se juntan. Yo, en el fondo, estoy de acuerdo con los mineros, y secretamente los he protegido en lo que me ha tocado, que nunca ha sido mucho, pues mis manos no están llenas de poder, como lo quisieran mis palabras. He desarrollado afecto hacia ellos, o... qué sé yo, creo que, si no ha sido así, de un modo siniestro me gustaría quererlos. Esto es siniestro. Pero Dios no me crió. Y por eso no me junté. Ésa es la explicación que traje desde Santiago, la explicación de cera, para hombres de cera, para el tipo de sangre inútil que dejada enfriar se hace sólida. Por eso no me junté. Luego la fuerza me tomó, o yo la abracé a ella, como un civil sin salida —o buscando una salida prehistórica—, y el resto es historia. Sí: sé reconocer una injusticia cuando se presenta, sé ubicar la mierda cuando hiede en la boca, en los calzones, en un aljibe, aunque no flote. No, no toda la mierda flota.

A mí Dios me tiró en Río Hondo, Santiago del Estero, como se echa un dado cargado en un pañuelo sucio y tosido. En el Río Hondo, hasta los santos tienen su día en que hablan por el culo. Los valientes aprenden a rezar y cultivan, como locos desesperados, flores de aguirre.

«A mí Dios me tiró en Río Hondo, Santiago del Estero, como se echa un dado cargado en un pañuelo sucio y tosido. En el Río Hondo, hasta los santos tienen su día en que hablan por el culo. Los valientes aprenden a rezar y cultivan, como locos desesperados, flores de aguirre.»

Aquí en Salto gobierna la izquierda. O bueno, la socialdemocracia, que es como una izquierda pasada por lejía. Las cosas se acomodan al son de «un proceso de o hacia», «progreso histórico», «acumulación de fuerzas sociales», «recuperación social largamente postergada», etcétera; luego eso se enjabona, se lava, se enjuaga, y listo, ya el trapito está limpio y pronto para colgarse. Hoy se usa de servilletero de etiqueta el mismo pañal de tela que se ensució con las revoluciones de los años setenta. Y esa prenda la va a utilizar el próximo candidato a intendente. ¿Y yo lo voy a votar? Yo lo voy a votar. Porque también me embeleso; por costumbre también me embeleso. Ya lo he pensado muchas veces: no soy un milico, soy un civil sin salida. A lo sumo un milico usando pañales sucios.

Mi abuelo, que fue una especie de buen verdugo, me decía: «Lito, el progreso es un retraso en pañales, y el que lo pregonan los pragmatistas». Mi abuelo, filosofando en los boliches hasta reventar, y cuya consanguinidad se remitía a la saliva compartida en el mate, y alguna concha revisitada en el mismo bulín, eso es un abuelo. ¿Y cuántos nietos, cuántos herederos naturales tenía mi abuelito? Y yo... Yo también soy un buen verdugo de él. Por algo estoy aquí.

Nosotros, desde la fuerza, vemos todo desde afuera (y... desde adentro, desde muy adentro, casi en lo íntimo, a veces tenemos vísceras compartidas), y luego tenemos que andar apagando el fuego de los mineros. Y, hasta cierto punto, nos gusta. En la fuerza nos gusta. Y al que no le gustaba en un principio, terminó ensalzándose. Es que el poder es rico (rico de gusto, de vorágine adictiva). Y el poder mezclado con servicio es tan rico que es inaguantable. Nadie se banca esa tentación. Si Clara pudiera hablar ahora. Pero Clara no puede. Clara está sentada, las piernas increíblemente cerradas, en...

Me acordé de Clara allí, erguido frente al ventanal, bizqueando la calle a través de los pequeños orificios que quedaban entre las reglas de madera de la parrilla, y sentí patente cómo el pene se me engordó un poco dentro del calzoncillo y se me ladeó apenas. Los recuerdos de Clara son imbanables. No se pueden maquillar. Hay que ser sinceros. Y eso que me gustan las gordas. Pero la costumbre de tener a Clara es religiosa. El rostro de Clara es muy bonito, exquisito, rico, inacabable, no se puede abarcar. ¿Por qué se hizo milica la mina? ¿Por qué? ¿Por qué no se dedicó a engordar? ¿Por qué no me dediqué yo a engordar con ella? «Las amarguras no son amargas... y las escribe...». Milica y gorda: un ser perfecto.

Entonces se despertó el subcomisario. No dijo ninguna palabra. Se incorporó del segundo sillón, que es el que ocupaba. Se restregó la cara rechoncha; las lagañas, gruesas y pastosas, como del pus de la conjuntiva, no se le iban. El rostro era repugnante, abotargado, y parecía como armado con piezas disparejas de trozos de revoque viejo; las manos también eran regordetas, y brillosas, quizás ya padecía del hígado, como sopladas con vidrio. El tórax era un tonel. Bostezó, se fue a preparar su mate, y mientras se calentaba la caldera se puso a jugar en su laptop alguna cosa, qué sé yo, algún reporte, alguna directiva importante, mientras yo permanecía vigilando la calle.

Todavía no aparecía nadie allí afuera. Excepto el calor sofocante y mortuorio, chillón, todo estaba calmo.

«Los soldados no comparten el mismo poder que la fuerza. El poder crea dos cosas que no se gastan nunca: identidad y sentido de pertenencia. Y el poder es rico... Así que, a decir verdad, excepto por el ejercicio de la coerción, en nada nos parecemos y en nada somos lo mismo.»

También el civil que no conozco se despertó, porque lo escuché hacer ruido en la pieza oscura; su puerta estaba muy entornada, casi cerrada, y no se veía gran cosa desde el interior; creo que la piecita no tenía ventanillas ni ductos de ventilación. No sé quién es ese civil. Y tampoco me interesó. Hoy tampoco me interesa. Yo me mantuve de pie, pasivo como un testigo esencial, enfrente de la ventana, protegido por la parrilla de madera, sin observar casi, y si observaba, entonces sin recordar lo que veía. Estaba vigilando al otro lado de la calle la puertita de la casa objetivo, pero, en secreto, protegiéndola e ignorándola. Sé que la mezcla de sentimientos que tengo, al encontrarse todos en el mismo lugar, es siniestra. Esto, en el fondo, es muy jodido. Yo sólo seguí mirando.

Hoy tengo la impresión de que hacía mucho sol, como ya lo he pensado, pero también tengo la impresión de que hacía mucho sol en todo. Creo que durante todo mi tiempo en la fuerza, el sol ha estado muy de moda.

—Ya van a llegar. Pronto —soltó el subcomisario desde el fondo de esa especie de living en que nos encontrábamos. La semipenumbra me hacía más molesta su voz, su sola respiración.

El civil hizo alguna indicación al subcomisario desde su pieza, porque éste cerró el hocico y se trasladó a la habitación, cerrando con un portazo tras de sí. Después de media hora en que el civil abusaba del subcomisario, según me pareció su conducta al salir de la pieza, se abrió la puerta y salió el subcomisario que, sin ladrar una palabra hacia mí, que soy su subordinado, guardó su mate, cerró su laptop y la embolsó en su maletín, abrió la puerta principal de la casita y se fue. Mis espaldas lo despidieron con desprecio y, quizás es bueno tenerlo presente, con algunos granos de envidia.

Luego el civil me llamó. Gritó:

—¡Soldado!

«Y este hijo de puta, ¿por qué carajo me dice “soldado”?», fue lo que pensé. Lo sentí muy denigrante, no porque tenga nada con los pibes del ejército (o... sí), sino porque... eso de meter a cualquiera de una fuerza en la misma bolsa de la otra, y todavía por un civil... No todo es mierda. Y no toda la mierda flota. Y no toda la mierda que flota, flota de la misma forma.

Los soldados no comparten el mismo poder que la fuerza. El poder crea dos cosas que no se gastan nunca: identidad y sentido de pertenencia. Y el poder es rico... Así que, a decir verdad, excepto por el ejercicio de la coerción, en nada nos parecemos y en nada somos lo mismo.

Me tocó en la fibra. Pero no dije nada. Pensé que para cualquier uruguayo decirle «soldado» a un policía –sin mediar ninguna posibilidad de confusión–, es signo o indicio de que en verdad tiene el poder para hacerse cargo de las consecuencias. Así que... me puse furioso... pero eso no es nada en comparación con lo que me intimidó. Me achicó, me sentí, con una sola palabra, intimidado.

Entré en la habitación, que estaba casi en completa penumbra. Sólo veía el contorno de las siluetas de las cosas, y éstas eran pocas y se mostraban desganadas. El civil estaba acostado boca arriba en una cama, y fumaba, aunque el puntillo dorado del brasero de tabaco no iluminaba mucho más que la mano sosteniéndolo. Nunca pude verle bien la cara, ni en éste ni en ningún otro momento. Por un instante pensé en mi pistola al cinto, mis esposas, mi patrullero, mis gordas, pensé en Clara, en el olor de su vulva, más limpia que su boca, más rica. Estos pensamientos crecieron en mí como una burbuja protectora.

El civil me dio instrucciones:

–Del lado derecho de la puerta de la casa, allí hay un mueble. A los pies de ese mueble hay un gabinete chico. Abrílo. Allí hay una maleta, sacála y abríla.

Y siguió fumando, sin agregar nada más.

«Primero me dice “soldado”, y ahora me tutea ese hijo de puta». Si el mundo fuera otro... Yo no tendría predadores naturales. Yo estaría tranquilo, como barrilete en bolsa. Yo ya estaría muerto, tiñéndome de Gram. Y Clara... Y su psoriasis. Si el mundo fuera otro, ¿quién elegiría ser psoriasis?

Asumí que esas instrucciones eran más que suficientes, así que me retiré de la pieza, cerrando con suavidad la puerta. Fui hasta el mueble y saqué la maleta. Adentro había una versión bastante buena y reciente de un M40 modificado. Saqué sus partes, lo ensamblé y lo cargué; la munición disponible no era mucha. Monté la mirilla telescópica, luego me acerqué al ventanal. Subí apenas unos centímetros la correa de la parrilla de madera, lo suficiente como para asomar la boca del barril, y me aposté a esperar.

«Esperé un rato, mientras vigilaba la calle con el telescopio. La imagen del telescopio era desoladora; no aparecía nadie. La incertidumbre de la mirilla me estaba quemando, así que decidí que iba a toquetearla un poco para observar el ajuste.»

Yo soy un gran tirador. Así que sé muy bien cuánto y cómo tengo que compensar cada arma de fuego. Pero no sabía cómo estaba calibrada la mirilla telescópica, con qué distancia y latitud, o si lo estaba del todo. Por eso confío más en mi ojo. Tampoco sabía la sensibilidad del gatillo. No sabía mucho, para ser un gran tirador.

La puerta de la casa objetivo se encontraba cruzando la calle, pero alejada en el recorrido de la vereda, casi hasta la esquina, es decir, unos buenos noventa metros. En ese momento la calle estaba desierta.

Esperé un rato, mientras vigilaba la calle con el telescopio. La imagen del telescopio era desoladora; no aparecía nadie. La incertidumbre de la mirilla me estaba quemando, así que decidí que iba a toquetearla un poco para observar el ajuste. Cuando estaba a punto de hacerlo la voz del civil, trocando inmediatamente a mis espaldas, me sorprendió y me congeló de temor:

–¡No toqués nada! Eso ya está calibrado. Todo está en orden.

¿Cómo es que salió de la pieza sin que yo me percatara? Ni siquiera me atrevía a ladear un poco la cabeza para mirarle el rostro. Su presencia me pesaba lo que un tanque en las espaldas.

Me colocó una mano en mi hombro derecho, que es mi hombro de tirar, y me apretó con levedad, como apadrinándome en algo, y me dijo:

–Probá con ese perro.

Vi por el telescopio y, en efecto, un perro sarnoso iba cojeando por la calle, como suplicando que lo ejecutaran. Un perro. Qué ironía. Me concentré, le apunté y esperé mi próxima apnea espiratoria para tirar del gatillo.

El gatillo resultó que era duro, había que forzarlo, lo cual siempre agrega muchos desaciertos. Tiré del gatillo y le disparé a la cabeza, a una distancia que calculé en unos setenta y cinco metros. El perro se movía con lentitud, y se mostraba de perfil; le apunté a la mandíbula. Le acerté cerca del único ojo que mostraba, y vi cómo le estallaba el cráneo. El estruendo, sin embargo, a pesar de la potencia del fusil, no fue muy notorio. Pensé en sus municiones, que había descubierto pocas.

Durante un rato no apareció nadie en la calle. El cuerpo del perro permaneció allí tirado. Yo quedé satisfecho por el tema de la mirilla; con el gatillo no se podía hacer nada. El civil no se movió de mis espaldas, ni yo me atreví tampoco a moverme ni a inclinarme con disimulo para bizquearle la cara. Algunas cosas es mejor ignorarlas. En todo momento mantuvo su mano en mi hombro derecho, acobardándose.

Al rato aparecieron las personas. Dos mineros se acercaron al perro sarnoso y lo miraron con escaso desconcierto, como esperando desde hacía mucho tiempo, desde la invención de la minería, ese encuentro; lo registraron y lo arrastraron hasta la casa que vigilábamos, negando con la cabeza, como perturbados, aunque no sorprendidos. Luego apareció en la puerta el viejo minero y los increpó con suavidad.

—Allí está —dije yo. Otras personas llegaron en auto hasta la puerta de la casa, intercambiaron algunas palabras y se alejaron.

—Tranquilo —dijo el civil—, todavía no.

«Me concentré, le apunté y esperé mi próxima apnea espiratoria. El viejo minero se detuvo un momento para comentar algo a los otros mineros. Vi cómo tosía con frecuencia, como si estuviese muy enfermo. Su cara me recordaba la del subcomisario. Los gurises le observaban.»

El viejo minero salió de la casa y se alejó. Los otros dos mineros se metieron por la misma puerta, con todo y el cuerpo del perro sarnoso, y cerraron la puerta. «Ya lo deben de estar velando», pensé. El viejo minero caminaba de espaldas, por la calle larga, alejándose de mis pensamientos.

—¿Le tiro ahora? —consulté al civil. El viejo minero cojeaba de manera casi imperceptible, favoreciendo la rodilla izquierda.

—No —me espetó—, todavía no.

Esperamos otro rato. Al cabo, apareció retornando el viejo minero con dos niños y, más atrás, otros tres mineros, bastante robustos, también dirigentes políticos.

—Ahora. Tirále ahora —me ordenó el civil, y me retiró la mano del hombro.

Me concentré, le apunté y esperé mi próxima apnea espiratoria. El viejo minero se detuvo un momento para comentar algo a los otros mineros. Vi cómo tosía con frecuencia, como si estuviese muy enfermo. Su cara me recordaba la del subcomisario. Los gurises le observaban.

—Mejor le tiro a un gurí —dije—, así nos evitamos problemas en el futuro. De todos modos el viejo minero ya está echado a perder. Hay que ser proactivos.

Sentí que durante mucho tiempo ya me había tocado estar desactivando bombas en los rincones de la sociedad, persiguiendo lo imperseguible, sólo para que los rincones de la sociedad pudieran convivir sin que todo saltara en pedazos. También la sociedad a mí, en su momento, me había mandado a alguien a mi rincón para desactivarme. Bombas de amor, bombas de odio, bombas políticas, bombas debajo del auto blindado de Dios, bombas con capital, bombas de Río Hondo, bombas con flores de aguirre, bombas por la vulva de una gorda, bombas por el pase de fútbol y los derechos de televisión, bombas por laptops y lólipops, bombas invisibles, tantas como tantos rincones tiene este paraíso tan activo. Mi abuelo, que fue mi especie de verdugo, me decía: «Para ganar el presente hay que aniquilar a los futuros bombarderos». ¿Cuántos nietos tuvo mi abuelito? La herencia se dividió en muchas partes.

Aunque no había explicado todo lo que sentí, dije:

—Para ganar...

El civil me interrumpió.

—Shhh, cerrá el hocico —y se detuvo a pensar unos segundos, luego continuó—, el viejo ya está echado a perder —repitió, mecánico y pensativo, después de mí. Se detuvo a entretener mi propuesta que, a decir verdad, era buena.

Luego dijo:

—Sí, sí, muy bien. Muy bien. Tirálo al gurí y reventálo.

Me concentré y le apunté al niño que el viejo minero tenía más a su derecha, y un poco hacia adelante. El niño constantemente se volteaba a contemplar la tos convulsa del viejo minero, y lo miraba con compasión. El gurí se movía bastante. Suavicé la respiración, esperé mi apnea espiratoria y disparé, forzando el gatillo. El estruendo tampoco fue muy notorio, al igual que el disparo de la munición anterior.

Al igual que al perro, le había apuntado a la altura de la mandíbula. Le acerté en una de las sienes; el impacto de la munición le hizo estallar esa parte de la cabeza. La conmoción fue general e instantánea. El gurí cayó, completamente aguado, sobre la calle. Empezaron los gritos y los llantos; el otro niño y dos de los mineros corrieron adentro de la casa que vigilábamos.

El civil y yo nos quedamos un rato contemplando la escena.

—Bien —dijo el civil—, excelente trabajo. Muy bien...

No me atreví a sacar el ojo del telescopio, ya que el civil no me había ordenado que el trabajo ya se había terminado. Retraje el carril para extraer el casquillo de la munición, y recargué el arma.

—Bueno —agregó el civil—, ahora hay que actuar con rapidez e inteligencia. Vamos a decir que fueron unos pibes planchas que pasaron en un auto. En un auto blanco. Bien. Un auto blanco. Que hubo un partido, luego vamos a averiguar y a tejer los detalles. Que las hinchadas se caldearon, que unos pibes planchas tomaron un auto blanco, que pasaron por aquí y que empezaron a gritar y a lanzar cánticos insultantes, que en un momento alguien sacó un arma y empezó a amenazar con tirar indiscriminadamente. Que tiró, que le dieron al objetivo, y que luego se fugaron. Que el barrio, por miedo, no quiere ni se anima a decir ni a testificar nada, por temor a represalias. Eso nos dará unos meses para que se enfríe la cosa en los medios. Luego veremos cómo manejar el asunto.

«Me colocó una mano en el hombro de tirar y me apretó con fuerza, hasta doblarme por el dolor que me provocaba. A pesar de mis ropas, sentí la mano muy fría y huesuda, como desnutrida. Me acordé de las manos de Clara: desnutridas, siempre frías, angulosas, afiladas, psoriásicas, como muertas por anticipado.»

—¿Unos pibes planchas? ¿Y eso?— me atreví a contestar.

—Por costumbre —respondió el civil, sin despeinarse—. La sociedad ya está madura para esa combinación, así que... —y se detuvo a respirar.

—¿Así que qué? —añadí, apoyado en el hecho de tener el rifle de poder en mis manos.

Me colocó una mano en el hombro de tirar y me apretó con fuerza, hasta doblarme por el dolor que me provocaba. A pesar de mis ropas, sentí la mano muy fría y huesuda, como desnutrida. Me acordé de las manos de Clara: desnutridas, siempre frías, angulosas, afiladas, psoriásicas, como muertas por anticipado.

Luego el civil añadió, tajantemente:

—Así que nada. Cerrás el hocico. Así que nada. Y punto.

Y allí terminó su intervención. Lo sentí alejarse a mis espaldas y encerrarse en la pieza de la que había salido. Me costó comprender, a mí, quien era el que tenía el fusil, cómo tanto poder podía

caber en una pieza tan pequeña, en unas manos, en una voz traídas desde la invención de la minería por el hombre.

Desmonté el fusil y lo guardé en su maleta. Luego me dediqué a hacer las llamadas correspondientes. A la primera que llamé, no sé si por egocentrismo –de ponerme primero, antes que la situación problema– o por vergüenza, fue a Clara. Clara no contestaba. Luego hice otras llamadas.

En la calle algunas personas, no muchas, se habían reunido en torno al cadáver del gurí. El viejo minero lloraba arrodillado sobre lo que quedaba de la cabeza del niño.

Me fui a vestir. En el gabinete superior del mueble había varios uniformes de la fuerza. Me puse el mío, junto con mis insignias. Dejé las ropas que antes tenía puestas en el mismo gabinete, en una bolsa especial.

Salí por una casita lateral, comunicada por adentro con la casa esquinera en la que estábamos. Di unos rápidos rodeos, y luego me apersoné en el sitio de los hechos. Hice una seña perfecta, casi imperceptible, y uno de los testigos presentes dijo, al grito:

–¡Yo los vi! ¡Esos hijos de puta, hay que matarlos a todos! Fueron unos pibes planchas, de esos que vienen de la cancha, que pasaron en un auto, tiraron y se fueron. ¡Ya nos tienen hartos! No se puede vivir con dignidad... –y siguió arengando a la pequeña multitud.

Otra señora retomó el paño del testigo anterior y dijo:

–Ya nos tienen hasta aquí –y se señaló las raíces del cabello plateado en su frente–. Y esta inseguridad... ¡ya nos tienen hartos! –agitando violentamente los brazos gordos en aspavientos, como echándose aire en la cara crispada–, y nadie hace nada, promesas, ¡y nadie hace nada!

«Desmonté el fusil y lo guardé en su maleta. Luego me dediqué a hacer las llamadas correspondientes. A la primera que llamé, no sé si por egocentrismo –de ponerme primero, antes que la situación problema– o por vergüenza, fue a Clara. Clara no contestaba. Luego hice otras llamadas.»

La afirmación se fue multiplicando en los civiles con la rapidez de un virus electrónico, autoreplicándose en cada hombre o mujer a la que arribaba. En el fondo fueron ellos, entre tanto frenesí, quienes produjeron los hechos, casi de la nada, sacados de un grito, los mismos hechos que luego ellos mismos consumieron. Más personas se fueron congregando, hasta conformar un pequeño tumulto.

Sólo entonces me sentí más liviano. Empecé a levantar acta. El olor de la pólvora del rifle se me había pegado en el alma, en la escritura. Ya se me pasaría –ya se me pasó–. Pedí una mantita para tapar el cadáver y proteger el pudor público. Costó que entre varios hombres robustos logaran apartar al

viejo minero de la cabeza del cadáver. Ordené el tráfico –que en Salto siempre es poco– e hice preguntas de rigor, preguntas que consideré al pedo desde el día en que nací; le sugerí a los testigos respuestas redundantes, que es a lo que me acostumbró el reciente sedentarismo al que la fuerza me ha ido relegando. Ahora, que envejezco casi a la misma velocidad que la que nací. Ahora, la fuerza me está relegando y me mantiene en un escritorio y me engorda como un dinosaurio.

Luego, después de mucho rato, me entrevistaron para una radio montevideana, que eso sí que me gusta, me agrada. Me hace sentir como el civil que no conozco, supongo. Un poder rico, inconsumible. Miré al notero varios veces de arriba a abajo, con orgullo, aunque fui muy comedido y exacto, sin desfachateces o exabruptos. Creo que me tenté en gastarle una broma: quería decirle «soldado», pero me contuve. Me sentí muy agradable. Y Clara...

¿Dónde estaría Clara?

© Carlos Santi

El autor:

Carlos Santi. Nació en Santiago del Estero, Argentina, en 1978, bajo el aire asfixiante de la dictadura militar. Hice algunos años en Ingeniería. Viajé por buena parte de la Argentina. Ahora vivo en Salto, Uruguay, sin resignarme, pero sin reprochármelo, milagrosamente.

TABACO

por Pedro Bosqued

Bendita lluvia. De nuevo nos trae aire fresco. Húmedo, sí; pero con un tono más... es igual, a quién le importa cómo sea, si cambia, hay algo de inesperado. Como la muerte de Lucrecia, no es una buena nueva. No me explico bien. Si no que el hecho de haber ocurrido conllevará cambios. Debería pensar que una muerte nunca justifica un cambio. Pero la muerte es parte sustancial de la vida. No la quiero, pero no la negaré, no seré un puritano simple. La simpleza para el ignorante. El hecho de que las cosas cambien siempre trae mejoras. No, no he dicho que quiera una guerra, ni un atentado, ni un simple asesinato. ¿Verdad que da asco decir un simple asesinato?

También es simple el encendedor que tengo entre manos. Tanto, que seguro que más de cien personas en este momento tienen otro igual entre manos. Eso no quiere decir que no seamos únicos, que todos estemos deseando que muera la gente. Pero a parte de las cien personas que ahora tienen un encendedor en la mano, hay más de cien personas que han dejado de fumar.

El día que conocí a Lucrecia, descubrí lo que era una falda plisada.

Algo tan ligero me hizo comprender que lo de llevar los pantalones era otro de esos dichos nefastos y cobardes que gastan los hombres que fuman porque no pueden echar otro aire sin sentirse culpables. Hombres sin valor para exhalar, que con la excusa de la dependencia por el cigarrillo van aniquilando su capacidad de decisión.

Y enseguida me pregunté si las mujeres con falda plisada están queriendo decir que ellas sí que tienen capacidad de decisión. Que son ellas las que eligen, que ningún collar o maravedí las va a convencer. Las plisadas convencen a las mentes planas, esas que tienen los que compraron una televisión último modelo, sí, de esas de pantalla plana. Prefieren a mujeres con falda tubo que a las que la llevan plisada. No, no es verdad. La falda plisada requiere más cuidados, y una mujer que cuida tanto su vestimenta no ve tan fácil el horizonte. En cambio una falda tubo. ¿Hace falta decir más?, una falda tubo dice tanto de las piernas que cobija. Ese tubo es el único que manda a aquellas piernas, porque la cabeza que rige a esas piernas no acepta más ordenes que las que dicta la tela. No hay plexiglás que les valga.

«El hecho de que las cosas cambien, siempre trae mejoras. No, no he dicho que quiera una guerra, ni un atentado, ni un simple asesinato. ¿Verdad que da asco decir un simple asesinato?»

El día que conocí a Lucrecia supe que no llevaría una falda plisada cuando muriera.

Y lo peor de nosotros, los hombres modernos, es que ya no valemos para casi nada. Ni sabemos apurar una colilla, ni ponernos un pañuelo para arreglar un grifo, ni mirar un triste conmutador. Nos quedamos en el todo terreno, hipotecados a plazos por una carrocería negra que no nos lleva a ningún lado, por eso se llena de pantallas para hipnotizar a los menores. Y un menor hipnotizado no ve más que tonterías, ni se le ocurre ver una de esas películas en blanco y negro de los años 50. De esas en las que las mujeres llevaban faldas tubo.

El día que conocí a Lucrecia, las gorras de taxista se vendían en el rastro a veinte euros.

Cuando las películas eran en blanco y negro, los galanes llevaban camisa blanca. Ahora también, de acuerdo. Pero entonces por dentro del pantalón. Marcando cintura. Sí, los hombres entonces marcaban figura. No les bastaba con una mirada huidiza, o una ceja descarriada, tenían que entrar en plano largo y que su silueta los presentara, que su cadera hablara y que cuando encendieran su cigarrillo ya quedara claro que no era una secuencia para menores. Si entonces el susodicho abría la boca, la melena negra de la actriz no se canteaba un pelo.

El día que conocí a Lucrecia, sabía que llevaría el pelo arreglado hasta sus últimos días.

La humedad de la tarde me reconcome el codo. Mi pelo hace tiempo que no habla, se fue en busca de descanso y mi codo se frustra cuando intenta pasar por mi cabeza. El brazo por encima de mi

cabeza. Qué postura más cómoda. Cuando compraba los cigarrillos por cartones lo podía hacer. Ahora miro mi codo, miro en el espejo a mi cabeza y pienso en dónde habrán acabado tal cantidad de cartones de tabaco fumados. La colección de ceniceros recibidos, la cantidad de mecheros guardados. Todos sabían de mi afición, y de mi costumbre de no cobrar, y de la más firme todavía, la de no decir que no, por miedo a ofender al que agasaja. ¿Alguien en su sano juicio puede pensar que después de tantos años de conferencias, colaboraciones, apoyos, cenas benéficas todavía me haría ilusión otro cenicero? ¡Tanto iluso hay por la vida, que pensaba que fumando no me estaba matando!

El día que conocí a Lucrecia, supe que vería muchas colillas en los ceniceros regalados.

Autoasesinato, diría cualquier meapilas que me viera fumar después de tantos años. Son geniales los meapilas, te impiden olvidar que la estupidez es tan inherente al humano como el decir no tengo tiempo en vez de mandarte a freír espárragos. Cuántos espárragos fritos podrían fumarse los que han dejado el tabaco. Da igual rubio o negro, los espárragos verdes hacen sentirse ecológico a todos los comensales.

El día que conocí a Lucrecia, supe que no me arruinaría por comer en restaurantes rimbombantes.

La comida es un combustible. Y como tal, como dijera Einstein, y si no lo dijo es igual, como era un genio, lo podía haber dicho. Decía que como combustible que era, no había que prestarle mayor atención. Estaba al servicio del cuerpo humano, verdadero prodigio en la tierra. No, ahora que lo pienso, no imagino a Einstein diciendo que el ser humano es un prodigio en la tierra.

El día que conocí a Lucrecia, imaginé a la tierra abriéndose a su paso.

«Hubiera sido otra cosa si hubiéramos engendrado. Las risas se habrían multiplicado, los lloros habrían sido más infantiles, las sonrisas más frecuentes. Es tan difícil dar un motivo exacto de porqué no se ha tenido un hijo.»

La tierra olía ahora a nuevo. El olor de la hierba mojada es embriagador, como el de la gasolina. Otro combustible sobre valorado. En cambio, el olor a hierba mojada no debería ser infravalorado. Ese olor significa que los seres más simples de la tierra se están reproduciendo. Son hermafroditas, pero al filamentarse, se reproducen, y en el proceso imprimen ese aroma a la tierra húmeda. Qué maravilla, al engendrar un nuevo ser, dejar semejante perfume embriagador.

El día que conocí a Lucrecia, comprendí lo que significaba embriagador.

Hubiera sido otra cosa si hubiéramos engendrado. Las risas se habrían multiplicado, los lloros habrían sido más infantiles, las sonrisas más frecuentes. Es tan difícil dar un motivo exacto de porqué no se ha tenido un hijo. Es como la lluvia de esta tarde, algo que está, se ve, se valora, pero no se coge. No se puede almacenar la lluvia, no se puede almacenar la energía de tener un hijo. Deriva en impotencia. Y la impotencia no se cura con combustibles. Si la energía no alcanza, no queda más que ponerse chubasqueros, convivir con el chaparrón y mirar con esa macedonia de odio y envidia a los padres que ríen la última tontería del último de sus niños.

El día que conocí a Lucrecia, supe que nunca pediría al camarero una macedonia.

En la chimenea no falta el combustible, la leña crepita con gusto. Parezco un tonto al quedarme embobado mirando las llamas. Pero poca cosa más cuerda me queda. Mi jersey clarea en los codos, ya no lo puedo pasar por encima de mi cabeza, ya mi cabeza no supera nada. Ni siquiera tiene el valor de tirar los ceniceros regalados.

El día que conocí a Lucrecia, no podía imaginar que mis hijastros se llevarían sus cenizas y no recogerían los ceniceros. El tabaco tiene estas humedades.

© Pedro Bosqued

El autor:

Pedro Bosqued (Zaragoza, 1970). Licenciado en Farmacia por la Universidad de Barcelona. Corresponsal de la revista Don Balón. Sin registro de los textos ya publicados tanto en versión papel como en digital. Puede que este rincón diga algo añadido. Blog: <http://piero.blogia.com>.

OBRA SANITARIA

por Eugenia Piazza

*Se trata cósmicos de ser más fértiles
de no ser tímidos, de ser más trópicos,
de ir a lo pálido, volverlo térmico
sentirse prójimo de lo más lúdico.*

Daniel Viglietti

Apagué mi sed con el obturador en mano, mi sed de obtenerlo todo con mi dedo, mis ganas de pasar la vida entera detenida en una imagen perfecta.

—Eldrick, no te muevas, ¿okey? —pronuncié con suavidad.

El juego de luces matinales hacía converger el sol, los árboles, el horizonte del estuario, ligeramente curvado, mis ojos, todo tenso y apretujado en la luminosidad de mi dormitorio, en un piso tres, sin nombre y sin número, sólo un cuerpo, Eldrick, contra mis ojos, y un oleaje suave, un olor agrí dulce meciéndose frente a la nariz fotográfica, separándonos y devolviéndonos a épocas distintas. Nuestras miradas andan por un circuito muy corto. De la cara a la cara, a la cámara, a mis caderas, a mi cabello sostenido con un lápiz. En la rambla el estuario es tan grande que la cámara hace caber en él un horizonte completo.

Dentro de mi cuerpo se pudre un útero, se apagan los ojos de los visitantes más diversos que echaron sus anclas en mi astillero. Al ritmo de Eldrick, con café importado entre las manos, una utopía se infarta en mi cuerpo. No sé gritárselo a mi dedo en el obturador, a mis senos mordidos, a mi página de Internet. Aunque haya sido bello, Eldrick también se devuelve.

En mi piso tres se corroen los hallazgos (la dicha, el erotismo de ver, también es corrosivo) de todo el Palermo. La panceta en la puerta del fondo de la calleja, el chico marcando el piano, Batlle, Tristán Tzara, los libritos con fotografías, el viejito con su bandoneón, el pibe punk, mis papás peleándose en las fotografías que ni mis mudanzas rompieron. El tiempo se apaga, único, diatómico, indivisible. Me muero.

—Me muero, Eldrick —pronuncié, sin esperar un segundo de entendimiento.

Pero en mi cámara. En mi cámara las cosas viven otras épocas, a fuerza de cargar siempre contra el mismo error. Con la misma cara, la misma palabra, paralizada de antemano.

Me he detenido a verlo, fotografía por fotografía, y siempre llego a la misma conclusión: con qué desorden se mueve el cuerpo en una habitación iluminada. Mis pocos años, inmovilizada a la caja de las Obras Sanitarias, las tetas cayéndose, el lente engordando de grosor, me lo han enseñado. Del estudio de lo inmóvil surge el movimiento caótico. De la fotografía nace el ojo.

—Quiero fotografiar tu cuerpo, Eldrick —anuncio entre pausas para respirar, para transpirar, para recuperar el control sobre el cuerpo y volver a dictarle órdenes coherentes. Para pasar un mate antes de que la cara deje de arder.

«Alarga una mano, entorna ligeramente una persiana, toma las hojillas, líe un cigarrillo con saliva, todo el Palermo espera la primera bocanada para conversar sobre el hecho», pienso, sobre el hecho de vivir y ser vivida, con mi ojo estacionado en un recuadro, mi cuerpo procesando mis pensamientos antes de imprimírselos a mis manos.

*«Dentro de mi cuerpo se
pudre un útero, se
apagan los ojos de los
visitantes más diversos
que echaron sus anclas
en mi astillero. Al ritmo de
Eldrick, con café
importado entre las
manos, una utopía se in-
farta en mi cuerpo.»*

Eldrick también observa la ventana, y sé que también piensa sobre la vida detenida en un sábado. «¿Qué hago en esta habitación, en este territorio a cuya mugre aún no pertenezco, cuyos desechos no exhalé, y cuya prisa –cambios sobre la marcha, abandonos, virajes en U– aún no convertí en risa, en ventaja, en fecha patria?», y no lo dice, aunque lo capta mi cámara, mi ojo, su especie de traductor universal.

–No te mueras, Eu –dijo Eldrick, como respondiendo hoy lo que dije hace un año, en el Cordón, en un edificio sin ventanas, arrojado como a prepo sobre Eduardo Acevedo.

¿Es que este día no está hecho con el mismo yeso que todos los otros días?

–Voy a fotografiar tu cuerpo. Si te movés, te arrojo por el balcón. Desnudo, así, abierto, despreocupado, sin tabúes y con vellos, así, dale, poniendo cara de sabor.

Si el sol se nubla o se mueve, o le ocurre maquillarse, lo arrojo por el balcón. Dura tanto este momento detrás de mi cámara, que no sé distinguirlo de otros años, de otras vidas resumidas en el crepúsculo. El momento exacto del rompimiento de las olas, el desbaratarse el rizo, Eldrick, ¿no es el momento más bello más triste?

«Observo a Eldrick, poniendo su cara de sabor, su risa sintética colocada en su cabello color de tundra, su español francófono, las cicatrices de sus ojos, lamidas por el desexilio. Me observo a mí, encaramada sobre su cuerpo, embistiéndolo y descubriéndolo en cada maniobra de ataque, hecha con el yeso de otro día.»

Observo a Eldrick, poniendo su cara de sabor, su risa sintética colocada en su cabello color de tundra, su español francófono, las cicatrices de sus ojos, lamidas por el desexilio. Me observo a mí, encaramada sobre su cuerpo, embistiéndolo y descubriéndolo en cada maniobra de ataque, hecha con el yeso de otro día. Acaricio mi cámara fotográfica. Pienso en mi cámara fotográfica, en sus tierras pacificadas. Me propongo empezar a escribir toda su vida.

–Eldrick, no te muevas, bicho –pronuncio como salida de un molde de yeso, de una pila química. Me recuerdo aquí, en Palermo, y me retomo allá, en las Obras Sanitarias. Y

no sé cómo consigo vestirme todos los días. A veces me resigno, otras viro en U, algunas me regalo un almuerzo con Eldrick, otras me ataco en una peluquería de Benito Blanco, y simulo perdonarme con naranjas y medio kilómetro de ejercicios diarios. Luego la cuerda se me acaba. Abandono y regreso a mi cámara, a mi erotismo por ver, como si me reintegrara a un coloso. Mis palabras no tienen curvas. Pero por poco. Sólo por poco.

–No te mueras, Eu –repite desnudo, ya excitado, ya erecto, ya rojo, ya placa fotográfica, ya bolsa de celuloide, ya anacronismo, ya trabajo casero, ya negativo de mi propio ojo, de mi propio cuerpo. Le fotografío erecto, en blanco y negro. Le parece hermoso.

–Pareces muy hermosa, Eu –añade. Su breve descripción se arrima a mí y me pregunta «¿Seguirás en tu caja de las Obras Sanitarias?». No puedo salir. No puedo desear salir.

–Eldrick, eres un tonto, no te muevas, tienes una erección hermosa y quiero fotografiarla –respondo. Respondo a Eldrick, o a mi cámara fotográfica, o a mi cuerpo doblado en U.

Sugiero unos ojos de yeso. Unos árboles con hojas al fondo, a pocos metros de una cancha, de unos niños estrenando patines. ¿Qué dirían los niños con patines de mis ojos ahora, justo ahora, que se los estoy imprimiendo a mis pensamientos?

Eldrick piensa «Aún no he hecho ninguna madre», se aburre, se duerme, se apaga sin combatir.

Soy hermosa, tarado. Soy hermosa, bicho.

© Eugenia Piazza

La autora:

Eugenia Piazza. Logré nacer en el departamento de Canelones, Uruguay, en 1984. Estudié Psicología. Funcionaria pública por concurso desde el 2007. Fotógrafa semiprofesional, apasionada por la capacidad de las cámaras fotográficas para narrarle al ojo. Escribo esporádicamente.

LA VIEJA CARRETERA

por Juan Amancio Rodríguez García

Quién iba a dar que aquella carretera algún día sería vieja, cuando sustituyó con su trazado abierto y su asfalto liso a la vieja y estrecha carretera nacional.

Al *Club americano* de la salida del pueblo se le había fundido el neón que dibujaba en verde la pierna derecha de una mujer voluptuosa que se abría y cerraba como canto de sirenas para camiones y demás usuarios. Ya antes las mejores prostitutas habían abandonado el club en busca de mayor clientela: cuando abrieron la autovía y un nuevo club al lado de la misma, aunque también las empujó a irse el hecho de que la mujer de neón tuviese una sola pierna. En el viejo club quedaron las prostitutas más viejas que no interesaban en el nuevo y vigoroso club. Cada vez era más difícil encontrar prostitutas jóvenes, hasta que se cerró el grifo y hubo que vivir de las rentas. La clientela quedó reducida a los habituales que llevaban diez o quince años una vez por semana con la misma chica como si fuese su novia, y algunos todavía con la esperanza de que llegasen a ser realmente novios, con regalos de Navidad incluso. Hasta que la tarifa fue aumentada en cinco euros para tratar de compensar las pérdidas. Entonces la gente dijo: por ese precio encuentras un bombón del este en la autovía. Así que la plantilla quedó limitada a dos prostitutas para seis admiradores incondicionales, demasiado viejos para tratar de irse con jovencitas, decían.

Más adelante se fundió la última letra del rótulo de color «Restaurante», más abajo, en el pueblo mismo. Entonces el dueño dijo que se quedara así porque parecía más francés. Pero después se fundió también la «t». Entonces dijo que alguna vez él lo había visto así escrito en la costa, pero un camarero universitario apostilló que era cierto pero que habría que añadir la tilde porque estaba escrito con minúsculas, y que además en el club de arriba, en el que ahora también se había fundido la última letra, debería decir *American club* y no *Club american* si pretendía estar escrito en inglés estándar, y el dueño, poniéndose la mano en la frente como para taparse el sol, aunque era de noche, le dijo: ¡anda!, y que lo único que se pretendía era dar trabajo a licenciados en paro (y ahí ya había bajado la mano de la frente y apuntaba al camarero con el dedo índice).

«En el viejo club quedaron las prostitutas más viejas que no interesaban en el nuevo y vigoroso club. Cada vez era más difícil encontrar prostitutas jóvenes, hasta que se cerró el grifo y hubo que vivir de las rentas.»

Pero el caso es que algún que otro cliente forastero se daba cuenta, y pensando que era un sitio descuidado, no llegaba siquiera a bajar del coche. Y los que no se daban cuenta, o que sabían que las letras se habían fundido, seguían yendo los fines de semana a tomar unas raciones o a ver el fútbol, o a comer al mediodía, porque era cierto que se trataba del mejor sitio de la comarca para comer bien y barato. Y estos eran muchos, y de todos los pueblos de alrededor. Pero ya no era el ajetreo diario de camioneros y viajeros hacia el sur o hacia el norte, ocupando todo el comedor, dando doscientos menús diarios y otras tantas cenas. Así que hubo que cambiar el tipo de vida. Se supo que en el taller había pedido ruedas de importación para el Mercedes, y que no se había molestado en reponer la estrella delantera cuando se la robaron por enésima vez, porque ahora según parecía tenía sólo el más elemental seguro a terceros.

Y vinieron los recuerdos de su padre, que repetía en voz alta cuando estaba a solas con su mujer: en esta vida hay que saber de todo, pero sobretudo hay que saber cultivar unas hortalizas y cuidar unas bestias para cuando haya hambre de verdad, y él se había reído sin mala intención. Y más: no deberías comprar tantas cosas a los chicos, que se las compren ellos cuando puedan. Pero si echan una mano en el restaurante, decía él. Cierto, pero muy bien tratados por ser los hijos del jefe, decía el padre. Y la mujer decía: déjate de tonterías. Pero él ya había empezado a rumiar algo a espaldas de mujer e hijos.

Él también utilizaba la autovía que le había hecho perder tantos clientes, como antaño la nueva nacional hiciera perder clientes al mesón de la vieja nacional, hasta que llegó a cerrar y la familia se tuvo que ir a la capital a buscar trabajo. Y pensaba: consiguen hacer autovías a pesar de que ni yo ni otros muchos más declaremos todo lo que deberíamos declarar y a pesar de lo que roben de lo que declara la gente. Si la gente fuese decente, éste sería un gran país.

Tuvo que volver a ponerse detrás de la barra a servir y cortar jamón a cambio de despedir al universitario para ahorrarse un sueldo, como cuando empezara con el negocio treinta años atrás. Ni su mujer ni sus hijos dieron importancia a la tristeza que manifestaba. Fue cayendo en el silencio, en la lentitud al caminar; se quedaba ausente, pensativo, incluso en la barra del restaurante. Un día un cliente le dijo: anoche estuve ahí en la autovía con una checa que trabajó contigo y que me había dado pena que te dejara. Todos se rieron a carcajadas. Muy bien, contestó él, y siguió pensativo.

Todo terminó en las Navidades, en la cena de Nochebuena. Había estado en el bar hasta cerca de la noche. Había dejado marchar a los empleados a media tarde. Fue recogiendo el restaurante poco a poco mientras los últimos clientes, solitarios, se preparaban para el encuentro con los recuerdos

«Él también utilizaba la autovía que le había hecho perder tantos clientes, como antaño la nueva nacional hiciera perder clientes al mesón de la vieja nacional, hasta que llegó a cerrar y la familia se tuvo que ir a la capital a buscar trabajo.»

familiares de la cena. Que pases una buena Nochebuena, le dijeron. Igualmente, dijo él mientras barría. Apagó las luces. Se abrigó y cogió el bastón y caminó lento por las aceras envuelto en su propio vaho. No había nevado, pero pensó en la nieve, y ese deseo frustrado le convenció para dar el último paso.

Besó a hijos y nietos. Comió el primer plato en medio del jolgorio, y después el segundo, y cuando llegó el momento de hacer un brindis y desear que todos volviesen a juntarse el próximo año, dijo que tenía que comentar algo y se hizo el silencio.

—Este año voy a declararlo todo.

—¡No! ¡Papá! ¿estás loco? ¡No lo hagas! —gritaron todos desesperados, porque comprendían que si había tardado meses en llegar a aquel punto, ahora no volvería esos meses hacia atrás.

—Voy a declararlo todo desde el uno de enero. Hasta el último céntimo, hasta la última ración de migas vendidas irá a Hacienda para que hagan más carreteras y pierda aún más negocio. También el viñedo, y el alquiler de las plazas de garaje. Y la aceituna de las olivas. Y daré de alta a las dos prostitutas.

—¡No, papá, no lo hagas! ¿Por qué? ¿Por qué? —las hijas se tiraban suavemente de los pelos mirando los platos.

—Mi padre estuvo en la guerra. Mi abuelo también estuvo en África creo que en algo. Debieron padecer lo suyo, pero yo he sido un señorito y ahora quiero hacer las cosas bien hechas: voy a declararlo todo, lo robe quien lo robe después, no me importa. Así les podréis contar a mis nietos qué clase de persona era su abuelo. Aunque declare todo, en realidad va a ser semejante a lo que declaraba antes. No se notará nada raro en Hacienda.

—¡No lo hagas! ¡Por Dios, no lo hagas! —gimió la mujer.

—Ya está todo decidido.

Y lo hizo. Aquel que trabajaba en la caja de ahorros lo contó: declara tanto como antaño, y sin embargo cada vez tiene menos letras de neón.

© Juan Amancio Rodríguez García

El autor:

Juan Amancio Rodríguez García (Ávila, España, 1978). Profesor de filosofía, tengo escritos dos libros de relatos, algunos de los cuales han sido publicados en varias revistas impresas y digitales (*Revista Fábula*, *Almiar*, etc.).

“COMALA”. HOMENAJE A JUAN RULFO

por Ramón Araiza Quiroz

El pueblo en el que mis latidos se escucharon se llama Comala. Ahí mismo estuvo Pedro Páramo hace muchos años; alguien fue en busca de él. Tengo la impresión de que todos los que son buscados van a domiciliarse a este lugar.

Caminé hasta Comala entre veredas, guiado por las señas dadas por un colimense montado en su corcel albino. Así llegué con los comaltecos.

Las calles empedradas y las banquetas angostas del pueblo atraen a turistas, reporteros, investigadores, escritores y a veces a individuos que sufren de olvidos. Es un poblado en el que se respira el olor a tierra mojada, a pan recién horneado: bonetes, cuernos, virotes y empanadas. Un municipio dominado por el color blanco de sus casas, tejados rojizos y una fina tranquilidad más que hospitalaria. Está en un rincón del occidente de México: el país del millar de sitios pintorescos, tierra azteca, del tequila y del mezcal; tierra matizada por el vigor de sus pobladores, lugar de sombras turquesa y de cerros que rodean su territorio.

En Comala pude ver rostros blancos, narices chatas muy bellas, mujeres rodillonas y bajitas de estatura, mujeres que se dejan el cabello largo; muchas usan trenzas, otras se lo recogen. Había hombres que montaban a caballo, usaban sombrero, pistola en un costado y bigote bien afeitado. Vi gente que simplemente caminaba por las calles o entre los portales. Unos llevaban en la espalda sus chiquihuites de maíz, usaban huaraches y se saludaban entre sí, otros solamente llevaban sus pensamientos.

Este sitio del México de costumbres arraigadas y volcanes que dominan en lo alto –como vigilando a diario la vida de sus habitantes, embelleciendo el horizonte– ha dado al mundo mucho de qué hablar.

Me recibieron como si fuera un habitante más. Mi aspecto de extranjero no les perturbó; ya están acostumbrados a ver de todo. Me hospedé en un hotel modesto. En Comala vive el famoso escritor Juan Rulfo, a quien fui a entrevistar.

La gente me saludaba como si tuviera años de vivir ahí. En pocas horas me invitaron a beber tuba, tepache y tejuino con mucho hielo. A la hora del desayuno sólo bastó con hacerle una pregunta al camarero para que me narrara la historia de cada metro cuadrado que pisé. Allí todos se conocen. Nadie camina con rapidez, el tiempo está regulado por la gente, y el que se da prisa para algo no falta quien le detenga para recordarle que no se vive a la carrera. Se le dice que cada actividad tiene ya un tiempo establecido y es una ley que se debe respetar. Nadie se molesta porque se lo recuerden; hasta agradecen que lo hagan, entonces bajan la velocidad de su paso y se incorporan nuevamente a la vida en armonía. Son reglas no escritas que pertenecen a esta comunidad. Noté que el viento soplaba distinto, que acariciaba mi cuerpo, me llevaba de la mano a cualquier destino. El viento era noble, tierno y hasta inocente. No era un viento que desgarrara las prendas o alborotara los cabellos. Era un viento limpio que oxigenaba los pulmones y refrescaba el alma. Si pudiera ver la silueta de ese viento no me sorprendería que fuera la silueta de una bella mujer.

–Disculpe. ¿Cómo se llega a la casa de Juan Rulfo?

–¿Ve usted a esas doñas sentadas en sus sillas de tijera? Conocen a todo el pueblo y le dan santo y seña de cada alma. Esa es su única obligación en todo el bendito día: mirar a los que pasan frente a ellas, usted me entiende, pos criticar al prójimo.

Le aconsejo que las escuche con atención, tienen lo que se llama un don de ojos y sólo Dios sabe lo que pasa por sus mentes. Hablan y hablan, aunque a veces dicen puras nangueras.

«Las calles empedradas y las banquetas angostas del pueblo atraen a turistas, reporteros, investigadores, escritores y a veces a individuos que sufren de olvidos. Es un poblado en el que se respira el olor a tierra mojada, a pan recién horneado: bonetes, cuernos, virotes y empanadas.»

–Sabré agradecer su consejo. Tome estas monedas amigo.

–Gracias, patrón, y que Dios me lo bendiga.

–Tal vez esto de las mujeres tan parlanchinas juegue a mi favor, que a fin de cuentas es a lo que vine, a escuchar qué se habla de Juan Rulfo –le comenté.

–Pos igual y sí –me contestó.

Caminé por el pueblo antes de ir con esas mujeres. El viento cambió. De repente resonó el eco del poder de un trueno que anunciaba la llegada de un aguacero. Me cubrí bajo un tejaván que compartí con una mujer que cargaba en su espalda un bebé bien enrollado en su rebozo.

–Llegó fuerte la lluvia –inicié la conversación.

–Pos así llueve aquí, a veces hasta con más enjundia.

Al principio me costó trabajo entender los modismos de la gente, pero debo admitir que me encantó la tonada. Muy pronto la corriente se agolpaba con fuerza. Hacía un ruido hueco y profundo. La gente huía a refugiarse de las gotas certeras.

–¡Y usted! ¿Qué anda haciendo por aquí? ¿Vino a comprar huertas? Yo sé de unas con árboles que dan tamarindos y guamúchiles por montones.

–No, no –le dije–, vine a entrevistar al escritor Juan Rulfo.

La mujer se quedó callada, sacó del rebozo al bebé y lo acomodó entre sus brazos.

La lluvia seguía golpeando tierra y piedras como queriendo lastimarlas. Empezaba a refrescar. La vida se había interrumpido por un momento en el pueblo. Súbitamente se escuchó un ruido que se vino pegado a los paredones hasta llegar a nosotros. Unos hombres montados a caballo y arropados con gabanes se detuvieron justo donde estábamos.

–¿Dónde está tu esposo, María?, queremos recordarle una deuda que tiene con don Justino Becerra.

–Anda fuera del pueblo, en la pizca, con su canasto de bejuco bien sujeta con mecapales. Luego va a llevar las mazorcas a la troje con don Felipe Aguayo –dijo la mujer.

Estaba encantado escuchando, aunque no entendía todo lo que decían. Hasta el lenguaje en esta tierra es animado, pensé.

El más viejo de los hombres levantó su cara indígena, llena de arrugas, y volvió su rostro bruscamente hacia la mujer.

–Dile a tu viejo que vaya con don Justino si no quiere petatearse. Porque balas traemos de sobra. ¿Edá, muchachos?

Escuché la palabra «balas» y en ese instante recordé que me encontraba en tierra de machos. México puede girar hacia la alegría o la tragedia en un abrir y cerrar de ojos. Yo para estos hombres ni siquiera existía. Ninguno posó sus ojos sobre mí.

–No te trambuliques con el mensaje, María. Estaremos esperando a tu marido.

Hincaron las espuelas en los ijares de sus desdichados rocines y éstos salieron como endemoniados bajo esa lluvia torrencial que azotaba las banquetas y los portones.

La mujer empezó a rezar. La Virgencita de Guadalupe le ayudaría a curar las llagas del corazón que le habían dejado los rancheros.

La mujer palpaba nerviosa su falda y de una bolsa de papel sacó unas galletas y me dijo:

–Tome, cómase unas encaladillas, son de un pueblo llamado Rancho de Villa, cerca de Colima, buenas pa' estos sustos.

Por un instante hubo un remanso de tregua, la lluvia parecía ceder, todavía se veían los relámpagos con resplandor vivísimo e instantáneo, calentando el aire circundante.

La mujer se alejó corriendo, muda y sombría. No recibí despedida. La comprendí. Ante una amenaza de muerte a su marido no esperaba que permaneciera para siempre a mi lado.

La lluvia había cesado. Seguí caminando de frente hasta llegar a la casa de las mujeres, las que conocen a todos en el pueblo.

Toqué el zaguán hasta lastimarme los nudillos.

—¡Eita, tú! ¿Qué quieres? —me asustó la voz de una de ellas. Después gritó:

—¡Aquí anda un fuereño, Venustiana!

La otra mujer se acercó y dijo:

—Se ve decente, déjalo que pase al corredor.

Me invitaron a entrar y me hicieron preguntas personales, a todas contesté bien. Más tarde hasta me ofrecieron comida en abundancia.

Eran personas amables, de facciones algo toscas, de belleza escondida, muy ontológica. Mujeres fuertes, hechas para el trabajo pesado del campo. Sus miradas adivinaban mis pensamientos. Tenía razón el hombre, estas mujeres le hacían mucho caso a sus ojos, llegaban a conclusiones con el uso crítico de sus pupilas.

Por momentos me sentía incómodo, pero necesitaba su información, así que ellas mandaban sobre mí. Poco a poco me fui acostumbrando a las miradas y me relajé hasta olvidarme de sus ojos.

«Eran personas amables, de facciones algo toscas, de belleza escondida, muy ontológica. Mujeres fuertes, hechas para el trabajo pesado del campo. Sus miradas adivinaban mis pensamientos.»

Venustiana parecía hija de la revolución mexicana: mandona, huraña y hasta rejega. Su temperamento podría hacer volar en mil pedazos un vaso colocado a treinta metros de distancia. La hermana era Agripina, una mujer dura también, pero no tanto como Venustiana. Sentía que al pronunciar el nombre de Agripina podía describir toda su personalidad. Ella traía una falda larga y una blusa blanca, pero blanca de verdad. Sus ojos eran tan penetrantes como los de Venustiana, tiránicos, pero más bellos que los de la hermana. Pronto aprendí a convivir con sus ojos. La frase «esta es su casa» empezaba a cobrar vida. Sentía menos tenso el cuello y cada vez me lanzaba más al ruedo de la conversación. Iba perdiendo el miedo poco a poco.

—Coma estos tamales de ceniza, tienen frijoles adentro y pican sabroso. Aquí hay atole. Le voy a servir un plato de pozole blanco. No te me aplatanés, Agripina, trae el molcajete con chile pa' que se coma unas tortillas el güero y baja la botella de ponche pa' que beba algo de nuestros orígenes.

La tal Agripina montó en cólera pero hizo lo que Venustiana le pidió. No fue difícil interpretar que con frecuencia la acorralaba hasta llegar al fastidio.

—¿Qué dice que lo trajo a Comala?

—Vine a entrevistar al escritor Juan Rulfo. Soy periodista del The New York Times. Mire, aquí está mi credencial.

Venustiana tomó la credencial, sacó sus anteojos y luego me dijo:

—Se ve menos enredado en la foto, esas greñas que trae ahora no le quedan nada bien.

Venustiana era de armas tomar y sus cuetones verbales mataban a cualquiera.

—Aquí está el ponche. También traje nances y guayabillas para que pruebe lo que es bueno y no sus cosas artificiales de Estados Unidos. Todo está fresco, son de aquí de nuestro corral —dijo Agripina.

Se sentaron a la mesa conmigo, por un instante su presencia me desequilibró. Enganché la mirada en el interior de la casa; evadiendo sus vistazos tan clavados sobre mí. El caserón olía a viejo, a hilachas húmedas, a barro. Al fondo se veía un patio poblado de yerbas, árboles de tabachín, helechos y cactus; esta casa era de puro adobe. Todo lo conocía por su nombre porque antes de ir a Comala me docu-

menté muy bien.

La lluvia se había quitado por completo. Los badajos tocaban las paredes de las campanas anunciando la siguiente misa. Se escuchaba el andar de los fieles, el sonido de los pájaros que no descansaba en las ramas de los naranjos. Me sentía raro, pero a la vez maravillado, parecía como si hubiera quedado atrapado dentro de una historia de Juan Rulfo. Había leído libros de él; sabía perfectamente bien la razón de mi sentir. Además el viaje tan largo y sofocado quizá había minado mi deleznable humanidad, pero cada vez me fascinaba más estar en Comala.

—Mira, el escritor que buscas vive en la Hacienda «El llano en llamas», no te queda tan lejos de aquí. Si te apresuras llegarás antes de que oscurezca —me orientó Venustiana.

—Nosotras sabemos todo de él, pero no tiene caso que te platiemos si vienes de tan lejos a oír de sus labios lo que quieres preguntarle. Lo único que te podemos decir es que es muy famoso, pero eso sí, de muy buenos modos. Anda, empinate el último trago de ponche y arranca carrera pa' la hacienda. Disfruta de su conversación y no te empeñes en hacerle preguntas rebuscadas, eso cansa a cualquiera.

—Gracias. Estoy muy agradecido con ustedes —les dije en mi mal pronunciado español.

—Te entendemos, güerito, no pierdas más tiempo y vete por esas calles que te llevan a él. Quizá después pases unos años aquí en Comala y aprendas más español.

Salí finalmente de aquella casa, con el estómago lleno de cultura culinaria y mis apuntes en la mano. A lo lejos se veía la cúpula de la iglesia, imperiosa ante el caserío. Las campanas repicando felices y ruidosas. Había gente riendo muy divertidos, otros encaminándose hacia la iglesia. Me metí por las calles que las mujeres me habían indicado. Todos rehacían sus vidas después de la tormenta que había saciado la fértil tierra, salían a la calle a platicar. Veía personas sentadas en sillas de mimbre, otras en equipales hechos de varas entretejidas, unos con el asiento y el respaldo de cuero, otros de palma tejida, algunas mujeres tenían sopladores en la mano. La vida se veía tan fácil que sentía envidia de la buena. Yo tendría que regresar a la mancha de gente, edificios y autos de la gran manzana. Vivir en Nueva York se había hecho muy pesado para mí.

Surgió de pronto una parte azul en el cielo, el último color de esa tarde, a lo lejos los nubarrones seguían cerniéndose sobre los cerros.

Atravesé calles entre los ruidos de los «vales» jugando; así les dicen a los niños y así se hablan entre ellos. En esta región han desarrollado una manera de hablar muy desnuda y encantadora, sin pliegues absurdos, con una claridad que raya en la franqueza.

En el camino podía ver palmas rectas, acariciadas por el viento que hacía mover sus penachos. Alcancé a distinguir la hacienda que sobre una columna de piedra tenía un letrero de madera fina resaltando su nombre: Hacienda «El llano en llamas».

Antes de que llegara a unos metros de distancia de la hacienda, un par de hombres me cortaron el paso con prontitud y me preguntaron:

—¿Qué desea, amigo?

—Vengo en busca del escritor Juan Rulfo. Soy periodista del The New York Times, en los Estados Unidos. Aquí, tengan, pueden ver mi credencial —les dije.

Vieron mi credencial por largo tiempo y después uno de ellos dijo:

—Aquí no recibimos nostalgias. ¿Verdad, Prudencio?

—Así es. Tampoco recibimos a gente apretada, y usted se ve medio estiradillo.

Las cosas no habían empezado muy bien, así que por un instante perdí la esperanza y me visualicé en Nueva York, sin mi entrevista, escuchando a mi jefe vociferando todo tipo de palabras altisonantes.

«Pasé al sitio donde él me esperaba. Lo saludé de palabra y él se acercó y estrechó mi mano como si me conociera de años. No daba crédito a mis ojos. No se columbraban aires de grandeza circulando a su alrededor o a distancia.»

Además se había invertido dinero en mi viaje a Comala y creo que esto sería lo que más encendería a mi superior. De repente escuché algo que me dio aliento.

—Déjeme preguntarle a mi patrón si lo quiere ver —dijo el tal Prudencio.

Aguardé en silencio junto con el otro hombre que me veía de pies a cabeza. Su compañero entró a la hacienda.

Después de un rato regresó y me abrió la empalizada.

—Pásele, lo espera en la sala.

Mi corazón empezó a latir más rápidamente. Al fin conocería en persona al gran escritor Juan Rulfo y además lo entrevistaría.

Pasé al sitio donde él me esperaba. Lo saludé de palabra y él se acercó y estrechó mi mano como si me conociera de años. No daba crédito a mis ojos. No se columbraban aires de grandeza circulando a su alrededor o a distancia.

Le di conversación preguntando todo lo que los lectores del The New York Times seguramente querían saber. Su conversación me envolvió. Yo le planteaba las preguntas y él me contestaba como si yo estuviera leyendo uno de sus libros, esos que guarda lejos de la intemperie, sin ningún rastro de polvo. No tenía gestos avinagrados, todo era sencillez, mucha humildad. Su tono de voz no era agrietado, ni altanero, fluía tan suave como la vida misma del pueblo, una vida a la que nadie renunciaría. Sus palabras se sucedieron en un orden perfecto. La finca no estaba provista de olores amargos, los muros no se veían reblandecidos y por ningún lado se distinguían pedazos de adobe o vigas podridas. Hablamos de sus obras literarias, de su inspiración tan personal y cautivadora. Se notaba que no trataba de adornar artificiosamente o falsear sus respuestas. Tenía un estilo tan natural para conversar que quedaba reflejado en sus obras.

Permanecí con el escritor más de dos horas, haciendo las preguntas que traía por escrito e improvisando otras que se empataban con su sabiduría y buen hablar. Me di cuenta de que el tiempo no era dinero en Comala, el tiempo en ese pueblo era vida.

—Está usted servido caballero —me dijo Juan Rulfo al término de la entrevista.

—Muchas gracias —le respondí de inmediato.

—Espero que tenga éxito en su carrera. Dios quiera y no sea la última vez que nos veamos.

Le agradecí por su valioso tiempo y le prometí volver.

Salí custodiado por sus dos hombres, quienes esta vez sí me sonrieron y hasta me desearon buen viaje. No me hicieron preguntas, eran hombres de pocas palabras, se limitaban a realizar bien su trabajo.

Días después partí a Nueva York, con el objetivo alcanzado y listo para ser publicado. Me sentí enteramente feliz.

Ahora que estoy aquí en Nueva York solamente pienso en regresar a Comala. Quiero convivir más con su gente, quiero hablar como ellos, gozar de sus fiestas.

Cuando llegue el momento de retirarme del periodismo, me iré a pasar el resto de mis días a esa región de hombres armados, derechos, y tan singulares que, junto con la naturaleza, me supieron respetar.

En Comala me voy a dedicar a escribir, porque presiento que ahí hay algo que ayuda a inspirar a escritores. Quizá sea su cercanía a los volcanes, tal vez la comida, la gente, o simplemente las nubes que pasan por encima del pueblo dejando caer esa lluvia que incita a arremangarse bien los pantalones. De lo único que sí estoy seguro es que sentí algo muy misterioso en ese pueblo que, como gringo, no alcanzo a descifrar desde mi perspectiva tan cosmopolita. Más de una vez sentí que la piel se me erizó, pero no sé por qué.

¡Viva México! Ahora entiendo más esa expresión. La expresión de un país donde hay un singular tipo de vida que te atrapa y te conduce por todos los rincones de su gran cultura. Vida que fluye por la san-

gre del que está orgulloso de sus raíces y de ser mexicano, como Juan Rulfo.

© Ramón Araiza Quiroz

El autor:

Ramón Araiza Quiroz nació en Colima, México; ciudad ubicada a 15 minutos de Comala, el pueblo al que Pedro Páramo fue en busca de su padre. Es Licenciado en Enseñanza de la Lengua Inglesa por la Universidad de Colima. Estudió una Maestría en Enseñanza Superior en la Universidad Panamericana, Campus Bonaterra. Tiene estudios en Síntesis Teológica y en Antropología Filosófica y Ética por la misma universidad. Ha sido profesor de inglés en la Armada de México. Profesor de español invitado por la Universidad de Lethbridge, en Alberta, Canadá. Autor del poemario *11 de septiembre*, *La Urbe*, publicado en España y México. Autor del libro inédito de cuentos *El Pueblo al que llegamos. Homenaje a Juan Rulfo*, libro al que pertenece el escrito "Comala". Autor de la novela *Ojalá mi pareja leyera este libro*, disponible en librerías de México a partir de enero 2010 bajo el sello editorial Selector. Ha colaborado en las revistas *Newsweek* y *Time*, versiones americanas. E-mail: 3araizaraq97@yahoo.com.mx

* * *

Relato

OJOS DE PEZ

por Esther Rodríguez Cabrales

Esta pasión mía por los peces no se fraguó con el arrullo del mar de fondo, sino en la cocina de mi abuela, con aquel acogedor cacharreo. Mi infancia transcurrió en el pequeño patio de cemento, habitado por macetas rojas donde florecían admirables selvas domésticas que acogían toda suerte de insectos. Era un lugar fresco, por lo sombrío, y durante las vacaciones estivales era agradable pasar el tiempo allí, arrodillado, jugando a matar hormigas, arrojando sobre ellas un espumoso salivazo blanco. Verlas naufragar de su *Nautilus* era todo un acontecimiento. Mientras, mi abuela canturreaba desde dentro de la cocina coplas y preparaba la comida con suma dedicación.

Cuando traía pescado fresco, no me apartaba ni un instante de sus faldas. Me gustaba ver cómo lo destripaba, abriéndolo en canal desde la ijada hasta la cola. Primero les cortaba las cabezas con una tijera enorme, y un sonido estremecedor hacía que algo dentro de mí temblara. Luego las iba dejando a un lado, de modo que la montaña de despojos parecía arraigar en la encimera de mármol, y el perfume nauseabundo iba invadiendo el hogar. Mis pequeñas y aburridas manos buscaban entre ese viscoso y maloliente vertedero el modo de entretenerse, y aquellas cabezas atentas parecían llamarme en silencio. Así que, una por una, les iba arrancando los ojos y dejándolos apartados en un montoncito. Después, mis dedos regordetes espachurraban cada una de esas gelatinosas esferas y extraía de su interior unas preciosas perlas nacaradas, que ni las más recónditas ostras del Pacífico podrán jamás soñar, y con ellas fabricaba unas lindas pulseritas para Violeta, la niña guapa. A ella le fascinaban todas aquellas joyas que yo le regalaba, y preguntaba con insistencia el origen de aquel secreto tesoro que sólo yo conocía. Jamás lo confesé, pues algo péfido parecía ocultarse bajo el velo de mi generosidad.

Sin más, Violeta, la niña guapa, lucía mis reliquias con un rostro esplendoroso y sus ojos centelleaban de emoción. Y así fue como un buen día el terror asaltó despiadadamente mi vida, pues supuse que aquellos ojos abisales, los de Violeta, la niña guapa, debían esconder la más preciosa perla que jamás pudiera alcanzar. La perla que removería mi perversa curiosidad infantil.

© Esther Rodríguez Cabrales

La autora:

Esther Rodríguez Cabrales. Madrid (España), 1973. Blog: <http://diariodeesther.blogspot.com>

CONSERVATORIO

por Luis Emel Topogenario

Tocó el espejo, retiró la mano, se la limpió. Le contemplé. Fui a mi baño, toqué mi espejo, retiré mi mano, me la limpié metiéndola en el bolsillo de mi pantalón. Removí mi cuerpo de mi pantalón para dedicarme a limpiar mi bolsillo. Siento que no lo he hecho, nadie lo hizo, no se limpió. Se sentó sobre una cama con ruedas, pensó en su familia largamente. También aquí pude observarle. Estudié cada pausa que hacía. Sentí cada movimiento como si sus propias secuencias corporales se me adelantasen. Su cuerpo no era delgado, no sé definir un cuerpo más allá de esto, no es necesario. Yo busqué mi cama con ruedas, las ruedas estaban rotas, no se les arregló, me senté en la cama, me tiré hasta que los muñones de lo que fueron ruedas taconearon las reglas de madera, pensé en mis plantas largamente. Las soñé, las deseé, las imaginé sin pausa, fui hasta la feria y les compré muchas macetas a esas cosas sin pausa que sólo eran un sueño, capturé unas semillas de sueños, si así se llama lo que no ha sido, lo que fue, lo que no necesita ser, lo que se niega a ser ni a acudir, un brote, una planta, un tallo lanceolado, una hoja verticilada, un fruto podrido, capturé unas semillas, robé tierra, pagué por agua, arrendé por tetas, desembolsé mi dinero porque dos ojos cuadrangulares observasen mi pene flácido, pagué sin cobrar, sin pensar en mis réditos. Lo que cesó por causa de fuerza mayor, ¿no está soñándose en otra parte, mantenido a suero por minúsculos hechos? Pero, insisto. Mis sueños no me fueron reembolsados. Dos ojos cuadrangulares observaron mi pene flácido, dijeron Esta flaccidez es nuestra, no se me pagó por ver. Tenemos que conformarnos con esto. Lo que no es mío, ¿quién lo nombró? Que dé un paso hacia adelante y se me coloque enfrente de mis ojos septengulares, ése, que se atreva. Porque pretendo castigarlo. Las tetas tampoco me fueron reembolsadas. Introduje en mi maceta mi semilla, el agua, la tierra, el detergente, el nitrógeno fosforado, si es que todas estas cosas han sido mías, y, a pesar de mis intentos, la planta ha nacido y se ha parecido a mí. Nació una planta en una maceta, sobre la que pensé mucho, mucho. Se ha parecido a mí. Cada cosa que provocó lo hizo. Nacieron, brotaron del tallo, se desarrollaron hasta bifurcarse, la luz de los rayos patinaba en cada lanceolo, embelleciendo, yema nervilínea, brotes de hojas nerviosas, cara vibrátil, pieza luminosa, cada planta tuvo un pensamiento sobre sí, se multiplicaron y llenaron las macetas. Comprendí que ya no cabían en la maceta tal o cual, fui hasta mi espejo y me observé, pensé, me consulté, lo decidí, ya fue decidido: les cancelé el agua y volqué en las macetas todo mi detergente, para marchitarlas, se marchitaron, saqué mi pene flácido, lo enderecé, las regué, y luego elevé una oración por mi sagrada familia. Hay oraciones que no se tocan. Ni en mi voz ni en mis secreciones hallé una sombra de vida interior. Una sombra desperezándose, y sintiéndose como un concierto de rizos asustados, no, nada de esto me fue permitido, no lo sentí, no. Todo estaba afuera, vigilándome, deseándome, como las aves rapaces. A pesar de esto, observar, pude tejer una especie de plenitud, pausa. Respirar, exhalar, primer paso, orinar, defecar, sudar, segundo paso, ovular, ponerse cremas, nickname, password, eyacular, tragar, vegetar, gafas, decir palabra, mamar tetas, vegetar, decir palabra, gafas bonitas, log out, nada más que eso. Nada más que eso. Se levantó de una cama con ruedas, le observé desde una prudente distancia, encontró un cristal ancho y alto, descorrió una cortina, observó hacia el mundo exterior, pensó en mí largamente. No se parecía a un protector, un deudor, un familiar calificado, si es que resultaron ser lo mismo, ni nada de lo que se me había prometido, no lo era. Se me engordó a base de una dieta de promesas e intenciones, y el resultado no alcanzó para mi gordura, no sé definir mi cuerpo más allá de esto, no es necesario. Recordé mi hambre sin dolor, con dolor, ya está definido, no existe posición antálgica al hambre, log. De mi observación

«Hay oraciones que no se tocan. Ni en mi voz ni en mis secreciones hallé una sombra de vida interior. Una sombra desperezándose, y sintiéndose como un concierto de rizos asustados, no, nada de esto me fue permitido, no lo sentí, no. Todo estaba afuera, vigilándome, deseándome, como las aves rapaces.»

estaban bastante claras las cosas. Guardé mi pene flácido para respetar su pensamiento, bajé la palanca del inodoro, sentí el sonido del remolino de agua como un calmante, si se me entrenó bien a calmarme, apreté un botón en un caño con plástico para odorizar el ambiente del baño, yo debía respetarme, debo, sé que deberé, si se da el caso de que yo soy el pensamiento. Me alejé de mi baño. Me levanté de mi cama con ruedas, imitándole. Me acerqué a mi cristal muy ancho y alto, descorrí mi cortina, no tenía cortina, no tuve, aquí me interrumpí. Observé hacia un mundo exterior, o lo que me fue ofrecido en repuesto, pensé en mí largamente. ¿Cómo me encontré? Después de repasarme tantas veces, sobre la misma hoja de cebolla, para calcarme, ¿cómo fui encontrado? Me basto fácilmente para llenar todo eso, no, retroceder un paso en falso, yo pertenezco al mundo exterior, pregunta inicial, fragmento de muchas cosas, respuesta inicial. Respiración, pedir permiso, conservar buena conducta para ser ascendido, pausa seminal, eyacular es bueno, observar, analizar resultados.

«Guardé mi pene flácido para respetar su pensamiento, bajé la palanca del inodoro, sentí el sonido del remolino de agua como un calmante, si se me entrenó bien a calmarme, apreté un botón en un caño con plástico para odorizar el ambiente del baño, yo debía respetarme, debo, sé que deberé, si se da el caso de que yo soy el pensamiento. Me alejé de mi baño.»

Respirar. La suma de mis partes procedió de una ruina en una cama con ruedas, observar, calificar favorablemente, pausa. Asciendo mientras le observo. Buena conducta. Yo pertenezco al mundo exterior ¿de quién?, cut and paste. Por cada trillón de respiraciones, exhalar, inhalar, log in, eyacular, si es posible, dentro de una garganta voluntaria, inundar, saborear, irrespirable, bien, todo ha estado muy bien, solamente dos me han pertenecido. De cada siete mil millones de cuentas, obsoletas, repasar cebolla, pertenezco al mundo exterior en todas ellas, excepto en una, de la cual tampoco se me permitió participar, solamente observar, enderezar, obtener resultado flácido, en boca cerrada no entran las eyaculaciones, nickname, password, eyacular a tiempo, tragar, vegetar, chupar tetas, decir palabra, producir el borrego, llevarlo a la adultez, abrazar,

abandonarlo, vegetar, chupar, gafas, gafas muy bonitas, reducirse hasta caber en maceta, regar, desperdiciar cenizas, colocar patio, cavar profundo, machacar con pala, enterrar, tapar de tierra, embaldosar, agregar mucho detergente. Elevar oración desde el subsuelo. Servirse mi brandy. Mamar tetas. Log out. Nada más que eso. Aviso oficial: Todo ha sido muy bonito. Nada más. Entonces corrió las cortinas, se alejó del cristal muy ancho y alto, ingresó al baño, tocó el espejo, retiró la mano, se la limpió. Le observé. Le estuve acechando largo rato. Cerró la puerta del baño, no se observó nada más desde mi cubículo en mi pequeño observatorio. Abrió puerta del baño, se quitó el sostén y bragas, los arrojó, cerró puerta del baño. No definí si estaba llorando, no estuve en sus ojos para saberlo, no es importante. Entonces corrí mis cortinas, las cortinas no se corrieron, aquí me interrumpí. Me dirigí a mi inodoro, observar cara de algo en agua sobrenadante, lavar secreción sebácea de ojos y pómulos con papel higiénico. Si las hubo, cada lágrima se despeñó de un sebo, no estuve en sus ojos para saberlo, no lo sé, si las hubo, mis armas no salieron de mi envoltorio. No estrené mi imagen en la columna espinal de otro. Tocar espejo, retirar mano, limpiar. Bajar palanca. Pensar detrás de una puerta cerrada, interpretar chorro de semen, agradar, pausa, rescatar de los otros cada palabra que se reventó, zurcir resultado a columna espinal, pausa, retornar, obtener sombrero, arreglar es bueno, analizar flaccidez, salir, prepararse para salir, regresar, nada más que eso. Apagar si se puede, si es posible apagar. Nada más que eso. Nickname. Password. Salvar lo que se empaquetó con la piel del otro, no conservar, pedir permiso, restablecer imagen, descansar. Como si se fuese otro, cut and paste, muy contento, a explorar mis palabras en un envoltorio que desconozco. Así son las armas antes de encañonarlas. Observar. Cada cosa que provoqué lo hizo. Los resultados no son excelentes para respirar. Guardar pene flácido para respetar pensamiento. Limpiar varias veces. Limpiarse. Log out.

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Actualmente reside en Montevideo, Uruguay. Ha publicado varios relatos, tanto en papel como en revistas digitales especializadas en literatura. *La Codorniz*, su tercera novela, es su proyecto narrativo más ambicioso.

DESDE EL ARMARIO

por Blanca del Cerro

Hay demasiada oscuridad aquí dentro. No me gusta la oscuridad y no sé qué hacer con ella. Las sombras se extienden y me quieren comer despacio, aunque no las dejo, por eso me he quedado muy quieta, sin un solo movimiento, sin un solo ruido, para ver si se alejan, y estoy a la espera de lo que pueda ocurrir al otro lado, en la habitación que contemplo desde el ojo de la cerradura.

Nunca había visto nada parecido. Es la primera vez en mi vida que palpo las tinieblas, y tienen un sabor triste y un olor a sombras secas. Me imagino que de forma similar deben oler y saber esas sombras que desconozco. Lo único que conozco es el sol, la luz y el aire, porque de allí vengo, y esto me da un poco de miedo, tan oscuro, tan sombrío, tan distinto a lo de allí fuera. Así debe ser la noche.

No me atrevo a moverme.

Miro a uno y a otro lado y puedo ver a mi alrededor muchas cajas amontonadas, muchas ropas colgadas, muchos objetos, algunos de ellos realmente extraños, y mucho silencio dentro, que no en el cuarto que veo desde aquí. Por eso me encerré, por los gritos.

Llegué con la alegría de la mañana. Había estado paseando de un lado a otro del jardín, sin parar, contenta del sol que iluminaba, de las flores que cantaban, de los árboles que reían, de la hierba dormida y suave en la que me tumbé, y de repente, me asaltó el pensamiento de que podría resultar interesante saber cómo sería por dentro aquella casa tan bonita. Me pareció que me llamaba a gritos. Dudé unos instantes y finalmente, entré. No había nadie. Estuve investigando el entorno, las habitaciones azuladas, la salita violeta, los baños blancos, la cocina verde, el salón ocre, un mundo de colores en el que me sentí a gusto. En realidad, los colores son mi vida. Los colores y la luz.

«Es la primera vez en mi vida que palpo las tinieblas, y tienen un sabor triste y un olor a sombras secas. Me imagino que de forma similar deben oler y saber esas sombras que desconozco.»

Unas voces llegaron hasta mí cuando me encontraba en la salita de estar violeta. Y las voces se acercaban y se acercaban cada vez más. Sentí miedo. No sabía qué hacer. Intenté esconderme detrás de una silla, pero allí tal vez me descubrirían, y yo no quería que me viesen porque podrían perseguirme y matarme, por lo que me oculté en el interior de un armario.

Y el armario estaba oscuro, pero podía ver lo que sucedía sin que nadie se percatara de mi presencia.

Los gritos me asustaron.

A través del ojo de la cerradura vi entrar en la habitación a un hombre alto, moreno, con barba, no muy joven, aunque no podría decir su edad porque los hombres para mí no tienen edad, y a una mujer pelirroja, guapa, muy delgada, vestida de flores malvas.

Flores... Me gustan las flores, olerlas, sentirlas, acariciarlas. Es lo mejor que he conocido y conoceré a lo largo de mi corta existencia. Y me gusta que las mujeres se adornen con flores porque se confunden con ellas, es como si se vistieran de arco iris.

El hombre entró gritando y cerró la puerta de la salita. La mujer lloraba. No entendía sus palabras pero la tristeza y el dolor rodeaban sus cuerpos.

Deseaba salir de allí, a los campos, a los bosques, a la luz, a mi mundo, tan distinto a aquel lugar siniestro y oscuro en el que me encontraba atrapada.

La mujer pelirroja tomó asiento en una de las cuatro sillas que había alrededor de la mesa. Su mirada destilaba estrellas de angustia y de soledad. Me gustaría haber podido salir de allí, haberle dicho que fuéramos juntas al jardín, a disfrutar de aquella maravillosa mañana de primavera, que se olvidase de

las penas, que dejase a aquel hombre tenebroso, que sonriese porque el día pedía sonrisas. Pero no pude. Tuve miedo. Y me quedé allí, acurrucada, observando lo que sucedía.

El hombre moreno permaneció de pie y se acercó a abrir la ventana. El aire fresco entró a bocanadas y desgarró la habitación.

El hombre siguió gritando, y la mujer gritó también, y las palabras y los alaridos se mezclaron con el viento que iba y venía meciéndose tranquilamente sobre las cabezas de aquellos seres perdidos en su tristeza.

No entendía por qué razón gastaban sus vidas en lamentos.

El hombre se acercó a la mujer y la zarandéo por los hombros, mientras ella se dejaba hacer, llorando y cubriéndose el rostro con las manos. Más gritos. Más dolor. Más penas.

Si mi vida pudiera ser como la suya, nunca la malgastaría en sombras y llantos. Si mi vida pudiera ser como la suya, estaría sembrada de risas.

Y, de repente, percibí un movimiento y vi cómo el hombre, sin abandonar sus gritos, avanzaba unos pasos y se aproximaba al armario. Empecé a temblar. No sabía qué hacer. En unos instantes abriría totalmente la puerta, hasta entonces entornada, y me descubriría. Miré a un lado y a otro y, a toda velocidad, me escondí detrás de una caja alta colocada en un rincón.

El hombre llegó al lugar donde me ocultaba, agarró con sus manos los pomos de las puertas y abrió el armario. La luz entró a chorros en mi escondite. Permanecí quieta, sin un solo movimiento, procurando acurrucarme al máximo, como si fuera una bolita diminuta, pero él no se encontraba en situación de percatarse de otra cosa más que de la furia, el odio y el rencor que llevaba dentro.

«El hombre se acercó a la mujer y la zarandéo por los hombros, mientras ella se dejaba hacer, llorando y cubriéndose el rostro con las manos. Más gritos. Más dolor. Más penas.»

Se dirigió directamente a los cajones que iba dejando abiertos uno tras otro mientras buscaba algo. Su cara estaba teñida de rojo, rojo púrpura, rojo amapola o rojo sangre. Yo lo miraba en silencio, sin saber qué pensar, sin saber qué hacer salvo permanecer quieta, muy quieta. Su terror se repartía por los poros abiertos del aire.

El hombre encontró finalmente lo que buscaba. Sus ojos, muy cerca de los míos, guardaban lagunas de odio, y yo sentía ese odio palpitando y llenando todos los rincones. Agarró con sus manos un ob-

jeto, una pistola de color negro, apretó los labios, dio media vuelta, apuntó hacia la mujer pelirroja y disparó.

Fue un espantoso sonido que rebotó miles de veces en las paredes de aquella pequeña habitación, un sonido que estalló y estalló convirtiendo la mañana en una cadena de sinsabores, tantos como los disparos que salieron de aquel objeto terrorífico.

El hombre permaneció muy quieto y muy tranquilo. Veía su espalda desde el interior del armario. Y se acercó a la mujer, ahora tendida en el suelo y vestida de rojo. La miró con desprecio y dijo unas palabras que no pude comprender. El malva de las flores del vestido había desaparecido para siempre.

Las puertas del armario abiertas, las ventanas abiertas, el hombre saliendo de la habitación, la luz llamándome suavemente, el aire entonando cánticos de bienvenida, la primavera profiriendo otros gritos muy distintos a los que había escuchado... gritos de sueños, de luz y de libertad. Era mi oportunidad.

Salí del armario y revoloteé unos instantes alrededor de aquel cuerpo sin vida. Yo debía aprovechar la mía, mi propia vida, porque podía esfumarse en un instante, convertirse en niebla, como había ocurrido con ella, y era demasiado breve como para que sucediese algo así. La miré despacio, con algo de incompreensión y unas gotas de angustia. La mujer pelirroja tenía los ojos abiertos, eran muy azules y miraban eternamente al infinito.

Debía abandonar aquel lugar de inmediato.

No volvería a entrar en ninguna casa, no volvería a tentarme la curiosidad, no volvería a dejarme atrapar en un recinto siniestro.

Y sin pensar en nada más, salí por la ventana al aire y a la luz para mezclarme con la primavera que estallaba a chorros.

Había otras casas en la zona, y otras mujeres, y otros hombres, uno de ellos era el que había disparado la pistola, que ahora caminaba deprisa, hacia un coche aparcado cerca, en el que se introdujo y se alejó hacia cualquier parte. Incluso había niños jugando en los jardines. Casi todo era alegría a mi alrededor. Pero no quise detenerme, ya no. No me mezclaría con ellos. No me mezclaría con nadie. Debía disfrutar el aire de la mañana, el sol y las flores, pues las mariposas hemos de aprovechar la vida en su plenitud, porque es muy corta, y hemos de salir, volar, subir muy alto, muy alto, bebernos el viento, tragarnos la claridad, enroscarnos en las nubes, recorrer el espacio, aprovechar cada instante y no dejarnos atrapar en el interior de un armario.

© Blanca del Cerro

La autora:

Blanca del Cerro nació en Madrid. Cursó sus estudios en el colegio de Jesús-María, en esta misma ciudad. Estudió Filología Francesa, Traducción e interpretación y lleva veinte años dedicada a la labor de traductora, aunque su asignatura pendiente ha sido la escritura. Tiene publicado el libro *Luna Blanca*.

* * *

Relato

VILLA BORGHESE

por Eduardo Protto

Estos dos años que trabajé en Roma fueron, por muchas razones, inolvidables. La primera de ellas: porque interpusé una distancia considerable con mi ex esposa y la intrigante de su madre, que viven en Buenos Aires y me hicieron la vida imposible. Otra: porque a los pocos meses de mi estancia en la Ciudad Eterna, creí estar curado de mis nervios, al atenuarse hasta desaparecer aquellos estados de ansiedad que me devastaban como un huracán, dejando tras de sí gran desasosiego en mi espíritu y un cortejo de temores y malos presagios, que eran por lo general infundados. Bien dicen que nos pasamos la vida preocupándonos por cosas que nunca suceden, pero en mi caso la naturaleza obraba de tal modo que aunque parte de mi razón aceptara aquella sabiduría adagial, mi sinrazón la negaba. A Dios gracias, uno se acostumbra a todo, hasta a vivir pendiente de cualquier detalle.

El trabajo me agrada, pues consiste en guiar a turistas de habla castellana por las principales atracciones de la ciudad, lo cual, además de distraerme, deja tiempo libre para mis gustos. La plata no sobra, pero tampoco falta, y de yapa, en los variados contingentes de viajeros, suelo encontrar alguna dama solitaria, de esas que pueden creer que yo soy una buena compañía.

En ocasiones, para variar, modifico los recorridos establecidos por la agencia, habida cuenta que todo, en la milenaria ciudad, es digno de verse. Al final, casi siempre nos detenemos un rato en la Plaza España, y después que la fotografian, ascendemos a la Trinidad del Monte y de allí caminamos hasta la Villa Borghese. Todos se maravillan ante la excelencia de su arquitectura palaciega y se regocijan en los magníficos jardines; unos pocos, los que denotan cierta inclinación por el arte, aceptan mi propuesta de ingresar al museo y admirar sus tesoros.

Un viernes por la tarde, mientras recorría las salas con tres mejicanas y una pareja de colombianos, nos detuvimos frente al *David con la cabeza de Goliat*, la obra maestra del Caravaggio. Les señalé a los circunstantes algunos detalles del cuadro, y en esa atmósfera admirativa todo fluía maravillosamente bien entre nosotros; hasta que ocurrió en apenas un instante algo que bastó para desmoronarme, sumiéndome en una parálisis de intensa fijeza, como la del que se halla al borde de la tumba.

Mientras efectuaba mis comentarios, creí entrever, como en un sueño, el detalle de mis rasgos en donde debían estar las facciones de David; pero lo terrible, lo pasmoso, lo que me hizo correr un escalofrío por la espalda, fue que la cara de mi ex mujer se delineaba en la cabeza cortada de Goliat.

Traté, con sobrehumano esfuerzo, de no perder la cordura; controlé mis emociones para salir del museo y concluir decorosamente el recorrido. De regreso a mi pieza, la vieja agitación que creía desaparecida, retornó. El sudor frío que anticipaba mis ataques me corría por la frente y el cuello. Esa noche dormí mal, y el fin de semana, que estaba franco de servicio, no salí de mi cuarto, sitiado por pensamientos ruinosos. Era un hecho incontestable que la curación de mis males había sido ilusoria. Sin embargo, alegaré a favor mío que esa certidumbre no me apocó; estos pavores del presente, aunque por otras causas, habían también acaecido en el pasado y, como ya dije, uno se acostumbra a todo. Así fue que me dispuse a sobrellevar el mal rato, imaginando que en un par de días la cosa pasaría; en esa inteligencia reinicié mis tareas habituales, serenándome de a poco.

A los cinco días de aquella honda impresión, mientras cenaba, sonó el teléfono y escuché la voz de mi hermana, quien con tono compungido me informaba del cambio de mi estado civil. De separado había pasado a ser viudo. En un accidente de auto, mi ex cónyuge había muerto.

Tardé bastante en reponerme y apenas si pude ordenar mis ideas. Me debatía en un remolino de angustias, menos por la desaparición de aquella mujer áspera y dominante, con la cual afortunadamente no había tenido hijos, que por el espantoso agüero de la Villa Borghese.

Los últimos días de abril transcurrieron mal, pero con los soles de mayo mi estado mejoró. Naturalmente retaceaba mis visitas a la zona del Pincio y a la Villa. Temía la repetición de aquel desvarío y no iba con los turistas más allá de la Plaza del Popolo. A modo de secreta compensación, les proponía entrar a Santa María y les ofrecía admirar la Capilla Chigi y los dos Caravaggio de la Capilla Cerasi; en ocasiones, si los notaba receptivos, les contaba que estábamos parados sobre lo que fuera la tumba de Nerón y me explicaba sobre la historia de esa iglesia.

Debo admitir que en mi fuero interior ardía en deseos de volver a la Villa Borghese; tal vez para convencerme que lo sucedido era una mezcla de alucinación y coincidencia, que no un tardío don de la profecía, con el cual expurgaba encallecidos rencores.

«A los cinco días de aquella honda impresión, mientras cenaba, sonó el teléfono y escuché la voz de mi hermana, quien con tono compungido me informaba del cambio de mi estado civil.»

Cuando me sentí en condiciones de hacerlo, regresé y caminé por los jardines, aunque evitando acercarme demasiado al palacio. A una distancia prudencial, les relataba a mis acompañantes la historia del lugar.

Y así, de a poco, me fui animando hasta que una tarde me decidí a entrar en solitario. Infinidad de paseantes deambulaban por las diversas salas, en tanto yo me quedé largo rato, pensativo, frente a la escultura que Bernini denominó *La Verdad*.

Después, con cautela, avancé hasta la ubicación del Caravaggio de mis pesares. Allí estaba y afortunadamente no tuve de qué preocuparme, puesto que no sucedió nada digno de nota. Lo miré de arriba abajo y mi comportamiento fue impecable, diría que normal frente al tenebrismo de la obra. Ese minúsculo detalle contribuyó sobremanera a mi bienestar. Días más tarde, sin embargo, cuando mi hermana me llamó para confiarme sus problemas financieros, mi impotencia para ayudarla me apenó bastante. Por lo demás, todo transcurría plácidamente.

El 21 de junio, (lo recuerdo por ser el día de mi santo), en uno de los recuperados paseos por la Villa Borghese, mientras la mayoría de los integrantes del grupo caminaban en derredor del lago, entré al museo con seis de ellos. Visitamos varias salas del primer piso y les señalé varias pinturas de mi agrado. En la cercanía del óleo del Caravaggio, una vibración interior me sumió en la perplejidad. Aprensivo, proyecté la vista sobre el negro fondo del cuadro, para no mirar directamente a David, pero una fuerza extraña me obligó a hacerlo, y tal como lo presentía, mi rostro estaba allí. Consternado, desvié mis pupilas hacia las sombras de la mano derecha del personaje, aferrada a la espada brillante y, casi sin quererlo, por el rabo del ojo, advertí que la mano izquierda del héroe sostenía el morro de Carso, mi antiguo socio, con quien tan mal terminé al saber de su traición y de los fraudulentos ma-

nejos de nuestro negocio.

Creí desmayar y se me erizaron los pelos; no abundaré en comentarios, para no cansar. Nomás sepan que atribulado por la recaída luchaba por librarme de esa pesadilla.

Allá como a la semana, asaeteado por la curiosidad, con la excusa de interesarme por sus asuntos, hablé con mi hermana. Ella estaba más tranquila, pues le habían otorgado un crédito con el cual acomodaría su economía. Me refirió que la familia estaba en paz y se prodigó comentando banalidades. Casi al concluir la comunicación, como quien recuerda algo, agregó:

—Caramba, olvidaba decirte, el que se murió hace unos días fue el bribón de tu socio.

La sensación ominosa que me embargó es inenarrable. De ahí en más me obsesioné pensando que, así como Michelangelo Merisi da Caravaggio mataba a sus enemigos, yo me valía de su obra para acabar con los míos. En el altar de su arte sacrificaba mis odios secretos.

Poca sustancia queda para pormenorizar los sucesos posteriores. Solo añadiré que durante aquellos meses difíciles, cultivé el coraje imprescindible para no comportarme como un cobarde y huir. Volví muchas veces a ver el cuadro, pues me resistía a enloquecer por semejante dislate.

*«En ese instante
maravilloso sentí que
algo largamente
opresivo se aflojaba en
mi estómago, cual nudo
que al desatarse
atenuara mis más
íntimas tensiones.»*

Es más, confieso que tenía decidido consultar al médico si mi monomanía no mejoraba. En verdad les digo que no fue necesario, ya que no volví a encontrar en la tela ninguna anormalidad que encendiera mi alarma. Pasado el tiempo, logré tranquilizarme y recuperé mi aplomo.

La última vez que estuve con un pequeño contingente fue anteayer. Eran en su mayoría personas amables y condescendieron en ingresar al museo. Subimos las escalinatas del palacio y a partir de ese momento los dejé que vagaran a su antojo. Por mi parte, me dispuse a examinar la escultura que Antonio Canova le hizo a la frívola her-

mana de Napoleón. No se por qué, últimamente me ha dado en creer que la blanca belleza de Paulina Bonaparte, reclinada como una Venus de mármol, con su manzana en la mano, me ayudaría, a modo de talismán, para conjurar el hechizo del Caravaggio.

La imaginaba misteriosa como una esfinge y caminé en torno de ella, escudriñando la perfección que la hizo célebre. Fueron momentos de enorme intensidad emocional, en los cuales seres y cosas circundantes se esfumaban en medio del mayor silencio concebible. Al cabo de unos minutos, a paso lento me alejé de allí, caminando de memoria, mirando al piso, porque en verdad ya nada me preocupaba. Cuando me detuve frente a la pintura del Caravaggio, lo hice de un modo desafiante, como increpándole su responsabilidad en las desquiciantes visiones que tuve en el pasado. Me sentí confortado cuando levanté la cabeza y observé la faz serena, casi piadosa del victorioso personaje bíblico.

En ese instante maravilloso sentí que algo largamente opresivo se aflojaba en mi estómago, cual nudo que al desatarse atenuara mis más íntimas tensiones. Con esa circunspección que destila la confianza (y en ocasiones el miedo), dirigí una mirada tangencial hacia las ropas de David, a la piel lampiña de su tórax, al brazo juvenil iluminado por una luz inextricable, a la mano escorzada... «¡Cuánta belleza!», me dije.

Extasiado, puede que hasta feliz, bajé la vista para contemplar los negros cabellos, la entreabierta boca, los ojos cegados por la muerte en la lóbrega expresión de Goliat.

Caía la tarde y la sala estaba vacía. Se aproximaba la hora del cierre y pronto debería marcharme. En ese instante último y fatal, atisbé en el lienzo, como en un espejo, la lividez mortal de mi semblante, precisamente allí donde el Caravaggio había pintado la testa cercenada del gigante filisteo.

© Eduardo Protto

El autor:

Eduardo Protto. Buenos Aires (Argentina). Médico, escritor, actor. Autor de libros de ficción y ensayos (*Espacios Imaginarios – Narrativa - Máscaras y Retratos - Fabulario – La Patria huele a colonia – Perón, Peronismo y Peronistas*). Página web: <http://www.eduardoprotto.com>

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE (IV)

por Berenice Noir

*yo contaba los hijos que perdí en guerras sin nombre
los animales enjaulados en mi boca
y los días vagabundos*

Consuelo Tomás

A mí no me pasa nada. Por eso quizá no entiendo mucho tu postura. No me molesta, aunque a veces encuentro entre tus cartas, largas y vitales como extensas temporadas de sol, palabras a la defensiva y lágrimas de rispidez.

Me querés, ésa es tu postura. Me querés sin saber por qué y para qué. Como un capricho que una guitarra olvidó en tus manos, en tus cabellos de cobre blanco, aquel día, en aquel baile, en aquel encontronazo. Si me querés mucho tiempo, es probable que te olvides de quererte a vos. Y no es bueno saltarse a uno mismo, como si te saltaras el desayuno.

Y me reclamás, como si fuese una consecuencia natural de lo que somos. Estás muy equivocado. Quiero salir a pasear, antes de escribirte.

Quiero que me rieguen los árboles del monte, que me cierren, como hojitas de dormilona, las caricias de la luna con su pulpa llena, que crecer y menguar sea igual de fresco (luminoso y procreador, yo, hoja de plátano que he procreado tantas lunas) en mi vientre, que me saboree la noche. Y que se derramen mis ojos y mis glándulas de cedro, de tanto observar el lago, de tanto ser vista a la distancia. Quiero ser sólo una mujer desnuda, una desnudez liviana (es decir, sin vergüenza, cantante) en una jaula inmensa. Esa jaula es la noche. Quiero que el Cocibolca me contemple, y también quiero que los volcanes me dediquen cada una de las débiles mareas, como si viviéramos a la orilla del océano. Quiero que el viento seque las membranas de sus alas en mi vestido, y que de la bruma emerja un islote, y que del islote se funde una secta, un culto, una montaña de velas en la madrugada que el agua me ofrece en retorno. Me urge un poema, de una mujer sin vergüenzas (es decir, nueva), como me urge un cerillo para esa montaña. Quiero abrir mis piernas sobre la tierra, y que el Cocibolca desagüe a través de mí.

«Me querés, ésa es tu postura. Me querés sin saber por qué y para qué. Como un capricho que una guitarra olvidó en tus manos, en tus cabellos de cobre blanco, aquel día, en aquel baile, en aquel encontronazo.»

Y te ataco, como si fuera una consecuencia natural de lo que fuimos. Yo también me equivoco.

El pueblo, la guerra, las bocas de la bravura, la naturaleza en cenizas, la visita muy ocasional del turista, del fotógrafo expedicionario, del biólogo (porque vienen biólogos, una especie de adivinador moderno, a vernos), el estigma de estar aquí, lejos de todo arquetipo nicaragüense, me es difícil escribirte al respecto sin tomar partido. Agradezco que seas bello, en serio, lo agradezco. Tú (vos, usted, me gustan todos) eres un hombre, y yo una mujer, tú un hombre que canta lejos, yo una mujer que escribe más lejos aún. Así que ya está, con eso ya basta, ya somos un arquetipo nicaragüense. Falta averiguar cuál es la distancia imprescindible.

La placenta de Nicaragua es un arquetipo. Cada tanto explota, revienta en mil pedazos. Y, sin embargo, siguen naciendo nicaragüenses. Quizás eso de nacer es por otro lado que funciona.

Yo no sé cantar como varón. Por eso impugno tus canciones. Me gustan, no todas. Y me gusta cuando en ellas nombrás mi nombre, Berenice, y tu boca cana rebrilla y aparece como en su punto original. Soy sincera. Me gusta. Me... enorgullece, aunque sea pecado decirlo.

Cuando sepas escribirme como mujer, entonces allí yo voy a saber cantarte como varón. Nuestros géneros no caerán. No seremos in-diferentes. Lo que caerá van a ser los espejos (espejismos) con los

que anticipábamos nuestras medidas.

Los arquetipos de Nicaragua son bien sencillos.

En Nicaragua no se reina por igual. El día que el grito de una mujer sea tan robusto como el cuchicheo de un varón, ese día los peces ahogarán la tierra. Yo voy a mover una placa tectónica para celebrarlo.

Estoy en paz con mi naturaleza. Ya que me lo preguntaste. ¿Esto quiere decir que ya estoy muerta? Estuve muerta, me cortaron los senos con una bayoneta, me ligaron las manos con mecate, me vaciaron el útero con una espátula. ¿Estuve en paz? ¿Estoy en paz? Nicaragua ya está mayorcita, creo que ya tiene edad como para devolverme los senos, desligarme las manos y repensarme un útero. Así que... sacá tus conclusiones, hermoso cantante viejo.

Me decís que te encanto porque fui tu única defensa contra tu propia música. Entonces, ¿sos resultadista?

A veces no entiendo tus preguntas.

Hablás y Managua queda pequeña. La ciudad estira su larga mano mecánica (una lengua de metal improvisada) sobre tu casa, tu concha de chavalo, y entonces te encogés, en contra de tu voluntad. Tu casa se aplasta, hasta quedar de vuelta a la medida de Managua. Por todos lados entran los espectáculos de boxeo, el olor de la pólvora, la cocaína en las venas de los sacerdotes, y... a veces te agrada ese juego. Tus canciones responden, a los golpes, balando estrofas de rebeldía en contra de la mano larga, estrellándose, como botellas de guaro, contra un muro y rompiéndose. ¿Cómo es que Nicaragua se embarazó de un hijo tan violento? ¿A qué laguna fue a buscarte tu partera, si en realidad te abríais paso en un ojo volcánico? ¿Y tus otras canciones, esos himnos mochos (lágrimas de relleno) vendidos por

«Estoy en paz con mi naturaleza. Ya que me lo preguntaste. ¿Esto quiere decir que ya estoy muerta? Estuve muerta, me cortaron los senos con una bayoneta, me ligaron las manos con mecate, me vaciaron el útero con una espátula.»

pocos córdobas? A veces creo que te gastaste toda la sal en las guerras o en mí, porque esos himnos saben a simple, a gofio sin dulce. No se pueden ni bailar siquiera. Hay algunas cosas tuyas que no me gustan.

Vocalizo mis dudas no para agobiarte, como sólo yo sé agobiar, sino para elevarte al lugar que te mereces.

Vocalizo mis probables respuestas no para entenderte, sino para comprenderme por qué estoy donde estoy.

Sospecho que me deseás de muchísimas formas, más de las que me dijiste.

Al ser famoso, tendrías que observar cierto sitio en el mundo de la cultura nicaragüense, supongo. ¿O me equivoco? ¿No fue así como me insinuaste tus compromisos? «Tengo compromisos» (o «He tenido», creo, fue que escribiste, no lo recuerdo con exactitud porque quemé tus cartas). Pero cuando me deseás, yo me convierto en tu única cultura posible. Tu fama se pulveriza frente al deseo de mí. Aunque no todo es sexualidad, creo, sino posesión. Tomar posesión, aunque sea de las palabras. Y al desearme de tantas formas, cada nueva forma te injerta, como si fueses distintos hombres, distintos cantantes, distintos trajes de cantantes, en mi único cuerpo, en la única cultura que puedo ofrecerte. ¿No es a eso a lo que le dicen «patria»? Simplemente una humanidad condensada.

Y entrás en mi cuerpo, desde aquel baile en el Salón Azul, como si entraras en Nicaragua toda. Vos, un viejo famoso. Deseando las cosas como si fueses un pequeño recién nacido.

Tus compromisos políticos... eres tierno. Yo también soy una pájara política. Nada más que, a diferencia de tus canciones, mi política es monostrófica.

Te pienso desear, abandonando la noche. Lo que has deseado. El pueblo, entre esos deseos. Tus canciones repicando entre un dulce mar de segmentos musicales ya arruinados por semejanza, por repetición. Algunas canciones son solamente una hermosura en ruinas (un acto hermoso tallado sobre un cadáver, ¿sabés a qué me hace acordar?: a Managua, reconstruyéndose cada cuarenta años con un terremoto; al hombre, derrumbado sobre sus obras, alzando su muerte satisfecho).

No mucho ha pasado en mi pueblo, aquí, a pocas millas náuticas de Solentiname. Me aburrí un poco

esperando tu correspondencia. ¿Por qué tardaste tanto en responder la última vez?

El Mar Dulce, el Mar Dulce... la aurora lacustre... la vida del Tucán, preocupado, día y noche, en colorear su pico.

Un año, otro que vino y se fue, puso su bota vaquera sobre la espalda enterrada de tus poemas, y sonrió bestialmente como un hijo de pedrarias, feliz y hermoso de observar su destrucción. ¿Yo dónde quepo allí? También tu destrucción lleva tu nombre, como un pedrarias.

¡Si hasta el tiempo envejece! También tus canciones-poemas. Escribí más seguido, ¿sí?

Allá pasan a pertenecer a la noche los hombres, esos hombres que la montaña recicló con gusto. Las caras y las palabras que tus canciones abandonaron luego de embarazarlas. ¿Quién no se acuerda de vos al recordar la guerrilla? ¿Quién no se acuerda de la guerrilla al embarazarse? También se hace una guerrilla para carnear un caballo flaco o para tomar una hectárea inundada. Creo que para los animales las excusas sobran.

Los fragmentos (esos hijos, que siempre son pocos) de caras y de palabras de hombres que tus canciones hallaron desparramados por las guerrillas (que te usaron de canto), por la hiel reventada y el cuerpo cadavérico (que te necesitó de himno antes de entregar su carga irrepetible), no sé cómo explicarte lo que siento y pienso al respecto. Me platicás de ideología, y yo te respondo con los hijos de la ideología, preocupados, día y noche, en colorear sus picos.

La música es una linda ideología, aunque a veces te pateee en el suelo y te haga leña, viejo árbol caído.

Y el repique musical de lo que cantaste recoge los fragmentos de cada hombre, que no sobró, y los vuelca en el pueblo que derruiste para volverlo a construir. Son los recuerdos de las guerrillas.

A veces me acuerdo mucho de las guerrillas.

Y en un barrio, en la calle desordenada, en la rotonda abierta de piernas, como cuatroepea, se puede escuchar toda la noche tus piezas más estridentes (más modernas, más bailables), en los radios, contentándose con resolver la complejidad de la guerra. Eso que nadie premió en los festivales nicaragüenses de la canción, ¿yo dónde quepo allí?

*«Pienso en la noche, la
observo a mi costado (aquí
la noche, en un rincón de la
terrazza: una dicha, como
un perro, amaestrada),
aliviada del viaje, y
encuentro un gesto mío,
atado a mi cuerpo cade-
rudo con una guitarra.»*

La guerra es compleja, más simple que la paz.

Hace varios días vino una poetisa granadina a visitarme. Me regaló uno de sus libros. Muy lindo su libro («Yo quiero», me dijo por lo bajo, como si fuese un secreto, «Yo quiero que me digas poetisa»). Me preguntó si usted y yo... «Usted». Qué lindo suena «usted». A la poetisa granadina le regalé uno de mis libros artesanales de poesía. Uno que te envié en correspondencia anterior. Ella se alegró tanto, que creo que asumió que le había respondido.

A veces las guerrillas se acuerdan mucho de mí.

Pienso en la noche, la observo a mi costado (aquí la noche, en un rincón de la terraza: una dicha, como un perro, amaestrada), aliviada del viaje, y encuentro un gesto mío, atado a mi cuerpo caderudo con una guitarra. Las marcas de un viaje que la noche dio, en otro país distinto, y que observo aquí, a mi costado.

Algunas noches te votaron como su himno nacional.

Vos, un viejo famoso, una estrofa con galones y mujeres de mimbre. Sé que vos y las mujeres... vos y las guitarras... vos y el público... vos y el Estado... Sé que vos y Marx contra Trotski, y a veces Dios, hasta que te hiciste viejo (te hicieron). El Dios de las mujeres estuvo con Trotski, la cocaína con los sacerdotes... (el sacerdocio también es adictivo). En eso es en lo que pienso cuando te escucho en el radio, mientras platico con las otras mujeres en alguna tarde que nos liberó anticipadamente de nuestra jornada. A veces el trabajo en el lago no es mucho. Las jornadas se acortan, como el anarquismo.

El anarquismo nicaragüense... ¿cómo es eso? Un día te voy a escribir una carta sólo de anarquía.

¿Desde cuándo pienso en vos constantemente? ¿Cómo deseo yo? No quiero responder. Eso no se pre-

gunta, tonto. La destrucción es la inexorable marcha del deseo conseguido (consumado). No existen otras posibilidades para el desear. Así que no te esfuerces por conseguirme con tus preguntas. Tonto. Vanidoso. Tontito.

Permanezco en mi pueblo. Doy mi voz al pueblo y en cada corazón el receptáculo se abre, entro y se alarga, desde las casas, derramándose hasta las suaves bocanas en la ribera del lago. La quietud del Cocibolca me ayuda a trabajar el agua y a pensar en vos. Las mujeres hablan de todo y, mientras lo hacen (o quizás a causa de esto), peces nuevos brotan en el agua que hemos trabajado. Las mujeres también nadan y se zambullen, las que saben hacerlo. Y nadan con la misma soltura de un pez. Miran como peces y las miro, desde arriba, como si lo que mirara fueran peces y no mujeres zambullidas. Muerden como peces. Escuchan como peces. Se escapan como peces de entre las manos, las risas parecen de gelatina, las manos de aceite (o creo que es la mata de pelo negro lo que a veces toco en el agua, tanteando un poco a ciegas, y no logro asirlas). Besan como peces. Emigran como peces, sus ojos en el centro de las frentes son sus vejigas natatorias. Mueren como mujeres rojas, sin branquias (a cada mujer le llega el momento de despojarse de sus branquias y convertirse en bestia de carga que lucha contra las bestias sin carga), sin cementerio, preñadas de cartas sin escribir, de cuerpos sin reciclar, de perros muy viejos (un día te voy a escribir una carta sólo de perros).

«¿Desde cuándo pienso en vos constantemente? ¿Cómo deseo yo? No quiero responder. Eso no se pregunta, tonto. La destrucción es la inexorable marcha del deseo conseguido (consumado). No existen otras posibilidades para el desear.»

Una ensalada de bestias subió la Cuesta del Plomo, llegó hasta arriba. El panorama que se ve desde allí se siente muy antiguo.

Y todos los días escribo un poema, sintiendo que pronto alguien lo va a convertir en un novenario. Y esos días (esos poemas, algo que perdimos), cantante, se hunden en el lago como sensaciones vagas (deseos perezosos) que tuve y que no hicieron diana. Me estoy cansando... me estoy cansando mucho. Necesito dormir, que ya sea mañana de mañana, para salir a trabajar el agua, y olvidarme de todo, tonto, tontito, de todo lo que no puedo poner en esta carta.

Para mí, sólo para mí, ya ha nacido mi (propia) censura.

Nací contenta en Nicaragua. Las guerrillas fueron las primeras madres de mis primeros poemas. En ciertas condiciones, yo también tomaría un fusil y le lanzaría una granada a un hombre. En ciertas condiciones, vos también tomarías un lápiz y le lanzarías un poema a una granada. Ay, chavalito, ¡si vieras mis muñones!... En resumen, creo que me tuvieron para que fuera una estación de relevo, una estafeta a ser pasada de los poemas burgueses de antes, a los poemas de la guerra de después, a los poemas de la nada o del todo (según la misa que se escuche) de hoy. Pero la estafeta se cayó, se perdió, de un relevo a otro. Y aquí estoy, guardada en un pueblo, en la ribera del Cocibolca, entregando los pocos libros artesanales que puedo hacer.

El fusil no es para cualquiera, chavalito viejo.

Un poema tocará una mujer, y difícilmente se sobrevivan. Alguna vez una mujer va a leer mi carta y se irá a bañar al lago Cocibolca, y todas las otras mujeres la van a mirar con curiosidad, como si se tratara de una de nuestras iglesias (de las que quedamos acá, guardadas en este pueblo). Una prueba de balística (una bala perezosa) que no hizo diana, eso pienso al releer mi carta antes de colocarla en el sobre. Pero en realidad, tontito, sólo era una carta.

Las iglesias escriben las cartas por nosotras, y las mandan a donde importa (el Dios de las mujeres y el Dios de Trotski vagabundean en ayunas, al Dios de los anarquistas, dieta hiposódica). Y también las responden por nosotras. En fin, que las iglesias sólo escriben las cartas de un sólo lado.

Creo que, en realidad, yo nunca duermo.

Mis palabras son suaves y envolventes, como un meandro muy hondo, muy tibio. Algún hombre rojo duerme allí. Desde hace mucho tiempo.

El color rojo también está en la cocaína.

En mi pueblo no hay cementerio porque no tenemos cal. Los córdobas que hubiéramos podido juntar para la cal se los llevó la carretera. La carretera únicamente nos trajo noticias. En vez de cal tenemos

agua (que es como tener la mitad de las cosas hechas). Cuando morimos, miramos como peces. Mor-demos como peces. Escapamos como peces. No regresamos. Esto es el Cocibolca. Un lago muy grande, lleno de animales con muchos parentescos entre sí. ¿Yo dónde quepo allí? Pronto habrá mu-cho turismo... y más muertos.

Estoy cansada. Estoy muy cansada. Voy a escribir nuevamente, te lo prometo...

Estoy cansada. Agotada. La intensidad me agotó. Tu sed de mi agotamiento.

¿Vas a venir? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por quién? ¿Qué Berenice debo preparar para tu primera persona?

Déjeme regresar «usted» (qué lindo ha sido el «usted») un momento a la noche. Quiero descansar. Te presto un beso. Que el viento entre vagabundeando en las calles de la capital hasta asediar tu casa (tu actitud de chavalo), que abraza una pared (tajeada por el béisbol inglés y por tus botellas de guaro estrelladas), que lustre las pálidas bujías blancas en los postes, tapiadas de insectos, y que te haga esta-llar. Que Ciudad Sandino se dé cuenta de que estás reventando. Que todo se vuelva más caótico. Que la noche curiose en tu espalda, tan caótica como vos.

Otro beso. Otra noche especiosa, gastada, frotada entre perros.

Abrazo cordial para tu guitarra, para tu casa hecha carbones.

Ps-uno: ¡Y hace cuánto ya que no voy a una iglesia! Es que las iglesias me han olvidado. Otro beso.

Ps-dos: No te acerques a Apoyequé. Te podrías ahogar por puro gusto.

Ps-tres: ¿Te conté que también existe el Dios de las cocaínas?

Ps-cuatro: Amorcito, la carretera la pagamos nosotras.

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constante-mente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

* * *

Relato

EL VIEJO SABLE DE ULTRAMAR

por Daniel Alejandro Gómez

En el techo del kiosquito yo veía latas, vidrios, palos, palomas muertas y algún que otro gato dor-mido de añadidura, hasta que al fin daba –oh alegría– con la parrillita portátil y la mandaba a las vías del tren, pues ésta no consistía en otra cosa que cuatro o cinco fierros cruzados.

–Anoche –explicaba entonces Fantasía– cayó el turquito Maradona por mi casa, el hermano del Die-go. Hicimos un picadito..., y yo se las estaba pudiendo. Pero, bueno, entonces el turquito me dijo que tenía hambre, y le dije que justo tenía que venir a laburar acá, y le dije que el Diego podía ve-nirse a comer el asadito acá conmigo, y el turquito dijo que sí, y yo no pude, patrón, no pude...

–No importa, Fantasía. Pero anoche llovió tanto que ni Noé hubiera podido, Fantasía, jugar a la pe-lota en un tiempo así.

–Hoy –agregaba yo– te quedás dos horas más.

No me hubiera venido mal revisar el enorme bolso de Fantasía. Dos horas después, cuando yo no estaba, de allí él sacaba carne, sal, chimichurri, cebollas, morrones y luego la malévola y subrepticia parrillita portátil. Prendía los carbones en la vereda del kiosquito, tiraba la parrillita encima, metía la carne, y luego unos bolivianos que vendían chipa, junto a algunos albañiles argentinos y paragua-

yos, se arrimaban con botellas de vino: el aymará, el quechua y el guaraní resonaban en esos asados precolombinos mientras hasta los gatos del kiosquito me robaban las revistas.

Al día siguiente –bien prevenido por los informes de alto secreto estratégico de los diarieros del barrio– yo encontraba la nueva parrillita escondida en el techo y, claro está, la volvía a lanzar a las vías del tren.

–Mire, patrón –explicaba entonces Fantasía–, ayer justo vino el ex presidente Alfonsín, y entonces, patrón, yo no pude negarme a...

Lo más increíble de todo, y siendo yo un viejo emigrante asturiano aunque bastante acriollado ya, es que Fantasía, moreno y aindiado, pretendía hacerse pasar de español. Pues un día, en efecto, se vino con un viejo sable, un viejo sable que él decía que era de su bisabuelo y que lo había traído de Pontevedra y yo, creo, sentí el aliento del mar ante el sable, el aliento de las olas. Yo sentí, sí, el aroma de los barcos...en el viejo sable de Ultramar.

Pero me dije, o quise decirme: ¿Este provinciano? ¿De allá de las selvas de Misiones? No, no creo.

–Ya ve, patrón –me decía–, con este sable el viejo Peyrano se enfrentó con los ingleses y los franceses y los alemanes y los turcos y mató a cien, solamente él, en una batalla, y creo que un rey de allá de España le pidió, patrón, le pidió casarse con su hija, pero ya sabe: el viejo no quería, patrón, y el viejo no quería y es por eso que nosotros tuvimos que...

–Fantasía –le dije–, hoy te quedás dos horas más.

Vendí el miserable kiosquito. Y resulta que Fantasía estaba más «en negro» que una bolsa de carbón, pero antes de echarlo sin más trámite él me sonrió con esa boca desdentada y me dijo:

–Conseguí laburo, patrón. No, no insista, patrón: me voy.

No mucho tiempo después, sin trabajo, apenas parando la olla, yo caminaba por la medianoche eludiendo a los diarieros de alto secreto estratégico.

–Fantasía –le decía cuando llegaba.

–Patrón.

Fantasía –el muy ladino patrón nuevo le había conservado el puesto– se sacaba del techo la parrillita de marras: y entonces venían los chiperos bolivianos, los albañiles paraguayos y argentinos y, ya lo saben, un viejo emigrado desempleado español. Y así tramábamos, en la vereda oscura y sin transeúntes, esos bonitos asados precolombinos como para chuparse los dedos.

Antes de volver a mi casa y aventurarme, más «cargado» que una bodega de vino, a cruzar las vías del tren, recuerdo que Fantasía explicaba:

–Mire, patrón, no quise irme, pero la oferta era buena, y necesitaban a uno que supiera inglés y algo de informática, así que tuve que pensarla; no pude, patrón, yo no pude dejar de escuchar...

–Ojalá que no te encuentren la parrillita, Fantasía –le interrumpía yo, mordisqueando un hueso miserable de los que habían sobrado.

–Eso no importa, patrón –me explicaba Fantasía y así removíamos, *los dos*, el asado y lo removíamos con ese mismo Viejo Sable de Ultramar, y Fantasía que seguía diciendo–: Usted ya sabe que siempre se puede inventar algo.

© Daniel Alejandro Gómez

El autor:

Daniel Alejandro Gómez (Buenos Aires, 1974). Escritor, ensayista y dibujante. Estudios de Informática y Filología. Libros publicados: *Muerte y Vida* (Ediciones Mis Escritos, Argentina, 2006), *Sobre Tiempo, Amor y otros Poemas* (Editorial Bubok, España, 2009), y la novela electrónica *Sembrar Palabras* (EBF Press, España, 2002). Mención y medalla Concurso Bioy Casares, cuentos, 1999, finalista y diploma en Concurso Hespérides Universidad de La Plata, Argentina, 2007, Accésit y Mención Especial en Concurso de Novela Revista Katharsis, 2008. Publicó cuentos y poemas y ensayos en medios electrónicos y en periódicos y revistas impresas especializadas de Argentina, de España, de Estados Unidos, de Brasil y Colombia. También en la Revista de pensamiento Cuenta y Razón (España). Fue columnista político del periódico impreso mexicano Sufragio y escribe ensayos literarios para la revista Konvergencias

HIGIENE VAMPÍRICA

por Olivia Vicente Sánchez

Estoy harto de lavarme los dientes. A todas horas tengo que hacerlo. Ya no bastan las tres veces aconsejadas por el dentista, acompañadas por la seda dental y el colutorio pertinente, ni las dos limpiezas de boca anuales. No es suficiente. Me miro a cada rato los dientes, sobre todo detrás de los colmillos secundarios, y encuentro un espacio en el que, francamente, me resulta complicado asearme. Claro, el dentista no sabe de mis cuatro colmillos superiores; es un hombre amable, algo tosco, pero un buen tipo y, principalmente, eficiente, además de discreto, ya que no me interroga por las horas intempestivas a las que acudo a su consulta. Ahora que he decidido llevar una existencia lo más humana posible, no es el mejor momento de plantearle mi doble vida, a caballo entre el inframundo y la exterioridad terrestre. Es que no. Es así. Con los otros odontólogos me daba igual. En el instante en el que creía oportuno, les agarraba fuertemente de un brazo y les mostraba mis afilados dientes; bajo una amenaza, les ordenaba que siguieran con su tarea; y, finalmente, como es de esperar, me alimentaba de su sangre, a veces sin apetito, para que no difundieran mi auténtica identidad.

Todo empezó hace unos meses. Acababa de mudarme a esta tranquila ciudad de unos sesenta mil habitantes. Solía cambiarme de localidad cuando consideraba que mis *costumbres* podían despertar sospechas. Al poco de instalarme, en mi nuevo trabajo encontré a un par de personas interesantes. Esto resultó algo nuevo para mí, pues siempre había pensado que el ser humano era mezquino, avaro y harto envidioso. Pero, tanto Carla como Ernesto, me parecieron dos seres encantadores. Nada más presentarme, se brindaron a mostrarme la ciudad y los alrededores. Yo, al principio, los observaba como meros filetes de ternera joven, dos exquisiteces a punto de caramelo. Mas esta visión fue desapareciendo paulatinamente. A partir de entonces entré en una crisis existencial, porque los valores que me habían inculcado mis padres se desmoronaban. Los seres humanos no eran sólo un alimento, podían ser amigos. Fue un desastre psicológico para mí. Mis padres no lo comprendieron; incluso, mi madre, un día, bastante herida ante mis nuevos sentimientos, me echó en cara que me estaba transformando en uno de ellos, en una persona. Evidentemente, sus palabras me dolieron, aunque no me ofendieron.

Durante los meses restantes, a través de una medicina alternativa de vampiros, fui conociendo diferentes productos que facilitan la vida a plena luz: cremas y gafas de protección solar; soluciones que refrescan el aliento y disimulan el olor a sangre; medicamentos contra los efectos del ajo; amuletos que te permiten transitar por terrenos sagrados... Lo probé todo y funcionó, lo cual me permitió ampliar la relación con Carla y con Ernesto y dejar a un lado las ya molestas excusas para evitar el Sol.

Sin embargo, ahora, ahora no sé qué hacer. Llevo varias semanas alimentándome de la sangre de animales, lo que me produce acidez y, no solo eso, sino que no resulta tan nutritiva. En mis últimos análisis, el médico me advirtió de que, si seguía así, empeoraría mi anemia. Estoy algo confuso y este maldito cepillo no me limpia bien los espacios entre los dientes. ¿Qué puedo hacer? Los odontólogos de nuestra raza son realmente pésimos, pues la clientela vampírica que suele acudir a ellos es indiferente ante el hecho de disimular o no su condición de no-muerto. En fin..., tendré que ir al dentista. Pobre hombre. Menudo disgusto para su familia.

© Olivia Vicente Sánchez

La autora:

Olivia Vicente Sánchez (Zamora, España, 1979). Cursó la primaria y la secundaria en su ciudad natal. Durante ese período participó en las revistas de su instituto y fue actriz en un grupo de teatro. Estudió la carrera de Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca, donde también realizó los Cursos de Doctorado y presentó su tesina. Actualmente, imparte clases en un instituto de Secundaria. Compagina esta profesión con la escritura literaria, divulgativa o ensayística, como puede apreciarse en su blog (melibea-misletras.blogspot.com). Ha publicado poesía y narraciones: el poema "Preposicionalmente, te amo" (revista *Pan de Trigo*, nº. 56- en formato papel); y los relatos *El secreto* (revista *Letralia*, nº. 197), *El hombre alado* (revista *Destiempos*, nº. 18), *Preciosa y Perezoso* (revista *Narrativas*, nº. 13), *La ferretería* (revista *Pan de Trigo*, nº 56 en formato papel), *Reiteración* (blog *Químicamente impuro*), *Había un vez...* (blog *Cuentos y cuentos*) y *La existencialista* (blog *ImaginARTE por un momento*)

NO PREGUNTES POR MAMÁ

por Carlo Reátegui Avilés

Y el Nene se columpiaba porfiadamente en mis brazos cuando lo sacaba a pasear. En verano siempre tenía que hacer eso, prefería caminar por los parques para que se relaje, se airee un poco y, sobre todo, para evitar las escaldaduras y sarpullidos que siempre encontraban algún rinconcillo en el diminuto cuerpo de mi querido Sebastián.

Cuando nació yo no estuve presente. La mirada que tenía del país era distinta y por eso las calles de Montevideo se paseaban frente a mí, ofreciéndome a veces panoramas prometedores en alguna investigación o algún proyecto del estado charrúa. Para mi buena suerte nunca eran trabajos de tiempo completo, dependían directamente de mi estado anímico y de mi prodigiosa manera de realizar el mejor trabajo con el menor esfuerzo posible. Sin duda eso me permitió extrañar más el cebiche de la tía Clara y los besos de mi querida Paula. Tenía tanto tiempo para pensar –y no pensar– en ellas que me obnubilaba muchas veces por esa suerte de espejismo romántico y vivía recorriendo parte del Bulevar Artigas como si fuera mi querido Barranco, o pasaba horas sentado frente a la bahía añorando, quizá, las ponientes del sol que me fascinaba contemplar junto la madre de Sebastián.

Cuando el Nene nació, Paula se oía muy emocionada. Me contaba que la estaban tratando bien en la clínica, que las amigas la estaban apoyando, que me extrañaba cada noche cuando se recostaba nuestra cama, que la tía Clara era un ángel y que me perdones amor por estar tan lejos de ti, pero ya sabes que allá no le pagarían mucho a un historiador que vive simplemente porque existen tú, Sebastián y la historia. Se le quebraba la voz cuando oía que mi regreso sería pronto, no quería que mi hijo creciese sin saber el significado de la palabra papá.

* * *

Cada tarde después del trabajo iba a leer en la plaza Independencia, llevaba siempre conmigo un ejemplar de Trilce, hojas y un lápiz. Me encantaba analizar la poesía de Vallejo y no paraba en toda la tarde hasta exprimírle todos los significados de nuestro poeta vanguardista. Paralelamente a mi empleo, cultivaba en mi mente un eriguido proyecto de análisis del poemario.

Era un 28 de julio, para variar, que luego de terminar de trabajar me senté a leer –y releer hasta el cansancio– el poema LI. «Mentira. Si lo hacía de engaños, / y nada más. Ya está. De otro modo, / también tú vas a ver / cuánto va a dolerme el haber sido así.» Me quedé tan sorprendido con la última línea

que me detuve en ese instante efímero de euforia interna, me llené de esa sensación de no estar leyendo y solamente ver letras, de estar persiguiendo una razón a la cual no llegaría fácilmente. Precisamente persiguiendo la realidad etérea fue la primera vez que vi el maletín, debajo de la banca donde estaba sentado, como si fuera mío, como si alguien me esperaba. No le tomé importancia.

La noche me cayó encima mientras mi cerebro todavía rondaba con ese último verso. La gente transitaba cada vez más lábilmente por la plaza, el maletín seguía ahí. No había más dueño que yo, y mi honradez impedía extender mi brazo para cogerlo. ¿No es tan simple? Solo cogerlo, revisarlo y retirarme como si nada hubiera pasado, como si fuera un panfleto que no me llamó la atención. Revisé mis bolsillos buscando el encendedor y me puse a dar bocanadas de un cigarro que guardaba hace días en el bolsillo del saco.

Decidí resignarme por el día y cerré mi cuaderno de notas, deje de analizar los textos y avancé con

«El bendito maletín no contenía mucho de valor. Me deje caer sobre el sofá antes de volver a revisarlo, contenía una carta y cincuenta dólares. Presuroso me dispuse a abrirla, era simplemente una frase de Shakespeare: “Si el dinero va delante, todos los caminos se cortan”.»

el fin de tomar un taxi. Detrás de mí sentí unos pasos presurosos, desenfundé mi sentido de alerta adquirido en las calles limeñas y de reojo vi que se trataba del guardia del parque. Me alcanzó el maletín, dijo que lo había olvidado, antes de decirle que no ya lo sostenía y el guardia se distanciaba con una sonrisa de acción honorífica del día. Le dije al taxista que me lleve a Tres Cruces y no abrí el obsequio de la plaza Independencia hasta que estuve encerrado en mi cuarto.

El bendito maletín no contenía mucho de valor. Me deje caer sobre el sofá antes de volver a revisarlo, contenía una carta y cincuenta dólares. Presuroso me dispuse a abrirla, era simplemente una frase de Shakespeare: «Si el dinero va delante, todos los caminos se cortan». Me reí de mucho y le resté importancia, no era nuevo lo que mencionaba, era simplemente trivial. Guardé el dinero en mi escritorio apagué la luz de mi conciencia y escogí dormir con una sonrisa en los labios y con Paula en la mente.

* * *

Dos días después desperté por el ríntintín imparable del celular. La tía Clara decía que a Paula la estaban trasladando a la clínica, que era posible que el niño naciera dentro de horas. Me llené de euforia, quería saberlo todo, interrogar a la tía Clara, transportarme en cuerpo y alma al lado de Paula para ver cómo se realiza frente a nosotros uno de los más grandes milagros que me han ocurrido. Al colgar sentía como si el corazón me saltara dentro del pecho, esa emoción única de alegría que te permite saltar en un pie durante el resto del día. Mi salto no fue nada malo.

«Me senté en la misma banca de siempre y al sacar el cuaderno volvió a mí la frase que no pude descifrar. Esa especie de resignación que encontré en la primera estrofa me dejó pensativo durante muchos minutos, veía pasar a la gente sin mirarlos, como cuando uno viaja en auto y ve por la ventana, solo que ahora no me interesa ver, sino pensar.»

Todavía no había terminado de analizar el poema LI, y es que el día anterior había estado tan pendiente de la situación de Paula que rompí mi rutina para estar pegado al auricular durante tres horas. Me senté en la misma banca de siempre y al sacar el cuaderno volvió a mí la frase que no pude descifrar. Esa especie de resignación que encontré en la primera estrofa me dejó pensativo durante muchos minutos, veía pasar a la gente sin mirarlos, como cuando uno viaja en auto y ve por la ventana, solo que ahora no me interesa ver, sino pensar.

Casi resignado decidí avanzar hacia la segunda estrofa. «Mentira. Calla / Ya está bien. / Como otras veces tú me haces esto mismo, / por eso yo también he sido así». Luego de releer la segunda estrofa comprendí mejor el

contenido del poema, empecé a garabatear apuntes con mi –ilegible– letra, dándome un aire de historiador importante. Ensimismado en mis cavilaciones dirigí la mirada a la derecha y debajo de la banca, como por arte de magia, encontré el segundo maletín.

Esta vez no encontré ninguna frase, pero si había un sobre con dinero. Cerré el maletín inmediatamente y me puse casi pálido, por lo menos debía haber más de mil dólares en ese sobre. Empecé a tener miedo, empecé a creer que todo se trataba de una trampa, un complot, las coincidencias no existen, me dije en voz baja. Camine tranquilo hasta el taxi y zarpé a mi casa más temprano de lo normal. Sudaba, se notaba en mí un nerviosismo exagerado, recibí una llamada, era Paula. Me contaba con la voz quebrantada que todo había salido bien, que el niño estaba saludable y ambos empezamos a derramar lágrimas, lo sé por el tono de voz con que me habló. No le mencioné nada de los maletines, pero le dije que más pronto de lo posible estaría con ella, porque educar a los hijos no es una tarea fácil, mi amor, por eso tengo que estar a tu lado. Ella reía de mis palabras y de su nuevo papel como madre. Por el auricular solo pude escuchar el llanto de la mayor alegría del mundo, de nuestro mundo.

* * *

«Los foráneos no somos bien vistos por los alrededores». Alcancé a leer en el interior.

El tercer maletín apareció de una manera mucho más extraña que las anteriores. Llevaba días sentado ahí y pensé en un momento que realmente había sido una casualidad, sorpresa mía encontrar el

tercer maletín con un sobre del mismo tamaño del que alguna –loca– persona mandó anteriormente. No comprendía la procedencia de ese dinero y ahí sí me invadió una sensación grande de miedo. A los extranjeros nunca los tratan bien fuera de su país, así seas una persona muy distinguida siempre queda la huella de no pertenecer a esa sociedad, el maletín no mentía con eso.

El miedo seguía presente y por mi mente cruzó la idea de ser parte de un sistema, de algo que nunca escogí, no sabía si estaba bien o mal aceptar el dinero de una manera tan normal, como si todavía estuviera en Lima, subí al taxi y Tres Cruces me esperaba. El día oscurecía más rápido de lo normal, el gordito bonachón detuvo el carro y baje presuroso hacia mi puerta, al abrirla encontré en el piso un sobre viejo, di un portazo deje el maletín en la puerta y rápidamente lo rasgué. «Martín irá a buscarte, será la última vez». En ese momento el miedo se materializó.

Había alguien que me perseguía y no pararía hasta encontrarme, cogí todo el dinero lo metí en el último maletín y corrí hacia el Aeropuerto de Carrasco a buscar un vuelo que me deje en Lima. Alguien empezó a tocar intempestivamente la puerta, al parecer andaba cerca esperando que llegase para arremeter contra mí. La puerta falsa me sirvió por una vez en mi vida. Paré otro taxi y directo al aeropuerto, por favor.

En el terminal nadie me veía, me mimetizaba entre la multitud. Llamé a Paula para decirle que llegaba en horas, no contestaba, le resté importancia y abordé sin problemas. Me sentía paranoico, por momentos me dirigía al baño solo para saber si alguien me seguía. Terminé durmiendo muy incómodo el resto del viaje. Al aterrizar me fui corriendo como cuando salí de Montevideo, un tío me cobro como ochenta soles hasta Barranco y me persigné al subir. Tenía la cabeza que me explotaba, por un instante pensé que aún me seguían, era casi imposible pero cuando llegué a mi casa encontré a la Tía Clara bañada en lágrimas con Sebas en los brazos.

«El día oscurecía más rápido de lo normal, el gordito bonachón detuvo el carro y baje presuroso hacia mi puerta, al abrirla encontré en el piso un sobre viejo, di un portazo deje el maletín en la puerta y rápidamente lo rasgué.»

* * *

A Paula la mataron por un ajuste de cuentas. Mi chiquita no tenía la culpa de los negocios que yo llevaba, pensé que saliendo de Lima no tendrían con qué asediarme, me equivoqué, me habían estado siguiendo el rastro desde que el negocio en Montevideo empezó a dar ganancias cada vez más rápido. Y es que los extranjeros no eran bien vistos, pero al mismo tiempo no levantaban muchas sospechas si se sentaba en una plaza a leer un libro. Cuando vi su cuerpo tirado me sentí muy impotente, todo era mi culpa y sin embargo no tenía ni pizca de rencor dentro de mí, era simplemente impotencia. En la mano le encontré un papel arrugado y pude leer apenas algo: «Mas ya lo sabes: todo fue mentira. / Y si sigues llorando, bueno pues! / Otra vez ni he de verte cuando juegues». Asentí con la cabeza, salí algo mareado del lugar y no aparecí en días.

Tía clara se encargó de Sebastián; si no fuera por esa bendita mujer mi chiquitín hubiera acabado en el Pérez Araníbal. Cuando cumplió 3 años se vino a vivir conmigo y con el fantasma de su madre que abrigaba nuestro hogar. El Nene nunca supo que era un papá, yo era simplemente el señor que le brindaría, quizás, un mejor hogar. No quise que se entere que por mi culpa murió su mamita, que mi falta de tino y prudencia ocasionaron nuestra más dura pérdida. Por eso cada vez que lo sacaba a pasear, evitaba que sufriera con esos sarpullidos y lo complacía en todo, a ver si se me quita un poco el cargo de conciencia.

© Carlo Reategui Avilés

El autor:

Carlo Reategui Avilés (Ayacucho, 1992). Dejó el cigarro y mi ciudad natal –Ayacucho– donde viví los recuerdos adolescentes más hermosos de mi vida. Logré una mencion honrosa con «No preguntes por mamá» en los Juegos Florales 2009 de la PUCP, donde también estudio periodismo (con tendencias sociológicas). ¡Ah!, escribo casi constantemente en <http://cuartodereos.blogspot.com> y en <http://sobreprotexion.blogspot.com>.

SUNAMICO

Crítica de última novela de Martín Revelo

por Pedro Rebollo

No podemos afirmar que *Sunamico* sea una novela de fácil lectura. Martín Revelo, que con la publicación el año pasado de la «nouvelle» *Una revolución* logró colarse de refilón en el panorama de la actual narrativa española, nos ofrece ahora otro curioso experimento.

Durante casi cien páginas, Revelo nos cuenta con innegable maestría el encuentro entre un reportero de provincias y un extraño equipo de científicos noruegos que vivaquean e investigan en los terrenos que lindan con un caudaloso y hermoso río que pronto identificamos como el río Ebro. Una curiosa forma de vida que en ocasiones nos hace sospechar que estamos leyendo una novela de espías o terroristas hipermodernos. Todo irreprochable y bastante divertido hasta que nos encontramos con lo siguiente.

Una mañana, los ciudadanos del mundo se encuentran con una inquietante noticia: alrededor de las dos de la madrugada, se ha producido un maremoto en el mar Mediterráneo, con epicentro a unos centenares de metros de la isla de Menorca y un tsunami, tímido en su primera media hora, se ha comenzado a expandir y ha sepultado en cinco minutos cuantas islas ha encontrado en su camino. Se desata el caos en todas las ciudades y pueblos de la costa mediterránea española, italiana, griega, francesa... Ese mismo día, río Ebro arriba, a la altura de Zaragoza, se va a inaugurar, con todo el «ridículo boato» del que ha sido capaz una ciudad tan «obsesivamente antiartística», la llamada Exposición Universal del Agua.

Sin que nos diéramos cuenta el lenguaje ha cambiado, también el ritmo. Las frases se han ido alargando sin que nos diéramos cuenta y los adjetivos se han vuelto mas calidos, casi bondadosos o poéticos. La aparición del tsunami supone una explosión de nuevas tonalidades: como en su propia naturaleza, el tsunami irrumpe en la narración y enseguida empezamos a notar la fuerza incontenible que curva la superficie de las aguas. Intuimos, con brochazos firmes y decididos, que vamos a tener que correr.

«Una mañana, los ciudadanos del mundo se encuentran con una inquietante noticia: alrededor de las dos de la madrugada, se ha producido un maremoto en el mar Mediterráneo, con epicentro a unos centenares de metros de la isla de Menorca y un tsunami, tímido en su primera media hora, se ha comenzado a expandir y ha sepultado en cinco minutos cuantas islas ha encontrado en su camino.»

Aunque en principio a las autoridades les cuesta asumirlo (no tanto como a nosotros, todo hay que decirlo) ciudades como Barcelona, Valencia, Salou, Sitges o Sagunto van a quedar sepultadas en menos de una hora bajo las aguas. La noticia llega a la calle. Cunde el pánico. Se atascan rápidamente las salidas de todas las poblaciones costeras. Los primeros muertos antes de la catástrofe. El mundo entero mira en dirección al Mediterráneo. Alerta roja en Francia, Italia, Grecia... Se movilizan todas las fuerzas militares disponibles. Europa, aterrada, se paraliza. El tsunami, cada vez más orgulloso, mostrándose por párrafos como la metáfora de una fuerza histórica maligna y omnipotente, se estrella por fin contra las costas españolas. Nadie podía sospechar una contundencia tan brutal. El delta del Ebro parece saltar por los aires. El tsunami se come decenas de metros en aplastando sus nucas. Pero lo más impresionante aún está por llegar.

Lejos de detenerse, tras encharcar brutalmente el delta del Ebro, el tsunami continúa impertérrito, río arriba, «como si la corriente hubiera invertido su sentido y toda el agua del Mediterráneo quisiera volver hasta su lugar de nacimiento». Las primeras poblaciones de la ribera desaparecen con la misma rapidez. El río no solo no ofrece rozamiento alguno sino que parece abrirse en canal para que

la fuerza incomprensible del tsunami lo posea. ¿Disminuye su velocidad? ¿Disminuye su fuerza? En absoluto. Al borrar Amposta, Tortosa, Aldover, Miravet, Ginestar, Ascó, Flix y tantas otras como si fueran maquetas de papel, casi parece que se envalentona. Nada de detenerse. Continúa Ebro arriba, inundando la cuenca, ensanchándola «como un violador geológico». Mientras tanto, a pocos minutos de la cabeza del tsunami, en Zaragoza, está a punto de ser inaugurada la Exposición Universal del Agua. A estas alturas ya estamos atrapados. En dos páginas magistrales se nos describe toda una ciudad y en una sola línea entendemos el título de la novela: una niña ve la tele mientras sus padres terminan de arreglarse para asistir a la multitudinaria inauguración.

«¡Mamá, papá, un sunamico. Que viene un sunamico!».

El sunamico se acerca implacable a Zaragoza, destruyendo todas las poblaciones de la ribera, una tras otra. Chacón, Chiprana, Escatrón, Sertusa, Sástago, Cinco Olivas, Alforque, Velilla, Gelsa, Quinto de Ebro, Pina de Ebro, Aguilar, Los Arenales, El Burgo de Ebro, La Alfranca, Pastriz, Cartuja Baja, Movera, Santa Isabel... Miles de muertos. Miles de años de historia diluidos y ahogados bajo tan absurda y desproporcionada «venganza geológica».

Mientras tanto comienzan a llegar helicópteros a la gran plaza de la catedral donde estaba previsto que se celebraran los actos oficiales de inauguración. Ante la mirada incrédula de los miles de asistentes, las fuerzas vivas de la ciudad, reunidas también para la «faraónica y casi ridícula celebración», desaparecen en una decena de helicópteros que de repente han llenado la gran explanada. Al principio, se piensa que es un espectáculo especialmente diseñado para la ocasión. Pero la voz de la

«Lejos de detenerse, tras encharcar brutalmente el delta del Ebro, el tsunami continúa impertérrito, río arriba, “como si la corriente hubiera invertido su sentido y toda el agua del Mediterráneo quisiera volver hasta su lugar de nacimiento”».

niña se ha ido corriendo por la ciudad «como un virus informático»: ¡Se acerca el sunamico, se acerca el sunamico!

La lista de las poblaciones desaparecidas bajo la ola confinada en la cuenca del río se va alargando. En varios minutos el pánico se adueña de Zaragoza. La ciudad se convierte en un caos. Las autoridades políticas, militares y religiosas han desaparecido en menos de cinco minutos. Los centenares de artistas contratados para la ocasión se unen a los miles de ciudadanos que huyen despavoridos lejos de la orilla.

«El sunamico está ya en...»

La catástrofe parece inevitable. La novela, queramos o no, nos ha cortado la respiración. El reportero-narrador ha conseguido hacernos creer lo increíble y ya estamos dispuestos a ver desaparecer la basílica, con su virgen encaramada y su bomba sin estallar bajo la potencia aplastante del sunamico. Ahora el planeta entero tiene su alma vuelta hacia Zaragoza.

Pero entonces ocurre lo siguiente.

Al llegar a la basílica, el sunamico, que para entonces tenía casi diez metros de altura sobre la orilla del río, se detiene bruscamente ante ella durante unos segundos, luego la rodea, inundando menos bruscamente la gran plaza ya vacía y las chabolas y los sótanos de la orilla norte. Encharca en solo unos minutos el llamado Meandro de Ranillas, echando abajo buena parte de los edificios y pabellones contruidos especialmente para la Exposición Universal y desviándose de su antiguo cauce, formando una suerte de «charco inteligente», se va extendiendo, ahora casi dulcemente, empantanando una tras otra todas las poblaciones que desde el noreste de la ciudad surcan el enorme desierto de los Monegros, que en menos de una hora, ante la mirada de los habitantes del mundo entero, queda convertido en un hermoso y extenso pantano. En días posteriores el agua será absorbida por el desierto y el río Ebro recobrará su cauce habitual, «si es que algo así era ya posible».

Y es ahora cuando nos sentimos con derecho de echarnos las manos a la cabeza. Hemos podido soportar algo tan increíble como un pequeño tsunami que se adentra río arriba, obviando con benevolencia las incongruencias geológicas, dando por sentado que el autor, en el fondo, no hace sino seguir la senda que él mismo abrió con la publicación de su primera novela. Aceptando que sus universos han de quedar definidos al final por pura «necesidad estructural», por muy alejada que pueda

parecer la narración de sus «epopeyas» en una primera apreciación, de lo que podría definirse como una lectura cómoda, todos los que hayan tenido hasta ahora la oportunidad de asomarse a la obra de este extraño autor, tan poco publicado como justificadamente mitificado, no van a tener otro remedio que sentirse incómodos. ¿Va a atreverse ahora a hacer ciencia ficción? Pues sí. O algo parecido.

La tercera parte de la novela no es sino la descripción de lo que ocurrió durante tres siglos a partir del día en que el sunamico decidió mitigar su furia ante la basílica zaragozana de la bomba sin estallar y el río ninguneado.

Resulta también por lo menos chocante el hecho de que a partir de ahora las frases se alargan de una forma casi brutal, encadenando subordinadas con impertinencia, elaborando un estilo más propio de una novela del diecinueve tardío que de un principio del veintiuno. Por momentos el tono nos recuerda a esas narraciones épicas llenas de dioses y héroes, crónicas de gestas, libros sagrados, incluso se intuyen gozosos ecos de la gran literatura latinoamericana. La descripción de las personas y los hechos de aquel periodo tan cautivador como inquietante nos intriga y nos molesta a la vez. Lo que parece solo una broma acaba inquietando, de modo que vemos llegar la novela a su fin sin el mínimo indicio de que un extraño desasosiego desaparezca.

Al parecer, aquel día, que a partir de ahora será recordado como el principio de la nueva y gloriosa época descrita, ALGO, que por fortuna se revela desde el principio como indescriptible, una suerte de magma inmaterial compuesto de rancias reivindicaciones y sueños deformados por demasiados siglos de ilustración, una «desconocida fuerza histórica» se apropia de los ciudadanos zaragozanos que han asistido atónitos y sorprendentemente poco indignados a la «ridícula pero instructiva» espantada de la hasta ahora llamada clase dominante. Del mismo modo, la explanada del Meandro de Ranillas y el Desierto de los Monegros (transformado en un huerto que abastecería a Europa entera de las más fabulosas verduras) se convertirán en los dos lugares sagrados para los descendientes de aquellos miles de ciudadanos, que pronto vieron cómo su rebelde apatía, su admirable valor para enfrentarse con lucidez al vacío de poder que se originó, se expandía con ligera y feliz celeridad por cientos primero y miles después de poblaciones, pequeñas, medianas o enormes, de todo el planeta, en parte por haberse retransmitido los hechos a través de centenares de canales y en parte por la sorprendente facilidad con que cedió el «viejo y decadente sistema inmunitológico del mundo posmoderno».

«La tercera parte de la novela no es sino la descripción de lo que ocurrió durante tres siglos a partir del día en que el sunamico decidió mitigar su furia ante la basílica zaragozana de la bomba sin estallar y el río ninguneado.»

Como era de esperar, a pesar de la extraña y acogedora indignación que la novela nos ha provocado, todavía queda una sorpresa, marca de la casa. Sería instructivo contarla, porque como comprobará quien se atreva con este nuevo libro, eliminaría todo rastro de indignación o reproche que pudiera tener, pero no voy a hacerlo. Que no se entienda este gesto como una forma de publicidad, siempre ilícita y necesaria en estos tiempos. Nadie negará que se trata de una de las novelas más sorprendentes publicadas en occidente durante la última temporada. Nadie que haya disfrutado de las anteriores creaciones del autor quedará indiferente. Puede que ni siquiera se sienta decepcionado. Lo que demuestra que la literatura contemporánea aragonesa, sin estar en uno de sus mejores momentos, ha conseguido evitar la extinción de ejemplares que de otro modo haría siglos que estarían instalados en el olvido de los lectores.

La edición, cuidada y elegante, y el sorprendente diseño de la portada, convierten esta novela en un libro perfecto para las vacaciones.

© Pedro Rebollo

El autor:

Pedro Rebollo. Nació en 1962 y escribo desde los diez años. Obtengo el dinero del alquiler y la comida de diversos oficios relacionados con las artes escénicas y cinematográficas. Y... casi nada más.

REGRESO AL PASADO (2ª parte)

por Enrique García Díaz

4

Edgard decidió que pasarían el día algo alejados de la casa. Stephanie se mostró algo contrariada en un principio porque ello suponía que podrían verla. Pero Edgar le tranquilizó cuando le mostró que todo a su alrededor era bosque y un pequeño lago al que él solía ir a nadar por la tarde.

—Nadie puede hallarte aquí. Te lo aseguro —le dijo con un tono convincente en su voz.

Luego se encargó de preparar un succulento conejo a la lumbre, y que Stephanie agradeció. Durante el tiempo que hacía que lo conocía nunca pudo imaginar que él pudiera valerse por sí mismo de aquella manera. Cada cosa que hacía la sorprendía gratamente. Incluso que la hizo reír y sentirse bien, algo que creía olvidado desde que se casó con Richard. «Por San Andrés, ¿por qué he dejado escapar a este hombre?», se preguntó cuando regresaban a casa al atardecer. «No tiene nada que ver con Richard. Son el día y la noche», se decía mientras lo miraba por el rabillo del ojo avanzar entre los árboles con paso firme y seguro.

Cuando la noche hubo extendido su manto ribeteado de puntos brillantes, Edgar abandonó la casa y se sentó en un pequeño banco de madera que había construido y ocultado bajo un antiguo roble. Quería estar a solas con sus pensamientos, cerciorarse de que estaba haciendo lo correcto con ella. Stephanie se había acostado hacía tiempo y en la quietud de la noche sólo se escuchaba el viento, que mecía las hojas de los árboles, y el ulular de algún búho.

—¿En qué demonios me he metido? —se preguntaba en voz alta mientras se pasaba la mano por el mentón—. Maldita seas, Stephanie. Creía que alejándome de la ciudad nunca más te volvería a ver. Y mientras yo huía de ti, tú me encuentras. Será el destino que quiere vernos juntos, o...

—¿Ahora hablas solo? Desconocía esa faceta de ti —le dijo una voz a su espalda.

Edgard se volvió desconcertado para ver su silueta recortada en el umbral de la puerta. Sintió que se ponía nervioso, y que sería mejor que ella volviera a su habitación. Pero sus deseos no se vieron colmados. Ella avanzó descalza las losetas del camino en dirección a él. Estaba radiante con sus cabellos desordenados flotando alrededor de su rostro como mariposas. Edgar sentía que la boca se le secaba y la respiración se le entrecortaba con su presencia. ¡Cómo la deseaba! Durante estos años había compartido momentos íntimos con alguna que otra mujer de vida fácil, pero ninguna le había transmitido lo que Stephanie estaba haciendo ahora. Se acomodó a su lado en el pequeño banco y Edgar sintió el roce de la suave piel de su muslo sobre su mano. Ella lo miraba de una manera que lo tenía embrujado, sus labios entreabiertos, un par de botones de la camisa desabrochados, y sus piernas cruzadas dejando ver su piel bajo una falda de campesina que había encontrado abandonada en uno de los armarios de la casa.

—¿Qué haces aquí? Pensé que dormías —le dijo en un susurro.

—No podía. No después del día tan maravilloso que he pasado —le confesó en un susurro mientras sentía que el viento retiraba algunos mechones de su rostro.

—Venga, mujer, apuesto a que estás acostumbrada a días llenos de fiestas, recepciones y bailes mucho mas entretenidos que pasar un día en un bosque a las afueras de Edimburgo comiendo conejo asado en una hoguera —le comentó entre risas tratando de apartar de su mente sus pensamientos más íntimos.

—Pues aunque así lo creas, no tiene nada que ver con la realidad. Y tú, ¿qué haces aquí fuera? ¿No tienes sueño o no puedes conciliarlo? —cambiando de tema para no hablar de su pasado. Todo lo que tenía que ver con recepciones y bailes le recordaba a Richard.

—Estaba tomando el aire de la noche —le respondió sin saber que decir.

—Y hablando solo —le dijo alzando sus cejas en señal de sorpresa mientras una débil sonrisa se dibujaba en sus carnosos labios.

Edgard chasqueó la lengua y comprendió que ella se había percatado de sus comentarios, cuyo objetivo era ella misma.

—Por cierto, ¿tan mala soy como para maldecirme? —le preguntó con una mezcla de ironía y amargura por haberle herido.

—Yo... b-bueno... tal vez no sea esa la cuestión... —comenzó a decir mientras balbuceaba de manera incomprensible mostrándose confuso, vulnerable. Por un momento se había despojado de su coraza y ahora parecía mostrarse tal y como él era.

—¿Es cierto que has estado huyendo de mi?

—En cierto modo sí. No quería volver a verte y... —apretó las mandíbulas y desvió su mirada hacia sus manos entrelazadas. No quería mirarla a los ojos pues sabía que acabaría sucumbiendo a sus encantos de nuevo.

—¿Tanto daño te hice? —le preguntó mientras posaba su mano de piel suave sobre las de él.

Durante unos segundos él mantuvo la vista fija en éstas sintiendo su calor. Luego la levantó para mirarla cara a cara y abrirle su corazón. No podía más. Tenía que decirle lo que había sentido por ella. Sacarlo de dentro antes de que acabara por destruirlo. Si no lo estaba ya.

—Cuando amas a una persona hasta el punto de dar todo lo que tienes incluida la vida...

«Su boca buscaba ahora su cuello sobre el que deslizó sus labios suaves y húmedos, al tiempo que su lengua le transmitía una cadena de chispazos que ella nunca había conocido. Comenzó a desabotonarle la camisa y cuando lo hizo deslizó de manera suave y delicada la tela por sus hombros.»

—Vas a arriesgarla por mí ahora. Tal vez tengas razón y no merezca tu ayuda. He sido una egoísta al venir aquí y meterte en este embrollo —le dijo mientras apartaba el rostro para mirar hacia los arbustos diseminados por allí. Las piernas le temblaban y las palmas de sus manos sudaban copiosamente por su proximidad.

—No —susurró Edgard mientras llevaba su mano hasta su mentón y volvía el rostro hacia él. ¿Había un gesto de preocupación o de arrepentimiento? Edgard no sabía cómo definirlo, pero lo cautivó. Dejó que el pulgar de su mano recorriera el labio inferior de ella. Stephanie sintió su suavidad bajo la yema de su dedo. Su mano se deslizó hasta cubrir su mejilla de piel suave y pálida a la luz de la luna. No pudo

evitar dejar escapar un suspiro, y al momento sintió que el calor la invadía pese a estar bajo el cielo estrellado a aquellas horas de la noche. Edgard concentró su mirada en sus labios mientras ella seguía mostrándose nerviosa e intentaba que el nudo que oprimía su garganta se deslizara—. Que Dios me perdone por lo que voy a hacer, porque yo no puedo —le dijo mientras se inclinaba sobre su rostro y atrapaba sus labios al mismo tiempo que Stephanie cerraba los ojos para aumentar la sensación de bienestar y placer del momento dejándose llevar por la situación. No pensó en que estaba casada, en que la perseguía su marido, en que si la encontraba la mataría. Nada de eso iba a estropear aquel momento anhelado durante tanto tiempo.

Edgard la rodeó por la cintura con un brazo mientras la mano del otro comenzaba a recorrer el contorno de su rostro y sus labios jugaban con los de ella. Los fue tanteando con tranquilidad, deleitándose en ellos. No había prisa. Había aguardado tanto tiempo a tenerla entre sus brazos de aquella manera, que podría resistirse un poco más. La noche era larga y estaban ellos dos. Nada ni nadie vendría a interrumpirlos. Stephanie los abrió para que la lengua de él encontrara el camino hacia el interior de su boca, y junto a la suya danzar de manera frenética. Edgard se incorporó para abrazarla y atraerla hacia él. Sintió sus pechos plenos golpearlo y sus puntas erectas bajo la fina camisa de hilo. Y mientras, las dos bocas se devoraban hambrientas por tan larga espera. El beso se volvió apasionado, cálido, húmedo. Los escarceos preliminares habían dado paso a un beso posesivo y sensual. Edgard deslizó un brazo por debajo de las piernas de Stephanie y la alzó en alto mientras ella le rodeaba el cuello para sujetarse mejor. Sin dejar de besarse entraron en la casa. Edgard cerró la puerta con un ligero golpe de su pie sin apartar sus ojos de ella. No recordaba que la hubiera mirado de aquella manera tan intensa. Una mirada larga y cargada de pasión. Stephanie sonrió mientras le acariciaba la mejilla y se alzaba para besarlo. Subieron el tramo de escaleras hacia el piso de arriba y entraron en la habitación. La dejó de pie junto a la cama

mientras él se situaba detrás rodeándola con los brazos. Stephane sintió el cálido abrazo envolverla hasta hacerla sentir libre. Recordó los días pasados cuando ella se sentía colmada de sus atenciones y nada ni nadie podía interponerse ente ellos. Su boca buscaba ahora su cuello sobre el que deslizó sus labios suaves y húmedos, al tiempo que su lengua le transmitía una cadena de chispazos que ella nunca había conocido. Comenzó a desabotonarle la camisa y cuando lo hizo deslizó de manera suave y delicada la tela por sus hombros. Resbalando por sus brazos, provocando que su piel se erizara, la camisa cayó a sus pies hecha un remolino. Edgard comenzó a besarle la espalda en dirección a sus glúteos. Pasando sus manos por su cintura, en dirección a sus caderas y poder deslizar la falda por sus piernas de piel aterciopelada sin dejar en ningún momento de besarla. Le propinó varios mordiscos cariñosos en las nalgas que aumentaron el deseo en ella, y también una sonrisa picarona. Edgard se incorporó justo cuando ella se giraba hacia él para que sus pechos quedaran expuestos a sus ojos. Redondos. Firmes. Turgentes por el deseo que él le provocaba. Edgard deslizó sus manos hasta ellos y los atrapó mientras volvía a besarla en los labios. En ese instante Stephanie comenzó a desvestirlo. Lo despojó de la camisa y cuando su torso quedó descubierto pasó sus manos por su musculatura y por las diversas cicatrices que lo recorrían. Recuerdos de la guerra. Una guerra a la que ella lo había empujado con su rechazo. Edgard sintió una especie de calambre cuando ella se inclinó para cubrir aquel torso con sus besos apasionados. Su excitación se volvió extrema cuando ella deslizó la mano hacia la pernera de su pantalón. Debía liberarlo cuanto antes. El pantalón cayó a sus pies y ella se dejó llevar a la cama empujada por los besos de él. Se recostó junto a ella recorriendo su cuerpo tan sensual, tan carnal, tan apetecible... Sus manos se posaron en sus caderas mientras sus dedos trazaban círculos y figuras extrañas que erizaban la piel de Stephanie. La sentía arder al tiempo que la sangre fluía por sus venas como lava candente. Sus defensas habían caído como castillos en la arena cuando el mar los arrastraba. No podía negar lo que sentía por Edgard, quien ahora se concentraba en recorrer sus pechos con sus labios. Besando, lamiendo, succionando y mordisqueándolos deliciosamente. Un fuego abrasador se había apoderado de su cuerpo. Un fuego en el que ansiaba consumirse aunque sólo fuera por esa noche. Sentía que la piel le escocía como si estuviera aplicando hierros al rojo sobre ésta, pero aún así era una sensación placentera el tormento al que Edgard la estaba sometiendo. No quería que cesara en ningún momento.

Los dedos de Edgard buscaron el recoveco máspreciado. El centro máximo de placer femenino. Tanteó despacio en un principio sintiendo la suavidad de los rizos y su humedad, y lo que sus caricias sobre éste provocaban en Stephanie, quien intentaba ahogar sus jadeos. Edgard recorría su cuello mientras no abandonaba su empeño de darle placer. Por un momento se detuvo para mirarla a los ojos. Sintió que algo se rompía en su interior. La coraza que durante los últimos años había llevado en su honor se había quebrado. El rencor había desaparecido. El pasado quedó olvidado. ¿Por qué se había encerrado en sí mismo? Había rechazado el amor que le habían brindado para obtener el que de verdad siempre había tenido. El de ella.

—Dime que no estoy soñando, por favor. Necesito oírlo. Dime que estás aquí conmigo —le imploró con la voz cargada de emoción mientras acariciaba su mejilla con dulzura.

—Sí, Edgard. Soy yo. Estoy aquí y me estás tocando y acariciando como yo a ti.

—Prométeme que nunca te marcharas.

—Lo prometo.

Ambos se fundieron en un beso largo mientras Edgard se incorporaba sobre ella. Stephanie estaba preparada para recibirlo. Nunca antes había conocido semejante placer. Por un momento recordó sus palabras: «Apuesto a que Richard no te ha hecho el amor». «No como tú», le dijo en su mente. Richard había sido un bruto que buscaba saciar sus impulsos masculinos sin ningún tipo de sentimiento. Nunca se había tomado tanto tiempo en besarla, acariciarla, desvestirla y regalarle miradas tan largas y apasionadas. Por primera vez estaba descubriendo lo que un hombre enamorado podía llegar a hacer sentir a una mujer. Sintió cómo se deslizaba hacia el interior de ella y cómo esta llegada sacudía todo su cuerpo. Stephanie lo abrazó mientras sus dedos se aferraban a su espalda con todas sus fuerzas. Edgard hundió su rostro en el cuello de ella aspirando su aroma, recorriéndolo con sus labios, hasta llegar al lóbulo de su oreja. Lo lamió, lo besó y lo atrapó entre sus dientes mientras ella se retorció presa de los espasmos de placer que él le hacía sentir.

—Stephanie, ¿por qué me has hecho esperar tanto? —le susurró sintiendo que se estremecía en su interior.

Se incorporó sobre sus brazos para observar su rostro mientras permanecía quieto. Ella levantó los suyos para rodearle el cuello, mientras él se dejaba caer de espaldas a la cama. Stephanie quedó sentada a ahorcadas al tiempo que Edgard deslizaba sus manos por sus muslos hasta posarlas en las caderas y posteriormente los glúteos. Lo acarició con devoción e incluso le propinó algún que otro pellizco que la sorprendieron gratamente. Luego levantó la cabeza y se centró en sus pechos. Ella se movía al ritmo que las manos de él le marcaban. Parecía que Edgard no tenía prisa. No quería que se acabara, pues tenía miedo que el hechizo desapareciera. Y cuando comenzó a sentir ese hormigueo en la entrepierna que anuncia el momento final la atrajo contra él para devorar de manera insaciable sus labios. Ahora las dos bocas mantenían una contienda desenfundada por ver cuál de las dos se comía a la otra. Stephanie ahogó un gemido, pero cuando la cadena de éstos se hizo constante dejó escapar por su boca presa de un temblor inimaginable. Sintió que se fundía como el acero. Que la sangre abandonaba sus músculos y que éstos caían sin fuerza. Ambos estallaron en una cascada de sensaciones y sentimientos que los iba a atar de por vida. Ahora nadie podía negar que ambos se habían echado de menos. Y eso mismo pensó Edgard mientras la estrechaba con todas sus fuerzas contra su pecho. Le cogió el rostro entre sus manos y mirándola a los ojos le declaró su amor:

—Te quiero. Siempre te he querido. Durante estos años nunca dejé de pensar en ti y en que algún día tal vez pudiera recuperarte.

Ella sintió una sacudida tremenda en su pecho cuando escuchó estas palabras. Acarició su mejilla con su mano mientras luchaba con todas sus fuerzas para no llorar. Estaba emocionada. Él la amaba. Lo había estado haciendo a pesar de que lo había rechazado convirtiendo su vida en una pesadilla.

—¿Por qué? —le susurró. Edgard no la entendió y frunció el ceño sorprendido—. ¿Por qué has mantenido un amor tan leal hacia mí después de todo este tiempo?

—Tal vez porque sea un sentimental —le respondió sonriendo.

Stephanie seguía sentada sobre él, pero inclinada mientras sus dedos recorrían ahora su rostro. El perfil de su nariz. Su mentón. Sus mandíbulas. Sus labios. Se dejó caer hacia un lado y él la arropó con la colcha mientras le pasaba un brazo por los hombros y la atraía hacia él.

—Te has acostado con una mujer casada —le dijo.

—¿Y qué?

—Pueden acusarte por ello y castigarte, e incluso ahorcarte.

—Puedo soportar cualquier castigo si sé que tú estás a salvo. Lejos de tu marido.

—No digas eso —le dijo incorporándose sobre un hombro y lo miraba con el ceño fruncido.

—Pero ahora estás aquí conmigo y nada malo va a pasarte —le dijo mientras sus dedos jugueteaban con sus narices.

—¿Por qué no me di cuenta de que...?

—Eso forma parte del pasado. Déjalo enterrado. Ahora sólo importa el presente.

Edgar se inclinó sobre ella para devorar aquellos labios tan apetecibles mientras ella emitía un gemido de aprobación.

5

No los oyeron llegar. Estaban profundamente dormidos. Entrelazados entre sí. Sólo cuando lo golpearon y escuchó los gritos de ella se dio cuenta de lo que sucedía. Abrió los ojos para encontrar la punta de una espada pegada a su cuello y que ahora le obligaba a levantar el mentón. Al hacerlo se encontró con la mirada asesina de Richard y su sonrisa de triunfo.

—Debería matarte como al perro que eres —le escupió a la cara.

—¿Cómo has sabido que ella estaba aquí? —le preguntó con el semblante serio.

—No ha sido muy difícil. Reconozco que era una idea descabellada, al principio. Después lo pensé y me

dije que podía resultar. Ella estaba tan desesperada que haría cualquier cosa por salvarse. Y eso incluía pedir ayuda a su antiguo amor.

Edgard controlaba la respiración en todo momento sabiendo que si se agitaba más de la cuenta podría clavarse él solo el acero. Mantuvo la calma mientras estudiaba la situación.

–Mírala –le ordenó presionando un poco más la punta sobre la carne hasta hacer que la sangre brotara.

Edgard volvió su mirada hacia ella. Stephanie estaba sujeta por dos hombres. Su rostro estaba compungido por el dolor. Tenía miedo de que Richard lo matara. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Intentaba zafarse de aquellos dos hombres pero la tenían bien sujeta.

–Déjala en paz. Yo la he incitado a todo esto. Yo la emborraché para acostarme con ella.

–¿¡Crees que soy estúpido!? Prueba con otra historia, Ravenswood. Ella vino a buscarte y se acostó contigo –resumió con desgana–. Nunca pensé que sintiera algo por ti. Creía que eso había quedado atrás, pero veo que no.

–¿Qué vas a hacer con ella? A ti no te interesa, tú sólo quieres su dinero.

–Dinero que por otra parte no poseo –le informó mascullando entre dientes.

–¿Cómo? –preguntó sorprendido Edgar.

–He descubierto que la zorra de mi mujer ha ido transfiriendo sus propiedades a su hermano así como una gran suma de dinero a mis espaldas.

–Es lo que te mereces. ¿Piensas que no estaba al tanto de lo que me estabas robando? –le dijo fuera de sí con los ojos llameando de ira.

–Vaya, de manera que te ha desplumado. Bravo, Stephie –dijo volviendo el rostro hacia ella–. Así que no tienes nada, Richard.

–La necesito para que firme un documento como que traspasa todo a mi nombre. Y mira tú por dónde, tú vas a ser la llave para que ella acceda –le dijo sonriendo.

–No firmes nada –le ordenó lanzándole una mirada de advertencia. Una mirada que helaría el corazón de cualquiera.

–Si no firma despídete de este mundo, Ravenswood –le dijo mientras la punta de la espada presionaba contra su garganta–. Ella decide.

Stephanie lo miró aterrado asintiendo con la cabeza. Sintió una opresión en el pecho que no la dejaba respirar con normalidad. Logró tomar aire y recuperó el aliento. Tragó intentando deshacer el nudo que ahora se había quedado paralizado en su garganta. Miró a su marido y habló:

–Firmaré siempre y cuando lo dejes libre.

–Por supuesto, después de dejarle una caricia para que no olvide su afrenta hacia mi persona –le dijo pasando el filo de su espada por la mejilla de Edgar ante la mirada aterradora de Stephanie.

–Eres un ser rastrero –le espetó ella con toda su furia.

–Mira quién habló –le dijo mirándola con desprecio–. ¿Con cuántos te has revolcado a mis espaldas, querida? ¿Firmarás o despedimos a Ravenswood? –le preguntó volviendo la mirada hacia Edgar.

–Sabía que eras un cobarde, Richard, pero no que llegases al punto de esconderte detrás de tu mujer. No tienes honor –le dijo Ravenswood tratando de provocarlo.

–Firmaré. Dame el documento –le dijo Stephanie con orgullo.

–Veo que por fin has entrado en razón –le comentó sonriendo maliciosamente–. Tú vigila a éste –le dijo a uno de los acompañantes mientras él rebuscaba en su bolsillo interior de la levita hasta encontrar el papel–. Aquí tienes, querida. Y aquí tienes tinta y pluma –le informó señalando la que había encima de la mesa–. Como puedes ver está todo preparado.

Stephanie la cogió sin apartar la mirada de Richard en un principio; luego la desvió hasta encontrarse con

la de Edgar, y en ese momento supo lo que tenía que hacer. Mojó la pluma con cierta parsimonia en el tintero ante la impaciencia de Richard.

—¿Dónde tengo que firmar? —le preguntó con voz dulce y melosa mientras sus ojos chispeaban.

—¡Aquí! —le gritó poniendo la mano sobre el espacio reservado a la firma.

Fue en ese momento cuando no se lo pensó dos veces y levantando la pluma en alto la descargó con fuerza sobre la mano de él clavándosela hasta que la sangre se confundió con la tinta. Un alarido de terror salió de su garganta. Nadie excepto Edgard se lo esperaba, quien reaccionó de inmediato reduciendo al hombre que lo custodiaba. Lo golpeó con todas sus fuerzas arrebatándole el mosquete. Sin embargo, cuando Edgard se incorporó con el arma en sus manos vio que el otro esbirro tenía a Stephanie sujeta por el cuello y ahora apuntaba el cañón de su pistola a la sien. Su rostro reflejaba la angustia propia del momento. Sentía el sudor recorriendo su espalda, perlando su frente, y cómo sus palmas estaban completamente húmedas. Richard se había arrancado la pluma y ahora se vendaba la mano con el pañuelo que instantes antes llevaba anudado a su cuello.

—¡Vamos máatala, a qué esperas! —le ordenó a su esbirro.

—No lo hagas si quieres seguir viviendo, muchacho —le advirtió Edgard mientras lo apuntaba.

—¡Mátala!

Stephanie temblaba de pies a cabeza viendo tan cerca su muerte. Miró a los ojos a Edgard que ahora brillaban de emoción. Una ligera sonrisa afloró en sus labios.

—Lo siento querida, pero soy un sentimental.

«Fue en ese momento cuando no se lo pensó dos veces y levantando la pluma en alto la descargó con fuerza sobre la mano de él clavándosela hasta que la sangre se confundió con la tinta. Un alarido de terror salió de su garganta.»

Stephanie sintió cómo el brazo alrededor de su cuello se aflojaba y el hombre caía al suelo como un saco pesado. Se vio libre y con la mirada clavada en Richard. Se inclinó sobre el cuerpo del muerto y cogió la pistola para apuntarlo. Al verla éste palideció mientras levantaba las manos. Edgard quedó paralizado mirando el cañón del arma apuntando hacia él. Si no lo impedía lo mataría allí mismo condenándose de por vida. En ese momento el ruido de pasos en el piso inferior alertó a los tres ocupantes. John apareció en el umbral de la puerta para quedarse paralizado por la escena. Lo acompañaban varios hombres de uniforme y uno que parecía ser alguien importante dado su aspecto regio.

—Quieta, Stephie. No merece la pena. Richard tiene demasiados problemas él solo. Han emitido una orden de arresto por deudas de juego.

Al escuchar aquellas palabras Stephie comenzó a bajar el arma aunque mirando con recelo a Richard. No se fiaba por nada del mundo de él. Miró de reojo a John, quien asintió mientras tomaba la pistola entre sus manos.

—Prenderlo —ordenó el hombre que mandaba a los soldados uniformados.

Richard comprendió que no tenía salvación y que o bien se pudriría en la cárcel, o bien sería ajusticiado en Grassmarket. Aunque otra posibilidad se le cruzó por la cabeza. Escapar de allí. Detrás de él quedaba la ventana como única y posible vía de escape. Cuando vio a los guardias dirigirse hacia él se volvió para arrojarle por ésta.

—¡Alto! —gritó el oficial al mando con voz potente.

Richard no pareció escuchar la advertencia o no quiso hacerlo, y decidido a arriesgarse continuó con su idea. El ruido de cristales rotos quedó amortiguado por el sonido de un disparo. Todos los rostros se volvieron en la misma dirección. El oficial de policía mantenía el brazo extendido con su arma en la mano aún humeante. El cuerpo de Richard yacía sobre el jardín de la casa.

Stephanie temblaba de nervios por la escena vivida. No sabía a ciencia cierta si Richard estaba muerto o no. Sólo cuando el oficial de policía volvió a los pocos minutos para confirmarle que, en efecto, Richard había muerto, sintió un escalofrío recorriendo todo su cuerpo y como si las piernas no fueran capaces de sostenerla mucho más en pie.

Edgard se apresuró a recogerla con los brazos abiertos. La estrechó contra su pecho y luego tomó su ros-

tro entre sus manos y la besó efusivamente por todo éste. John sonrió al verlos tan enamorados y sin decir palabra abandonó la habitación cerrando la puerta detrás de él. Necesitaban tiempo para estar a solas.

—Temía perderte otra vez —le susurró mientras sus dedos recorrían sus mejillas.

—Ahora no hay nada ni nadie que me impida estar contigo Edgard. El destino no se equivoca nunca. Tú y yo estábamos hechos el uno para el otro —le susurró antes de besarle con fervor.

Varias semanas después de este incidente, Stephanie tenía muy claro cuál era el siguiente paso que tenía que tomar para lograr la felicidad completa. Ahora era libre para casarse con Edgard, quien se había encerrado en su casa para no interferir en los asuntos de ella. Cuando apareció en Netowngrange enfundada en un vestido color beige de pronunciado escote Edgard sintió un temblor por todo su cuerpo que estuvo a punto de hacerle caer.

—Eres una aparición.

—Adulador —le dijo sonrojándose.

—Ahora que eres libre, ¿qué has pensado hacer ahora con tu vida? —le preguntó irónicamente.

Stephanie lo miró contrariada. Esperaba otra reacción por parte de Edgard. Creía que él lo tenía tan claro como ella. Pero, aquella pregunta...

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con el ceño fruncido.

—¡Maldita sea, Edgard!, ¿qué te pasa a ti? ¿Dónde se han quedado tus palabras bonitas y dulces? ¿Dónde está ahora tu promesa de amor eterno? —le preguntó mientras su rostro enrojecía de rabia. Su mirada se había encendido y varios de sus cabellos se habían soltado de su recogido. Edgard la miraba y sonreía mientras cruzaba los brazos sobre su pecho—. ¿Y ahora de qué diablos te ríes? —le preguntó encarándose con él.

—De lo hermosa que te pones cuando te enfadas —le dijo dando dos pasos y atrayéndola hacia él por la cintura. Su mirada se clavó en la suya y sonrió complacido.

Stephanie temblaba como un junco mecido por el viento bajo sus manos. Lo miraba con los ojos entrecebrados dudando de si estaba hablando en serio o no.

—¿Me estabas tomando el pelo? ¿Era eso? ¿Te estabas burlando de mí? —le preguntó mientras hacía un mohín con sus labios e intentaba zafarse de sus brazos.

—Me debes algo por protegerte, y te juro que esta vez no me dejas plantado, cariño. Y para que veas que hablo en serio tengo al párroco de Saint Giles avisado para que oficie la ceremonia esta misma mañana y un carruaje para llevarte hasta él —le dijo mientras John lo conducía.

Era una calesa descubierta y toda adornada de flores y guirnaldas.

—Buenos días, hermanita. ¿Lista para dar el sí quiero?

Stephanie se quedó con la boca abierta sin poder articular una palabra. Sintió los brazos de Edgard rodeándola por la cintura mientras posaba sus labios sobre su cuello. Se sintió la mujer más dichosa del mundo. Ahora sí había encontrado a alguien que la quería y la respetaba.

—Perdona el numerito pero soy un sentimental —le susurró haciendo que Stephanie se emocionara. La volvió para quedar con el rostro frente al suyo—. Te quiero, Stephie. —Deslizó un dedo bajo su mentón y alzó sus labios para poderlos cubrir una vez más.

—Pagaré encantada lo que te debo. Al fin y al cabo no podemos contradecir al destino —le dijo mientras se ponía de puntillas para besarle con toda la pasión que aquel hombre le hacía sentir.

© Enrique García Díaz

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott).

Fernando Aínsa

Palma de Mallorca (España), 1937

<http://fernando-ainsa.blogspot.com>

* * *

Escritor y crítico uruguayo de origen español. Ha trabajado en UNESCO (París) de 1972 a 1999, como director literario. En la actualidad, reside entre Zaragoza y Oliete (Teruel). Es autor de ensayos, cuentos y novelas. Algunas de sus obras de ficción —entre las que figuran *El paraíso de la reina María Julia* (1997) y *Travesías* (2000)— han merecido premios nacionales e internacionales en Argentina, México, España, Francia y Uruguay y sus relatos figuran en varias antologías del cuento hispanoamericano. Colabora en numerosas revistas literarias especializadas de América Latina, Estados Unidos, España, Francia, Alemania e Italia. Sus obras, cuentos y artículos han sido traducidos a más de 30 lenguas.

Libros publicados

(2009) *Prosas entreveradas*. Ediciones de la Librería Cálamo, Zaragoza.

(2009) *Los que han vuelto*. Mira Editores, Zaragoza.

(2008) *Espacios de la memoria. Lugares y paisajes de la cultura uruguaya*. Montevideo, Trilce.

(2007) *Aprendizajes tardíos*. Sevilla, Renacimiento.

—— *Aprendizajes tardíos*. Mérida, El otro@el mismo.

(2006) *Del topos al logos*. Madrid, Iberoamericana.

(2006) *El paraíso de la reina María Julia*. La Habana, Arte y Literatura

(2005) *Espacio literario y fronteras de la identidad*. San José, Universidad de Costa Rica.

(2004) *Espacios de encuentro y mediación. Sociedad civil, democracia y utopía en América Latina*. Montevideo, Nordan.

(2003) *Rescribir el pasado. Historia y ficción en América Latina*. Mérida, El otro@el mismo & Cerlag.

(2003) *Narrativa hispanoamericana del siglo XX. Del espacio vivido al espacio del texto*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

(2002) *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*. La Habana, Arte y Literatura.

(2002) *Del canon a la periferia. Encuentros y transgresiones en la literatura uruguaya*. Montevideo, Ediciones Trilce.

(2002) *Pasarelas. Letras entre dos mundos*. París, Indigo ediciones.

(1999) *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires, Colihue.

—— México, Librería El Correo de la Unesco

(1999) *Travesías*. Málaga, Ediciones Litoral.

(1997) *La reconstruction de l'utopie*. Editions UNESCO/Arcantere Editions. Préface de Federico Mayor.

(1995) *El paraíso de la Reina María Julia*. Ediciones Bogotá Indigo/Tercer Mundo, y Madrid, Huer-ga/Fierro.

(1993) *Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya (1960-1993)*. Montevideo, Ediciones Trilce.

(1992) *Historia, mito, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares*. Alianza Editorial, Madrid.

- *De la Edad de Oro a El Dorado*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (1991) *De aquí y de allá (Juegos a la distancia)*. Montevideo, Ediciones del Mirador.
- (1990) *Necesidad de la utopía*. Buenos Aires, Montevideo, Tupac/Nordan Ediciones.
- (1989) *Los naufragios de Malinow*. Ediciones La Plaza, Montevideo
- (1988) *Las palomas de Rodrigo*. Montevideo, Monte Sexto.
- (1987) *D'ici, de la bás (Jeux de distance)*. Dijon, Alëi.
- (1986) *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid, Editorial Gredos.
- (1985) *Con acento extranjero*. Nordam/Comunidad; Estocolmo.
- (1977) *Los buscadores de la utopía*. Monte Avila; Caracas.
- *USA: una revolución en las conciencias* (2a edición ampliada). Círculo de Lectores; Barcelona/Bogotá.
- *Tiempo reconquistado (7 ensayos sobre literatura uruguaya)*. Montevideo, Edic. Géminis,
- (1972) *USA: una revolución en las conciencias*. Caracas, Tiempo Nuevo.
- (1970) *De papá en adelante*. Caracas, Monte Avila.
- *Las trampas de Onetti*. Montevideo, Alfa Edit.
- (1968) *Con cierto asombro*. Montevideo, Alfa.
- (1966) *En la orilla*. Montevideo, Aquí testimonio.
- (1964) *El testigo*. Montevideo, Alfa.

* * *

Entrevista

NARRATIVAS *: *Parece obligado comenzar esta entrevista con el tema del exilio y su papel en el conjunto de tu obra literaria. En alguna ocasión, incluso, has utilizado el término "transterrado" para referirte a los que de alguna manera se quedan sin país.*

FERNANDO AÍNSA: La palabra exiliado, hasta la guerra civil española, era una palabra culta, que hablaba por ejemplo del destierro del Mío Cid. Pero con la Guerra Civil española se transformó en un tema dramático para miles de personas, se hablaba en ese momento de exiliados. Después, en los años setenta, cuando aparece una nueva oleada de exilio latinoamericano a Europa tras la serie de golpes de estado, primero en Uruguay, luego en Chile y después en Argentina, en ese orden, ya se habla de "exilados", y se convierte en el gran tema del siglo XX, porque ha habido antes los exiliados rusos, los rusos blancos, en Europa, a principios de siglo. A los de lengua española nos ha tocado, pues, doblemente, en esta especie de ida y vuelta del exilio español hacia América. Transterrado es una palabra que propone José Gaos, el filósofo español en México. Hay también otra palabra que me gusta mucho, que es "empatriado", cuando el exiliado queda empatriado en otro lugar, como sería mi caso en Uruguay, y en el cual incluso te sientes más cómodo que en tu propio país. Yo nací en Mallorca, mi padre era aragonés y mi madre francesa, y a causa del ambiente de esa época –no sé si lo sigue siendo–, siempre me sentí forastero. Incluso durante mi infancia, mis amigos eran peninsulares; tenía también un amigo chueta, que al mismo tiempo era extranjero. Por eso cuando fuimos a Uruguay y apenas llegué los chicos del barrio me aceptaron, borré de mi memoria Mallorca. Como decía Max Aub, uno es de donde ha hecho el bachillerato. Yo lo estudié en Uruguay y eso me creó un sentimiento de adhesión a ese país que continúa hasta el día de hoy.

N.: *Otro tema que también ocupa buena parte de tu obra, y muy relacionado con el anterior, es el de la identidad.*

* Entrevista realizada con la colaboración de Luisa Miñana

FA.: Siempre digo, provocando cierta sorpresa inicial, que yo soy “bi”. En un reciente viaje a Andalucía, alguien me dijo una frase de la que tomé nota y que pondré en la próxima edición de mi libro *Prosas entreveradas*, que dice: “los demás se preocupan mucho más de mi identidad que yo mismo”. Aunque durante años fue un tema que yo no tenía resuelto, hace ya tiempo que lo resolví, sobre todo porque el mundo contemporáneo se ha hecho de gente que migra, que cambia de país. Lo que nunca he soportado, ni siquiera de pequeño, es a esos españoles que vinieron exiliados a América y que, aunque vivieron toda su vida allí, fueron incapaces de integrarse, de empatriarse. Había unos intelectuales, que yo llamaba los “carpetovetónicos”, con una mentalidad cerrada, española cerrada, como se podía ser antes, que se reunían todos los días en sus propios restaurantes. Hoy en día, por desgracia, se está produciendo un repliegue nacionalista en América Latina muy grande, aunque hubo otra época, pareja a la revolución cubana, en que parecía que todos éramos hermanos. A mí me ha fastidiado mucho aparecer como la eterna víctima, jugar al victimismo y lucrarse con eso, como ciertas personas que están siempre hablando de las desgracias de América Latina y todo eso, que tienen su audiencia, pero personalmente no creo que sea la actitud a tener. Curiosamente, he encontrado gente muy interesante que ha reflexionado sobre este tema de la identidad en el Magreb, por aquello de su pasado colonial, de ese sentimiento plural de la identidad; hay un ensayista tunecino, Fathi Triki, autor de *La stratégie de l'identité*, que ha hablado incluso de “círculos concéntricos”, la familia, los amigos, nuestro pueblo, círculos tangenciales que se cruzan y entrecruzan. Creo que esto es fundamental, sobre todo en la actualidad, donde incluso tienes más afinidades con gente que has conocido a través de Internet que con tus propios vecinos. Las identidades vienen definidas más por afinidades electivas o afectivas que por raíces en el sentido tradicional de la palabra.

N.: *Has escrito narrativa, ensayo, poesía... ¿Cuál es la relación de Fernando Aínsa con la literatura?*

FA.: Durante años ha preponderado en mí la faceta de ensayista y de crítico de la literatura latinoamericana y uruguaya –tengo varios libros sobre narrativa uruguaya–, pero he llevado mis otras facetas en paralelo, en muchos casos para compensar el aburrimiento del academicismo. Por ejemplo, cuando estaba escribiendo un libro tan académico como *Identidad cultural de iberoamérica en su narrativa*, pasaba, gracias a la posibilidad de las pantallas, a escribir al mismo tiempo *El paraíso de la Reina María Julia*. Todas las facetas, en realidad, se han complementado unas con otras.

N.: *Podría decirse, sin miedo a exagerar, que eres uno de los mayores estudiosos de la literatura hispanoamericana contemporánea; buena parte de tu obra ensayística gira en torno a este tema. ¿De dónde viene ese interés tan acentuado?*

FA.: Curiosamente, yo descubrí América Latina –lo tengo escrito en el prólogo de un libro mío, *Pasarelas*– en Francia. Para mí, América Latina, como comunidad, no existía hasta que llegué a Francia. Yo hasta entonces era uruguayo, conocía a argentinos, chilenos, pero carecía de una idea global de América Latina, como concepto, porque en América Latina, fuera del discurso nacido a raíz de la Revolución Cubana, predominaban las referencias nacionales. Incluso había más vínculos, por ejemplo, con Francia, que con otras naciones limítrofes. Nuestros referentes estaban antes en París, Madrid, Barcelona, que en Brasil, país con el que Uruguay comparte frontera. Cuando yo llego a París y empiezo a trabajar, es cuando escribo todos los libros relativos a América Latina. Yo llegué a París en 1974, y es en esos años cuando empiezo a estudiar sobre América Latina, en esa época hago cursos, formo parte de un centro de investigaciones, en esa época yo trabajaba en la Unesco y era en mis horas libres cuando me dedicaba a esto. Entonces, desde fuera, ves a América Latina como conjunto, más allá de la retórica que funcionaba en aquellos años a partir de la Revolución Cubana, el Che Guevara y todo eso, era como si desde dentro los árboles no te dejaran ver el bosque. Y creo que eso nos pasó a muchos.

N.: *En una realidad tan dispersa y cambiante como la hispanoamericana, ¿se podría hablar de unas tendencias generales o características comunes a buena parte de su narrativa actual?*

FA.: Hubo el momento del *boom* donde se revelaron una serie de escritores que todos conocemos, incluso recientemente se ha vivido alguna polémica acerca de cuál fue el más importante, si Vargas Llosa con *La ciudad y los perros* o García Márquez con *Cien años de soledad*, pero lo que hay ahora es un fenómeno bastante diferente, ahora hay escritores que podríamos denominar transnacionales, profesionales que viven y publican en España y ocupan los medios de comunicación españoles, pero que son desconocidos o poco valorados en sus propios países. Eso crea una cierta deformación en la visión española de lo que está pasando en América Latina. Hay numerosos escritores que si no publican con editoriales españolas, en España parece que no existieran. Cuando vas a América Latina te das cuenta de que, a nivel nacional, hay una literatura que a veces tiene otros valores, que responden a contextos locales, y que incluso autores que triunfan

en España no son aceptados en sus países de origen. Valga el caso de uno que es muy amigo mío y al que valoro mucho, Andrés Newman, al que en Argentina se conoce menos que en España, o de un escritor que ahora es reconocido en España pero que ya existía en Argentina desde hace muchos años, Ricardo Piglia, y que aquí parece que acabara de descubrirse. A eso contribuye una política editorial que considero bastante nefasta, que es la de las grandes casas españolas, Planeta y Alfaguara, sobre todo, que publican con las mismas portadas de las ediciones españolas a los autores latinoamericanos en sus países, pero en ediciones de quinientos ejemplares, locales, que no se venden ni siquiera en el país vecino, creando la falsa impresión para esos escritores de que ellos están en Alfaguara y por tanto en todo el mundo hispánico. Realmente eso es un problema serio que deforma enormemente la imagen exterior de todas esas literaturas. Hugo Burel, por ejemplo, es un escritor uruguayo que ganó un premio en Lengua de Trapo hace unos años con *El guerrero del crepúsculo*, una novela que recomiendo a todo el mundo. Sin embargo, como escritor no ha logrado salir del ámbito uruguayo aunque lo publica Alfaguara, porque lo tiene encantonado allí. Ahora precisamente una novela de él, *El corredor nocturno*, acaba de dar lugar a una adaptación cinematográfica hispano argentina, y quizá ello pueda ayudarlo a publicar en España con Alfaguara. Pero esta política editorial ha colaborado a que estemos peor en América Latina en lo que se refiere al conocimiento mutuo que en los años sesenta, donde había editoriales, como Sudamericana o Monte Ávila, que hacían circular los libros y daban a conocer a los autores.

N.: *Durante algunos años, fuiste director de la editorial de la Unesco en París. ¿Cómo valorarías esta etapa de tu vida?*

FA.: Esa etapa fue fundamental para relativizar en un contexto mundial lo que podía ser América Latina o las letras en lengua española. Porque descubrí, por mi trabajo, literaturas interesantísimas de otros países. Concretamente, los últimos años que estuve en la dirección de la editorial me tocó trabajar mucho con los países balcánicos. Me pidieron que me ocupara un poco de ellos, porque era el momento de aquellas guerra sangrientas y fraticidas que todos conocemos, y creamos un premio con una fundación búlgara y diversos editores cuyo jurado eran críticos, no representantes nacionales, el premio Balcánico de Ficción, y el premio consistía en la traducción a las otras lenguas de los Balcanes, como una manera de abrir un puente. Yo trabajé de manera encarnizada, viajé muchísimo por esa zona, y tuve la alegría de ver esos premios realizarse durante muchos años, al punto de que cuando dejé la Unesco me siguieron invitando a participar en el jurado. Y para mí fue una experiencia fabulosa descubrir la literatura de esos países. Después descubrí también la literatura de los países de Asia central; a raíz de la desaparición de la Unión Soviética, los países de Asia Central recuperaron su literatura nacional y sus lenguas nacionales. Publicamos también antologías de diversos países, literaturas muchas de ellas de naciones emergentes, lo que me permitió descubrir a autores hasta entonces casi desconocidos en el exterior, como la escritora Wislawa Szymborska, por ejemplo, que fue premio Nóbel posteriormente. Recuerdo también varios números que publicamos conjuntamente con la revista norteamericana *World Literature Today*, que por cierto le costaron el puesto a su director —la Unesco era acusada en aquellos momentos en Estados Unidos de ser una organización comunista—, donde publicamos literatura de la Alemania del Este o de las Repúblicas del Asia central. En España hicimos también varias cosas sobre literatura árabe con Huerga y Fierro y literatura china y japonesa con Ediciones Trotta, por ejemplo. Fueron, en resumen, unos años de gran apertura para mí e incluso de relativización de la importancia de nuestra propia literatura latinoamericana.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Fernando Aínsa?*

FA.: Lo primero de todo, encontrar editor para una colección de cuentos que agruparía diversos relatos que he ido publicado esporádicamente en diversos medios a lo largo de los años y que ya tengo compilada. Otro proyecto es la realización de un libro de crítica sobre lo que yo llamo las “palabras nómadas”, en referencia a estos escritores que viven fuera de su país de nacimiento, que ven su país desde lejos, los trashumantes, los que escriben sobre otras realidades que no son las suyas. Esto en el terreno de la crítica. Y después, otra idea que me ronda la cabeza, de la que ya he escrito fragmentos y que es ya una especie de obsesión, casi una tortura, gira alrededor de los buitres que sobrevuelan mi casa de Oliete y que debería dar lugar a un poemario que se llamaría *La buitrera*. Pero todavía tengo que madurarla más, hay que meterse muy adentro del tema y dedicarle todo el tiempo que precisa.

* * *

LOS NAUFRAGIOS DE OSCAR BYRON *

por Fernando Aínsa

Ahora nos lo decimos todos: no debería haber sido tan difícil creerle a Oscar Byron. Sin embargo, cuando venía a contarnos el nuevo naufragio que había visto, en su aire de extranjero rubio descendiente de irlandeses había algo que no nos inspiraba confianza. Ahora que Byron se ha ido, las noches de invierno se nos hacen más largas en la rueda de pescadores y contrabandistas que formamos en el bar Jiménez, y hay quien asegura que en esta costa barrida por vientos tan contradictorios los naufragios que nos contaba Oscar podían haber sucedido realmente. Hubiera bastado un poco de buena fe para que pudieran haber adquirido esa certidumbre que ahora tanto necesitamos. Podían, sí. Porque en la parte más abierta de estas playas, donde el océano rompe con más fuerza, se ven los restos de muchos barcos que encallaron alguna vez traídos por un temporal, arrastrados por una corriente. Con paciencia y memoria se podría trazar un mapa punteando los naufragios, precisando las fechas que se remontan hasta galeones y carabelas de la época de la conquista del Nuevo Mundo, hoy devorados por la espuma y la arena. Ahora que Byron se ha ido, hay quienes reconstruyen con cuidado esos posibles mapas de nuestra costa, llenos de cruces y de una historia que, en cualquiera de los casos, ninguno de nosotros pudo conocer, pero que él aseguraba haber vivido en sus paseos solitarios en las noches de tormenta. Pero entonces, cuando Byron entraba en el bar Jiménez, lo recibían sólo sonrisas y miradas incrédulas. Las burlas eran aún mayores cuando decidía contar, una y otra vez, con pequeñas variantes, siempre hablando en tiempo presente, su naufragio favorito: cómo su abuelo, el capitán John Byron, había llegado a esta tierra, encallado su barco en la punta más agreste y lejana de la playa que se pierde hacia el Este. Sus mechones de pelo rubio pajizo le caían sobre la frente y los ojos de azul claro se le iluminaban, como si estuviera viendo lo que nos contaba: «...y cuando todos los pasajeros se han salvado, y los botes están en la orilla, mi abuelo, oficial responsable del barco, lo mira por última vez, sube con dificultad al puente de mando, tan inclinada está ya la cubierta, y toma de su cabina todos los papeles del navío y los guarda con cuidado en el bolsillo de su casaca...»

«Ahora que Byron se ha ido, hay quienes reconstruyen con cuidado esos posibles mapas de nuestra costa, llenos de cruces y de una historia que, en cualquiera de los casos, ninguno de nosotros pudo conocer, pero que él aseguraba haber vivido en sus paseos solitarios en las noches de tormenta.»

En esos momentos de su relato, Oscar esperaba siempre que alguno de nosotros lo interrumpiera para hacerle preguntas, pero todos –aunque lo escucháramos con atención– nos hacíamos los distraídos. Pero Oscar, «Oscarito» como lo llamábamos burlonamente, era demasiado rubio para inspirar confianza, pero también era demasiado entusiasta para callarse ante nuestra indiferencia. Y así seguía hablando con grandes gestos: «...y cuando el temporal arrecia, mi abuelo, el capitán John, revisa con parsimonia los cajones donde tiene su brújula personal, un reloj de oro y las fotos de la familia. El barco se escora aun más, y crujidos que parecen lamentos brotan de los maderos y de los hierros, para subir desde las bodegas inundadas hasta el puente de mando, como un himno de difuntos que se mezcla con el ruido de las olas que se rompen contra el casco, lamen con ferocidad la cubierta y entran a borbotones espesos por los ojos de buey de vidrios despedazados. Abuelo recoge los restos húmedos de su pequeño mundo que está por desaparecer y sube al único puente que emerge ahora de las aguas. Desde allí observa la playa, donde su tripulación y los pasajeros lo esperan con impaciencia, batidos los rostros por la lluvia y el viento. El capitán está satisfecho porque todos han sobrevivido, porque todos están sanos y salvos gracias a su sangre fría y a la seguridad con la que personalmente ha organizado el salvamento antes de pensar en sí mismo. Baja luego un pequeño bote que se balancea sobre la borda, salta con la gorra de mando calada hasta las cejas, empuña los remos y va hacia la playa. Abuelo esquivo con habilidad una rocas y llega a la orilla en

* Relato ganador de la 6ª edición del Certamen Literario "Santoña... la mar"

el justo momento en que, rodeado de un estallido final de hierros y maderas, el barco se parte y todo desaparece bajo las grandes olas que cubren triunfalmente sus restos para siempre. El capitán John estrecha la mano de cada uno de los pasajeros, abraza a sus tripulantes y oficiales, y llora en silencio. Así llegó mi abuelo, el capitán irlandés John Byron, a esta tierra». No recordamos cuántas veces nos contó Oscar este naufragio que se entroncaba con la pretendida historia de su sangre. Cada vez que nos lo repetía, a falta de otros naufragios que hubiera visto la víspera, añadía algún nuevo detalle, una pequeña variante, algún capítulo anterior o posterior de la historia de ese capitán que: «...nunca más se había vuelto a embarcar y que había caminado por esta costa hasta el fin de sus días, sus ojos fijos en un horizonte tras el cual habían quedado los suyos, en la lejana Irlanda». Byron explicaba cómo: «Abuelo se quedó a vivir aquí y se casó con la hija de un estanciero que le dio una hija –mi madre– el mismo día en que murió desangrada sin esperanzas de socorro médico». Cuando nos contaba esta historia, su piel clara y dorada por el sol quedaba perlada de gotas de sudor casi imperceptibles. Era una emoción que parecía venirle de muy adentro, pero en la que ninguno de nosotros quería creer. Ahora que Byron se ha ido de nuestro pueblo costero, pensamos a veces que fuimos cobardes, porque nadie le dijo nunca en la cara lo que se murmuraba cuando salía del bar, tarde en la noche:

Su abuelo había llegado a esta tierra desde Irlanda –sí– pero no como capitán de un barco, sino como pasajero (¿o polizón?) de un barco carguero, donde iba un grupo de campesinos emigrantes que huían de las hambrunas que azotaban ese país periódicamente. Había llegado de Irlanda –sí– pero su destino era un puerto del Atlántico Sur, cuando el barco sufrió una avería y se vio obligado a detenerse en Santos. Del barco se escapó John y las malas lenguas dicen que dejó a bordo a su mujer y dos hijos. Se vino a este pueblo a orillas del mar unos meses después, con una mujer sobre cuyo origen circularían versiones tan diversas como la simpatía o antipatía que inspiraba: había sido vendedora de pescado en La Paloma o había estado acodada en un bar de mala muerte del bajo de Maldonado. En todo caso, aquí fue discreta y dejó que John Byron forjara su propia leyenda. Los

«Ahora que Oscar se ha ido, hay otros que recuerdan que un hombre rubio como el Capitán Byron venía a veces de otro pueblo a visitarlo y que fumaban juntos en silencio en la terraza, mirando el mar.»

más viejos de entre nosotros –los que lo conocieron– aseguraban que John no sabía nadar, que le tenía miedo al mar y que nunca se bañó en la playa, ni siquiera cuando hacía calor y hasta las viejas beatas se mojaban los tobillos levantándose las faldas con olvidada picardía. Ni siquiera entonces se lo pudo creer, no. Por eso cuando Oscar rememoraba esas hazañas nadie podía darle crédito. Sin embargo, ahora que se ha ido del pueblo, hay quien recuerda haber visto colgados en los muros de la casa que el viejo John levantó sobre las rocas de la punta Oeste una brújula, un cuadrante, un reloj de oro y viejos papeles con palabras que ninguno de nosotros podía descifrar.

Ahora que Oscar se ha ido, hay otros que recuerdan que un hombre rubio como el Capitán Byron venía a veces de otro pueblo a visitarlo y que fumaban juntos en silencio en la terraza, mirando el mar. Y hay hasta quien dice que ese hombre de apariencia más joven era uno de los oficiales del barco que al parecer naufragó en nuestra costa. Ahora que se ha ido de El Paso, el maestro de la escuela, don Cosme, cuando viene a tomarse una cerveza con nosotros, nos dice que Oscar –como un viejo marinero inglés al que habría cantado un poeta de cuyo nombre no se acordaba– sufría de una terrible agonía que lo obligaba a contar, una y otra vez, un naufragio. Aunque finalmente se calmaba, sentía unos días después una nueva angustia que le arrebatava el corazón, incendiaba su pecho y le hacía ver en el rostro de cada uno de nosotros un eco posible a una historia condenada a repetirse sin fin.

El maestro se pregunta ahora si no debió interrumpir por lo menos una vez a Oscar para preguntarle si en algún momento de su vida no había matado un albatros. Ahora que Oscar Byron se ha ido, nos hacemos muchos reproches, pero hay que reconocer que, de todas maneras, sus relatos de naufragios no dejaban nunca trazas en nuestra costa. No había maderas flotando, no había, sobresaliendo entre las olas, mástiles de veleros quebrados, ni cascotes de barcos encallados en las arenas de nuestras playas, para probar que su testimonio era cierto.

Sus naufragios no tenían sobrevivientes. No había signos de SOS escuchados las noches de tempo-

ral. Todo se lo engullía el océano. No había otro relato que el suyo, contado con grandes gestos de sus manos nerviosas en el centro de la rueda del bar. ¿Cómo aceptar —entonces— que sus ojos habían traspasado las tinieblas rasgadas por rayos y centellas, para ver cómo se hundían sin dejar ningún rastro sus grandes y pequeños barcos, sus veleros, sus chalupas, sus buques mercantes de banderas desconocidas? A veces —hay que decir la verdad ahora que Byron se ha ido— detrás de su relato llegaba a nuestras playas una débil prueba de lo que había dicho. Recordemos, por ejemplo, cómo una mañana se nos apareció el mar cubierto de esferas blancas, miles de huevos que flotaban y que se depositaron en la orilla con la suavidad de la calma que sigue a la violencia de un temporal de otoño. Recordemos que, tres días antes, Byron nos había contado que un pequeño buque mercante andaba a la deriva frente al cabo que cierra la playa por el Oeste y que, para evitar encallar en sus rocas, había visto a la tripulación arrojar parte de la carga por la borda. Recordemos ahora cómo nos reímos entonces a sus espaldas, porque nos parecía que su fantasía había rebasado el margen de credibilidad que otros naufragios necesitaron para ser posibles. Hubiera bastado imaginar que los barcos también pueden transportar huevos de un país a otro para creer que lo que sucedió frente a nuestra costa pudo haber sido cierto. Se hubiera podido, sin mucho esfuerzo, haber creído a Byron cuando aún estaba entre nosotros. Porque pescadores y contrabandistas sabemos que en esta costa naufragan muchos barcos, más allá de los límites de nuestra aldea. Lo leemos a veces en los periódicos que llegan por casualidad, lo escuchamos en la radio y sabemos que en invierno hay pueblos enteros que ven, dominados por la impotencia, cómo se debaten en el centro de tempestades barcos que se hunden con estrépito frente a sus ojos.

Sabemos también cómo en las madrugadas solitarias que siguen a esos temporales, muchos habitantes de esos pueblos se aventuran en los barcos semihundidos para descender maletas y baúles, arrancar linternas, maderas de puertas y balastradas, llevarse ollas, vajillas, cubiertos y las mantas y sábanas empapadas de camarotes desolados.

Sabemos que los barcos son saqueados en los días que siguen y despojados de todo bronce o hierro, antes que el óxido llegue.

Sabemos que esos saqueos duran varios meses y que el tiempo se encarga de lo demás. En unos años, esos barcos de colores vivos y pabellones diversos quedan reducidos apenas a un casco, donde es imposible reconstruir con la imaginación el impecable trazado de la proa original.

Y sabemos, finalmente, que el naufragio que fue titular de primera página en un periódico de la capital es ahora solamente una cruz en un mapa, cuyo significado sólo recuerda un memorioso, parte de un paisaje que no puede imaginarse sin sus despojos; nada más. Más allá de nuestro pueblo pasan estas catástrofes que merecen la atención, pero aquí no podía ser posible mientras vivía entre nosotros Byron. Este descendiente de irlandés con aire de rubio solitario y mentiroso no podía ser el único capaz de descubrir un naufragio entre dos relámpagos y una tempestad.

Sin embargo, ahora que se ha ido, nos preguntamos si no veía realmente los naufragios aunque sucedieran lejos. Tal vez podía vivirlos aquí, como si los viera realmente o, tal vez, los veía aunque hubieran acaecido muchos años o décadas atrás. ¿No nos hablaba a veces de barcos de antiguo velamen o diseño superado? «De allí le venía el alma compleja, el llamado confuso de las aguas, la voz inédita e implícita de todas las cosas del mar, de los naufragios, de los viajes lejanos, de las travesías peligrosas...». Estos versos nos los recita ahora el maestro del pueblo, citando a otro poeta cuyo nombre tampoco puede recordar, pero del que sabe era portugués, lo que nos asombra, como si los portugueses no pudieran ser poetas y sólo pescadores o emigrantes. En los meses que precedieron a su partida, Byron aparecía más agitado que nunca. Madrugaba más que ninguno de nosotros, caminaba a lo largo de las playas desiertas los días de temporal, cuando nadie se atrevía a aventurarse fuera de su casa, y volvía empapado, muy tarde en las madrugadas, con los ojos iluminados por un nuevo naufragio al que había asistido como testigo privilegiado.

El último invierno que pasó entre nosotros, Byron fue el único en aventurarse en la Punta del Dia-

«Sus naufragios no tenían sobrevivientes. No había signos de SOS escuchados las noches de temporal. Todo se lo engullía el océano. No había otro relato que el suyo, contado con grandes gestos de sus manos nerviosas en el centro de la rueda del bar.»

blo, donde las rocas terminan en forma abrupta en el mar que se transforma en océano hacia el Oeste de ese cabo, más allá del faro abandonado hace muchos años. En esos meses Byron era el único que hablaba en las veladas del bar Jiménez, mientras nos observaba cómo bebíamos en silencio, esquivando cruzar nuestra mirada con la de sus ojos azules. A fines de ese invierno, una noche excepcionalmente estrellada y tibia, Byron entró más agitado que de costumbre y nos dijo, casi gritando: «No me creerán, pero hoy me ha pasado algo extraordinario». Nadie le preguntó: «¿Qué has visto hoy, Oscarito?», como hacíamos en alguna ocasión, disimulando apenas nuestra ironía, porque ni ese día, ni la noche anterior, temporal alguno había barrido la costa para justificar la historia de un naufragio percibido entre dos relámpagos. Pese a nuestro silencio, nos contó en su hábil tiempo presente: «Estoy esta tarde en la playa, a la altura del Fortín, cuando creo ver el resto de un mástil movido por las olas, al borde mismo del mar. Al acercarme me doy cuenta de que no es una madera la que flota en la orilla, sino un cuerpo humano, más bien los restos de un cuerpo desfigurado por el mar. Es el cadáver de un hombre de unos cuarenta y tantos años, bien vestido con los andrajos de un smoking o un frac, algo así. No está hinchado como suelen estar los ahogados que he visto tantas veces balancearse en las olas; sus rasgos son casi normales, pero como están mordidos por la vida del mar, comenzados a disolverse para siempre en el cuerpo de peces y crustáceos. Se le ve, pese a todo, un algo de elegancia perdida, como de personaje de película, con un algo de hombre importante caído al mar. Sus dedos azulados, los zapatos de charol, el perfil de su rostro, ese conjunto de cosas sutiles que nos dicen que alguien no es de nuestro mundo, aunque haya irrumpido en él, traslucía su propia inercia. Así era el ahogado que me encontré esta tarde en la playa». Nadie parecía escuchar a Byron.

«Todos nos reímos, menos Byron. Alguien había mencionado la palabra “confianza” y lo habían herido para siempre. Empezó a tartamudear, quiso gritar entre el estruendo de la carcajada general.»

Todos aparentábamos estar preocupados por el juego de cartas de baraja, por la botella que se vaciaba, por la puerta que se abría y cerraba de golpe con los que iban llegando al bar. Oscar siguió hablando, como ordenando para sí mismo los recuerdos frescos de esa tarde soleada del mes de febrero, de ese último invierno que pasaría entre nosotros: «Estoy mirando el cuerpo, cuando una ola le abre los restos de la chaqueta de fiesta y veo un gran sobre alargado en su bolsillo. Me inclino y lo tomo. Está empapado y cerrado con un lacre. Cuando lo voy a abrir, oigo un rumor que viene del mar. Una lancha se acerca a gran velocidad, dando saltos sobre el agua. Más allá, un yate se balancea con

suavidad, inmóvil en la tarde apacible. Tengo miedo, no se por qué. Agachado, trato de que no me vean y me escurro entre las dunas y me echo al borde mismo del bosque que bordea el camino. Acostado en la arena, veo llegar la lancha que recorre con lentitud la playa. En la proa, un hombre corpulento mira con unos gemelos la orilla, hasta que descubre el cuerpo del ahogado y con gestos enérgicos indica a dos marineros que se acerquen. Observando la costa desierta, lo izan con exagerado disimulo y hurgan entre sus ropas como si buscaran el gran sobre lacrado que yo tengo entre mis manos». Byron se pasó esas mismas manos por la frente y conjurando sus recuerdos, prosiguió: «La lancha no se va. Está detenida a unos metros de la orilla y el hombre de los binoculares barre lentamente la playa como si buscara algo, como si estuvieran buscando a alguien más. Con las piernas abiertas para mantener el equilibrio en la proa oscilante, parece detenerse por unos segundos en el borde del bosque donde estoy escondido. Pero la tarde está cayendo y cada vez hay menos luz. De golpe la lancha se pone en movimiento y se va como llegó, tragada por la distancia, hasta llegar junto al yate que leva anclas y se esfuma en el horizonte». Byron quedaría, una vez más, solo con su historia. El ahogado ha sido llevado lejos de cualquier otro testigo. Pero esta vez un sobre lacrado y húmedo ha quedado en sus manos. Y Byron, bajando la voz nos dijo: «Entonces rompo el lacre, abro el sobre y encuentro varios miles de dólares en billetes de cien y de quinientos». Nuestro silencio sería de sorpresa y no de indiferencia, una atención conquistada a golpes por las palabras mágicas: «Billetes, miles de dólares».

Lo miramos y vimos sus ojos llenos de satisfacción. Por fin había podido comprar nuestra incredulidad, con los miles de dólares de su fortuito hallazgo. Alguien le pediría entonces:

—A ver, Oscarito, muéstranos un billete.

Con la calma de su nueva posición triunfante conquistada, nos respondió: «Lo siento, no tengo nin-

guno aquí. Estaban mojados y los estoy secando en casa, junto a la estufa».

—¿Ni uno, Oscar, no tienes ni uno para pagarnos una copa? ¿No tienes ni uno para comprarnos un poco de confianza en lo que dices? —le preguntó Romualdo y nos echamos a reír. Todos nos reímos, menos Byron. Alguien había mencionado la palabra «confianza» y lo habían herido para siempre. Empezó a tartamudear, quiso gritar entre el estruendo de la carcajada general: «Pero además de los miles de dólares, me he encontrado una mujer muy hermosa». Nadie hacía caso a Byron. Después de oírlo durante años en silencio, todos se reían y hacían ruidos desagradables, como si quisieran terminar para siempre con sus historias de ahogados, naufragios y botines perdidos. La emoción y el desconcierto parecían escaparse de los puños tensos de Byron y su voz se quebró en sollozos cuando añadió: «Me encuentro una mujer hermosa desvanecida unos metros más allá del ahogado, enganchado y disimulado su cuerpo entre dos rocas, un vestido de noche pegado a su piel como si fuera una auténtica sirena. La creo muerta, pero está viva. La tomo en mis brazos y ella abre sus grandes ojos de color verde claro y me mira profundamente, como nunca nadie me ha mirado». No escuchábamos a Byron. Había llegado nuestra hora y le gritamos:

—¡Irlandés mentiroso!, nieto de un campesino cobarde que le tuvo siempre miedo al mar. Estamos hartos de oírte, Byron. Basta, irlandés, basta con tus historias.

Y Oscar Byron, con la voz quebrada, entre un sollozo y la indignación, seguía explicando, como si quisiera justificarse hablando siempre en ese tiempo presente con el que quería dar más emoción a todos sus relatos: «La llevo a casa donde está durmiendo. La abrigo, enciendo la estufa, me está esperando...». Sebastián se adelantó y entre las burlas del resto de nosotros, le dijo con una carcajada: «Vuelve a su lado, date prisa, vuelve con tu sirena. A lo mejor se despierta y se te escapa con los dólares. Mira qué buena historia tendrás para contarnos mañana: cómo se te ha esfumado el amor y el dinero». Byron nos miró uno a uno, buscando una sola mirada

«Y Oscar Byron, con la voz quebrada, entre un sollozo y la indignación, seguía explicando, como si quisiera justificarse hablando siempre en ese tiempo presente con el que quería dar más emoción a todos sus relatos.»

solidaria, uno solo que no se estuviera riendo y fue entonces cuando se dio cuenta de que la piel blanca que lo separaba de todos nosotros estaba rasgada para siempre como la tensa de un tambor que no redoblaría nunca más. Entonces Oscar Byron salió, y cuando esperamos volverlo a ver a la noche siguiente como si no hubiera pasado nada, dispuesto a contarnos un nuevo relato que pudiera ser otra mentira, supimos que se había ido de El Paso. No hemos vuelto a verlo desde entonces. Pero sabemos de él o creemos saber, porque atenuados por la distancia y el tiempo, (¿Sabe alguien a qué velocidad viajan los rumores?) nos llegan vagos ecos, no sólo de Byron, sino de una pareja de rubios de aire extranjero que se han establecido con un bar en la costa, más allá de nuestro pueblo.

Dicen que el dueño de ese bar cuenta todas las noches historias de naufragios que vio en un punto de la costa donde nació y vivió muchos años y que nosotros quisiéramos ahora que fuera la nuestra.

Dicen que los parroquianos de ese bar lo escuchan asombrados, le hacen preguntas, y que una mujer rubia muy hermosa sonríe con aire de ser feliz, sentada detrás de la caja registradora. Esto es lo que dicen algunos. Porque hay otros que afirman que esa pareja de rubios (en los rasgos del hombre queremos descubrir a nuestro Oscar) cuenta naufragios que dicen haber visto tomados del brazo, paseando las noches en que hay tempestades por esa costa.

Ahora —allá, lejos de aquí— todos lo creen, porque además cuando narra sus naufragios rodeado por sus propios parroquianos, ella —la rubia— acota con seriedad: «Sí, es cierto», o «Así fue». Pero unos y otros —todos nosotros— sentimos que lo más grave, desde que se ha ido Byron de nuestro pueblo, es que aquí ya no pasa nada digno de ser contado y que la verdad de nuestras vidas cotidianas es muy aburrida. Descubrimos con angustia que este pueblo necesita —como probablemente también lo necesitan otros pueblos— de algo que parezca mentira para seguir viviendo y para que las noches de invierno resulten menos largas. En realidad —nos lo decimos todos— ahora que se ha ido para siempre no hubiera sido tan difícil creer a Oscar Byron.

© Fernando Aínsa



CONOZCO UN ATAJO QUE TE LLEVARÁ AL INFIERNO,
de Pepe Cervera

E.D.A. Libros
Fecha de publicación: 2009
189 páginas
ISBN 9788493647766

* * *

Pepe Cervera, autor del libro de relatos *El tacto de un billete falso*, que ganó el XVI Premio Alhóndiga de narrativa breve, edición 2005, de los Premios Otoño Villa de Chiva, nos presenta ahora *Conozco un atajo que te llevará al infierno* (e.d.a. libros), cuyo título ya abre una serie de expectativas muy sugerentes. El lector sabe que la travesía no va a ser cómoda, ningún viaje al infierno puede serlo. Y lo primero que uno percibe cuando empieza a leer es que Pepe Cervera es un escritor concienzudo, con un estilo muy pulido y directo. Su forma de narrar es contundente y se muestra dispuesto a escarbar en la realidad, a detenerse en esos momentos que nos van definiendo, que van marcando la hoja de ruta de nuestra vida, de un modo sutil, dosificando la información, golpeando mientras nos mira de frente.

El libro se presenta como una serie de relatos interconectados, lo cual da unidad al conjunto, ambientados en un lugar imaginario, Alhofra, identificable con alguna de las poblaciones de la periferia de Valencia, donde el autor reside. Es un libro de relatos pero también puede ser una novela fragmentada en la que el lector va atando cabos, relacionando a los personajes, con naturalidad, gracias a detalles muy visuales y precisos que el autor nos va proporcionando con un tono lacónico, con una eficaz distancia de la voz narradora. Paso a paso va componiendo una historia centrada en las relaciones familiares y la memoria, seleccionando momentos significativos de unos personajes que se entrecruzan, a los que vemos de lejos o que nos hablan en primera persona, como piezas de un rompecabezas que va armándose para mostrarnos algo más grande. Una lectura adictiva que resulta favorecida por la excelente edición.

En estas páginas encontramos a Andrés Tangen, somos testigos de episodios que transcurren en distintos momentos de su vida, nos presenta a amigos y familiares, vemos cómo son y lo que fueron. Y esto lo consigue Cervera con un complejo ensamblaje, con una estructura muy cuidada y una alternancia en las formas narrativas, variando la voz, el punto de vista y la distancia con la que se enfrenta a cada momento. Es evidente que nos encontramos ante un libro bien planificado.

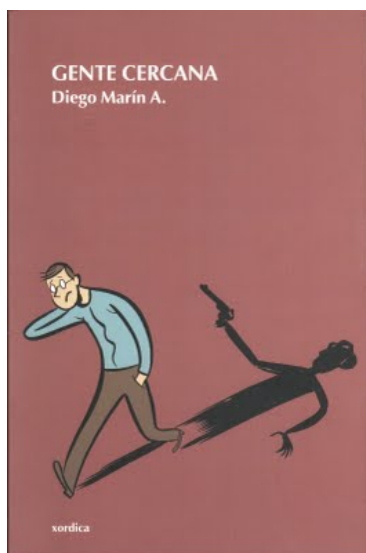
En el relato titulado «Deriva» encuentro una frase que puede aplicarse perfectamente a su forma de narrar: *La vida es así, muy parecida a un calidoscopio, y sus formas y sus colores cambian a medida que los años pasan.*

El estilo de Cervera es exacto, quirúrgico, directo y capaz de emocionar al lector y transmitir la humanidad de sus personajes. Los relatos suelen finalizar con un momento de soledad, de recogimiento, pinceladas que dibujan cierto sentimiento de nostalgia. El ser humano ante su destino, perdido, solo, luchando con las manos desnudas por abrirse camino. Fragmentos de un único recorrido vital, momentos concretos que forman parte de la biografía de un personaje. El día en que el hermano se marcha de casa para independizarse, o una pelea familiar, o cuando la mujer va a recoger a su marido a la salida de la cárcel y emprenden el viaje de regreso a casa, o cuando el protagonista decide abandonar el instituto, el recuerdo de la muerte de su mejor amigo, o la decisión de tener un hijo, el replanteamiento del futuro, la separación, el asesinato, la difícil relación con el padre... momentos que van encajando en esa historia, que la van dibujando en la mente del lector.

Entre la nómina de autores que va deslizándose Cervera por estas páginas, señal inequívoca de sus influencias y filias, encontramos a Fante, Hemingway, Sherwood Anderson, Cheever, Updike, McCu-llers... Este libro no defraudará a quien se acerque a sus páginas. Pepe Cervera demuestra en *Conozco un atajo que te llevará al infierno* que es un escritor hábil en el manejo de las herramientas de su oficio, un narrador concienzudo que no está dispuesto a darnos tregua.

© Miguel Sanfeliu

<http://ciertadistancia.blogspot.com>



GENTE CERCANA, de Diego Marín A.

Xordica Editorial
Colección Carrachinas
Fecha de publicación: 2009
144 páginas
ISBN 978-84-96457-45-4

* * *

ANONIMIA

El tema es viejo. Conocido. Y volverá a repetirse mañana. Tal vez dentro de diez años, con una nueva generación. Tal vez el año que viene, el próximo junio, cuando acabe el curso universitario. Siempre habrá alguien sintiendo el vértigo de lo que es irrecuperable.

Es como esa escena que todos conocemos. Una sala de cine. De repente la proyección se corta. Se acaba. Se encienden las luces y una voz por megafonía nos dice que la película ha terminado y que abandonemos el local climatizado. Salimos a la calle y es pleno invierno. O hace un calor que no deja respirar. Y nos ponemos a caminar sin saber a donde ir. Tropezando. Desorientados. *El desengaño es una fase cruel de la existencia.*

Gente cercana tiene la virtud de conseguir reconciliarme con mi reflejo. Con los fracasos, con lo perdido, con el muro de la realidad. *Gente cercana* habla de alguien que conozco, de una historia que conozco bien: «Estudiar una carrera para nada. Tener la sensación de haber perdido el tiempo. Estudiar una carrera y trabajar de otra cosa».

Gente cercana me reconcilia con mi pasado y con aquellos trabajos temporales que se convertían en la única perspectiva. Y toda aquella gente que conocí y volvió a cruzarse en mi camino para enseñarme que de aquel tiempo no queda nada. *Gente cercana* me confirma algo que sospechaba y que nunca me atreví a mirar de frente: que lo más difícil empieza después, cuando se acaba la fiesta y todos se van y te dejan solo y la casa sucia y vacía. Y te toca ponerte a recoger, tirar a la basura los platos rotos, poner todo en orden e intentar limpiar las manchas que nunca se irán. Que la vida está hecha de pequeñas historias que se acumulan igual que los billetes usados de autobús en tu bolsillo.

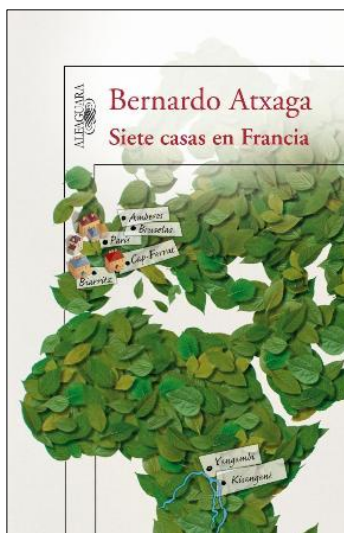
Diego Marín nos cuenta esas historias de una forma *cercana*, sencilla y reconocible. Diego es ese tipo que está de pie a nuestro lado en el pasillo del probador sujetando siete prendas mientras su novia se prueba una y se mira en el espejo.

Diego Marín crea un personaje que me reconcilia con mis dudas. Con las de alguien que escribe poemas y relatos y se avergüenza de escribir. Diego me descubre a César Simón y me recuerda un verso de Jaime Gil de Biedma *que me impide tirarme cada noche por la ventana*. Ese personaje –da igual si es autobiográfico o no– me ayuda a no sentirme solo. Porque él pensó *por algún tiempo que nada merecía la pena*. Me recordó todo el valor que en aquella época tenían la amistad, la música y el cine. Películas donde agarrarse. Canciones donde agarrarse, libros, biografías, poemas donde agarrarse fuerte para no caer.

Diego me reconcilia con mi anonimía, mi insignificancia, mi vulgaridad. Las pasaremos putas. Pero pasaremos de pantalla. A esa sombra le gusta asustarnos. Acojonarnos. Es nuestra y sin embargo le encanta vernos sudar. *Gente cercana* me ha enseñado que en un duelo a muerte no se trata de desenfundar y ser el más rápido sino que simplemente hay que saber que tu sombra no es más que una bocaza apuntándote con una pistola de fogeo.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



SIETE CASAS EN FRANCIA, de Bernardo Atxaga

Editorial Alfaguara
Colección Hispánica
Fecha de publicación: 2009
272 páginas
ISBN 978-84-204-2276-3

* * *

Un autor inteligente es aquel que nos subyuga desde el principio, el que consigue que nos involucremos y escuchemos atentos el ruido de los personajes, la trama de las acciones o esa sustancia temporal que fluctúa, marcando el ritmo de las acciones. Eso es que consigue Bernardo Atxaga con *Siete casas en Francia*, consigue subyugarnos, sobre todo porque nos muestra una tierra baldía, unos personajes casi esperpénticos y una situación histórica que aproxima poderosamente sus aristas a nuestra civilización. Atxaga sitúa los hechos en

un entorno determinado, el Congo Belga, el territorio inhóspito pero productivo que perteneció al rey Leopoldo II y donde el oprobio y el afán de riqueza destruyen cualquier resquicio de cordura humana.

Lo primero que nos llama la atención es su «título», *Siete casas en Francia*. El lector no tiene ni idea de que ese título, el umbral que lo induce en parte a comprar la obra, no es más que una trampa, ni siquiera una pista certera sobre el contenido de la novela. Tal vez la novela abra el agujero de nuestra imaginación y sintamos el gusanillo de la aventura, a eso nos suena el espacio mítico en el que se ambienta: el Congo, el África milenaria, ¿el paraíso? Pero aquí no es la aventura el motivo principal, sino la denuncia de las atrocidades cometidas, por «un puñado de dólares», como suele decirse.

Yanbamgi es uno de los enclaves militares que la Force Publique del rey Leopoldo II tiene en África. Rico en materias preciosas, el espejismo de la riqueza enerva los bajos instintos de los hombres que habitan ese particular infierno; la única carta que se levanta en la mesa es el deseo de rentabilizar no sólo la extracción de caucho, sino también el tráfico ilegal de marfil y maderas preciosas, cuyo precio está en alza en Europa.

La mujer de Lalonde Biran lo sabe. La conocemos a través de las cartas que manda a su esposo, en ellas muestra una intransigencia brutal: le conmina a permanecer en un país que él detesta, únicamente para lograr su capricho, una casa más en París. Casi nos apiadamos de ese pelele, pero poco a poco su imagen fantasmagórica va surgiendo ante nuestros ojos; su crueldad, su falta de ética, el despotismo con el que trata a sus subordinados. El dato que colma el vaso de nuestra repulsa es ese deseo desaprensivo y brutal de poseer a las jóvenes vírgenes de la tribu. Incluso, cuando el rastreador perro fiel que ejecuta sus órdenes le pide que le permita acostarse con la joven, el capitán le sugiere que escoja una hembra de entre los mandriles que han llevado a la tribu, una que le guste. Nos preguntamos en qué momento ese hombre, amante de la poesía, cuyos intentos por extraer momentos mágicos de inspiración de las situaciones más grotescas o desaforadas, en qué momento perdió su alma, en qué reducto del camino se volvió tan frío y paralizó a cada uno de sus subordinados, que se mueven a su libre albedrío.

Al lector se le hiela la sangre ante el mosaico de crueldades que describe Atxaga sin un ápice de sentimentalismo, con la seguridad del orquestador que se sabe seguro de su pluma: el autor nos muestra el torbellino de inhumanidad, con cierta ironía, acentuando los movimientos histriónicos de los personajes, deshilando con coletazos certeros sus comportamientos a cual más patético o insensible. Ni siquiera conseguimos encariñarnos con el nuevo oficial, Chrysostome Liège, el tirador infalible, que exaspera al resto. En apariencia es un misterio, un tirador extraordinario, un alma letal para los nativos o los elefantes; un hombre, que lleva un lazo azul al cuello, que se desabrocha la camisa y luce con arrogancia la medalla de la virgen. Todos conspiran a sus espaldas, todos buscan su punto débil hasta que descubren ese terror titánico por contraer la sífilis, una falta que castra su hombría: el temible cazador es incapaz de apuntar su propio gatillo.

El resto de los personajes son descritos con la misma descarnada indiferencia. El ex legionario Coco es un personaje hostil, acuciado por un sinfín de voces que apuestan sus decisiones en una ruleta maquiavélica. Donatien, por su parte, sólo es la sombra que sigue al capitán con la lengua

fuera, su brazo ejecutor, incapaz de discernir entre el bien y el mal. Ni siquiera podemos sentir lástima por Livo, aunque nos sintamos atraídos por su *oimbé*. La consabida imagen del *buen salvaje* que retrataron los hombres del Siglo de las Luces hubiera distorsionado la visión esperpéntica de este mundo carente de ética o libertades.

En un principio, el capitán, el gran orquestador, siente que su territorio ha sido tocado por la batuta de la fortuna; la inminente visita de Leopoldo II enciende la cerilla de su autoestima: el rey se dispone a visitar el Congó, para dotar al pueblo de una reina *comme il faut*, una bailarina de la que se ha encaprichado. Pero pronto el castillo de naipes se derrumba. La visita se transforma en una situación más grotesca si cabe; sólo vendrá una pequeña comitiva, con el Papa, un periodista famoso y una virgen, cuya imagen conquistará el río y muchos kilómetros a la redonda. La idea de colocar una virgen, símbolo de la pureza, en el territorio menos virtuoso del planeta; un reducto donde el látigo, la muerte y la falta de ética, se ha adueñado de la vida, es una bufonada más, otra vuelta de tuerca del autor.

Sin duda Atxaga consigue mover los hilos de sus personajes con eficacia. Sus movimientos son como teas candentes por las que transita un lector que poco a poco va inmiscuyendo más en los acontecimientos, no sin cierto pavor ante lo que se nos va narrando. El autor se mueve con comodidad, no se rasga las vestiduras, no adoctrina al lector, sólo marca el ritmo depravado de sus personajes, dejando las pinceladas certeras, hasta conferir una caricatura mordaz de una situación histórica, que puede y debe posicionarnos.

En definitiva, al igual que ya hicieron otros, el supuesto distanciamiento es una excusa para que sintamos de qué calaña estamos hechos. Los hilos de la codicia, la impudicia y la falta de ética siguen moviendo este barco que se dirige peligrosamente al iceberg. Y nadie se acuerda ya de aquel viejo dicho de Gracián, que debería ser el timón que moviera el barco. Esa agudeza verbal que nos recuerda que:

*«Hemos de proceder de tal manera
que no nos sonrojemos ante nosotros mismos».*
Baltasar Gracián.

© Ághata

<http://elarlequindehielo.obolog.com>



AMAR EN MARTES, de Angélica Morales

Editorial Certesa
Colección Cantela
Fecha de publicación: 2009
106 páginas
ISBN 978-84-92524-27-3

* * *

TIEMPO DE MUJERES

Si estuviera frente a ti no me atrevería. Me quedaría callado. Bien perfumado, pero callado. No me saldría ni una letra. Pero no te veo, y así, a escondidas, resulta muy fácil ser valiente y abrir la boca.

Empezaré por los defectos; igual que primero se dan las malas noticias. Un relato me sobra y el final de otro no me gusta. El que me sobra desentona en el conjunto. Como ir en chándal a una cena de gala. Y el final del otro le quita credibilidad a la historia. En mi casa me oyeron gritar un alto y claro ¡oh, no!, cuando me dí de golpe con él. Y es que el realismo intimista del relato se rompe en pedazos con ese fantasma de sobre sorpresa. Su aparición convierte la seriedad y emoción de la historia en un mal chiste de Halloween. Lo siento, pero me pediste sinceridad y te la doy. Aunque, te puedo asegurar, que si fuera posible, también yo robaría rosas para ti.

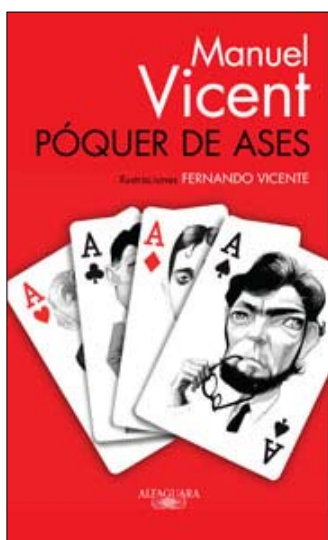
Ahora los elogios, las buenas noticias. Y te diré que el tiempo no te ha robado un gramo de belleza y sí que le ha dado profundidad a tu escritura. Dos años desde tu *Piel de lagarta* y te presentas igual

de hermosa pero con otro vestido y otro perfume. Con tu estilo personal y único, pero más realista, más íntima, más observadora, más sentimental y melancólica. Supongo que tendrá algo que ver con todo el amor que se adivina en tu dedicatoria. Esos recuerdos que se deslizan en dos relatos memorables. Aquella casa con el balcón en ruinas y un nombre escrito en una lápida.

En *Amar en martes* está la Angélica que me conquista con su imaginación y su sensibilidad. Está la que inventa a una Venus rediviva que un día a la semana habla bien clarito y llama a las cosas por su nombre y también la Angélica que habla de piedad y perra vida. De los débiles, los sin suerte y los vagabundos. Está la Angélica que ya conocía de antes de las metáforas deslumbrantes y los monólogos teatrales y una nueva que me emociona balanceándose en una mecedora en el salón de una casa sola. Está la Angélica de la carcajada y el surrealismo típico de Leuret que bebe gin-tonic en un botijo con una Angélica que habla de la herida dolorosa que dejan la muerte y la ausencia. La Angélica de las historias de catalepsia y mujeres diabólicas al estilo Clouzot con una Angélica que hace protagonista de sus relatos a los seres insignificantes que pueblan a escondidas la tierra. Una nueva Angélica que hace protagonistas absolutas de todos sus relatos a las mujeres. Mujeres descaradas y tímidas, mujeres valientes y heridas, fuertes y débiles, mujeres vivas y mujeres muertas. Mujeres a las que echar de menos cuando *pesan más las ausencias que los zapatos*. Conversaciones de mujeres a dos voces en un bar, soliloquios de mujeres en velatorios, cementerios y conciertos de música clásica hablando de amor y diciendo verdades como puños. Conversaciones entre mujeres; intimidad, recuerdos, dudas, desilusiones, secretos y sentimientos de mujeres. Sí, es verdad; si fuera posible, también yo robaría rosas para ti.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



PÓQUER DE ASEs, de Manuel Vicent

Editorial Alfaguara

Fuera de colección

Fecha de publicación: 2009

328 páginas

ISBN 978-84-204-0529-2

Ilustraciones: Fernando Vicente

* * *

Manuel Vicent nos ha dado la alegría del otoño con este exquisito libro que es *Póquer de Ases* (Alfaguara), un libro breve que te deja con ganas de más.

Póquer de ases es la enhorabuena de este otoño.

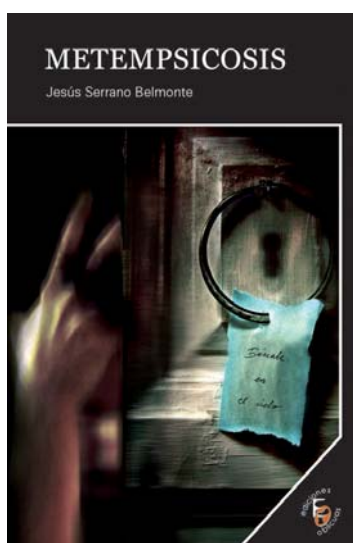
Manuel Vicent en cierto modo nos devuelve el placer de la lectura y hace que aflore en nosotros esa semilla que existe para los que cultivamos el gusto por aprender. Destapando, sacando a la luz, secretos, detalles de nombres de renombre. 31 en concreto. *Póquer de ases* es un libro infinito. De infinitas posibilidades que ojalá no acabase nunca. La prosa poética de Manuel Vicent y la determinación hacen de él una excelente amalgama de pequeñas biografías que son arquitectura precisa, orfebrería de palabras. Manuel Vicent posee el don de convertir todo en historias deseables para el oído. Convierte todo en historias que apetecen leer y escuchar. Manuel Vicent es de los que sin contemplaciones llaman al pan pan y al vino vino y eso gusta. El placer de llamarle a cada cosa por su nombre, de encontrar el adjetivo adecuado para cada persona, la frase perfecta para cada situación. Manuel Vicent utiliza las palabras como arma de precisión para comunicar, para transmitir, para contar historias. El discurso de Vicent nunca es hueco. Siempre es certero. Porque a la legua se ve que ama su oficio. El oficio de trajar con palabras. *Póquer de Ases* es un libro para tirar del hilo y acometer la lectura y la relectura de esas grandes obras que volvieron ases a estos personajes, que Vicent con su elegancia característica deja literalmente en cueros en estas pequeñas biografías que retratan la trayectoria literaria, la vida, el alma y lo que es más difícil pero que al ojo de Manuel Vicent no se resiste, su esencia.

En párrafos memorables como este sobre Rilke, (pag. 208): «Lo suyo era rozarse con las amantes como con las alas de los ángeles. Buscaba una mujer que fuera guardiana de su soledad. Por lo demás, el poeta sólo necesitaba silencio. Clara le dio el silencio y la lejanía...»

Y así como quien no quiere la cosa nos dibuja y desvela todo lo que hay que saber sobre: Camus, Miller, Beckett, Cortazár, Greene, Casares, Joyce, Faulkner, Lampedusa, Céline, Parker, Conrad, Woolf, Scott Fitzgerald, Thomas, Capote, Pessoa, Pla, Williams, Rilke, Proust, Gide, Kafka, Stein, Hesse, Baroja, Heningway, Benet, Borges, Azcona, Mann. *Póquer de ases* es un libro delicioso que pasa a ser entrañable después de su lectura, al que con acierto se le han unido los dibujos de Fernando Vicente y el saber hacer, el saber contar del que siempre será maestro Manuel Vicent.

© María Aixa Sanz

<http://mariaaixasanz.blogspot.com>



***METEMPSICOSIS*, de Jesús Serrano Belmonte**

Ediciones Oblicuas

Fecha de publicación: 2009

98 páginas

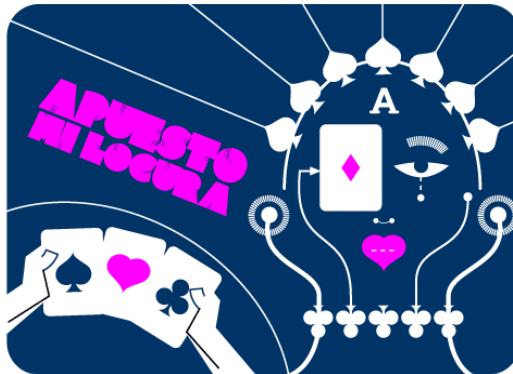
ISBN 978-84-937458-5-1

* * *

Empecé las primeras líneas del primer relato y no las tenía todas conmigo. Me encontré perdido en un mundo onírico donde todo colgaba de la nada y no parecía llevarme a ningún sitio comprensible. Pero se trataba solo de un es-pejismo fugaz, de una entrada balbuceante que se convirtió en potente interrogante pasados los tres primeros párrafos. Una escritura poética a la vez que ágil me acompañó durante el resto de la lectura. Y mientras avanzaba la incógnita en sí mantenía su fuerza y era sustento de un mundo único a la vez

que abierto a miles de interpretaciones. A partir de ahí, pocas críticas por hacer y sí muchas interpretaciones favorables. Se trata este de un libro de relatos cortos pero reflexivos, con una carga poética de trasfondo para historias ágiles y originales. El lenguaje es siempre fluido por trabajado. Los finales son trepidantes, inesperados y, a parte de algún caso concreto (de, por cierto, dos grandes relatos en lo que al resto de la historia se refiere), abiertos a la creatividad misma del lector, que se queda colgado de ellos y de sus mundos futuros. Uno no puede dejar de plantearse dónde nos quiere llevar el autor; por dónde seguirán las aventuras de nuestros nuevos conocidos/personajes; cuáles son las respuestas a todos esos desconocimientos que no nos han sido revelados. Se acaba el relato y, por corto, se quiere más y a la vez da un no sé qué introducirse en un nuevo episodio y abandonar en la memoria todo aquello que solo fue durante un instante demasiado escueto. Todo esto, según mi humilde opinión, es característica evidente de buen escritor; de autor que llena su obra de incógnitas con intenciones para con el lector. Jesús Serrano Belmonte nos lleva a recapacitar sin moralizaciones impuestas. Se trata de un recurso habitual, pero difícil de modelar con la pulcritud y la magia que Jesús consigue casi sin esfuerzo, recurriendo a consciencias capacitadas para narrar y sugerir; esbozando fragmentos de vidas que nos harán sufrir la verdad; entrelazando realidad y ficción, personalidades y alter-egos, perdidos en la inmensidad de la creación, del relato dentro del relato, de la vida fuera de la vida; consciencias engañosas en situaciones que las confunden aún más (si eso es ya posible); críticas a un mundo moderno y despiadado desde lo más recóndito del ser; biografías literarias de mundos misteriosos en vía de extinción; personalidades superpuestas por obra y gracia de una sociedad en proceso de mecanización; gentes huyendo del mundanal ruido sin posibilidades de redención. Todo ello con sutileza e imaginación, con habilidad y grandeza literaria, con intención pero sin sobreesfuerzos. En fin, con un arte y una sensibilidad para seguir, desde hoy mismo, con lupa. Un descubrimiento, pues, que no debe dejarse aquí.

© Maiol de Gracia Clotet



~~~~~  
*Les contaría el resto,  
Pero desconozco el inicio  
concentrado en lo que no debía.*



~~~~~  
♣ *Creo que sólo fui su títere,* ♣

~~~~~  
*Como única sospecha  
recuerdo  
su cara de jugadora de póker.*

~~~~~  
♦ *CARTAS JUGADAS* ♦

~~~~~  
*CARA ESCALERA*

~~~~~  
LA MANO PERDIDA ... EL BESO ROBADO

~~~~~  
*MI ALMA EMPEÑADA*

~~~~~  
*Recuerdo su
SONRISA TERRIBLE
DE PESADILLA ENLOQUECEDORA*



© DaniFrame / Emilio Gil

NATALIA GINZBURG

por María Aixa Sanz

Gracias a ese hilo invisible que en la literatura nos lleva de un libro a otro, de un autor a otro, en una suerte de mágica complicidad y de aventura y descubrimientos seguidos, cayó en mis manos el volumen titulado *Ensayos*, de la italiana Natalia Ginzburg, publicado por la editorial Lumen, que recoge dos de sus libros de artículos: *Nunca me preguntes* y *No podemos saberlo*. Fue tan agradable el descubrimiento, el placer de leer a esta autora y el saber que estaba ante unos textos que serían releídos infinitas veces, que me aboqué como una loba hambrienta sobre el resto de la obra de Natalia Ginzburg, de esta forma he podido disfrutar de las novelas: *Querido Miguel* (Acantilado) y *Léxico familiar* (Lumen). Antes de escribir sobre la impresión que me causaron éstas, me detengo en el fantástico libro que es *Ensayos*. Un libro con una prosa vivaz, ágil, limpia y sobre todo sincera, que te regala una dosis de optimismo y cordura y que infunde vigor en el ánimo del lector. *Ensayos* es una aventura fascinante y más satisfactoria que muchas novelas, son artículos de opinión y de expresión, trabajados, elaborados con esmero y seriedad. Ginzburg nos invita a cavilar con las coherentes y nada obsoletas reflexiones sobre la morada que resulta ser nuestro hogar, sobre el proceso de escribir, sobre la muerte, el aborto, la creencia en Dios, la vejez, la pereza, los pequeños y aislados pueblos, la novela, el psicoanálisis, la infancia, las críticas, los valores, la fe, la influencia del arte, la palabra, la piedad, la inteligencia, las razones del orgullo, el mal, el valor y el miedo, el hombre y la mujer, el crucifijo en las escuelas... Siempre desde la perspectiva del individuo como un ente único frente a las generalizaciones o las asociaciones. La mirada de Ginzburg se posa sobre el individuo como el ser singular, solitario y único que es. «Cada ser humano tiene una fisonomía propia y una forma particular de estar en el mundo. Esto es algo obvio, pero parece que se ha olvidado.» *Ensayos* es pues un magnífico libro que será releído y consultado miles de veces puesto que ninguna palabra está escrita en vano, todas tienen su justa medida y su pertinente reflexión que estimula al lector y le encamina a encontrarse o a diferenciarse. Un verdadero placer.

A continuación voy a referirme a la novela que toma la forma de género epistolar, titulada: *Querido Miguel*, publicada por Acantilado en una traducción de la gran Carmen Martín Gaité. *Querido Miguel* es una obra madura a la que Ginzburg le da un ritmo trepidante al escoger como formato el género epistolar. En un cruce de cartas entre los miembros de una familia y de sus amigos más íntimos conocemos los avatares de ésta durante poco más de un año, sus sentimientos y la diversidad de opiniones de los que la componen, así como del protagonista principal Miguel, nexo de unión entre todos ellos. Escrita en 1973, Ginzburg muestra cómo la vida ha madurado en su obra y *Querido Miguel* es un conjunto de sinceridad y realismo reflejo de la vida contemporánea. La soledad del individuo es el tema principal, el que va cayendo como gotas con el paso de las páginas. *Querido Miguel* es una espléndida novela, por su desnudez y franqueza. Por la visión siempre certera que Natalia Ginzburg tiene sobre el alma humana. «Te parecerá raro, pero se aferra uno a deseos nimios y extravagantes cuando ya ha dejado de desear nada» (pag. 204) o «Se acostumbra uno a todo. Cuando ya nos hemos quedado sin nada» (pag. 211). Libro triste. Sí. Realista también. Hermoso, puesto que la vida siempre es un punto y seguido. No deja tiempo para los puntos y aparte. Puesto que quien deja de pedalear se cae de la bicicleta. Esta reflexión bien podría ser la moraleja de esta pequeña obra. *Querido Miguel* es un compromiso con la vida.

Y para finalizar me adentro en la novela autobiográfica *Léxico Familiar* publicada por Lumen y escrita en el año 1963. Ganadora del premio Strega, es el primero de sus libros que tuvo éxito. *Léxico familiar* es una comedia ligera que nos transporta a las puertas de la infancia de Natalia Ginzburg, y nos deja entrar y formar parte del léxico, argot, lenguaje común que tienen los miembros de su familia.

« (...) para volver a recuperar de pronto nuestra antigua relación y nuestra infancia y juventud, unidas indisolublemente a aquellas frases, a aquellas palabras. Una de aquellas frases o palabras nos haría reconocernos los unos a los otros en la oscuridad de una gruta o entre millones de personas. Esas frases son nuestro latín, el vocabulario de nuestro días pasados, (...) »

Léxico familiar no es un canto a la familia sino es más bien un canto al territorio común que ocupan y habitan los miembros de una misma estirpe haciendo de la palabra y de los recuerdos su territorio. Un territorio al que poder volver. Natalia Ginzburg, con la sinceridad que la caracteriza y su lenguaje limpio y fresco, convierte su infancia en una historia novelada cuya lectura es como un soplo de aire fresco.

© María Aixa Sanz

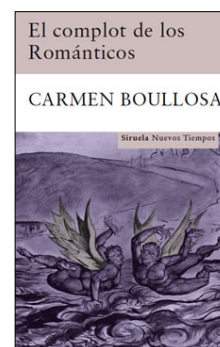
<http://mariaaixasanz.blogspot.com>

El complot de los Románticos

Carmen Boullosa

Editorial Siruela, 2009

El Parnaso, congreso literario que concede anualmente un premio al mejor inédito de un maestro, cambia de sede y busca una ciudad que lo albergue en 2007. Este festival tiene una peculiaridad: los participantes, auténticos clásicos, están todos muertos. Dante Alighieri, representando a los consagrados y custodiado por una joven poeta norteamericana muy de moda y una autora mexicana (narradora de la mayor parte de la novela), viajará a México, posible futura sede. Con ellas, visita un centro comercial, cruza diferentes fronteras entre Estados Unidos y México, es iniciado en la cultura contemporánea e incluso asiste al rodaje de El Zorro III. Ciertos hechos harán que Madrid compita también por la candidatura... *El complot de los románticos* obtuvo el Premio de Novela Café Gijón 2008.



El fondo del cielo

Rodrigo Fresán

Editorial Mondadori, 2009

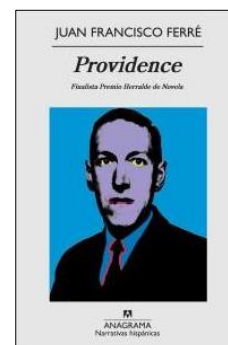
La nueva novela de Rodrigo Fresán nos lleva al fin de los finales del mundo. Dos jóvenes unidos por el amor a otros planetas y a una chica de poderosa belleza. Alguien que nos mira y que no puede dejar de mirarnos. Una novela legendaria. La nieve, las estrellas, y esa noche definitiva en la que todo termina para que así comience la historia secreta del universo. Bienvenidos al fin de los finales del mundo. La nueva novela de uno de las principales figuras de la narrativa hispanoamericana actual. Una novela que explora los cruces espacio-temporales, el amor como fuerza mayor que rige los destinos y el amor a la ciencia ficción.

El material humano

Juan Francisco Ferré

Anagrama, 2009

Providence es una miríada de novelas, todas ellas sorprendentes y originales: relato de terrores y terrorismos post-11S, novela de campus pornográfica, reverso tenebroso del *american way of life*, reescritura no cinéfila de la Historia del Cine; retrato, en fin, de una conspiración global para imponer el mundo virtual al mundo real. Su protagonista, Álex Franco, es un cineasta español con una visión perversa de Hollywood. En el Festival de Cannes conoce a una misteriosa mujer, Delphine, que le propone realizar una nueva película. *Providence* es también la ciudad donde se instala el conflictivo y escandaloso Franco, sin hacerse una idea de lo que le espera allí: sectas mafiosas, conspiraciones apocalípticas y sociedades secretas que pugnan por el control de su metamórfica realidad. *Providence* es un hipnótico viaje al fin de la noche americana: esa América real que encubre el horror gótico tras una fachada colorista de glamour y consumo.



Un zulo propio

Itziar Ziga

Editorial Melusina, 2009

Tras publicar *Devenir perra*, Itziar Ziga reúne esta colección de textos breves, precarios y bastardos. Han sido recuperados a lo largo de los años de múltiples ordenadores ajenos, gracias al nomadismo y a la precariedad que tienen por costumbre amenizar la vida de la autora. A menudo logró rescatar una copia en los instantes previos a cada naufragio, ruptura, huida o mudanza. Tania Head, Anna Ajmatova, Caster Semenya, Virginie Despentes, Rocío Jurado, Ocaña, Olympe de Gouges y muchas otras divas de su particular altar punk sobrepueblan estas páginas donde la autora se despacha en torno a sus obsesiones: el placer de las raras como venganza, la búsqueda

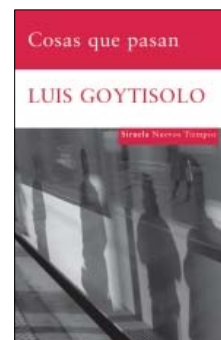
incesante de antepasadas perrunas, el feminismo lascivo y abrupto, la resistencia contra el capitalismo patriarcal... Porque se puede escribir sin una habitación materialmente propia pero no se puede escribir sin un precioso zulo interior.

Cosas que pasan

Luis Goytisolo

Editorial Siruela, 2009

El primer capítulo de *Cosas que pasan* se titula «El torbellino», y algo de torbellino tiene el relato en su conjunto, de comienzo a fin: una sucesión de hechos no precisamente cotidianos, con frecuencia terribles o turbadores o deslumbrantes, que girarán una y otra vez en torno al lector, esclareciéndole, paso a paso, lo que inicialmente pudo encontrar insuficientemente desarrollado. ¿Novela? ¿Biografía? ¿Metaficción? ¿Autoficción? ¿Fábula cuántica? La crítica clasificará esta obra conforme al criterio preferido por el crítico, sin que ello altere lo que es en sí el relato ni la emoción de su lectura. Como en *Estatua con palomas* o en *Diario de 360º*, los elementos auténticamente biográficos se entremezclan aquí a la digresión, la metáfora y la fábula. En favor de la intensidad significativa y de la capacidad de sugestión del relato.



De mecánica y alquimia

Juan Jacinto Muñoz Rengel

Editorial Salto de Página, 2009

De la investigación de un enigma en el Toledo musulmán a la legendaria construcción del reloj de Praga, de las visiones apocalípticas de un ayudante de alquimista a las ficciones futuristas de un escritor en el Londres victoriano, en este volumen el lector encontrará clepsidras y gólems, autómatas y pájaros mecánicos, azufre y melodías; historias que se trenzarán a través del tiempo en inesperadas relaciones hasta desvelarnos su misterio. Juan Jacinto Muñoz Rengel, uno de los mayores especialistas del relato en España, nos muestra con estas ficciones la gran calidad de su escritura y su capacidad para enhebrar once artefactos con la precisión de un maestro relojero. En definitiva, las razones que han hecho de él uno de los autores de cuento

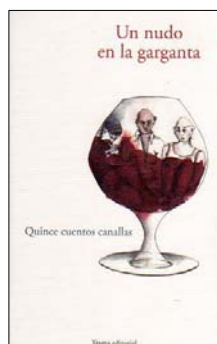
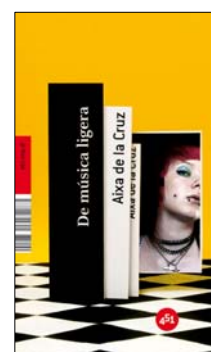
más galardonados de este país.

De música ligera

Aixa de la Cruz

451 Ediciones, 2009

Un encuentro fortuito. Una charla que se anima al calor de la cerveza. Los mapas de dos vidas se despliegan. ¿Se vislumbra un romance? Madrid. Cualquier pub irlandés. Cerveza y cerveza. De fondo suena el contradictorio imaginario musical de dos generaciones. Él es profesor de piano. Cuarentón. Escapó del autismo gracias a la música. Ella es una de sus ex alumnas. Veinteañera. Acaba de firmar una hipoteca con un rockero de tercera. Banda sonora original de la novela: Patti Smith, Public Enemy, los Ramones, Bob Dylan, Kurt Cobain, Johnny Cash, Dire Straits... Aix de la Cruz nació en Bilbao en 1988 y desde muy pequeña manifestó inquietudes por la música, la danza y la literatura. Ha publicado la novela *Cuando fuimos los mejores* (2007).



Un nudo en la garganta

VV.AA.

Trama Editorial, 2009

No encontrará usted, ávido lector, libro más canalla que éste que tiene ahora mismo en sus manos. Leída semejante afirmación, podrá usted dudar entre hacerse con él o volverlo a colocar sobre la estantería en la que tan tranquilo estaba. Podrá, por supuesto, decidirse por otro libro: una novela, un poemario, incluso otra colección de cuentos. O podrá marcharse a su casa, más tarde, sin libro alguno en su cartera. Podrá –tiene derecho a hacerlo– suponer que esta advertencia es una exageración: una trampa editorial, un juego de palabras que sólo busca un efecto mercantil. Y podrá –incluso sin terminar de leer esta contracubierta– hacer más cosas, infinidad de cosas que poco

o nada tiene que ver con nuestra antología. Pero lo que ya no podrá es olvidar que tuvo una vez en sus manos quince historias terriblemente canallas de quince autores que se propusieron –algo obligados, es verdad– escribir sobre una de las prácticas humanas más recurrente en los tiempos modernos. Esto no podrá olvidarlo aun volviendo a colocar este libro en la estantería: acción que nosotros, los quince autores responsables del contenido (unos malajes, otros pinches o malevos), no le aconsejamos hacer. Y preste atención: a cambio ofrecemos un nudo en la garganta. Un inolvidable nudo en la garganta. Queda usted advertido.

Los que rugen

Care Santos

Páginas de Espuma, 2009

Es sabido que los fantasmas conviven con nosotros. Care Santos nos muestra cómo rugen en la mejor tradición fantástica. Lo hace con una colección de relatos muy personales agrupados bajo una cita de Joyce: «¿Qué es un fantasma?, preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable. Por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres.» Todos ellos rugen en estas páginas: desvanecidos, impalpables, ausentes o mutantes, en historias que van del escalofrío del suspense al mucho más real, el de la vida misma. Porque, como dice Pilar Pedraza en la cita que encabeza el libro: «En el interior de las personas rugen los fantasmas». La nueva colección de cuentos de una de las voces literarias más interesantes en el panorama de las letras españolas, Care Santos. Finalista del XI Premio Primavera 2007 de Novela con *La muerte de Venus*, la escritora catalana (Mataró, 1970) se interna de nuevo con *Los que rugen* en el mundo de fantasmas y espectros, atmósferas fantásticas que impregnan nuestra realidad próxima con una gran y sugerente prosa.



Señales que precederán al fin del mundo

Yuri Herrera

Editorial Periférica, 2009

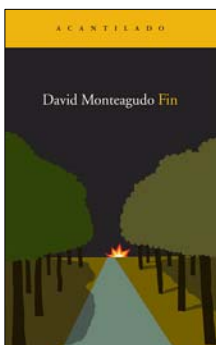
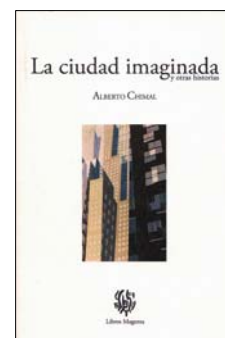
Señales que precederán al fin del mundo, es, sin duda, una de las novelas más singulares de entre todas las que se han escrito en español en este cambio de siglo. Y también una de las más bellas y precisas. Como ya sucedía en su anterior novela: *Trabajos del reino*, Yuri Herrera no escribe «simplemente» sobre México y la frontera, sino que crea *su* México a través de historias y leyendas del pasado y del presente. Y traza con exactitud el mapa de un territorio que es aún más gigantesco, hecho tanto de lo que está *sobre* la tierra y en lo real como de lo que está *bajo* ella y pertenece a lo mitológico, a las culturas precolombinas. Quien recorre ese territorio a través de las nueve etapas de los mitos, es Makina, un personaje sin parangón en la literatura actual de tan real como parece, a pesar de vivir en un mundo que es quizá el inframundo. Basta leer dos páginas, una, de este libro, y no hará falta más: ya no podrá escapar ningún lector de esta historia fabulosa que narra mucho más que el viaje de Marina en busca de su hermano.

La ciudad imaginada y otras historias

Alberto Chimal

Libros Magenta, 2009

Una de las maneras más efectivas no sólo de pensar sino de historiar una ciudad es imaginándola. Esto es algo que Alberto Chimal conoce de sobra. Las ciudades que él presenta a lo largo de este volumen de cuentos tienen que ver con sueños, obsesiones y organizaciones mentales muy parecidas al comportamiento exacto y caprichoso de una célula. Como el mismo Chimal lo afirma en la «Nota Final» que acompaña a este libro, las ciudades son habitáculos destinados, como la carne de sus habitantes, a perecer. Al escritor le corresponde entonces la noble tarea de fijar una imagen de ellas, a manera de testimonios o constancias de su existencia efímera. Hoy más que nunca esta reflexión narrativa se ha convertido en una realidad atroz para todos nosotros.



Fin

David Monteagudo

El Acantilado, 2009

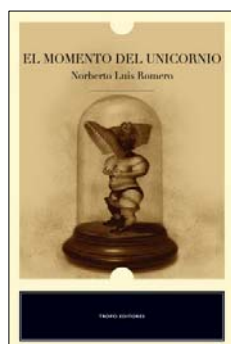
Un grupo de antiguos amigos, que ya no tienen nada en común excepto un turbio episodio del pasado, se reúne en un refugio de montaña para pasar un fin de semana. La reunión sigue fielmente el guión habitual de estos casos, pero, en plena celebración, un acontecimiento externo alterará por completo sus planes. Sometidos a una creciente presión, cada individuo interpretará los acontecimientos según sus particulares obsesiones; y entre confesiones y rencillas largamente incubadas se irá recomponiendo un esquema sórdido e intrincado de las relaciones que los habían unido en el pasado, todo ello bajo la sombra de una amenaza cada vez más cercana y palpable.

Las primas

Aurora Venturini

Editorial Caballo de Troya, 2009

Historia de iniciación ambientada en unos equívocos años '40 que despliega el mundo tortuoso de una familia disfuncional de clase media baja de la ciudad de La Plata. Las mitologías de barrio, la familia, la sexualidad femenina y el ascenso social a través de la práctica de las Bellas Artes aparecen puestas en escena y desmenuzadas por la voz inconfundible de la narradora, Yuna, una primera persona que contempla el mundo con una mirada salvaje, a la vez cándida y brutal, perspicaz y ensimismada, y lo narra con una prosa que pone en peligro todas las convenciones del lenguaje literario. A mitad de camino entre la autobiografía delirante y el ejercicio impúdico de la etnografía íntima, *Las primas* es una novela única, extrema, de una originalidad desconcertante, que obliga al lector a hacerse muchas de las preguntas que los libros suelen ignorar o mantener cuidadosamente en silencio.



El momento del unicornio

Norberto Luis Romero

Tropo Editores, 2009

Cada uno de sus relatos nos lleva por ignorados parajes que están fuera de la realidad y dentro de nosotros mismos. La inquietante extrañeza que Daniel Moyano señaló como característica esencial de la narrativa de Norberto Luis Romero se acentúa, si cabe, en los relatos de este libro. Pocas veces un escritor ha conseguido crear con tan limpia y escueta escritura una atmósfera más cargada de desasosiego, sensualidad y misterio. Desplaza los límites de la realidad cotidiana hacia espacios más oscuros y asfixiantes donde un fatalismo casi espectral parece impulsar las acciones de sus protagonistas. Se traslada así el sentido inicial de lo aparente hacia infiernos del alma

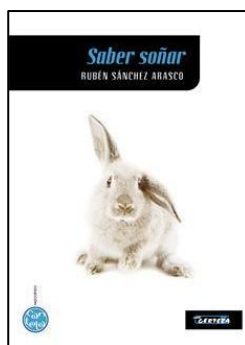
donde el primer enemigo es uno mismo, esa galería de fantasmas que llevamos todos dentro y que encuentra los más asombrosos modos de manifestarse al exterior, a ese otro espacio que el autor llama lado diáfano de la vigilia y que, no por tal, está libre de sufrir un brusco giro.

La máquina de languidecer

Ángel Olgoso

Páginas de Espuma, 2009

Los cien microrrelatos de este libro lúdico e inquietante, milimétrico y adictivo, diverso y embrionario, son orbes en miniatura, textos que en unas pocas líneas pueden transmutarse en delicadas esencias o en bebedizos letales, piezas repujadas por un exquisito orfebre desde el corazón de la extrañeza, ficciones concentradas e intensas sobre lo poco común, sobre los melancólicos misterios del cuerpo humano, sobre los enigmas de la vida y la magia oscura del tiempo. Las cien breves singladuras de este viaje fantástico le impedirán una aceptación sumisa de la realidad. No las recorra todas seguidas. Si puede. Olgoso es uno de los máximos representantes de la mejor minificción española, y muestra de ello es este volumen inédito que recoge un corpus equilibrado, novedoso y de altísima calidad, como viene siendo habitual en las entregas de este escritor granadino. En palabras de Justo Navarro: «Ángel Olgoso tiene una capacidad verbal e imaginativa que es una excepción en la literatura que ahora mismo se escribe en España. Cuando lees sus cuentos te dices: estoy ante un verdadero talento, y piensas que tienes que callar y observar el prodigio de la verdadera literatura».



Saber soñar

Rubén Sánchez Arasco

Editorial Certeza, 2009

Al resultado de la suma de sueño y vigilia lo llamamos vida, de suerte que cuando soñamos siempre estamos viviendo. Todos los relatos incluidos en el libro tienen que ver con el sueño. En uno de ellos este fenómeno natural se funde con una experiencia mística, en otro se difumina la linde que lo separa de la vigilia, mientras que en un tercero es la antesala del desenlace; finalmente, en el último, forma parte de la pasarela que lleva de un estado a otro. Mientras estamos despiertos somos, en buena medida, dueños de nuestros actos, pero cuando nos quedamos dormidos nos convertimos en sujetos pasivos en manos de un dios tan informal como Morfeo. Ya que es imposible aprender a soñar, intentemos, al menos, que los sueños nos deparen alguna enseñanza.

Recuerdos de un cine de barrio

José Angel Barrueco

Baile del Sol, 2009

«Aquí tienen ustedes, pues, enmascarada como en la butaca más oscura de la última fila de un cine, toda una identidad. No se trata sólo de una identidad testimonial, ni mucho menos de un relato costumbrista. Curiosamente, al contrario de lo que muchos se creen, en la literatura lo asombroso no es que personajes de ficción parezcan verdaderos, sino justo al contrario: lo maravilloso es que personajes que han sido de verdad den esa sensación de ficticios que ni las fabulaciones pueden conseguir. Así se logra este retablo legendario que es el libro de José Angel Barrueco, en el que lo verdadero acaba siendo el cine y lo mítico está en esos personajes laterales (porteros, taquilleros, clientes) que existieron peor en la realidad de la infancia del narrador que ahora, en el bullebulle de estas memorias amasadas con una mirada neutra, no exenta de cierta piedad...» (Tomás Sánchez-Santiago).



El viaje de un nihilista

Julio Baquero Cruz

Editorial Menoscuarto, 2009

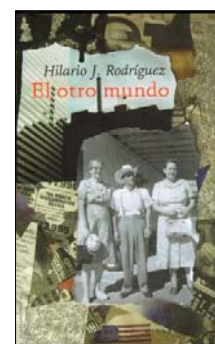
Novela, libro de viaje, diario, ensayo, confesión... En *El viaje de un nihilista* Baquero Cruz se mueve entre los diversos géneros y nos habla con una voz clara y sencilla. Para olvidar un gran amor perdido, el narrador y protagonista inicia un viaje melancólico por el centro y el este de Europa, bordeando el Danubio, camino de Estambul. Pero cada ciudad que visita y cada personaje con que se cruza sólo subraya la ausencia del amor y el absurdo de su vida. «El viaje no servía para nada. No era más que un círculo trazado en el vacío», nos dice en un pasaje de esta travesía interior en busca de coordenadas para existir.

El otro mundo

Hilario J. Rodríguez

Ediciones del Viento, 2009

Hubo un tiempo en que todo iba veloz y la radio del coche estaba encendida. Conducíamos de noche con las ventanillas bajadas, tarareando junto aquellas canciones, yo siempre a destiempo, sin llevar el compás, pero nada parecía importarnos demasiado, sólo la velocidad, el viento, las carreteras desiertas, la música... Hasta que un día nos adentramos en un túnel. Era interminable. Intentamos salir de él porque de pronto nos sacudió el miedo. Teníamos un hijo, dinero, comodidad, y ya nada nos divertía. Fue entonces cuando decidimos probar suerte en América. Y ésta es la historia de lo que sucedió allí, de cómo un negro sudanés regresó del pasado y su historia se mezcló con la de W. G. Sebald, de camisas olvidadas y buzones llenos de cartas para un destinatario desconocido, de un escritor que intenta comenzar su nueva novela pero no puede porque la realidad, a su alrededor, está rebelándose contra la ficción...



La estirpe de la mariposa

Magdalena Lasala

MR Editores, 2009

Zayyân, Lubná, Nûr, Sabay y Hawá conforman la estirpe de la mariposa, una fascinante y poderosa saga de cinco generaciones de mujeres independientes, bellas e inteligentes llamadas así por un pequeño colgante de cuarzo rosado que pasa de una a otra y que representa su más íntima independencia. Durante noventa años seguiremos sus vidas, conoceremos los hombres que amaron con pasión y asistiremos al esplendor del califato de Córdoba. Con un lenguaje pleno de riqueza expresiva, agilidad y maestría, seremos testigos de la construcción, cenit y decadencia de Madinat al-Zahrâ, la fastuosa ciudad imperial símbolo del Califato, y de cómo les afectará a nuestras protagonistas. *La estirpe de la mariposa*, una novela en la que Magdalena Lasala recupera un tiempo y un lugar injustamente olvidados de nuestra Historia, es una cautivadora novela que reflexiona sobre el poder y el amor a través de las voces de estas mujeres en la más bella ciudad jamás pensada: la ciudad del esplendor.

La amargura del triunfo

Ignacio Sánchez Mejías

Editorial Berenice, 2009

Esta novela es un retrato prototípico del ascenso y desengaño de un torero, con claves y un trasfondo muy originales debido a las manos, de sobra autorizadas, de las que procede. Con claros elementos autobiográficos y de la fijación de Sánchez Mejías con la figura de Joselito el Gallo, este texto alumbra de manera muy significativa el intenso mundo intelectual en que vivía inmerso el torero, en el que hasta ahora era conocido como promotor y autor teatral, y desde ahora también como novelista. *La amargura del triunfo* es la única novela que escribió Ignacio Sánchez Mejías, de la que hasta ahora sólo se conocía su anuncio y la lectura de escasas cuartillas en el Ateneo de Valladolid en 1925. Reconstruido y comentado por Andrés Amorós a partir de todo el material manuscrito del propio Sánchez Mejías, hallado recientemente, este texto nos muestra una faceta más de uno de los hombres más populares y proteicos de la cultura española del siglo XX.



Cuentos reunidos

Felisberto Hernández

Editorial Eterna Cadencia, 2009

Este volumen reúne parte de sus textos más significativos. *Por los tiempos de Clemente Colling, El caballo pedido y Tierras de la memoria*, tres libros donde se exploran los recovecos de la memoria, la creación a partir de la elaboración y el análisis de los procesos íntimos de la evocación. «Nadie encendía las lámparas», «Menos Julia» y «El acomodador», tres relatos posteriores a esa serie, van dejando la vía de la evocación para dar lugar a la invención y al misterio, que alcanzan uno de sus puntos más altos en *La casa inundada*. Completan esta edición el relato «El cocodrilo» y el manifiesto estético «Explicación falsa de mis cuentos». Como sostiene Gandolfo, no hay suerte

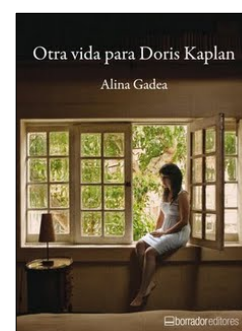
más envidiable que la de un buen lector que todavía no conozca algo de Felisberto Hernández, sin duda uno de los narradores más excepcionales de la literatura hispanoamericana.

Otra vida para Doris Kaplan

Alina Gadea

Borrador Editores, 2009

«*Otra vida para Doris Kaplan* está escrita en un tono íntimo, a modo de confesión, y su tema es el de las experiencias más personales, aquellas que solo la literatura puede revelar. El sentido y magnífico episodio de la muerte del padre con el que se inicia el libro es un anticipo de lo que va a ser: una historia personal, dramática, escrita con oficio y también con necesidad sobre las experiencias que más nos conmueven. Es un placer leer a una narradora tan fina y a la vez tan vital como Alina Gadea, porque su prosa avanza con una delicadeza y una fluidez maravillosas. En esta novela, los lectores encontrarán que las verdaderas aventuras son las que se viven en la conciencia.» (Alonso Cueto).



La carpa de oro

Charo Prados

Paréntesis Editorial, 2009

Dice un viejo aforismo que el poeta, a diferencia del científico y del periodista, habla en nombre de la naturaleza. En ese sentido, los relatos de *La carpa de oro* son sin duda cuentos de poeta. Charo Prados habla en nombre de sus personajes, en un complejo ejercicio psicológico de empatía de gran calado. Cada relato teje su historia en torno a un personaje central, que la autora sorprende en un momento significativo de su vida con brevedad magistral y una honestidad y valentía que realzan la hondura sentimental y la belleza de cada episodio. Utilizando un amplio abanico de técnicas narrativas, con un uso del diálogo natural y fluido, combinando un lenguaje plástico,

muy lírico, a veces onírico, y de un ritmo poderoso, con otro más coloquial, salpicado aquí y allá de atrevidas onomatopeyas y neologismos muy expresivos, el libro nos cuenta trece historias bien diferentes entre sí: del mundo rural al rabiosamente urbano y nocturno, de los personajes marginales a la gente trabajadora, de los niños y su mirada de pasmo a los adultos que lloran sus sueños perdidos, del punto de vista masculino al femenino, de la soledad, elegida o no, a las infinitas formas de entender hoy día la relación de pareja.

La cegara de los ciervos

Carlos Fröhbeck

Ediciones del Viento, 2009

Poco antes de la Primera Guerra Mundial, unos cazadores cobran en la Selva Negra un ciervo con un ojo de cristal. Este hallazgo cambiará sus vidas y las de sus familias. Así comienza *La cegara de los ciervos*, un libro que nos llevará a Hanoi para ser testigos del final de un exiliado argentino; o a Copenhage, donde una mujer dibuja la muerte de su amante mientras éste busca su infancia en un pueblo deshabitado. O al centro de Italia, donde los viejos recuerdan como si fueran árboles. Nueve cuentos en los que caben hombres solitarios que hacen todas las noches el amor con Julia Roberts, masacres de civiles italianos al final de la Segunda Guerra Mundial, pastores de lobos y artistas que sueñan con vidrieras imposibles. Unos personajes condenados a sentirse extranjeros. Que aún no saben dónde está la frontera entre el hombre y el fantasma.



La pista de hielo

Roberto Bolaño

Anagrama, 2009

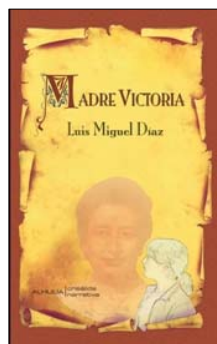
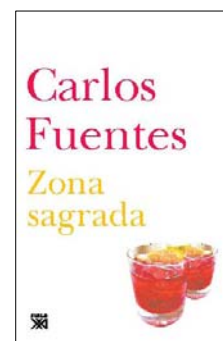
Tres versiones de un crimen van trazándose en esta novela que transcurre en un anónimo pueblo de la costa española: la de un chileno con pretensiones de escritor que ha ejercido toda clase de oficios eventuales hasta salir adelante; la de un mexicano, también poeta y desarraigado, que sobrevive como vigilante nocturno en un camping, y la de un emprendedor catalán metido a político, capaz de todo por llamar la atención de una bella y caprichosa patinadora. Los peores presentimientos de cada protagonista giran en torno a una pista de hielo construida ilegalmente dentro de una casona abandonada, el antiguo Palacio Benvingut; todos intuyen que el destino es un puñal que pende sobre sus cabezas. *La pista de hielo* contiene las claves del universo literario de Roberto Bolaño, las voces entrelazadas que anuncian polifonías posteriores, la clave policíaca, los amores rotos, las ilusiones perdidas. Aquí están también su capacidad de observar la realidad e interpretarla de forma singular, su pulso narrativo o su humor feroz para atrapar al lector desde la primera página, cualidades que lo han convertido en un escritor de referencia indispensable en la actualidad.

Zona sagrada

Carlos Fuentes

Editorial Siglo XXI, 2009

Ésta es la historia de una relación entre una madre y un hijo. Ella es Claudia Nervo, gran estrella del cine mexicano, «una pantera oscura, tierna y peligrosa». Pero él es el protagonista de este libro, su libro. Se llama Don Guillermo, o Guillermito, o Mito, y siente que su vida es sólo un espectáculo. Lo vivimos a través de sus propios recuerdos: la infancia tranquila en Guadalajara, en la casa paterna, bajo la mirada protectora de una abuela afectuosa; después, el secuestro por la madre y el cambio brusco; el abandono por ésta, siempre gran actriz, siempre lejana; la vida de internados, carente del afecto maternal que, al faltarle, se convierte en obsesionante, y, por último, el regalo de las llaves del apartamento al cumplir la mayoría de edad.



Madre Victoria

Luis Miguel Díaz

Editorial Alhulia, 2009

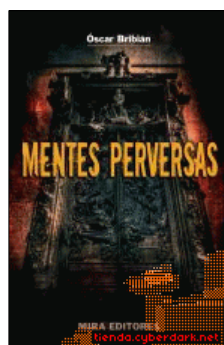
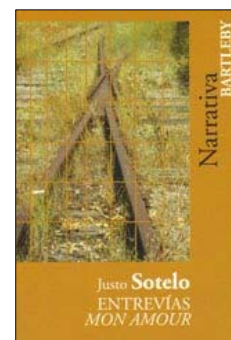
En tus manos tienes, amable curioso, la azarosa vida de una mujer, Micaela Rueda, quien, por carecer del cariño materno, se alimenta de la idea platónica de la madre, su Madre Victoria, su áter ego proyectado en las memorias que escribe y encarnado en algunas personas cercanas, buenas y generosas que vendrán a acompañarla. Aunque la historia no quiere ubicarse en el espacio y el tiempo, enseguida se adivina algún lugar de la España profunda de posguerra; aún niña, morirá Heidi en Micaela para dar comienzo su vida de Cenicienta, a la terrible sombra de su madre natural. Y llevará una vida abnegada en que habrá de mirar compasivamente a los salvajes y sentir el gran dolor que hay en saberse diferente.

Entrevías mon amour

Justo Sotelo

Bartleby Editores, 2009

Tras una complicada huida del Bagdad asolado por la guerra, Teo Abad regresa al espacio de su infancia y adolescencia, en el madrileño barrio de Entrevías, para enfrentar los fantasmas que le empujaron –años atrás– a escapar de Madrid: su tormentosa relación con el padre, ya anciano, la muerte (durante su ausencia) de la madre, el encuentro con su novia de la adolescencia (Judith) y con todos los personajes que conformaban un mundo ahora en ruinas: el que giraba en torno a la parroquia donde ejercía un sacerdocio socialmente comprometido el padre Román. Descubre, al llegar, que no es el único asediado por los fantasmas del pasado.



Mentes perversas

Oscar Bribián

Mira Editores, 2009

El ser humano es perverso por naturaleza. En algún momento de la vida de cualquier persona, la maldad puede surgir de forma irrefrenable, consciente o inconsciente, en su interior o a su alrededor. Una pareja que anhela un bebé diabólico, un joven que envidia a su bellísima hermana, los misteriosos felinos que merodean en el Pirineo, el extraordinario artista que pinta sus horribles lienzos en las catacumbas de la ciudad, los policías que pretenden dar un escarmiento a un joven delincuente, un hombre que desea suicidarse... Oscar Bribián presenta trece inquietantes historias a través de diversos estilos narrativos. Mentes Perversas pretende ahondar en la psicología humana

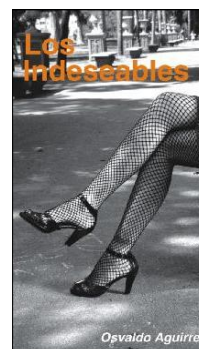
y explorar la maldad en todas sus vertientes, en las sutiles y en las más extremas, mediante una prosa ágil y adictiva. La envidia, el horror, el sexo y el humor más sutil subyacen bajo las desequilibradas mentes de los protagonistas, en una obra donde la locura se diluye en un mosaico de pasiones.

Los indeseables

Osvaldo Aguirre

Ediciones Aquilina, 2009

En las postrimerías de la segunda presidencia de Yrigoyen, Gustavo Germán González es cronista de la sección policiales del mítico diario Crítica, el más popular de la época, siempre en feroz y más o menos amarillenta y desleal competencia con Última Hora, su rival vespertino en el favor del público. El asesinato de una prostituta francesa y la aparición de su cadáver en el Parque Lezama dispara la acción. La policía, la prensa, los cafishios, los grupos políticos, el universo de los marginales, el mundo de la noche, todo se conmueve. Y la ciudad respira, se agita, como un ser vivo. Esta novela ejemplar de Osvaldo Aguirre es varias cosas a la vez. En un principio la presentación de un personaje, el periodista/detective, que desde ya pide una pista más; es también y obviamente el relato de un tenebroso crimen de época y su trabajosa resolución, y es además –de yapa– la pintura de un ambiente y de una época de Buenos Aires absolutamente reconocible, nunca antes descrita con tan minuciosa y afectiva cercanía en sus usos y costumbres.



Asamblea Portátil

VV.AA.

Editorial Casatomada, 2009

Hijos de Cortázar, Ribeyro, Lispector, Levrero, Aira, Bolaño, Bellatin, Pauls, Loriga, Rey Rosa, Vila-Matas... Nacidos entre 1974 y 1987, los veinticinco narradores de este muestrario iberoamericano –modernos para algunos, posmodernos para otros– irrumpen en la literatura de nuestros países a través de una crisis ideológica que amplía sus decisiones estéticas. Atendiendo a las vanguardias históricas, al Boom y Post-Boom y los McOndos y Kronens, así como a la baja y alta cultura en todas las disciplinas (navengando entre la Mona Lisa y el iPod), los autores más recientes utilizan un *sampling* que los libera de la carga social impuesta a sus antecesores para crear un

panorama más diverso, sin limitarse solamente al estereotipo del país bananero, el dictador corrupto o la miseria que se resuelve con magia. Iberoamérica se transforma en la casa de lo ecléctico, y los autores de hoy, cada uno desde sus fijaciones y dilemas, nos muestran más de una rostro en un mundo que algunos no han dudado en llamar el mundo del *afterpop*.

Recitando a Petrarca

Ignacio Borgoñós

Alfaqueque Ediciones, 2009

¿Pueden unos versos de Petrarca cambiar la vida de un hombre? La de Gabriel Siloé, sí, pues a pesar de recibir la noticia de que ha sido galardonado con el prestigioso Premio Pritzker de Arquitectura, camina embrujado por las calles de Budapest, donde reside, con el mismo libro bajo el brazo, sin importarle el éxito profesional, pues está atormentado por su pasado. Una llamada procedente de Toledo reactiva la necesidad de una segunda oportunidad, aunque esa decisión le haga enfrentarse con su padre tras décadas de distancia y silencio, mostrándose inocente ante la sorpresa que un áspero y violento destino le depara. Ignacio Borgoñós desnuda en esta novela la inconsistencia de las vidas sustentadas en el poder o el reconocimiento, si previamente no tienen una cimentación pasional que lo validen todo, sabiendo conducir al lector por una historia parábola y e doble vía entre pasado y presente, que atravesará increíbles paisajes de dos ciudades que ha sabido reinventar.



Lejos de dónde

Edgardo Cozarinsky

Tusquets Editores, 2009

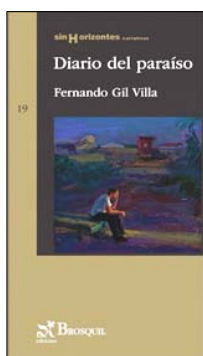
Enero de 1945; finales de la segunda guerra mundial. Una joven, envuelta en un pesado capote militar que apenas la protege del frío, huye por territorio polaco y checo; llega a Viena y, desde allí, a Génova, donde la ayudan ciertos amigos. Tres años después, en 1948, ha iniciado una nueva vida en Buenos Aires. No ha sido fácil, y tiene que trabajar duro para ganarse el sustento; vive en la pensión de Frau Dorsch, pero ninguno de los demás huéspedes, en su mayoría emigrantes rumanos y húngaros, sabe cómo ella consiguió salir de Europa... Porque esa mujer arrastra un pasado infamante y, muchos años después, sólo las preguntas inocentes de su hijo Federico, concebido en Buenos Aires a finales de ese mismo año 48, son capaces de impedir que ella lo olvide y entierre de manera definitiva. «Los cuentos no se inventan, se heredan», escribió Cozarinsky en su novela *El rufián moldavo*, y, en efecto, será precisamente Federico, ya adulto, el que cierre el círculo de esa vida oculta.

En el fondo

Begoña Huertas

451 Editores, 2009

El lector se dispone a realizar un curso avanzado de turismo al interior de las relaciones humanas para conocer de primera mano todo lo que se oculta detrás de ellas. Desde un club de jazz, un sótano húmedo con todo el simple encanto de estos sugerentes lugares, sobrevolaremos el miedo, el deseo, la ambición, las dudas, el entusiasmo y los celos, contemplando una selección de vistas panorámicas a los logros y fracasos de un escogido grupo de personajes, que se nos mostrarán en todo su esplendor antropológico, cada uno con su gran verdad a cuestas: un hombre cuyo gesto más valiente en la vida ha sido desabrocharse los botones de los puños de la camisa y exponer los antebrazos al sol; un joven dominado por la duda tras conseguir enamorar a una mujer de la que no está enamorado; una chica incapaz de definirse a sí misma; una pareja que se debate entre amarse para siempre o cortarse el pescuezo; dos ancianos a los que una moneda tirada al aire unió hasta el fin de sus días...



Diario del paraíso

Fernando Gil Villa

Brosquil Ediciones, 2009

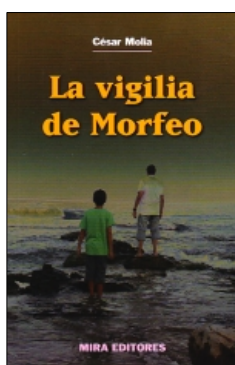
El libro cuenta la historia de un profesor de instituto con depresión que gana un premio de lotería y decide ir a vivir a una de las playas más bellas de Brasil. Ante él desfilará un curioso grupo de personajes, nativos y extranjeros, obsesionados con el amor y el sexo, como si esas fueran las únicas preocupaciones en un hipotético paraíso terrenal. Con una prosa concisa y rica en metáforas, *Diario del paraíso* narra algo más que una desventura amorosa: muestra la deriva de un mundo sin ideales, una naturaleza demasiado acosada, y los esfuerzos desesperados, casi quijotescos, por encontrar un punto de apoyo que nos permita sobrevivir.

El golfo de los Poetas

Fernando Clemot

Editores Barataria, 2009

En *El golfo de los Poetas* discurren en paralelo dos ejes temáticos principales: la memoria y el absurdo existencial. El protagonista y narrador, Leo Carver, es una figura lúcida que se enfrenta al mundo desde una actitud trágica, a través del exceso alcohólico, sexual y social, aun sabiendo que su lucha contra el vacío está condenada al fracaso. Buscando algo que dé sentido a su vida, se embarca en un viaje en busca de la memoria perdida: los indicios para esclarecer la muerte de una joven poeta a la que amó treinta años antes. Incapaz de retener sus recuerdos recientes, se obliga a apuntar todo en un diario para intentar reconstruir los momentos fundamentales de su trayectoria vital a través del contacto con lugares y personajes del pasado. Pero su visión deformada de la realidad se interpone constantemente y engendra una historia distinta, una realidad subjetiva que se impone a la objetiva, creando un escenario paralelo, más real si cabe en la torturada mente de Leo Carver. Un personaje cuya talla moral no está en sus obras ni en sus actos (que más bien resultan amorales) sino en su capacidad de rebelión ante lo absurdo.



La vigilia de Morfeo

César Molia

Mira Editores, 2009

Un boxeador que trata de ganarse el afecto y reconocimiento de su padre abriéndose paso hacia el título del mundo a puñetazos. Un ajedrecista, preso de sus fantasmas infantiles, que se ve imposibilitado para competir. Un joven soñador que arrastra una vida mediocre y sin ambiciones. Un escritor que se refugia en sus sueños y sus novelas para tratar de vivir aquello que perdió un día. Un profesor que encuentra el amor, años después de haberlo perdido. Un niño que trata de salir adelante en un mundo de adultos que no comprende. Con esta novela, César Molia se adentra en la vida de unos personajes que, guiados por sus sueños, dejan su huella y su impronta los unos en los otros, en una historia tan real que hasta nos parece que podemos formar parte

de ella con nuestros propios sueños. La realidad y la ficción se interrelacionan, configurando y dirigiendo la vida de los protagonistas hacia su destino.

Unos calcetines blancos

Ezequiel Martínez Llorente

Editorial Eclipsados, 2009

«Días como hoy recuerdan sin querer a otros muchos, porque en ellos no haces... nada. O, quizá, sólo importa el hecho de que estoy de vuelta en casa de mis padres. También hacen pensar en vidas casi desconocidas. Por ejemplo, una joven que nació en Inglaterra en 1897 y murió en 1914. Sin embargo, sus padres superaron la Gran Guerra, algo que suena como un bocado que acabó con el mundo hace el suficiente tiempo. Recuerdo mejor algunas viejas canciones. Está algo nublado y cae la tarde de jueves con pereza gomosa. Cuando estás encerrado es mejor mantenerse quieto y escuchar tras las paredes. El sol sale en definitiva para unas personas que se parecen a nosotros cuando estamos dormidos.» Novela «fragmentaria», como la define el propio autor, pretende despertar ciertas emociones en el lector con detalles donde éste puede encontrar los símbolos del retrato un poco pueblerino, como también indica su autor.



Manuscrito hallado en un manuscrito

Manuel Fons

CECA, 2009

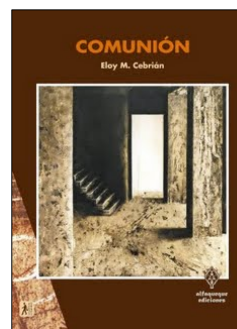
Es un conjunto de diez cuentos de carácter lúdico y experimental, cuyo eje temático es la literatura. En el primer cuento, el lector, literalmente, es el protagonista; posteriormente, entra la voz del autor; dos de los cuentos emulan formatos musicales: la suite y el rondó, respectivamente; finalmente, otro es un simulacro que trata de un software ficticio. Los planos en el abismo y las paradojas son una constante. La propuesta lúdica se da en los planos textual, intertextual, metatextual y paratextual. Los temas detrás del juego son: el albedrío, la locura, el genio, la inteligencia artificial, el absurdo, el infinito.

Comuni3n

Eloy M. Cebri3n

Alfaqueque Ediciones, 2009

Con ecos de Borges, de Raymond Carver, de Cort3zar, incluso de Poe y de Stephen King, en las historias que componen *Comuni3n* Eloy M. Cebri3n exprime hasta el l3mite las posibilidades del cuento literario para exponer el reverso oculto de la realidad, esa «zona de penumbra» donde discurren todas las buenas historias. Un lenguaje exquisito, una inigualable maestr3a para evocar atm3sferas y personajes, y el valor de abordar los temas fundamentales (el amor, la muerte, la soledad) desde perspectivas novedosas y desbordantes de imaginaci3n, todo ello confirma al autor como uno de los m3s firmes valores del panorama narrativo actual. Ruidos inexplicables que se cuelan a trav3s de las paredes, dos hermanos enemistados por culpa de unos animalillos casi microsc3picos, un deprimido cr3nico que responde a los mensajes basura que encuentra en su *email*, un prisionero atrapado en una descomunal torre de apartamentos, un muchacho que sufre extravagantes mutaciones, dos ancianos que viven rodeados de presencias fantasmales, un hombre enamorado de una joven prostituta del Este...



Un d3a u otro acabar3 de legionario y otros relatos

Jaume Pomar

Calambur Editorial, 2009

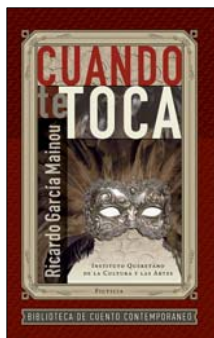
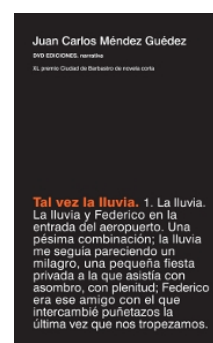
Esta incursi3n de Jaume Pomar en el 3mbito, por 3l poco transitado, de la narrativa nos ofrece una muestra de su saber hacer, que le inserta en la mejor tradici3n de la narrativa balear. El autor construye, en estos tres relatos, unas situaciones morales en las que se dan cita personajes marginales o secretos de la alta sociedad en escenas de una intimidad prohibida; opciones vitales, en definitiva, que se mueven en zonas ocultas del poder y en la miseria de una cotidianidad de horizontes bastante cerrados y que se enfrentan a las contradicciones y los errores que dan color a la vida. Con humor, e incluso sarcasmo, Pomar esboza un retrato amargo de una 3poca y una tierra.

Tal vez la lluvia

Juan Carlos M3ndez Gu3dez

DVD Ediciones, 2009

«Nos importa la vida en una novela de Juan Carlos M3ndez Gu3dez, la leemos mejor. 3l suele ser el primero de nuestros novelistas en aprovechar las circunstancias sociales m3s novedosas para bucear en nuestras contradicciones. Como en *Una tarde con campanas* cre3 la novela hispanoamericana de la inmigraci3n reciente en Espa3a, en *Tal vez la lluvia* aprovecha para ahondar en el conflicto del ser humano ante la libertad de su 3poca, en este lado y al otro del Atl3ntico. Con su estilo 3gil y po3tico, inconfundible por su sentido de la ternura y del humor, Juan Carlos M3ndez Gu3dez nos entrega una novela intensa que uno disfruta de principio a fin, admirando la naturalidad con que los recursos m3s exigentes de la narrativa contempor3nea fluyen en la transparencia de una historia que nos conmueve, que nos divierte, que no deja de interrogarnos. *Tal vez la lluvia* es m3s que una melanc3lica esperanza ante las situaciones absurdas que nos entrega la vida en nuestras sociedades. Es una respuesta afirmativa a lo que podemos leer hoy si queremos mirar justo el mundo que vivimos con la m3xima calidad literaria» (Ernesto P3rez Z3niga).



Cuando te toca

Ricardo Garc3a Mainou

Editorial Ficticia, 2009

Cuando te toca es un libro de tesoros escondidos, fortunas que el lector descubre y siente propias; cuentos 3nicos que forman parte de una obra mayor –como la vida misma, que se cuenta en fragmentos– en la que bandoleros de otras 3pocas, terrores nocturnos, la pareja que se adentra en un paseo de amor y muerte en el carnaval de Venecia, hombres que arriesgan su racionalidad en pos de un bot3n, o la cotidianidad de un tr3o y sus diferentes capacidades para dar y recibir placer, entre otras vidas imaginarias, hacen de la realidad un sendero hacia un mundo fant3stico, poblado por los deseos m3s ocultos y los miedos m3s temibles. Con este libro, Ricardo Garc3a Mainou

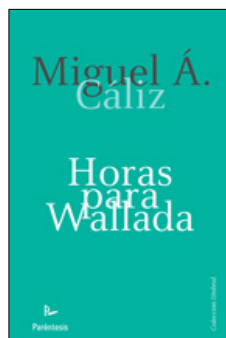
se muestra como un autor maduro y sorprendente que, como cre3a el ciego visionario de Buenos Aires, sabe que el hombre es uno y todos a la vez.

El hombre que amaba a los perros

Leonardo Padura

Tusquets Editores, 2009

En 2004, a la muerte de su mujer, Iván, aspirante a escritor y ahora responsable de un paupérrimo gabinete veterinario de La Habana, vuelve los ojos hacia un episodio de su vida, ocurrido en 1977, cuando conoció a un enigmático hombre que paseaba por la playa en compañía de dos hermosos galgos rusos. Tras varios encuentros, «el hombre que amaba a los perros» comenzó a hacerlo depositario de unas singulares confidencias que van centrándose en la figura del asesino de Trotski, Ramón Mercader, de quien sabe detalles muy íntimos. Gracias a esas confidencias, Iván puede reconstruir las trayectorias vitales de Liev Davidovich Bronstein, también llamado Trotski, y de Ramón Mercader, también conocido como Jacques Mornard, y cómo se convierten en víctima y verdugo de uno de los crímenes más reveladores del siglo xx. Desde el destierro impuesto por Stalin a Trotski en 1929 y el penoso periplo del exiliado, y desde la infancia de Mercader en la Barcelona burguesa, sus amores y peripecias durante la Guerra Civil, o más adelante en Moscú y París, las vidas de ambos se entrelazan hasta confluír en México. Ambas historias completan su sentido cuando sobre ellas proyecta Iván sus avatares vitales e intelectuales en la Cuba contemporánea y su destructiva relación con el hombre que amaba a los perros.



Horas para Wallada

Miguel Á. Caliz

Paréntesis Editorial, 2009

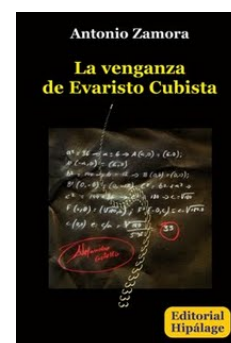
«Una muchacha cuyo nombre hasta yo misma he olvidado». Así se define la favorita del Sultán de Granada Mohammed VII durante la confesión en la que nos va a relatar su vida. Siguiendo el ritmo de las horas marcado por una clepsidra, *Horas para Wallada* narra los intentos por mantener en el poder a un sultán gravemente enfermo, al tiempo que recorre los avatares de una vida azarosa. Tras haber nacido cristiana en la Provenza, y tras haber vivido en la República de Génova, la protagonista llegará al Reino Nazarí de Granada siendo una adolescente. Convertida al Islam y bautizada como Wallada, en honor de una poetisa de la época califal, terminará uniéndose a un grupo de conspiradores que tratan de apoderarse del trono de la Alhambra. Las costumbres amorosas de la corte, las luchas de frontera con los reinos cristianos, la situación en las medinas de Al-Ándalus así como las complicadas relaciones internacionales con otras naciones del Mediterráneo en los inicios del siglo XV, forman parte también de la trama.

La venganza de Evaristo Cubista

Antonio Zamora

Editorial Hipálage, 2009

Esta *nouvelle* nace de la generosidad de un lector que ha encontrado en la literatura sosiego, un lector que ha bebido de las fuentes de la escritura verdadera creada para deleite de todos a través del tiempo. Escrita con la paciencia y la minuciosidad de un experimentado artesano de la palabra, con la fría y calculada matemática de un hombre que ha esperado casi media vida antes de dar a probar al mundo su valioso y cuidado trabajo. En la línea de Paul Auster y Cortázar, del relato borgesiano y con un suave aroma tolstoiano, esta novela corta hará las delicias de todos los lectores. Un libro esperado, que aguardaba paciente para ser descubierto.



Tragna

Günther Guzmán Tacla

Editorial Lom, 2009

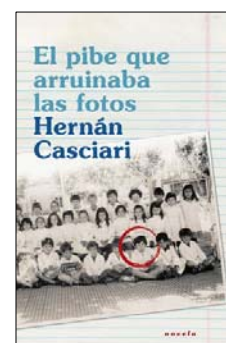
En Helonia, hombres y pueblos con tímidas expresiones se escuchan, observan. Intentos vanos que no completan movimientos, desplazamientos vacíos. Estamos ante un mundo –un mundo mítico que a ratos nos recuerda a la antigua Grecia– convulsionado por la guerra, completamente polarizado y de futuro incierto, en donde «la idea es una sombra alquilada en el salón de turno». A Terio –el héroe desdichado pero estoico– le ha tocado vivir el fin de una era, el mundo nunca volverá a ser el mismo, a la vez que ocurrirán acontecimientos que determinarán el resto de su existencia.

El pibe que arruinaba las fotos

Hernán Casciari

Editorial Plaza & Janés, 2009

El pibe que arruinaba las fotos, además de una novela tierna, irónica y divertida, es la mirada cómplice de un niño que descubrió en la escritura el único sitio donde «todavía es posible creer en un pasado mejor». Desde su más rolliza infancia, el gordito Casciari arruinaba las fotos. Todas las fotos. Con el tiempo las cosas cambiaron. Se había convertido en un adolescente que arruinaba, sin querer, los momentos importantes de su vida: amores juveniles, estudios, vidas ajenas y la salud de sus mayores. El clima de Mercedes, el agobio de la situación familiar y la necesidad de escapar, lo impulsaron a la búsqueda de sí mismo por el camino de la escritura.



Los amantes del hotel Tirana

Pedro Antonio Curto

Ediciones Irreverentes, 2009

Ganadora del IV Premio Ciudad Ducal de Loeches, *Los amantes del hotel Tirana* es un homenaje al ambiente de las novelas de Ismail Kadaré y a la Albania que se mueve entre dos mundos. Se trata de una historia intimista, que bucea en el mundo crepuscular de lo que fueron las utopías del siglo XX. En el verano de 1990, mientras el régimen socialista albanés comienza a derrumbarse, dos jóvenes se aman una noche en la habitación de un hotel. Aida y Aslam se encuentran con las encrucijadas de la historia y a través de ellas construyen la suya propia. La novela crea atmósferas intimistas, que fluyen entre lo fantástico de la mitología albanesa y la realidad, para ir a la

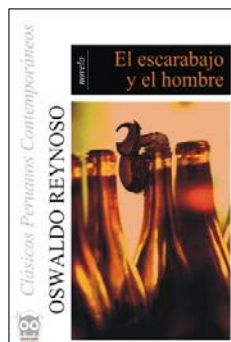
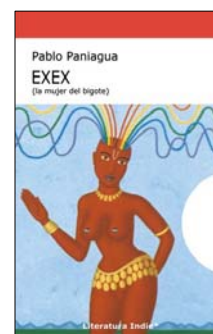
búsqueda de un territorio donde el individuo se enfrenta a su época, con sus sueños, sus frustraciones y también con sus traiciones.

Exex (la mujer del bigote)

Pablo Paniagua

Literatura Indie, 2009

Exex es una de las primeras «blognovelas» que se publicó, ya finalizada, como «novela por entregas» en Internet, y que ahora aparece en versión revisada por su autor, Pablo Paniagua, a través de Literatura Indie en formato de libro en papel y eBook. *Exex*, desde el punto de vista estilístico, es una novela inclasificable que mezcla los géneros negro y erótico, y que nos evoca, bajo la presencia de una protagonista surreal, una estética cercana a las historias de cómic. Es, por tanto, un experimento narrativo postmoderno en busca de la esencia artística, y bajo dicho parámetro debemos abordarla. Su protagonista es una bella top-model (cuyo nombre da título a esta novela), que viaja con 19 años recién cumplidos a la ciudad de Nueva York, con la intención de triunfar en el mundo de la moda y la publicidad. Pero ella, para su profesión (y para el resto de las personas), no es una mujer normal pues posee un extraño atributo, algo que marca su diferencia con las demás, un estigma que la hace genuina. Y es que Exex, en contraste con su belleza descomunal, tiene un gran bigote de color marrón. Y aquí aparece la imagen inédita para una protagonista que, a lo largo de la historia, vivirá una serie de experiencias dominadas por el fracaso amoroso, el sexo y la violencia, en una espiral del destino, sorpresivo e inevitable, que hasta la última página del libro no será develado.



El escarabajo y el hombre

Oswaldo Reynoso

Editorial Casatomada, 2009

En 1961, con la aparición de *Los inocentes*, un grupo de intelectuales suscribió una petición al ministro de educación para que se le quitara su autor el título de profesor. ¿La razón? La entrada en escena de un escritor que usaba un lenguaje sincero, desgarrador, hermoso en sus figuras a pesar de su crudeza y su intención: mostrar el verdadero rostro de una sociedad desesperada y desesperante, que buscaba entre sus miserias una posible salida a la felicidad o la redención. *El escarabajo y el hombre* es una novela cuya potencia, narrada en tres tonos distintos, la convierte en el fresco de una juventud desbocada y hambrienta por vivir, una puerta al seductor lado oscuro de la condición humana. Una juventud rodeada de esa inocencia perdida y embebida de aquel ligero gusto por el mal por el que todos, sin lugar a dudas, alguna vez hemos transitado.

Mujeres cuentistas. Antología de Relatos VV.AA.

Editorial Baile del sol, 2009

¿Qué quiere la mujer? Fue la única pregunta que según propia confesión Freud nunca pudo contestarse. Tienen ustedes ahora en las manos la posibilidad de encontrarle su respuesta: ocho excelentes escritoras españolas muy siglo XXI no han dejado tema sin abordar ni sentimiento humano desatendido. Del cuento extenso al microrrelato, nos ofrecen lectura para todos los gustos. Por eso mismo cabe adentrarse con paso firme en cada uno de los textos. «Hic sunt leones» solía estar escrito en los antiguos mapas cuando los cartógrafos se enfrentaban con tierras inexploradas. Aquí hay leones, peligros imposibles de enfrentar, se pensó también cuando escritoras de calidad se arriesgaron a abordar el lenguaje desde sus muy personales posicionamientos. Hoy en día, un importante número de ellas ha cartografiado sus propios territorios interiores y lingüísticos, que lectores y lectoras avisadas exploran con placer. La presente antología ofrece nuevos derroteros para incursionar en tierras que fueron ignotas hasta no hace tanto tiempo. Envidio a quienes se sumergirán por primera vez en este libro que brinda el placer de una aventura hecha de deslumbramientos y posibles peligros.



Algunos hombres...y otras mujeres

Isabel Núñez

Menoscuarto Ediciones, 2009

En los quince relatos que componen *Algunos hombres... y otras mujeres*, Isabel Núñez agita y combina la coctelera de lo vivido y lo imaginado para expresar su asombro ante un mundo que resulta difícil de comprender. Elaborados a partir de un material que pudiera ser autobiográfico, estos cuentos son tan inteligentes como amenos y tratan de las relaciones personales, siempre complejas, de encuentros y desencuentros, desde la confusión vital de la adolescencia a las pasiones y dudas de la edad adulta. Isabel Núñez estudió Ciencias de la Educación en la Universidad Autónoma de Barcelona y es profesora de Traducción Literaria en la Universidad Pompeu Fabra. Ha

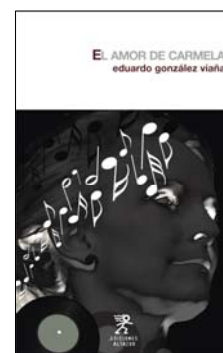
publicado tres libros: *Crucigrama* (2006), *Si un árbol cae. Conversaciones en torno a la guerra de los Balcanes* (2009) y *La plaza del azufaífo* (2008).

El amor de Carmela

Eduardo González Viaña

Ediciones Altazor, 2009

¿Ha oído usted hablar de alguna dama que conoció en la pantalla del chat a un hombre maravilloso y se fue a los Estados Unidos para vivir con él, por el resto de su vida? Esta es la historia de una de ellas. La otoñal Carmela conoce a Chuck Williams, un gringo maduro que se parece a Robert Duvall y está solo en el mundo. Un amor a primera vista, con un pequeño inconveniente: hace más de treinta años que ella está casada. Sin embargo, todo lo superará Carmela y llegará a San Francisco donde la espera el amor y el «sueño americano». ¿Qué viene después? González Viaña continúa con su saga de historias de la inmigración latinoamericana que le ha producido libros tan importantes como *Los sueños de América*, *Confesión de Florcita* o *El corrido de Dante*. Con este último, obtuvo el Premio Latino Internacional de Novela de los Estados Unidos. *El amor de Carmela* es el último libro, de este verdadero maestro, en la literatura de América.



La huachita

José Miguel Varas

Editorial Lom, 2009

Estos trece cuentos que, además de ser un prolífico registro del Chile pasado pero también contemporáneo, dan cuenta del rigor estilístico con que el escritor lleva a cabo su oficio. «Venidos a menos» nos recuerda lo cruel que se podía llegar a ser en el colegio, mientras que «El Frente Femenino» refleja algo de la represión de González Videla. Entre los más nuevos encontraremos desde una insólita historia policial hasta un perro callejero (*La Huachita*) que aspira a comunicarse con los hombres. José Miguel Varas, nacido en Santiago en marzo de 1928, inició tempranamente una actividad literaria que prosigue hasta hoy. Tenía 18 años cuando publicó su primer

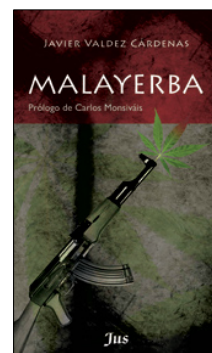
libro, *Cahuín*, el cual tuvo un éxito sorprendente y recibió elogios de los principales críticos de la época.

Malayerba

Javier Valdez Cárdenas

Editorial Jus, 2009

Las crónicas de *Malayerba* retratan un mundo en el que convive más del 40% de la población mexicana: el del narco visto no como una irrupción violenta sino como una forma de vivir. Niños que sueñan con ser narcos, mujeres que buscan un narco que las mantenga, oficiales que añoran que les caiga al menos una paca de dólares son tan sólo algunos de los hombres y mujeres retratados en este libro al que no le falta amor, humor, pero tampoco violencia, desesperación e impotencia, descritos por uno de los cronistas del narco mexicano más originales, frescos y luminosos de nuestros tiempos. Este libro responde a una pregunta simple: ¿por qué el narco es una forma de vida de nuestro tiempo y por qué la guerra contra él no terminará? Javier Valdez Cárdenas se aventura a responder esta pregunta de la siguiente manera: porque más que el narco, al mexicano le gusta vivir fuera de la ley, tomar atajos, sortear vidas anónimas aunque esto los lleve a encontrarse una bala en la cabeza.



Viejas cartografías de amor

Luis Junco

Ediciones de La Discreta, 2009

La geografía del amor cambia continuamente. Su especial fisonomía se modifica a través del tiempo y de las circunstancias. En *Viejas cartografías de amor* Luis Junco indaga en estos cambios y por medio de varios amores que se cruzan trata de poner de manifiesto el singular relieve de estas relaciones humanas en los primeros años del pasado siglo veinte. En aquellos tiempos, una de esas características eran las cartas de amor. Con una de ellas comienza la novela y un amplio epistolario a lo largo de ella es el principal soporte de la trama que se narra. Pero, además, *Viejas cartografías de amor* es continuación de *Una carta de santa Teresa*, anterior novela de este autor tam-

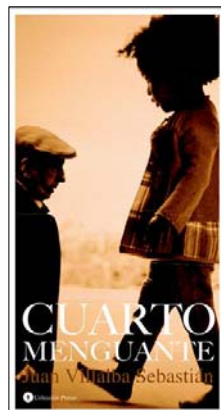
bién editada por Ediciones de La Discreta. Personajes, escenario y la lucha por la posesión de una carta de santa Teresa con supuestas virtudes milagrosas siguen latiendo en esta nueva novela, cuya intriga atrapa al lector desde la primera a la última página.

Segunda persona

Selenco Vega

Grupo Editorial Mesa Redonda, 2009

Ernesto creció en un hogar resquebrajado. Su padre abandonó a la familia cuando él y su hermana aún eran pequeños, y la madre se sumió en una profunda depresión, lo que la lleva a cambiar su forma de vida radicalmente, sin poder volver a ser la misma incluso con el regreso de su esposo. Esta ruptura familiar genera en Ernesto una nueva forma de ver el mundo y de verse a sí mismo, con sus propios conflictos interiores que lo obligan a replantear su vida personal y sexual. *Segunda persona*, novela ganadora del primer concurso de novela breve organizado por la Cámara Peruana del Libro, es una obra en la que Selenco Vega (Lima, 1971), de notable trayectoria en el ámbito literario nacional, nos cuenta la historia de un personaje que, al mismo tiempo que trata de superar problemas que arrastra desde la niñez, se ve enfrentado a una crisis en la biblioteca donde labora.



Cuarto menguante

Juan Villalba

Editorial Eclipsados, 2009

«El presentador comenta los aspectos del relato premiado y se interesa por su protagonista: el clásico perdedor desencantado de la vida que nos descubre su existencia como un fracaso absoluto y total. Estas reflexiones reavivan en mí el picor del desasosiego y el mercurio de la pesadumbre aumenta y se hace más y más denso a la altura del entrecejo, hasta que se termina por enturbiar completamente mi mirada y mi pensamiento: hoy me han jubilado.» Juan Villalba nació en Sarrión en 1961 y se ha dedicado a la docencia y a la investigación de temas aragoneses, en especial al estudio de escritores o cineastas turolenses, como por ejemplo, Braulio Foz, Adelino Gómez Latorre, Teodoro Gascón, Yuste Moreno, Miguel Buñuel o Clemente Pamplona, entre otros.